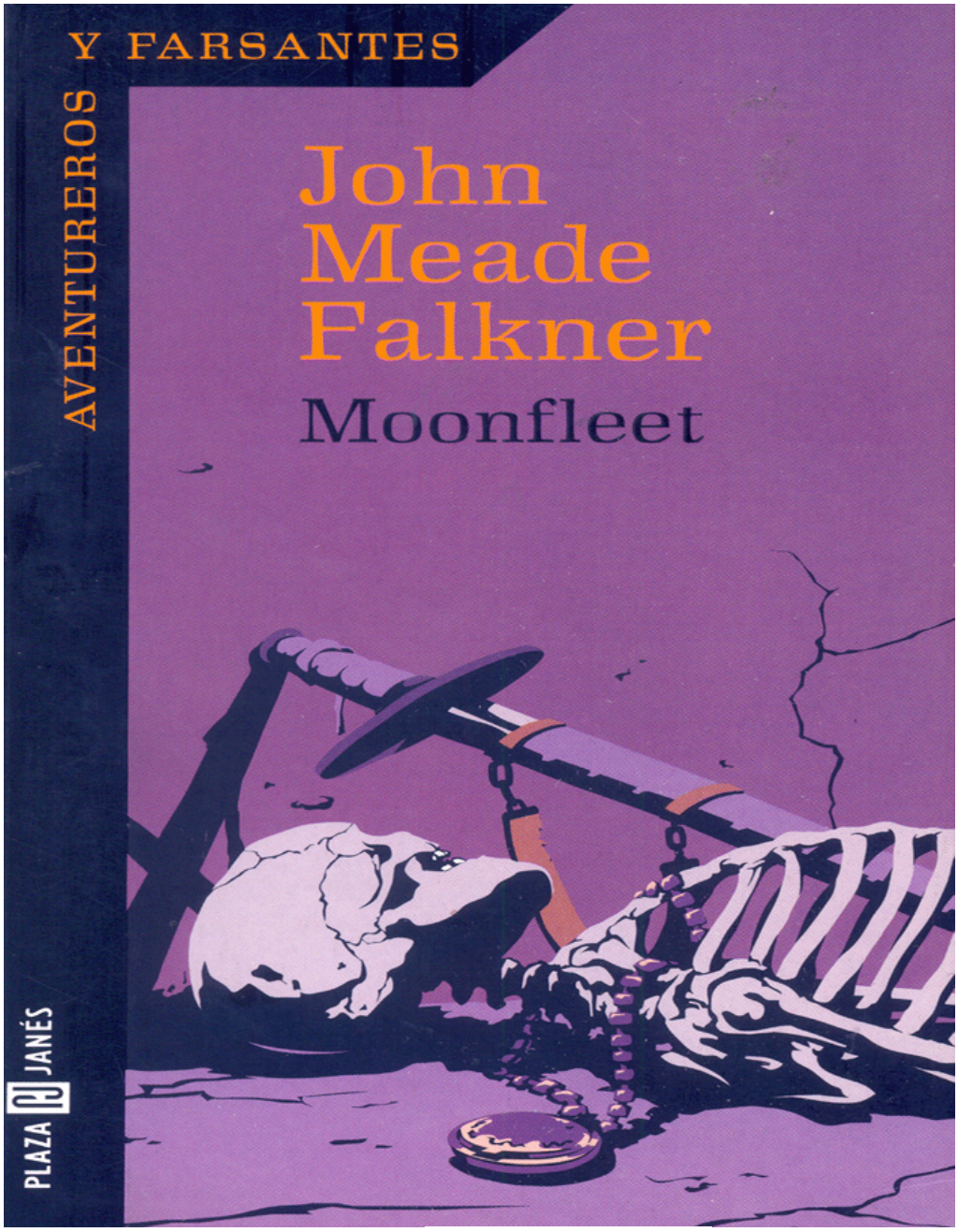
MOONFLEET
JOHN MEADE FALKNER



Digitalizado por LIBROdot.com
http://www.librodot.com

A todos los Mohunes
de Fleet y de Moonfleet
in agro dorcestrensi
vivos o muertos

Librodot

Pensamos que nada vendría después,
sino un mañana igual al día de hoy
y que niños seríamos por siempre.
SHAKESPEARE

Librodot

Dice el capitán a la tripulación:
hemos burlado a los carabineros,
a sotavento veo las gredas de Dover
dad la señal al Swan,
y largad el ancla por la borda,
afuera las garrafas de aguardiente.
Así dice el capitán:
Afuera las garrafas de aguardiente.

Dice el contrabandista a sus hombres:
aprestad los remos,
que brilla en la mar la señal,
corren las anclas a barlovento,
y el carabinero no ha de despertar,
y las garrafas bailan, una, dos, tres.
Dice el contrabandista:
Bailan las garrafas, una, dos, tres.

Mas el audaz carabinero
está cebando la pólvora ya
y grita al retén: ¡Seguidme!
Los contrabandistas no han de escapar
y los que se resistan colgarán
¡Ding, dang! de la horca.
Dice el carabinero:
¡Ding, dang! la triste luna los verá bailar.

1
En el pueblo de Moonfleet

Así duerme el orgullo de tiempos pasados.

MOORE

El pueblo de Moonfleet se extiende a media milla de la mar sobre la ribera derecha u occidental del arroyo Fleet. Este regato, cuyo cauce es tan estrecho cuando atraviesa las casas que he sabido de alguno que se lo saltaba limpiamente sin ayuda de pértiga, desemboca en unas marismas que hay por debajo del pueblo y se pierde en las aguas salobres de una balsa; ésta, que sólo sirve de criadero de aves marinas, garzas y ostras, viene a ser como una de esas lagunas de los atolones de las Indias y está separada de las aguas del canal de la Mancha por una descomunal playa o dique natural de piedras de la que más adelante tendré ocasión de hablar. Cuando era niño pensaba que el lugar llevaba el nombre de Moonfleet porque, estando la noche serena, tanto en verano como en las escarchas del invierno, la luna rielaba con gran resplandor en la laguna; sólo más tarde supe que tal nombre no era sino la contracción de *Mohune-fleet,* del nombre de los Mohune, una familia hidalga de la que, en otros tiempos, toda la comarca fue feudo.

Me llamo John Trenchard y al comienzo de la presente historia contaba quince años de edad. Había perdido a mi padre y a mi madre hacía años y vivía por entonces con mi tía, la señorita Arnold, que me trataba bien, a su manera, aunque era demasiado estricta y puntillosa para despertar en mí verdadero cariño.

He de referirme primero a una tarde del otoño del año de gracia de 1757. Debía ser en las postrimerías de octubre, porque de la fecha cabal no me acuerdo, y estaba yo, tras la merienda, sentado en la salita delantera, sumido en la lectura. Mi tía poseía pocos libros: una Biblia, un devocionario y algunos volúmenes de sermones es todo lo que me viene ahora a la memoria, pero el reverendo Glennie, que era el maestro de los niños del pueblo, me había prestado un libro de relatos repleto de intrigas y aventuras que llevaba por título *Cuentos de las mil y una noches.* Terminó por faltarme luz y estaba ya dispuesto a dejar la lectura por diversas razones, siendo la primera que aquella salita era una estancia muy fría, amueblada con sillas y sofá de crin y un mero biombo de papel pintado en el hogar, pues mi tía no permitía que se encendiese fuego hasta el primero de noviembre, y la segunda que había en la casa un olor rancio de sebo fundido, pues mi tía estaba moldeando velas de invierno en la cocina; y la tercera razón era que había yo llegado a una parte de *Las mil y una noches* que me dejaba sin aliento, de modo que no pude menos que abandonar la lectura, por la mucha ansiedad que me daba esperar el desenlace. Tratábase de aquel pasaje del cuento de «La lámpara maravillosa» en el que el falso tío empuja la piedra que cierra la entrada de la cueva prodigiosa, con lo que deja emparedado en la oscuridad al joven Aladino que bien se había cuidado de no entregarle la lámpara hasta no volver con bien a la superficie. Aquella escena me recordaba una de esas temibles pesadillas en las que soñamos que estamos encerrados en una estancia pequeña cuyas paredes van encogiéndose sobre nosotros, y tanto me impresionó que el recuerdo que guardé de ella me sirvió de advertencia en una aventura que había de acontecerme más adelante.

Abandoné la lectura y salí a la calle. De ella lo menos que se podía decir era que se trataba de una calle humilde, por mucho que ciertamente hubiera conocido tiempos mejores. No contaba por entonces Moonfleet más de doscientas almas y las casas en las que moraban se esparcían

Comentario [Librodot-1]:

Thomas Moore (1779-1852). Poeta irlandés, natural de Dublín, en lengua inglesa. Se dio a conocer con su libro *Trabajos poéticos* (1799) al que siguió *Odas y Epístolas,* pero su importancia literaria se debe fundamentalmente a sus canciones líricas *Irish Melodies y* a la biografía *Vida de lord Byron (1830)* de quien era amigo personal. *(N. del T)*

Comentario [Librodot-2]:

Téngase en cuenta, en todo este pasaje, que en el nombre de Moonfleet se combinan las voces inglesas: *moon,* luna, *y fleet,* `ondear' `rielar'. *(N. del T.)*

Comentario [Librodot-3]:

Rielar: brillar trémulamente, la luz reflejarse en un cuerpo transparente, generalmente agua.

Librodot

tristemente sobre media milla, a ambos lados del camino. En el pueblo nunca se construía nada nuevo; si una casa estaba en ruina se derribaba, de manera que iban quedando como mellas en la calle y los huertos abandonados, entre muros demolidos y, de las casas que todavía quedaban, parecía que muchas apenas se aguantaban en pie. El sol se había puesto y tan oscuro estaba que ya no se distinguía el extremo inferior de la calle, que era por donde daba a la mar. En el aire había como una neblina y una voluta de humo, con olor a maleza quemada, y daba esa primera sensación de frío otoñal que le hace a uno añorar las llamas que crepitan en el hogar y las largas y deliciosas veladas de invierno que han de venir. Estaba todo muy silencioso, pero pude oír un martilleo hacia el final de la calle y hacia él me encaminé para ver lo que pasaba, pues no teníamos en Moonfleet otra industria que la de la pesca. Era Ratsey, el sacristán, que estaba grabando una lápida con martillo y cincel, en un cobertizo que daba a la calle. Antes de hacerse pescador había sido albañil y aún manejaba diestramente las herramientas de dicho oficio, así que, cuando algún lugareño quería poner una lápida en el cementerio acudía a Ratsey para que se la grabara. Me incliné sobre la media puerta y observé durante unos instantes cómo iba tallando con el cincel a la mala luz de una linterna. Al cabo levantó la vista y, al reparar en mi presencia, dijo:

-Ven aquí John, y, si no tienes algo mejor que hacer, entra y sujétame la linterna. En cosa de media hora tendré acabada esta faena.

Ratsey siempre era amable conmigo y en muchas ocasiones me había prestado un cincel para hacer barcos, de modo que entré y sostuve la linterna observando cómo, del filo de su escoplo, salían despedidas esquirlas de piedra de Portland, que tenía yo buen cuidado de esquivar, cerrando los ojos cuando saltaban demasiado cerca. Ya había terminado la inscripción y estaba rematando una pequeña escena naval grabada en la parte superior de la lápida, en la que se veía una goleta abordando una balandra. Por entonces me pareció una obra excelente, aunque ahora la tenga por bastante tosca, y quien tenga curiosidad aún puede verla en el cementerio de Moonfleet, donde ha permanecido hasta el presente día, y también podrá leer la inscripción, hoy cubierta de liquen amarillento y no tan clara como aquella noche, que dice así:

Comentario [Librodot-4]:

Embarcación de dos palos con velas áuricas en su aparejo y de 50 a 200 toneladas de carga. No suele tener más de 30 metros de eslora.

Comentario [Librodot-5]:

Embarcación pequeña que consta de cubierta y de un solo palo.

CONSAGRADA A LA MEMORIA
DE
DAVID BLOCK

De 15 años de edad, que murió de un disparo
que le fue hecho desde la goleta *Elector,*
el 21 de junio de 1757.

De vida privado, por cruel designio,
ahora reposo en barro amigo.
Al amparo de Dios yazgo, y confío
en que El me salve en el día del Juicio.

Allí también vendrás tú, cruel
y arrepentido te he de ver,
si no horrenda sentencia has de temer,
pues sé que Dios vengará mi sino.

El reverendo Glennie era el autor de los versos y yo me los sabía de memoria porque me había regalado una copia. El pueblo entero se había apasionado con la historia de la muerte de David que todavía estaba en las bocas. Era el único hijo de Elzevir Block, el mesonero de la ¿Por qué no?, posada que se encontraba en la parte baja del pueblo, y estaba embarcado con los contrabandistas cuando el quechemarín de éstos fue abordado por la goleta de los carabineros aquella noche de junio. La gente decía que había sido el juez Maskew, de la Mansión de Moonfleet, quien había puesto a los de Aduanas sobre la pista y lo cierto es que se encontraba a bordo del *Elector* cuando dio alcance al quechemarín. La pelea comenzó en cuanto los dos barcos se abordaron, momento en que Maskew había sacado una pistola y disparó a bocajarro sobre el joven David, cuando sólo les separaba el espesor de ambas bordas. Por la tarde de aquel día de San Juan el *Elector* remolcó al quechemarín hasta Moonfleet donde esperaban un retén de alguaciles para conducir a los contrabandistas a la cárcel de Dorchester. Los presos atravesaron cansinamente el pueblo, aherrojados de dos en dos, y la gente los miraba pasar desde sus casas o caminaba a su paso, saludándoles los hombres con alguna palabra amable, pues a casi todos los conocíamos por ser de Ringstave y Monkbury, y las mujeres compadeciéndose de sus esposos. En cuanto al cuerpo de David, lo dejaron en el quechemarín. Bien caro pagó el zagal la travesura de una noche.

Comentario [Librodot-6]:

Embarcación chica de dos palos con velas al tercio, algunos foques en un botalón a proa y gavias volantes en tiempos bonancibles.

-En verdad que fue una cosa cruel y bien cruel lo de pegarle un tiro a un mozo tan joven -dijo Ratsey dando un paso atrás para apreciar el efecto que hacía un pabellón que estaba cincelando en la goleta de los carabineros-, y te diré que nada bueno espera a los otros pobres diablos a quienes apresaron, porque, según el licenciado Empson, es seguro que tres de ellos serán ahorcados tras la próxima audiencia. Recuerdo -prosiguió- que, hace treinta años, después de la escaramuza aquella del *Royal Sophy y* el *Marnhull,* colgaron a cuatro de los contrabandistas, por cierto que allí fue donde mi padre pilló el mal aire que había de llevárselo de este mundo, por ir a ver cómo colgaban en Dorchester a los pobres desgraciados y quedarse con agua del río Frome hasta las rodillas, porque había venido tal multitud de toda la comarca que no quedaba sitio en tierra firme. ¡Ea, ya está! -dijo volviendo a la lápida-. El lunes retocaré las portañolas en negro y daré una pincelada de rojo al pabellón para que resalte; y ahora, hijo, como me has ayudado con la linterna, ven a la ¿Por qué no? pues he de charlar con Elzevir que, en su dolor, mucho necesita que la conversación de sus buenos amigos le levante el ánimo, y un buen vaso de ginebra de Holanda habrá para mantener a raya a los fríos otoñales.

Comentario [Librodot-7]:

Cañonera, tronera.

Yo no era más que un mocito y me pareció un gran honor que me invitasen a la ¿Por qué no? ¿Acaso tal invitación no me elevaba súbitamente a la dignidad de hombre hecho y derecho? ¡Ay, dulce adolescencia, qué deseosos estamos, cuando muchachos, de abandonarte y cuánto te añoramos, antes incluso de que nuestra carrera de hombres haya llegado a la mitad! Sin embargo no era mi complacencia completa porque temía hasta el pensamiento mismo de lo que diría mi tía Jane si llegara a saber que había estado en la ¿Por qué no? Y, además de eso, tenía cierta prevención contra el adusto Elzevir Block, a quien la muerte de David había vuelto mil veces más sombrío y taciturno.

El verdadero nombre de la posada no era el de ¿Por qué no? sino el de Las armas de Mohune. Como ya he dicho, en tiempos pasados el pueblo entero pertenecía a la casa de los Mohune, que arrastró a Moonfleet en su decadencia. Las grises ruinas de su casa solariega se alzaban en la ladera de la colina que dominaba el pueblo y el hospicio que mandaron construir se hallaba media calle abajo, con su patio desierto, invadido por las malas hierbas. De la iglesia

a la posada no había edificio en el pueblo que no luciese el blasón y el lema de los Mohune, pero tampoco lo había que, con esa impronta, no diese también testimonio de abandono y ruina. Y, llegado a este punto, preciso será que diga unas palabras de ese blasón porque, como verán, había de lucirlo durante toda mi vida y llevar su emblema hasta la tumba. Las armas de los

Librodot

Mohune consistían simplemente en una gran letra «Y» negra en un campo de plata o blanco. Yo lo llamo una letra «Y», si bien el reverendo Glennie me explicó en una ocasión que no era tal, sino lo que en heráldica se conoce como *perla*. Fuera perla o no, cualquiera habría visto en ella una «Y» de color negro, con las ramas ensanchadas en cada uno de los cantones superiores del escudo y un palo central que llegaba hasta su punta. Podía verse ese blasón grabado en la casa solariega y en los sillares y la viguería de la iglesia, así como en una veintena de casas del pueblo y en la enseña que colgaba sobre la puerta de la posada. Todo el mundo conocía la «Y» de los Mohune en millas a la redonda, y como un propietario de antaño diera por chanza en llamar a la posada la ¿Por qué no?, por aquel nombre se la conoció desde entonces.

Más de una vez, en las veladas de invierno, cuando los hombres estaban bebiendo en la ¿Por qué no?, me había quedado yo fuera oyéndoles cantar *Mullidas piedras o Una, dos y tres se menean las garrafas,* u otra de las tonadas que suelen cantar los marineros de la costa occidental. La letra de esas canciones no tiene pies ni cabeza y poco o ningún sentido por en medio. Uno de los hombres solía entonar la melodía y los otros se sumaban en un coro solemne, pero no se propasaban con la bebida, pues si a Elzevir Block no le gustaba emborracharse menos aún le gustaba ver a sus huéspedes borrachos. Las noches de cánticos se caldeaba la estancia de modo tal que el vaho se espesaba detrás de los cristales y resultaba imposible distinguir el interior, pero en otras ocasiones, cuando la compañía no era tan numerosa, solía yo escudriñar por entre las cortinas rojas y veía a Elzevir Block y a Ratsey jugando a las tablas reales en la mesa de caballetes, al amor del fuego. En esa mesa había puesto Block el cadáver de su hijo y algunos refirieron que, al mirar aquella noche por la ventana, habían visto al padre lavar la sangre que apelmazaba los rubios cabellos del muchacho y hablar entre gemidos a aquel cuerpo sin vida que ya no podía entenderle. El caso es que poco se había bebido en la posada desde aquel día porque Block había ido tornándose cada vez más silencioso y taciturno. Nunca había corrido en pos de parroquianos y ahora le fruncía el ceño a cuantos acudían, de modo que los hombres consideraron la ¿Por qué no? como un lugar marcado por la desgracia y se iban a beber a Las tres chovas de Ringstave.

Yo tenía un nudo en la garganta cuando Ratsey levantó el pestillo y me llevó a la sala de la posada. Era una estancia baja de techo y suelo enarenado, cuya única luminaria eran las claras y suaves llamas que brotaban del fuego de leña, arrojada por la mar, que ardía en el hogar y a las que la sal daba bordes azulados.

Había unas cuantas mesas a ambos lados de la habitación y sillas de madera alrededor de las paredes; Elzevir Block, que estaba sentado junto a una mesa de caballetes, al lado de la chimenea, fumaba una larga pipa y miraba el fuego. Era un hombre de cincuenta años, de greñas entrecanas, una cara ancha y no provista de gentileza, rasgos regulares, cejas hirsutas y la más espléndida frente que yo nunca haya visto. Tenía una complexión robusta, que todavía denotaba un vigor inmenso, y no en vano en toda la comarca se referían historias sobre su valor y fortaleza fuera de lo común. Los Block se habían transmitido el arrendamiento de la ¿Por qué no? de padres a hijos, desde hacía muchos años, pero la madre de Elzevir era oriunda de los Países Bajos y ello explicaba tanto su poco corriente nombre de pila como su conocimiento del holandés. Pocos eran los que le conocían verdaderamente y los lugareños solían preguntarse cómo lograba mantener abierta la ¿Por qué no? con tan reducida parroquia. Lo cierto era que nunca parecía faltarle el dinero y los testimonios sobre su fuerza también hablaban de las viudas y enfermos que habían recibido el auxilio de ciertos dones de desconocido origen e insinuaban que bien pudiera no ser ajeno a algunos de ellos Elzevir Block, con toda su gravedad y silencio.

Al entrar nosotros se dio la vuelta y al ponerse en pie mis temores me hicieron pensar que su expresión se ensombreció al verme.

-¿Qué quiere este muchacho? -espetó a Ratsey.

Comentario [Librodot-8]:

Pieza principal formada por media banda, media barra y medio palo, algo menores, reunidos por uno de sus extremos en el centro del escudo, formando una Y griega.

Comentario [Librodot-9]:

La letra «Y» se pronuncia *uai* en inglés, lo que viene a ser la misma pronunciación figurada que la del adverbio interrogativo *why,* que significa `por qué', de ahí el juego de palabras intraducible. *(N. del T.)*

Comentario [Librodot-10]:

El juego de las tablas, de origen árabe, es el que se conoce actualmente como *backgammon,* que significa juego de vuelta, porque las piezas deben, en cierta fase de la partida, volver a entrar en el tablero. *(N. del T.)*

Librodot

-Quiere lo mismo que yo: ni más ni menos que un vaso de leche del Ararat para precaverse de los fríos del otoño -repuso el sacristán, arrimando otra silla a la mesa de caballetes.

-La leche de vaca es lo mejor para niños como él -fue la respuesta que dio Elzevir, al tiempo que tomaba dos candelabros de latón de la repisa de la chimenea, los colocaba en la mesa y encendía las bujías con un tizón del hogar.

-John ya no es un niño; tiene la edad de David y viene conmigo porque me ha estado ayudando a acabar su lápida. Ya la he rematado y sólo me resta iluminar los barcos, de modo que, si Dios quiere, antes del lunes por la noche, estará plantada como es debido en el cementerio y el pobre mozo podrá descansar en paz con el convencimiento de que lo hace bajo la mejor pieza salida de las manos de maese Ratsey, con los versos del párroco para exponer la vergonzosa forma en que se puso fin a sus días.

Me pareció que Elzevir se enternecía un poco al oír a Ratsey hablar de su hijo y dijo:

-Ay, David, descansa en paz, que serán los que te mataron los que no han de tenerla cuando les llegue la hora. Y tal vez esté ese momento más cercano de lo que ellos piensan -añadió hablándose más a sí mismo que a nosotros.

Yo sabía que estaba aludiendo al señor Maskew y recordaba que algunos habían recomendado al juez de paz que no se atravesase en el camino de Elzevir porque nadie sabe de lo que es capaz un hombre desesperado. A pesar de todo, ya se habían encontrado los dos en la calle del pueblo después de aquello, sin que mediara más que una mirada amenazadora de Block.

-¡Vamos, hombre! -interrumpió el sacristán-, fue el acto más innoble que pueda cometer un ser humano; mas no has de darle más vueltas al caletre a cuenta de lo ocurrido ni calcular cómo vengarte. Déjaselo a la Providencia porque Él, que en su sabiduría, permite que tales cosas ocurran, velará sin duda por que tengan su debida sanción. «Mía es la venganza, yo repararé», dice el Señor. -Y, tras estas palabras, se quitó el sombrero y lo colgó de un gancho.

Comentario [Librodot-11]:

Deuteronomio *3235. (N. del T.)*

Block, sin contestar, puso tres vasos en la mesa y luego cogió una botella de cuello largo de un aparador y sirvió un vaso para Ratsey y otro para él. Llenó a medias el tercero y lo deslizó sobre la mesa en mi dirección, al tiempo que decía:

-Aquí tienes, mozo, si lo quieres; puede que no te haga ningún bien, pero tampoco te ha de hacer mal.

Ratsey alzó su vaso apenas servido. Olió el licor y chasqueó los labios con fruición.

-¡Oh exquisita leche del Ararat! -exclamó-, es dulce pero recia y reconforta el corazón. Y ahora, John, tráenos las tablas reales y ponlas encima de la mesa.

Pusiéronse al punto a jugar y yo casi me atraganté con el medroso sorbo que diera al licor, pues no estaba acostumbrado a tan generosos brebajes y aquél abrasaba la garganta. Ninguno de los dos hombres abría la boca y sólo se oía el repiqueteo constante de los dados y el roce de las piezas con el tablero. De vez en cuando uno de los jugadores hacía una pausa para encender la pipa y, al final del juego, anotaban los tantos en la mesa con un trozo de tiza. Me quedé allí mirándolos durante una hora, pues yo también sabía jugar y tenía interés por el juego de tablas reales de Elzevir por haber oído hablar de él.

El juego había formado parte del mobiliario de varias generaciones de posaderos de la ¿Por qué no? y tal vez hubiera servido como pasatiempo a algunos caballeros durante la guerra civil. Tanto el tablero como los dados y las fichas estaban hechos de madera de roble, negra y pulida, pero alrededor del borde se había taraceado, en madera más clara, una inscripción en latín que no pude entender, a pesar de haberla leído aquella primera velada en la posada, hasta que el señor Glennie me la tradujo. Como más tarde tuve sobrados motivos para recordarla, la reproduciré aquí en latín para aquellos que lo conozcan: *Ita in vita ut in lusu aleae pessima factura arte corrigenda est,* lo cual, según la traducción del señor Glennie, puede traducirse en nuestra lengua

Comentario [Librodot-12]:

La guerra civil en Inglaterra *(16421649)* fue el resultado del enfrentamiento del rey Carlos I con el parlamento, y reflejó el conflicto entre las prerrogativas reales que el monarca entendía ejercer *y* el auge del individualismo surgido de la Reforma *y* promovido por los puritanos desde el parlamento. Tras la decapitación de Carlos I, en *1649,* Oliver Cromwell *(15991658),* a cuyo mando estaba el ejército parlamentario que derrotó a las fuerzas reales en Marston Moor (1644) y Naseby (1645), se erigió en Lord Protector de la Commonwealth de Inglaterra, Escocia e Irlanda, y que el pueblo inglés vivió como una dictadura militar y a la que puso fin, tras un año de gobierno de Richard Cromwell, hijo de Oliver, la restauración de la dinastía Estuardo en 1660. *(N. del T.)*

Librodot

como: «En la vida, como en un juego de azar, el arte consiste en sacar partido de los lances más desafortunados.»

Al cabo de un rato Elzevir levantó la cabeza y me dijo, no sin cierta amabilidad:

-Mocito, ya va siendo hora de que te recojas, pues dicen que Barbanegra sale en las primeras noches del invierno y algunos se han dado de narices con él entre esta casa y la tuya.

Como vi que quería librarse de mi presencia, di a ambos las buenas noches y me fui hasta mi casa a todo correr, aunque no lo hice por miedo a Barbanegra, pues Ratsey me había explicado con frecuencia que, a menos que uno pasase de noche por el cementerio, no había riesgo alguno de encontrarse con la aparición.

Barbanegra era uno de los Mohune, que había muerto hacía un siglo y estaba enterrado en la cripta que se encontraba bajo la iglesia, junto con otros miembros de su familia, donde no encontraba reposo, según algunos, porque siempre estaba buscando un tesoro perdido y, según otros, por la desmedida maldad de la que había dado pruebas en vida. Si era esta última la verdadera razón, muy malvado debía haber sido en verdad, porque, antes y después que él, han muerto Mohunes cuya maldad era más que suficiente para no avergonzarse de la compañía de nadie, ni en su propia cripta ni en cualquier otro lugar. Se decía que en las noches oscuras de invierno podía verse a Barbanegra cavando la tierra del cementerio, a la luz de una vetusta linterna, en busca del tesoro, y los que esto afirmaban añadían que era un hombre de estatura descomunal, negra y poblada barba, piel cobriza y unos ojos tan crueles que el desventurado en quien posase su mirada no había de vivir más de un año. Fuera como fuese, pocos eran en Moonfleet los que no darían un rodeo de diez millas, con tal de no pasar por el cementerio tras la caída de la tarde; y, en una ocasión, cuando se encontró allí una mañana de verano, tendido en la hierba, el cuerpo sin vida del tonto Jones, un pobre simple, nadie dudó de que había visto a Barbanegra durante la noche.

El señor Glennie, que era quien más sabía de esas cosas, me contó que el tal Barbanegra no era otro que cierto coronel John Mohune, que había muerto hacía unos cien años. Según él, en las terribles guerras contra el rey Carlos I, el coronel Mohune había renegado del vasallaje de su casa y abrazado la causa de los rebeldes. El parlamento dio en nombrarle alcaide del castillo de Carisbrooke y, en tal calidad, carcelero del rey, pero traicionó la confianza puesta en él. El rey llevaba siempre, escondido en sus ropas, un enorme diamante que le fuera regalado por su hermano, el rey de Francia y Mohune, enterado de la existencia de tal joya, prometió que, a cambio de ella, haría la vista gorda si Su Majestad decidía fugarse. Entonces, aquel felón, tras aceptar el soborno, volvió a traicionar y acudió con un piquete de soldados a la hora pactada para la huida del rey, sorprendiendo a Su Majestad cuando se disponía a escapar por una ventana; tras de lo cual le confinó en un pabellón, bajo la más estricta vigilancia e informó al parlamento de que sólo gracias al celo del coronel Mohune había podido impedirse la evasión del rey. Pero cuán cierto es, como suele decir el señor Glennie, que no debemos sentir envidia del hombre perverso que se deja arrastrar por los malos designios. Recayeron sospechas en el coronel Mohune; se le privó de su alcaidía y regresó a su casa de Moonfleet. Allí vivió recluido y despreciado por ambos partidos del Estado, hasta el día de su muerte, en tiempos de la gozosa restauración de Carlos II. Pero ni siquiera después de su muerte tuvo reposo porque algunos decían que había escondido en algún lugar el tesoro que le dieran para permitir la fuga del rey y que, como no se atrevía a recuperarlo, había dejado que el secreto muriese con él y, por ello, tenía que salir de su tumba para intentar encontrarlo. El señor Glennie nunca decía si se creía el cuento o no, mas apuntaba que en las Sagradas Escrituras se relatan apariciones tanto de buenos como de malos espíritus, si bien el cementerio no era un lugar muy adecuado para que el coronel Mohune buscase en él su tesoro porque, de haber estado enterrado allí, le habrían sobrado las oportunidades de encontrarlo cuando todavía estaba en vida. Sea como fuere, nada en el mundo

Comentario [Librodot-13]:

En el año 1647, tras las cruentas derrotas que habían infligido a la caballería del Rey los «cabezas redondas» *(roundheads)* puritanos, gracias a las cargas de Oliver Cromwell y sus «flancos de hierro» *(ironsides),* Carlos I había buscado refugio en la Isla de Wight, donde se encuentra el castillo de Carisbrooke, de no poca importancia para la trama de la novela, como se verá más adelante. *(N. del T.)*

me habría arrastrado a aquel paraje por la noche, a pesar de que fuera yo de día valiente como un león y soliese ir con frecuencia al cementerio, porque desde él se divisaba mejor vista de la mar. Además, también podía yo certificar la verdad del cuento, porque una vez que tuve que caminar hasta Ringstave en busca del doctor Hawkins, por haberse roto mi tía una pierna, tomé el sendero que se ciñe a la loma sobre el cementerio, que está a una milla de allí, y desde aquel lugar pude distinguir lo que, con toda certeza, era una luz que se movía de un lado a otro, alrededor de la iglesia, donde ninguna persona decente habría tenido algo que hacer a las dos de la mañana.

Librodot

2
La inundación

Entonces se hundieron con tumulto las orillas,
entonces esparcióse el roción de las rompientes,
entonces desbordáronse impetuosas aguas,
y el mundo entero se sumió en la mar.

JEAN INGELOW

Comentario [Librodot-14]:

Salpicadura copiosa y violenta de agua del mar, producida por el choque de las olas contra un obstáculo cualquiera.

Comentario [Librodot-15]:

Jean Ingelow (1820-1897). Poetisa y novelista inglesa, nacida en Lincolnshire. Su primer volumen de versos, A *Rhyming Chronicle of Incidents, and feelings,* despertó considerable interés *y* aún más el titulado *Poems.* Igual éxito alcanzaron algunas de sus novelas: *Allerton and Dreux, Stories told to a child o The Suspicions Jackdaw. (N. del T.)*

El 3 de noviembre, unos días después de la visita a la ¿Por qué no? que acabo de referir, a eso de las cuatro de la tarde, el viento, que había estado soplando del sudoeste comenzó a levantarse con grandes ráfagas. Por la mañana, los grajos nos habían avisado de la inminencia del temporal con sus locas evoluciones y, cuando salimos de las clases que el señor Glennie nos daba en el refectorio del viejo hospicio, ya volaban las hebras de paja de las techumbres y alguna que otra teja y los niños cantaban:

Sopla el viento, levántate galerna,
barco tendremos para la mañana.

Así dice el pagano romance que hemos heredado de tiempos peores; porque, aunque no diría yo que un naufragio en la playa de Moonfleet no suponía, a veces, poco menos que un don del cielo, ninguno de nosotros habría sido tan ruin como para llegar a desear que naufragase un buque para poder repartirnos el botín. Me consta, en verdad, que los hombres de Moonfleet arriesgan una y mil veces sus propias vidas para salvar las de los náufragos. Así ocurrió cuando el *Darius,* un barco que hacía la ruta de las Indias orientales, se empeñó" en las rompientes: los pobres cadáveres arrojados por la mar tuvieron cristiana sepultura y hasta una de las lápidas de maese Ratsey, en la que se consignó si era varón o hembra y la fecha del naufragio, puede verse todavía en el cementerio.

Nuestro pueblo se encuentra en medio de la bahía de Moonfleet, una amplia ensenada, de veinte millas de largo, que puede tornarse una trampa mortal para los marinos de la Mancha que tengan que vérselas con una galerna del sudoeste. Porque cuando tales vientos soplan con fuerza del mediodía y no se puede doblar el Morro, con toda seguridad se termina embarrancando, y más de un buen navío, tras no poder doblar ese punto, se ha debatido, voltejeando de un lado a otro durante toda una jornada, para terminar arrojado a la costa, por la noche. Una vez embarrancado, la mar se ceba despiadadamente con él porque hay mucho fondo hasta la costa y las olas se desploman furiosamente contra las piedras con un peso que ni la más robusta obra viva podría soportar. Luego, si los pobres diablos intentan ponerse a salvo se ven arrastrados por una terrible resaca que les precipita de nuevo contra las rompientes atronadoras. En las noches serenas, mucho después de que los vientos se hayan calmado, sigue oyéndose, hasta en Dorchester, muchas millas tierra adentro, el ruido de la resaca removiendo los guijarros. Y las gentes se revuelven en sus camas y dan gracias a Dios por no estar luchando con la mar en la playa de Moonfleet.

Mas aquel 3 de noviembre no había naufragio a la vista, sino un ventarrón que nunca viera yo antes y sólo una vez vería después. El vendaval fue arreciando durante aquella noche en la que

Librodot

pienso que nadie debió irse a la cama en Moonfleet, pues tan grande era el destrozo de tejas y vidrios y tal el estruendo de portazos y el batir de postigos que nadie pudo conciliar el sueño, asustados como estábamos de que el viento derribase las chimeneas y éstas nos aplastasen. A eso de las cinco de la mañana el viento redobló en fiereza y algunos vecinos corrieron a la calle para avisar de un nuevo peligro, porque las olas estaban rompiendo en la playa misma y cabía temer que todo el lugar quedase inundado. Algunas de las mujeres eran partidarias de abandonar el pueblo sin más y encaramarse a la colina; pero maese Ratsey, que había emprendido con otros lugareños una ronda para tranquilizar a la gente, nos mostró enseguida que la parte alta del pueblo estaba en un punto tal que si las aguas llegaban hasta allí nadie podía asegurar que no llegasen a cubrir la propia colina de Ridgedown. El caso es que, por ser aquélla una marea de primavera y romper la mar más allá del borde exterior del dique de guijarros, que era algo que no había ocurrido desde hacía más de cincuenta años, había en la laguna tanta agua embalsada que, rebosando sus orillas, inundó todos los prados e incluso la parte baja de la calle. Al despuntar el día, el cementerio estaba inundado, a pesar de encontrarse en un altozano, la propia iglesia asomaba como un abrupto islote y el agua llegaba por encima del umbral de la ¿Por qué no?, sin que Elzevir Block diese pruebas de la menor inquietud, pues, según decía, se le daba un ardite que la mar lo llevase. No más de nueve horas duró aquel desencadenamiento de los elementos porque de pronto cedió el viento; las aguas comenzaron a refluir, púsose a brillar el sol y antes del mediodía estaban ya todos los lugareños ante sus puertas para ver la inundación y comentar lo sucedido durante el temporal. La mayoría opinaba que nunca se había sabido de vendaval tan fiero, aunque los más viejos recordaran uno, durante el segundo año de la reina Ana, que, según ellos, había sido igual o peor. Fuera o no la peor el caso es que aquella tempestad tuvo grandes consecuencias para mí pues, como verán, había de cambiar el curso de mi vida.

Comentario [Librodot-16]:

Ana Estuardo (16651714), hija de Jacobo II y hermana de María, sucedió a Guillermo III en 1702. Durante su reinado se consuma la unión política de Inglaterra y Escocia, en 1707, *y* se inicia una era de gran auge intelectual tanto en las ciencias (Newton, Halley) como en las letras (Swift, Pope, Defoe). Durante el reinado de Ana se asiste también a las victorias militares inglesas del celebrado duque de Marlborough (el popular Mambrú), cuya esposa, Sara Jennings, fue favorita de la reina. El memorable temporal al que se refieren los viejos del lugar debió ser pues en 1704, es decir *54* años antes del momento de la acción. *(N. del T.)*

Como ya he dicho subieron tanto las aguas que la iglesia surgía en medio de ellas como una isla; pero retrocedieron enseguida, de modo que el señor Glennie pudo celebrar el servicio el siguiente domingo por la mañana. Pocos eran habitualmente los que frecuentaban la iglesia de Moonfleet, pero aquella mañana eran aún menos porque los prados que se extendían entre la iglesia y el cementerio estaban todavía anegados por la inundación. Las algas, que habían llegado a enredarse hasta en las lápidas, se agolpaban contra el muro exterior de la iglesia en una pila enorme de la que emanaba ese olor salado y rancio, parecido al de los huevos de pájaro bobo, que siempre queda en el aire cuando un temporal del sudoeste deja la costa cubierta de sargazo.

La iglesia no tiene nada que envidiar en sus proporciones a ninguna otra que yo haya visto y está dividida en dos partes por una celosía de piedra. Tal vez Moonfleet fuera en otros tiempos un pueblo grande y hubiera en él feligreses suficientes para llenar tamaña iglesia pero nunca, que yo recuerde, vi a nadie asistir al servicio en ese lugar llamado «la nave». Aquella parte, situada al oeste, estaba vacía, salvo por unas cuantas tumbas vetustas y el real blasón de la reina Ana; el pavimento estaba húmedo y cubierto de musgo y la lluvia había dejado manchas verduzcas, al pie de las paredes blancas. Los contados fieles que acudían a la iglesia preferían situarse al otro lado de la celosía, en el presbiterio, donde al menos las losas sobre las que descansaban los bancos estaban cubiertas de tablas y el artesonado de roble cerraba el paso a las corrientes.

Pues bien, aquel domingo por la mañana, pienso que sólo tres o cuatro personas, aparte del señor Glennie, Ratsey y media docena de muchachos, entre los que me contaba yo, cruzaron el barrizal de los prados, sorteando los cuerpos de topos y musarañas ahogados. Ni siquiera mi tía fue a la iglesia, pues tenía jaqueca, perdiéndose así una sorpresa, porque los

que acudieron pudieron ver a Elzevir Block sentado solo en un banco. Todo el mundo se quedó atónito al encontrarlo allí, pues nadie lo había visto jamás en la iglesia y el pueblo se dividía entre los que decían que era católico y los que sostenían que era un infiel. El caso es que allí se encontraba aquel día, deseoso quizá de mostrar su agradecimiento al párroco, que había

Librodot

escrito los versos grabados en la lápida de su David. No parecía reparar en nadie ni saludó a los que entraban, como se solía hacer en la iglesia de Moonfleet, sino que mantuvo la mirada fija en un libro de oraciones que tenía en sus manos, sin seguir al oficiante, pues en ningún momento pasó la página.

Era tal la humedad de la iglesia, después de la inundación, que maese Ratsey había encendido el brasero que se encontraba en la parte de atrás y al que de ordinario sólo se recurría bien entrado el invierno. Los muchachos nos sentamos lo más cerca que pudimos del brasero porque de las losas del pavimento subía una humedad glacial y, además, estábamos tan lejos del clérigo y tan bien escondidos detrás de los respaldos de madera de roble, que podíamos asar una manzana o una castaña sin temor de que nos sorprendiesen. Pero aquella mañana algo más nos daba qué pensar, y era ello que, desde el principio mismo del servicio, reparamos en un ruido extraño en los bajos de la iglesia. La primera vez que lo oímos fue cuando el señor Glennie estaba concluyendo el «Bienamado Señor» y luego lo volvimos a oír antes de la segunda lectura. No era un ruido fuerte, sino parecido al que se produce, cuando se tocan, al balancearse, dos barcos atracados, aunque éste era más profundo y con una resonancia más hueca. Entonces nos miramos unos a otros, pues, por conocer de sobra lo que había debajo de la iglesia, sabíamos que el ruido sólo podía venir de la cripta de los Mohune. En Moonfleet nadie había visto el interior de aquella cripta, pero Ratsey sabía por su padre, sacristán como él, que llegaba hasta la mitad del presbiterio y que yacían en ella más de dos decenas de Mohunes. Hacía a la sazón más de cuarenta años que no se había abierto, desde el entierro de Gerald Mohune, que murió de un derrame debido a lo mucho que abusara de la bebida en las carreras de Weymouth; pero también se refería que, muchos años atrás, una tarde de domingo, había salido de la cripta un gran grito, tan horrible y sobrenatural que párroco y feligreses levantáronse al punto y huyeron despavoridos de la iglesia y no volvieron a celebrar el culto allí durante varias semanas.

Todas aquellas historias se nos venían a las mientes y nos apelotonábamos unos contra otros buscando el calor del brasero y preguntándonos si no tendríamos que huir de la iglesia a la carrera. Lo cierto era que algo se agitaba en la cripta de los Mohune, *cuyo* único acceso era la losa provista de una argolla que se encontraba en el piso del presbiterio y que no se había levantado en los últimos cuarenta años.

Sin embargo nos lo pensamos mejor y no nos movimos, aunque, alzándome y mirando por encima del respaldo de los asientos, pude comprobar que no sólo nosotros estábamos inquietos pues la abuela Tucker daba tales respingos al oír los golpes que en dos ocasiones sus anteojos se le saltaron de la nariz al regazo y maese Ratsey parecía querer tapar el ruido con otro que él hacía restregando sus pies contra el suelo o dándole una enérgica palmada a su breviario. Pero lo que más me sorprendió fue que hasta Elzevir Block, del que se decía que tanto se le daba Dios como el diablo, parecía inquieto y echaba una rápida ojeada a Ratsey cada vez que se reproducía el ruido.

Así que nos quedamos sentados hasta bien entrado el *sermón del señor* Glennie. Su *prédica* me pareció interesante, a pesar de ser yo sólo un muchacho, porque comparaba la existencia de la letra «Y» y afirmaba que en la vida de todo hombre llega un momento en que dos sendas se bifurcan como en los palos de una «Y» y que a cada cual le cabe decidir si ha de seguir el ancho y sinuoso camino de la izquierda o el áspero y estrecho sendero de la derecha. Porque, según decía, «si miráis en vuestros libros veréis que la letra "Y" no es como la de los Mohune, que tiene los dos palos iguales, sino que el de la izquierda es más ancho y sinuoso que el de la derecha, y de ello deducen los antiguos filósofos que ese palo de la izquierda presenta la senda reposada que conduce cuesta abajo a la perdición, mientras que el de la derecha es el estrecho sendero por el que se asciende a la vida». Apenas habíamos oído aquello nos pusimos todos a buscar una «Y» mayúscula en nuestros libros de oraciones y la abuela Tucker, que no podía distinguir una A de una B, se afanó ostentosamente en enredar con su libro para que la gente pensase que sabía leer.

Librodot

Y en aquel preciso momento retumbó en las profundidades un ruido más fuerte que los anteriores, un sonido hueco y estridente, como el grito de dolor de un anciano. Al punto la abuela Tucker se puso en pie de un salto y empezó a gritar en plena iglesia al señor Glennie:

-¡Reverendo! ¿Cómo puede quedarse ahí predicando cuando los *Moons se* están alzando en sus tumbas? -y salió corriendo de la iglesia.

Aquello fue más de lo que los demás podían soportar y todos emprendieron la huida, con la señora Vining al frente, que iba gimiendo:

-¡Ay, Señor, terminaremos todos estrangulados, como el tonto Jones!

Así que, un minuto después, no quedaba nadie en la iglesia salvo el señor Glennie, Ratsey, Elzevir Block y un servidor. Yo no corrí: en primer lugar, porque no quería quedar como un cobarde delante de los mayores; en segundo lugar, porque, pensaba yo, si Barbanegra venía, la emprendería antes con los hombres que con un muchacho; y, en tercer lugar, porque si se llegaba a las manos Block tenía fuerza suficiente para dar cuenta incluso de un Mohune. Siguió pues el señor Glennie con su sermón, como si no hubiese oído ruido alguno ni visto a los feligreses abandonar la iglesia, y cuando hubo concluido, Elzevir se marchó y yo me quedé para oír lo que el pastor diría a Ratsey acerca de los ruidos en la cripta. El sacristán ayudó al señor Glennie a quitarse la sobrepelliz y, al verme allí, al lado suyo, atento a cuanto ocurría, dijo:

-El Señor nos ha enviado sus ángeles réprobos. Es terrible en verdad, reverendo Glennie, oír cómo se agitan los difuntos bajo nuestros pies.

-Vamos, vamos -respondió el pastor-, sus temores, y no otra cosa, son los que hacen esos ruidos tan temibles para el vulgo y, por lo que se refiere a Barbanegra, no es mi propósito entrar en la cuestión de si, a veces, no les es dado a los hombres ver errar almas en pena, en busca de reposo, pero sí puedo afirmar que tales ruidos son ciertamente obra de la naturaleza, al igual que el clamor de las olas al romper en la playa. Con la inundación la cripta se ha llenado de agua y los féretros, al flotar, se ven arrastrados por corrientes que desconocemos y chocan entre sí. Como están huecos, producen los sonidos que se han oído y ahí tenéis vuestros ángeles réprobos. Cierto es que los muertos se agitan bajo nuestros pies, pero si lo hacen es porque no pueden evitarlo ya que son juguetes del agua. ¡Vaya, Ratsey, vergüenza debería darle asustar a un muchacho con esas simplezas de espíritus, cuando basta la triste realidad!

Me pareció que el párroco decía la verdad y nunca dudé de que estuviese en lo cierto. Así se explicaba pues el misterio, si bien ello no lo hacía menos temible y me estremecía el pensamiento de los Mohune bogando en sus féretros y entrechocándose en la oscuridad. Podía imaginarme todas aquellas generaciones de ancianos y niños, hombres y mujeres, reducidos a la condición de pobres osamentas, flotando cada uno en su caja de madera podrida, y al propio Barbanegra, en un enorme féretro, mayor que el de los demás, embistiendo a los más endebles, como uno de esos barcos que, al cabecear, en mar gruesa, entre dos olas, embisten a la chalupa que se les arrima para abordarlos. Me imaginaba, por añadidura, las tinieblas en las que estaba sumida la cripta, el aire cautivo y el agua negra y corrompida, que casi había de llegar al techo y en la que tan macabros esquifes navegaban.

Comentario [Librodot-17]:

Embarcación pequeña dotada de cubierta y con dos pequeños palos para vela a modo de Goleta.

Ratsey parecía algo abatido por lo que el señor Glennie había dicho, pero decidió poner buena cara y repuso:

-Señor, yo sólo soy un pobre diablo y nada sé de las inundaciones, corrientes y otros misterios de la Naturaleza a los que os referís, pero, con el debido respeto, creo que bueno es tener en cuenta los signos que se nos dan y siempre se ha dicho «Cuando los *Moons* se agitan, Moonfleet llora» y también he oído a mi padre decir que la última vez que se movieron, que fue en el segundo año de la reina Ana, la tempestad se llevó los tejados que tenían las gentes sobre la cabeza. Y en cuanto a lo de amedrentar a los muchachos, me parece que no está de más que los

Librodot

rapaces traviesos aprendan a tener el debido respeto de ciertas cosas y a no meterse en lo que no les importa, si es que quieren librarse del mal.

Estas últimas palabras las profirió con lo que me pareció un gesto de advertencia hacia mí, aunque no supe entonces a qué se refería. Luego, con un resoplido, se fue con Elzevir, que lo estaba esperando fuera, mientras yo acompañaba al señor Glennie, llevándole la sobrepelliz hasta su casa, en el pueblo.

El señor Glennie siempre era muy amable y considerado conmigo y me hablaba como a un igual, lo que se debía, a mi parecer, a que nadie en el vecindario poseía sus conocimientos, de manera que igual le daba hablar a un muchacho ignorante que a un hombre ignorante. Una vez que dejamos atrás la cancela del cementerio, cuando ya estábamos atravesando los prados enfangados, le pedí de nuevo que me relatase cuanto supiera de Barbanegra y su tesoro perdido.

-Hijo mío -contestó-, todo lo que he podido averiguar es que el coronel John Mohune, a quien el vulgo estúpidamente ha apodado Barbanegra, fue el primero en mermar la fortuna familiar con sus excesos, llegando incluso a dejar que cayesen en ruinas los hospicios y expulsando a los menesterosos que en ellos se encontraban. Si las crónicas no mienten era un hombre malvado que, además de innumerables fechorías de menor cuantía, tenía las manos manchadas de sangre de un leal servidor del que se deshizo porque había llegado por azar a oídos del desdichado alguno de los culpables secretos de su amo. Al final de su vida, atormentado por el miedo y el remordimiento, como siempre termina por ocurrir a los que hacen mal, mandó llamar al rector Kindersley de Dorchester para que, a pesar de ser protestante, le oyese en confesión, y le manifestó su deseo de reparar sus crímenes, destinando el tesoro, que con tan malas artes había obtenido del rey Carlos y que era a la sazón lo único que le quedaba, a la restauración y el amparo de los hospicios. Redactó pues, con este propósito, un último testamento, en el que, por lo que he podido leer, sólo se refiere al tesoro como el diamante, sin decir dónde se encontraba éste. Sin duda pretendía recuperarlo él mismo para luego venderlo y dedicar el producto de la venta a su loable propósito, pero la muerte lo llamó súbitamente a rendir cuentas de sus actos, antes de poder hacerlo. Por eso dicen que no puede descansar en su tumba, pues no había podido proceder siquiera a tan tardía reparación, y que no yacerá en paz hasta que no se halle el tesoro y se destine al socorro de los pobres.

Mucho me dio que pensar el relato del señor Glennie y me preguntaba dónde podría haber escondido Barbanegra su diamante y si no podría yo encontrarlo algún día y hacerme rico. Al mismo tiempo mi perplejidad aumentaba cuando consideraba los ruidos que habíamos oído debajo de la iglesia y la explicación que de ellos diera el buen párroco Glennie; porque, como he dicho, el ruido tenía resonancias profundas como de algo hueco y no me parecía propio de unos féretros podridos. Más de una vez había visto cómo Ratsey, al cavar una tumba, sacaba trozos de féretros y, a veces, placas cuyas mohosas inscripciones mostraban que no habían pasado tanto tiempo bajo tierra: pues bien, la madera de aquellos féretros estaba bastante deteriorada y descompuesta. Así se presentaban los que habían estado bajo tierra y que por tanto eran presa más fácil de la podredumbre, pero el caso es que cuando hubo de abrir la parte superior del sepulcro de ladrillo del viejo Guy para colocar en él a su viuda, maese Ratsey me dejó atisbar el interior y reparé en que el féretro estaba lleno de grietas y combaduras, de modo tal que un buen golpe lo habría hecho añicos. ¿Qué pensar entonces de los féretros de los Mohune, entrechocándose con un sonido tan rotundo como el de un tambor, como si todavía estuviesen intactos y herméticamente cerrados, cuando habían permanecido abandonados durante generaciones y generaciones y deberían estar deshaciéndose como yesca? Pero el señor Glennie debía tener razón porque de no ser los féretros ¿qué podía producir aquel ruido?

Al día siguiente a aquel en que oyéramos los sonidos en la iglesia, que era un lunes, tan pronto como acabó la escuela matinal, corrí por la calle abajo y por los prados, hasta el cementerio, con la intención de escuchar, desde fuera de la iglesia, si los Mohune seguían

Librodot

agitándose. Y fuera de la iglesia debía ser, porque, después de lo que había dicho acerca de los muchachos que se metían en lo que no les importaba sabía que Ratsey no me dejaría la llave, aunque la verdad es que no sé si me habría aventurado a entrar yo solo, aun teniéndola.

Cuando llegué jadeando a la iglesia, tendí el oído en primer lugar por la fachada más cercana al pueblo, que era la orientada al norte; pegué la oreja al muro y luego me tendí en el suelo, entre la hierba crecida y húmeda, para poder captar el menor sonido, mas no pude oír nada, así que llegué a la conclusión de que los Mohune habían vuelto a su eterno reposo, a pesar de lo cual rodeé la iglesia y me puse a escuchar también por la fachada sur, que miraba a la mar, por si acaso sus señorías habían decidido irse hacia aquel lado y estaban allí codeándose unos con otros. Di la vuelta a la esquina y me alegré de salir de la fría sombra al sol que brillaba en el mediodía, pero allí me esperaba una sorpresa porque, al rodear un voluminoso contrafuerte que sobresalía de la pared, me topé con dos hombres que no eran otros que Ratsey y Elzevir Block. Los pillé desprevenidos y he aquí que maese Ratsey estaba también tendido en el suelo con la oreja pegada al muro, mientras que Elzevir, apoyado en el costado del contrafuerte fumaba y observaba de vez en cuando la mar con un catalejo que tenía en la mano.

Tenía yo tanto derecho como Ratsey o Elzevir a estar en el cementerio, pero, como si me hubiesen sorprendido en alguna mala acción, sentí que una súbita oleada de vergüenza había arrebolado mi rostro. Lo primero que se me ocurrió fue darme la vuelta y emprender la fuga, pero terminé quedándome donde estaba pues ya me habían visto, de modo que les di los buenos días. Maese Ratsey se puso en pie con la agilidad de un gato y, si no hubiera sido un hombre hecho y derecho, habría pensado que también se ruborizaba, porque tenía la cara muy colorada, tal vez por haber estado tumbado en el suelo. Pude ver que estaba un poco molesto y algo desconcertado, pero me dijo «Buenos días, John», con tono desenfadado, como si para él fuese la cosa más corriente encontrarse allí, tendido en el cementerio, con la oreja pegada a la pared, una mañana de invierno.

-Buenos días, John -dijo pues-. ¿Qué te trae por el cementerio en esta hermosa mañana?

Yo repuse que había venido a ver si los Mohune seguían moviéndose.

-Pues eso no puedo decírtelo -replicó Ratsey-, porque no quiero perder el tiempo con tan vanas cuestiones y he de examinar este muro para ver si las aguas no lo han dañado y necesita apuntalamiento, así que, si tienes tiempo de callejear un poco esta mañana, vuélvete a mi taller y tráeme un martillo de albañil que me he dejado allí para que pueda ver el estado en que se encuentra este mortero.

Yo sabía que lo del apuntalamiento no era más que una excusa porque el muro tenía la firmeza de una roca, pero no me parecía mal tomarle la palabra y retirarme de un lugar en el que, a todas luces, no se deseaba mi presencia. En realidad pronto había de tener la prueba de que se estaba burlando de mí porque los dos hombres ni siquiera esperaron verme volver con el martillo, y apenas había llegado al primer prado, en el camino de vuelta, cuando me topé con ellos. Maese Ratsey se excusó de nuevo con el pretexto de que en aquel momento no necesitaba el martillo porque había llegado a la conclusión de que sólo se necesitaban resanar algunas grietas con mortero fresco.

-Pero, si no tienes otra cosa que hacer, John -añadió-, podrías venir mañana para ayudarme a poner bancos nuevos en el *Petrel,* pues buena falta le hacen.

Volvimos, pues, los tres juntos al pueblo y, al mirar yo a Elzevir, mientras maese Ratsey disimulaba, me pareció ver un destello de sorna bajo su poblado entrecejo, como si le divirtieran los apuros del otro.

Librodot

3
Un descubrimiento

Ciertos audaces aventureros
su exiguo feudo desdeñan
y vislumbrar tierras nuevas osan;
mas, en su carrera, miran atrás,
y cada viento les lleva una voz
que les arrebata de gozo y temor.

GRAY

Ya he referido que, durante el día, cuando no estaba en la escuela, solía ir al cementerio pues éste, por encontrarse en un altozano, ofrecía la mejor vista de la mar. Cuando el tiempo estaba sereno podía verse desde allí cómo los corsarios franceses se deslizaban bajo los acantilados del Morro y acechaban, al pairo, la llegada de un barco que hiciera la ruta de las Indias o de un mercante de la Mancha. En Moonfleet había pocos muchachos de mi edad y ninguno me acompañaba en esas correrías. Era yo muy dado a enfrascarme solo en mis pensamientos, y lo hacía sobre todo al aire libre, mayormente porque a mi tía no le gustaba ver a un muchacho ocioso plantar sus botas embarradas por toda la casa.

Y ocurrió que, durante unas cuantas semanas después del día en que sorprendiera a Elzevir y Ratsey, dejé de merodear por la iglesia pues temía encontrármelos de nuevo. Pero un poco más tarde reanudé mis visitas y no los volví a ver. Mi lugar favorito en el cementerio era la parte plana de una lápida allí erigida, al sudeste de la iglesia. Había oído al señor Glennie llamarla piedra de altar y cuando estaba nueva debió ser un magnífico monumento en el que se había grabado una guirnalda de frutas y flores, pero tanto había sufrido de las intemperies que nunca pude descifrar lo que tenía escrito o averiguar el nombre de quien reposaba debajo de ella. Aquél era pues mi asiento favorito, no sólo por tener una superficie plana y confortable, sino porque estaba resguardado del viento, al socaire de un tupido macizo de tejos." En otros tiempos creo que los tejos lo habían rodeado por completo, pero a la sazón habían muerto o los habían talado por el lado que daba al mediodía, de manera que, si se sentaba uno sobre la tumba se encontraba al abrigo del viento y disfrutaba, además, de una vista excelente de la mar. Por los otros tres costados los tejos crecían prietos y frondosos, rodeando la tumba con sus ramas, como el alto respaldo de una tumbona; y en muchas ocasiones, llegado el otoño, he visto cómo la losa de piedra se teñía de color carmesí de las lustrosas bayas que sobre ella habían caído y que yo a veces llevaba a casa de mi tía, quien gustaba de saborear unas cuantas con un vasito de ginebra de endrinas después de su cena dominical. Sin duda no era yo el único en tener aquella tumba como confortable asiento y mirador pues del mediodía venía un sendero bien trillado que conducía a ella, a pesar de que en ninguna de mis visitas viera a nadie.

Una tarde, a comienzos de febrero del año de gracia de 1758, estaba yo sentado en la referida tumba contemplando la mar. A pesar de estar tan poco entrado el año, el aire era tibio y apacible como el de un día de mayo y era tal la calma que desde donde estaba podía oír redoblar sobre la carreta los nabos que el tío George estaba cargando en la ladera de la colina, a eso de media milla de allí. Desde las inundaciones a las que me he referido habíamos tenido tiempo despejado con fuerte viento y poca o ninguna lluvia, de modo que, al secarse el terreno, tras las

Comentario [Librodot-18]:

Thomas Gray (17161771). Poeta inglés nacido y muerto en Londres. Uno de los mejores líricos del siglo XVIII. Sus versos elegantes y melancólicos fueron como un anuncio del Romanticismo. Fue amigo de Horace Walpole con quien visitó Francia e Italia. *(N. del T)*

Comentario [Librodot-19]:

Modo de estar quieta la nave permaneciendo con las velas tendidas y largas las escotas.

inundaciones, empezaron a abrirse grietas en la densa arcilla sobre la que se levanta Moonfleet, como sólo se ven en pleno verano. Había pues grietas al borde del sendero, en los prados que mediaban entre el pueblo *y* la iglesia *y* en el cementerio donde una de ellas se abría al lado de la propia tumba.

Debían ser algo más de las cuatro de la tarde y estaba a punto de volver a casa de mi tía a merendar cuando oí, por debajo de la losa en la que estaba sentado, el retumbo de algo que se desmoronaba y, al incorporarme de un salto, reparé en que la grieta del suelo se había ensanchado precisamente por donde tocaba la tumba y la tierra reseca había cedido y se había asentado de tal manera que había un agujero en la tierra de un pie de ancho por lo menos. Esa hendidura alcanzaba la base de la pesada losa que constituía uno de los costados de la tumba, de modo que, poniéndome a gatas, escudriñé el interior y pude ver que el agujero daba a una amplia cavidad en la tierra. Creo que nunca ha habido muchacho que, tras descubrir un agujero en el suelo o una gruta en una colina, y mucho menos un pasadizo subterráneo, no haya sentido el temerario afán de introducirse en él y descubrir adónde conducía. Así me ocurrió a mí y, viendo que se había desprendido bastante tierra como para dejar expedito el paso bajo la losa, me deslicé por el hueco con los pies por delante y tras caer sobre un montón de tierra húmeda reparé en que podía ponerme en pie debajo mismo de la tumba.

Eso era lo que me esperaba porque pensé que debajo de la tumba debía haber una cripta cuyo techo al ceder hizo caer la tierra. Pero, en cuanto mis ojos se acostumbraron a la penumbra, pude comprobar que no era tal, sino que el agujero por donde me había introducido era, ni más ni menos, que la entrada de un pasadizo que se encaminaba hacia la iglesia en una suave ondulación. La emoción y la sorpresa aceleraron los latidos de mi corazón pues comprendí que era aquél un prodigioso descubrimiento y que dicha vía oculta había de conducirme, sin duda, a cosas portentosas, entre las cuales tal vez se contase el botín de Barbanegra; porque, desde que oyera el relato del señor Glennie, no se apartaba de mis ojos la visión del diamante y de la prosperidad que éste había de depararme. El pasadizo tenía dos pasos de anchura y la altura de un hombre de buena talla y se había excavado en la tierra, sin ladrillos ni encofrado alguno, pero lo que más me sorprendía era que no presentase el aspecto descuidado, mohoso y cubierto de telarañas que cabría esperar de tal lugar, sino que parecía una senda de uso frecuente, pues en su pavimento de arcilla blanda se distinguían huellas de muchas botas y una marca como la que podía haber dejado un objeto pesado que por allí hubiese sido arrastrado.

Me adentré por el pasadizo, tendiendo el brazo ante mí, para evitar los obstáculos que pudiera encontrar en la oscuridad, y moviendo cuidadosamente los pies para no caer en alguna grieta del suelo. Mas no habría dado ni media docena de pasos cuando las tinieblas se volvieron tan densas que me entró miedo y, en vez de seguir avanzando, preferí volver hacia el resplandor que entraba por el hueco abierto bajo la tumba. Entonces me asaltó un súbito terror de la oscuridad y, sin proponérmelo siquiera, me vi trepando con hartas contorsiones hasta la tumba y no cejé hasta encontrarme de nuevo tendido en la hierba del cementerio, a la tenue luz del crepúsculo y respirando el aire tibio del atardecer.

Emprendí a la carrera el regreso a casa de mi tía, pues hacía tiempo que había pasado la hora de la merienda y además sabía que necesitaría una vela para explorar el pasadizo, pues eso era lo que me proponía, a pesar de mis recientes temores. Mi tía me recibió con aire de reprobación al verme entrar en la cocina porque era tarde y venía sudoroso. No solía hablar mucho cuando estaba enojada, pero era la suya una manera de callarse desagradable en extremo, pues sólo respondía, tras una pausa, con un sí o un no a cuanto se le preguntase. Tuvimos pues una cena bastante silenciosa porque ella ya había acabado antes de mi llegada y yo apenas probé bocado por estar absorto en la reflexión acerca de mi extraño hallazgo y parecerme, además, que el té se había quedado frío y que las otras vituallas eran poco apetitosas.

Librodot

Como pueden suponer, nada dije de lo que había visto, sino que decidí que, tan pronto como mi tía volviese la espalda, cogería una vela y un poco de yesca y pedernal y volvería al cementerio. Antes de que mi tía Jane acabara de bendecir la mesa, el sol ya se había escondido y, entonces, volviéndose hacia mí dijo con voz fría y comedida:

-John, he observado que sueles vagabundear por ahí hasta las siete y media o las ocho de la noche y he de decirte que no me parece decente que la gente joven no esté recogida a esas horas y no pienso permitir que se tenga a un sobrino mío por un trotacalles. «De tal palo tal astilla», dirán y con estas mañas empezó tu padre las andanzas que, más tarde, tan mala vida habían de dar a mi pobre hermana, hasta que la Divina Providencia se apiadara de ella llevándosela de esta vida.

Mi tía Jane solía hablar en esos términos de mi padre, al que yo ni siquiera recordaba, si bien le tengo por un hombre honrado y compañero jovial por añadidura, aunque un poco inclinado a las correrías y al contrabando.

De modo que has de entender -prosiguió-, que no pienso permitir que salgas de nuevo, ni esta noche ni ninguna, tras la caída del sol. A la cama es donde deben irse los jóvenes cuando cae la tarde, pero, si es demasiado temprano para ti, puedes quedarte conmigo una hora en la salita donde te he de leer un sermón del doctor Sherlock que, sin duda, disipará tus vanos pensamientos y te pondrá en buena disposición para disfrutar de un sueño reparador.

Con estas palabras se dirigió a la salita, tomó el libro del anaquel, lo puso sobre la mesa, en el reducido círculo de luz que proyectaba la pantalla del candelabro, y comenzó la lectura. Era ésta extraordinariamente aburrida, por mucho que ya estuviera habituado a pasar por tan enojoso trance, y la cantinela monótona de mi tía habría terminado a buen seguro por dormirme como solía, incluso sentado en una silla de duro respaldo, de no haber estado tan absorto con mi descubrimiento e irritado por la forzada demora que se me imponía en volver a él. Durante todo el tiempo en que mi tía leyó pasajes sobre las cosas del espíritu y la gracia redentora estaba pues mi mente contemplando diamantes y riquezas de toda índole, porque no me cabía duda de que el tesoro de Barbanegra debía encontrarse al final del pasadizo secreto. Cuando por fin concluyó el sermón, mi tía cerró el libro espetándome un severo «buenas noches». Estaba por darle el beso ceremonial, pero hizo como si no me viese y se levantó; así que subimos cada uno a nuestra habitación y nunca más volví a besar a mi tía Jane.

Habíase ya levantado la luna, que estaba casi llena, y en las noches de luna no tenía yo derecho a utilizar una vela para ir a la cama. Pero aquella noche no la necesité porque no llegué a quitarme la ropa pues había resuelto esperar a que mi tía estuviese dormida para luego, con espíritus o sin ellos, volver al cementerio. No quise aplazar la expedición ni siquiera hasta la mañana siguiente, por miedo a que alguien pudiese, por casualidad, alumbrar el agujero y adelantarse en el descubrimiento del tesoro de Barbanegra.

De modo que me quedé despierto en la cama observando la sombra del dosel sobre la pared enjalbegada y cómo se iba moviendo a medida que la luna seguía su curso. Por último, cuando ya rozaba la estampa del Buen Pastor, que estaba colgada sobre la repisa de la chimenea, oí los ronquidos de mi tía en su habitación y supe que el momento había llegado. Esperé, por si acaso, unos cuantos minutos, de manera que estuviese bien sumida en su primer sueño y me quité las botas deslizándome, calzado sólo con mis medias, por delante de su habitación y escaleras abajo. ¡Cómo crujieron aquella noche escalones, pasamanos y rellano y cuán estruendosos ruidos hicieron mis pies y mi cuerpo al tropezar con objetos que podría distinguir perfectamente pero contra los que el propio esfuerzo de evitarlos parecía precipitarme! Afortunadamente todavía vibraban los apacibles ronquidos y la durmiente no despertó y en verdad que si lo hubiera hecho, habría cambiado mi vida entera. Llegué con bien a la cocina y, una vez allí, me eché al bolsillo una de las mejores velas de invierno y el mechero de yesca y, al abandonar la habitación, oí el tictac familiar, que se me antojó atronador, y, levantando la vista, observé que en la esfera del viejo reloj las relucientes manecillas de latón señalaban las diez y media.

Librodot

Una vez en la calle anduve, hasta donde pude, rozando las paredes, aunque reinase un silencio sepulcral, y es que, cuando brilla la luna, cae sobre la naturaleza como una gran quietud que la deja presa de estupor en la contemplación de su propia belleza. Todo el mundo dormía profundamente en Moonfleet y no se veía luz en ventana alguna, salvo el resplandor rojizo que pude distinguir al pasar frente a la ¿Por qué no?, por lo que pensé que debía haber lumbre prendida en la habitación del fondo y deduje que Elzevir todavía no se había ido a la cama. Aquello me pareció extraño pues la ¿Por qué no? había cerrado temprano durante muchas largas noches en los últimos tiempos. Crucé la calle cautelosamente para ver lo que estaba pasando. Nada pude averiguar porque los vidrios estaban muy empañados, lo que indicaba que la concurrencia era nutrida. Además, cuando me encontraba allí, oí un murmullo de voces graves, que a juzgar por el tono, no eran ciertamente de alegres bebedores sino de hombres sobrios hablando en voz queda.

Mas era tal mi impaciencia que no pude esperar y pronto estaba atravesando los prados en dirección a la iglesia, pese a los sombríos presentimientos que me atenazaron en cuanto dejé tras de mí la última casa. Al llegar a la pared del cementerio había menguado no poco mi valor pues parecíame un acto vergonzoso venir a saquear el tesoro de Barbanegra precisamente en su lugar y hora preferidos, de modo que, al pasar por la cancela, casi esperaba que una silueta alta, hirsuta y de malévola mirada surgiera de las sombras, por la parte norte de la iglesia. Pero nada se movió y la hierba cubierta de escarcha crujió bajo mis pies cuando crucé el camposanto y caminé por entre las tumbas, muy atento a mantenerme alejado de las sombras, en dirección al oscuro macizo de tejos, al otro lado del recinto.

Al contornear los tejos distinguí frente a ellos la blancura de la tumba y, a su pie, el agujero que era tan oscuro como un parche de terciopelo negro. Entonces pensé por un momento que tal vez estuviese esperándome Barbanegra en el fondo del agujero, lo que me hizo sopesar si había de seguir o de retroceder. Pude oír el rumor del agua en la playa, que no era de olas, porque la bahía estaba llana como un espejo, sino tan sólo un ligero chapoteo en la orilla y, como cualquier excusa me parecía buena para no descender al pasadizo, por mucho que hubiese resuelto hacerlo, convine conmigo mismo que contaría hasta veinte de aquellos cabrilleos y que al vigésimo me metería por el agujero.

Sólo siete llevaba cuando perdí la cuenta porque allí, en el centro mismo de la estela que dejaba la luna sobre el agua, había un lugre" amarrado a la playa por un costado. Estaba a eso de media milla de la costa, mas no cabía dudar porque, aunque el velamen estuviese arriado, sus mástiles y quilla resaltaban en negro contra el resplandor de la luna. Era ésta una excusa excelente para demorarme porque ¿cómo no preguntarse qué barco podía ser aquél y lo que le había traído por allí? Era demasiado pequeño para ser corsario y demasiado grande para queche de pescador y tampoco podía tratarse de un guardacostas. Por añadidura era sobremanera extraño que un barco anclase en medio de la bahía de Moonfleet, por muy bonancible que fuera la noche. Luego, mientras lo observaba vi una llama azulada en la proa que sólo duró un instante, como si alguien hubiese prendido una bengala y la hubiese arrojado por la borda, pero aquello me indicó que, sin lugar a dudas, era un buque contrabandista haciendo señales bien a la costa o bien a algún secuaz en alta mar. Me volvió con ello el valor y decidí que aquel destello sería la señal que esperaba para bajar al agujero, confortándome el ánimo pensar que, si Barbanegra estaba verdaderamente esperándome, de nada serviría ya emprender la huida porque me perseguiría y a buen seguro correría más aprisa que yo. Así que eché una última mirada en derredor y, acto seguido, bajé por el agujero, de la misma forma en que bajara más temprano aquel mismo día. Y así fue cómo, en aquella noche de febrero, su servidor, John Trenchard, se encontró en pie sobre el montón de tierra caída en el fondo del agujero, mezclados el valor y la cobardía en su pecho, aunque dominase a ambos un gran deseo de encontrar el diamante de Barbanegra.

Comentario [Librodot-20]:

Embarcación usada en los mares del norte de Europa, de un solo palo y de igual figura por la popa que por la proa.

Saqué pues el mechero de yesca y la vela, comprobando con alivio, cuando la llama brilló con claridad suficiente, que nadie había a mi lado. Ante mí se abría sin embargo el pasadizo y

Librodot

¿quién podía decir lo que acechaba en la oscuridad? Mas no vacilé, sino que emprendí la aventurada expedición, a paso muy lento, por miedo a caer en alguna sima, y me daba fuerzas el pensamiento del enorme diamante que con toda seguridad me esperaba al final del pasadizo. ¿Qué no haría con tal fortuna? Compraría un rocín al señor Glennie, una barca nueva a Ratsey y un vestido de seda a la tía Jane, a pesar de que hubiera estado tan severa conmigo aquella misma noche. Me volvería el hombre más importante de Moonfleet, aun más rico que el señor Maskew, me levantaría una casa de piedra en los prados, con buena vista a la mar, y me casaría con Grace Maskew y viviría dichoso y pescaría todo el día. Seguía pues avanzando por el pasadizo, con el brazo bien tendido para proyectar por delante la luz de la vela y silbando para sentirme más acompañado, mas no vi a Barbanegra ni a ningún otro. Todo el camino estaba cubierto de huellas de pisadas y el techo renegrido por el humo de antorchas, lo que me hizo temer que algunos de los que por allí hubieran pasado antes, podían haberse apoderado del diamante. He de decir que, aunque haya referido esta expedición como si el pasadizo fuese de una milla -y ciertamente así me lo parecía a mí aquella noche-, más tarde pude cerciorarme de que no tendría más de veinte yardas. Al cabo terminé dándome con un muro de piedra, que en su día debió cerrar el camino y en el que se había practicado una abertura de forma irregular por la que se entraba en una cámara. Me apoyé en el tosco dintel, conteniendo la respiración y tendiendo la vela lo más lejos que me era posible hacia las tinieblas para ver qué suerte de lugar era antes de poner el pie en él. Pero, antes de que la luz pudiese iluminar los detalles, supe que me encontraba debajo de la iglesia y que aquella cámara no era otra cosa que la cripta de los Mohune.

Era una estancia amplia, mucho más amplia, me parece, que el aula en la que el señor Glennie impartía sus enseñanzas, pero de altura menor, pues sólo tenía nueve pies del suelo al techo. Digo suelo, pero en realidad no lo tenía, pues tratábase más bien de un piso de arena fina y húmeda. Cuando puse el pie allí mi corazón latía sin freno porque recordaba cuál era la índole del lugar en el que estaba entrando y los horrendos sonidos que de allí habían surgido aquel domingo por la mañana, tan poco tiempo atrás. Una vez hube comprobado que nada malo acechaba en los rincones oscuros, o al menos nada visible, comencé a mirar a mi alrededor y fijarme en lo que ante mí se presentaba. Las paredes y el techo eran de piedra y en un extremo había una escalera, clausurada en su cúspide por una gran losa plana, que era sin duda la misma de la argolla, que tantas veces había visto en el suelo de la iglesia. En todo el contorno había nichos labrados en la piedra con divisiones entre ellos, como las de una descomunal biblioteca que, en vez de libros, contuviese los féretros de los Mohune. Sin embargo, éstos sólo ocupaban los lados porque en el centro de la estancia había cosas muy diferentes y eran ellas docenas de barriles, barricas y toneletes estibados, desde la cuba de bodega, que podía contener treinta galones, hasta el cuñete en que sólo cabía uno. Todos ellos llevaban en la parte superior marcas de números y letras, hechas con pintura blanca, que sin duda indicaban a quien pudiese entenderlas las diversas calidades del contenido. Todo un descubrimiento en verdad y, en lugar de verme cogiendo, al final del pasadizo un cofrecillo de latón o plata que, apenas abierto, mostrase los destellos del diamante de Barbanegra, resultaba que había dado con la cripta de los Mohune y descubierto que ésta no era otra cosa que una bodega de caballeros contrabandistas, porque ciertamente a nadie que hubiese pagado el arancel se le habría ocurrido estibar licor de calidad en lugar tan vergonzante.

Comentario [Librodot-21]:

Barril pequeño y basto que se emplea para envasar aceite y otras cosas preparadas a fin de que se conserven largo tiempo.

Al contornear la pila de barricas mi pie tropezó bruscamente con el borde de una cuba que debía estar medio vacía y al punto retumbó con el mismo sonido hueco, tal vez algo atenuado, que tanto nos asustara en la iglesia aquella mañana de domingo. Habían sido pues las barricas, y no los féretros, las que se habían entrechocado y me complacía recordar cómo había razonado yo que no podía ser la madera de los ataúdes la que emitiese aquel sonido.

Parecía indudable que todo el lugar había estado sumergido porque había fango en el suelo y en las paredes viscosas y cubiertas de verdín se distinguía la marca de las aguas. A unos dos pies de la bóveda, había arraigado caprichosamente una cepa o dos de algas finas y vi cómo un pequeño cangrejo se escabullía por un rincón, pero los féretros apenas parecían haberse desplazado. Estaban dispuestos en hileras, apilados en los nichos y numerados hasta un total de veintitrés; la mayoría eran de plomo, de modo que no podían flotar, pero entre los de madera algunos se habían volcado en sus nichos y uno de ellos había flotado hasta quedar, al retirarse las aguas, de pie en el suelo, apoyado en un rincón.

Comencé por preguntarme de quién sería aquella bodega y cómo podía haberse acarreado en secreto tal cantidad de licor sin haber yo nunca visto a los contrabandistas, a pesar de que, a todas luces, hubiesen hecho de la tumba plana la entrada de su almacén, al igual que yo había hecho de ella mi mirador. Entonces recordé la forma en que Ratsey había intentado asustarme hablándome de Barbanegra y la presencia de Elzevir en la iglesia, donde nunca se le había visto, el domingo de los ruidos y los gestos de inquietud que hizo cuando se oyeron éstos, a pesar de que se le tuviese por valiente como un león, y el extraño encuentro que tuve con él y con Ratsey en el cementerio cuando maese Ratsey estaba tendido en el suelo con la oreja pegada a la pared; así que considerando todas aquellas cosas e hilvanándolas llegué a la conclusión de que Elzevir y Ratsey sabían más que nadie acerca de aquel escondite. Reflexión de la que saqué fuerzas porque comprendí que los cuentos de Barbanegra vagando o cavando entre las tumbas se habían ideado para apartar del lugar las presencias indeseables y ahora reparaba en que la luz que viera por el cementerio, aquella noche en que fui a buscar al doctor Hawkins, no era cirio de alma en pena sino linterna de contrabandista avisando del desembarco de un alijo.

Después de haber dado por resueltas tan importantes cuestiones, comencé a devanarme los sesos con la forma en que podría encontrar el tesoro y me sentí un tanto descorazonado, porque en aquel lugar no había cofrecillo ni diamante alguno, sino ataúdes y ginebra holandesa de la mejor calidad. De manera que, a falta de un plan mejor, me puse a examinar los propios féretros en busca de alguna señal y ello sin mucho provecho, porque los que eran de plomo no llevaban nombre y en los de madera, que tenían una placa, la inscripción estaba escrita en latín y tan enmohecido que no conseguía leerla.

Pronto di en arrepentirme de haber venido pues el diamante se había esfumado y era harto triste verse encerrado con tantos difuntos. También me conmovía ver jirones de estandartes y sudarios, e incluso partes de las coronas que hacía un siglo depositaron manos piadosas y que en aquel momento, deshechas y medio podridas, todavía permanecían, rezumantes de humedad sobre los ataúdes o pisoteadas sobre la arena del suelo. Había pasado ya cierto tiempo en infructuosa búsqueda y estaba decidido a abandonar mis pesquisas y volver a casa cuando el reloj del campanario dio las doce campanadas de medianoche. A buen seguro nunca hora tan adecuada para las apariciones había sonado en lugar que les fuera tan propicio. El tañido de las campanas de Moonfleet era conocido en todo el condado y la campana mejor era la del reloj. Se decía que, en tiempos en que tal vez se tañesen las campanas más a menudo que ahora, el sonido de aquélla había llevado a buen puerto a los barcos perdidos en la niebla. Aquella noche resonaba hondamente, con particular dulzura, y su eco llegaba incluso a la cripta. Bing-bong, tañía, bing-bong, desgranábanse las doce enérgicas campanadas que hacían temblar las paredes y, a continuación de los doce ecos vibrantes que las seguían, había un bordoneo y un estremecimiento del aire que no permitía al oído distinguir el momento preciso en que acababa el toque.

Tal vez estuviese turbado por lo extraño de la hora y el lugar y ello agudizase mi oído, pero lo cierto es que, antes de que la vibración de la campana se extinguiese, percibí en el aire otro sonido que rompía el impresionante silencio de la cripta. Al principio no acerté a identificar aquel nuevo sonido ni de dónde procedía pues a veces me parecía un ruido leve y cercano y otras se me

Librodot

antojaba que era un estruendo en la lejanía. Luego se fue precisando, al acercarse, y súbitamente comprendí que era de voces. Al principio debían estar muy lejos y, durante un minuto, que me pareció un siglo, no se acercaban. ¡Qué momento aquél! Incluso ahora, tantos años después, puedo recordar la angustia que me atenazó y cómo me quedé, todo oídos, desorbitados los ojos y bañada la cara en sudor frío, a la espera de quienes así se aproximaban. Era aquél el terror del conejo que, desde el fondo de su madriguera, ve brillar los ojos del hurón en la oscuridad y al que acechan fuera escopeta y lebrel. Había caído en una trampa y me constaba que los contrabandistas sabían cerrar para siempre los ojos de los curiosos y hacer callar las lenguas imprudentes y también me acordaba del pobre tonto Jones, que apareció muerto en el cementerio, y del que se dijo que aquella noche se había topado con Barbanegra.

Todos esos pensamientos surcaron mi mente en un instante, pero las voces se acercaban v oí un golpe sordo hacia la boca del pasadizo, lo que me hizo pensar que alguien debía haberse dejado caer por el agujero del cementerio. En ese momento miré a mi alrededor buscando desesperadamente una salida, pero las paredes y la bóveda de piedra eran de una solidez inquebrantable y las barricas estaban tan bien estibadas que ni una rata habría podido esconderse entre ellas. Un hombre hablaba desde el fondo del agujero a los que se encontraban en el cementerio y en ese momento atrajo mi mirada, como un imán, un voluminoso féretro de madera que se encontraba en el nicho superior, a sus buenos seis pies del suelo. Cuando vi aquel féretro sentí gran alivio, porque me pareció que el espacio que le separaba de la pared podía alojar mi cuerpo menudo, de manera que en un santiamén apagué la vela, gateé por los nichos, perdiendo casi el sentido al golpearme contra el techo y, por último, me deslicé entre la pared y el féretro. Allí me tendí sobre el costado, con sólo una fina tabla medio podrida que me separase del muerto, jadeante y atontado por el coscorrón que me había dado en la cabeza, cuando en la bóveda oscilaban ya los reflejos rojizos de las antorchas que portaban los que bajaban por el pasadizo.

Librodot

4
En la cripta

Alternemos con la muerte como con un camarada.

TFNNYSON

Comentario [Librodot-22]:

Alfred Tennyson (1809-1892). Nació en los Wolds de Lincolnshire (Inglaterra). Estudió en Cambridge y cultivó varios géneros literarios, pero debe su nombre casi exclusivamente a la poesía. Entre otros títulos, los más famosos son: *Timbuctoo, La princesa, In memoriam, Mand y Los idilios del rey. (N. del T.)*

A pesar de que, desde donde me escondía, sólo distinguiese el techo de la cripta, lo que me impedía ver a los intrusos, no se me escapaba ni una de las palabras que pronunciaban y pronto reconocí entre las demás la voz de maese Ratsey. Esto me deparó más alivio que sorpresa porque pensé que, si sucedía lo peor y me descubrían, al menos tendría un amigo a quien pedir clemencia.

-Bueno es que la tierra se haya desmoronado -decía el sacristán-, precisamente la noche en que hemos venido. Yo pasé por el cementerio después del mediodía y por fortuna todo estaba en su sitio, pues habría sido peligroso que durante todo el día hubiese permanecido el agujero abierto y expuesto a la curiosidad de quien pasase por allí.

Ya había cuatro o cinco hombres en la cripta y oía bajar por el pasadizo a otros que, a juzgar por el pesado ruido de sus pasos, debían ir muy cargados. También se oía descargar en el suelo los barriles pequeños, con un leve chapoteo del licor que contenían, y el trajín de mover los toneles.

-Ya sabía yo que la tierra se desmoronaría en cuanto nos descuidásemos -siguió diciendo Ratsey , y no es de extrañar, con esta sequía y lo mucho que pateamos el borde al levantar la losa del costado para entrar, pero es cosa que se puede arreglar con facilidad. Bastarán una lápida o dos y unas cuantas paletadas de tierra para que todo quede bien firme. Yo me encargaré de ello.

-Pues ten cuidado -repuso otra voz de hombre que no reconocí-, no vaya a ser que te vea alguien cavando y nos descubra.

Puedes estar tranquilo -dijo Ratsey-, tanto he cavado ya en este cementerio que a nadie le ha de extrañar verme empuñando la pala.

Cesó la conversación y poco más se dijo, quedando sólo el ruido de las idas y venidas de los hombres y el que hacían al poner en el suelo los toneles, además del gorgoteo del buen licor que trasvasaban de las pequeñas barricas a las cubas. Poco a poco los vapores del brandy comenzaron a impregnar el aire y a subir hasta donde yo estaba, imponiéndose al olor a moho de la madera podrida y al relente de humedad de las paredes verduzcas. Tal vez tales vapores, al subírseme a la cabeza, suplieran el valor que yo no poseía, pero el caso es que perdí algo del miedo que se había apoderado de mí y pude prestar oído con más atención a lo que estaba pasando. Para entonces se había producido una pausa en el acarreo y estaban hablando de nuevo. Alguien decía:

-Estando yo en Dorchester, hace tres días, oí a unos hombres decir que mal pintan las cosas para los pobres muchachos que tuvieron el encuentro con el *Flector* el verano pasado. El juez Barentyne viene a la audiencia la semana próxima y el viejo bellaco de Maskew ya se ha ido a Taunton para hablar con él antes de la vista y aleccionarle en el camino de vuelta. Apuesto a que le dice que la ley no castiga aquí el contrabando como debiera y que no estaría de más hacerla respetar colgando a unos cuantos.

Librodot

-No se sabe cuál de los dos es peor -añadió otro-, y pronto veremos alzarse nuevas horcas en Ridgedown a manera de palos de guía en la bocana del puerto. Sólo pido dar su merecido a Maskew, después de eso, por mí pueden colgar al otro, sí señor, y a mí también si es menester.

-Si quiere el diablo que me lo encuentre solo por el campo en una noche oscura -dijo otra voz-, verá la boca de mi pistola y ya me encargaré de arreglarle la cara con ella.

-No lo harás -dijo una voz grave que me anunció la presencia de Elzevir-; nadie ha de ponerle la mano encima a Maskew sino yo. Recuérdalo, muchacho, cuando llegue la hora seré yo el que le dé su merecido.

Durante los minutos siguientes no presté mucha atención a lo que se estaba diciendo, pues me sentía terriblemente incómodo en mi exiguo escondite y, además, comenzaban a acometerme dolorosos calambres por haber permanecido tanto tiempo en la misma postura. El humo espeso de las antorchas de brea subía hasta el techo en volutas que luego se me venían encima, mareándome con su fuerte y nauseabundo olor y, a pesar de la oscuridad casi absoluta, podía ver que mis manos estaban manchadas de hollín grasiento. Al fin pude darme la vuelta sin hacer mucho ruido y sentí un gran alivio al cambiar de costado, pero con tal movimiento provoqué un nuevo crujido del ataúd precisamente en el momento en que se oía mi nombre.

-Del joven Trenchard -decía una voz que me pareció la de Parmiter, un vecino de la parte baja del pueblo-, del joven Trenchard no me fío; siempre está vagando por el cementerio y lo he visto por lo menos en veinte ocasiones sentado en esta tumba mirando a la mar. Esta noche, sin ir más lejos, cuando cedió el viento al anochecer y estábamos al pairo, con las velas gualdrapeando, a eso de tres millas mar adentro, mientras esperábamos que oscureciese para coger los remos, tomé el catalejo para echar un vistazo a la costa y ¿a quién creéis que veo, repantigado en la tumba? Pues al señorito Trenchard. No podía distinguir la cara pero lo conocí por sus hechuras y temo que el muchacho se siente allí para jugar a espías y luego *vaya* con el cuento a Maskew.

Comentario [Librodot-23]:

Gualdrapazo : golpe que dan las velas de un buque contra los árboles y las jarcias.

-Tienes razón -dijo Greening de Ringstave, cuyo dejo parsimonioso no me era desconocido-; y más de una vez, estando yo apostado en el bosque para cerciorarme de que Maskew estaba de vuelta en la Mansión, antes de desembarcar un alijo, he visto a ese mocito deambular por allí con aire taimado y observar la casa como si la vida le fuese en ello.

Greening estaba en lo cierto porque alguna tarde de verano había tomado yo el sendero que conduce a la colina de Weatherbeech, detrás de la Mansión, tanto por ser aquél un paseo que ofrecía una buenavista como porque para mí tenía, además, un atractivo muy especial que no era otro que la oportunidad de ver a Grace Maskew. Así que con frecuencia me sentaba en el portillo en el que desemboca el sendero y observaba desde la loma el viejo caserón ruinoso que se encontraba a mis pies. Algunas veces, a la caída del sol, veía a la joven Grace asomarse a la terraza vestida de blanco y, al emprender la vuelta, pasaba suficientemente cerca de su ventana como para saludarla con un gesto de la mano. En una ocasión en que ella tenía calentura y el doctor Hawkins la visitaba dos veces al día, yo perdí las ganas de ir a la escuela y me pasaba el día entero sentado en el portillo, mirando la casona de orgulloso frontón en que reposaba la enferma. El señor Glennie nunca me echó en cara que hiciese novillos ni se lo contó a mi tía Jane porque, como más tarde supuse, adivinó mis razones y recordó que también él había sido joven. Era sólo amor de niños, aunque yo me lo tomase muy en serio y, aquel día en que mi amiga se encontraba a las puertas de la muerte, llegué, en mi audacia, a parar al doctor Hawkins, cuando ya montaba su caballo, para preguntarle cómo estaba Grace y él debió ver tal ansiedad en mi rostro que no se impacientó y me respondió sonriendo que pronto volvería a ver a mi compañera de juegos.

Cierto era pues que había estado vigilando la Mansión, mas no como lo hace un espía, y desde luego no habría ido a Maskew con cuentos por nada del mundo. Entonces Ratsey, tomando mi defensa, dijo: -Esa sospecha es infundada. Es un muchacho bueno y de fiar y muchas veces me ha contado que suele ir al cementerio porque desde

allí se tiene una excelente vista de la mar y es la mar lo que más le gusta. Hace un mes, cuando tuvimos el temporal y esta cripta se anegó de modo tal que no podíamos entrar en ella, vine con Elzevir para averiguar si las aguas estaban calando y qué corriente era esa que hacía entrechocarse las barricas. De modo que estaba yo con la oreja pegada a la pared y ¿quién aparece rodeando la iglesia? Pues el mismísimo caballerete John Trenchard, que no caminaba con delicados pasos, como el rey Agag, ni estaba espiando, sino realizando un viaje de exploración por su cuenta. El caso es que el domingo, cuando oímos, desde la iglesia, resonar los golpes aquí abajo, en la cripta, el jovenzuelo tenía un susto más que regular; luego, cuando el párroco Glennie, que bien podría haberse callado, le contó que tales ruidos no eran obra de espíritus sino de los Mohune, boga que te boga en sus féretros, hace acopio de valor y vuelve el lunes para ver si todavía están flotando. Y resulta que me encuentra tirado en el suelo, como un simple. Ya os podéis figurar que me puse en pie de un salto y le expliqué que estaba examinando los cimientos para ver si con la crecida no tendríamos que apuntalar. Con eso sacié su curiosidad, porque es una criatura inocente, y con las mismas, le mandé a buscar mi martillo de albañil. De modo que me figuro que el mozo ya no vendrá por aquí tan a menudo a amedrentar al bueno de Parmiter, porque le he urdido unas cuantas bonitas historias de Barbanegra y tiene un miedo cerval a encontrarse con el coronel. Por mi vida que ni él ni ningún otro del pueblo pasarían por la pared del cementerio después de la puesta de sol, no señor, ni aunque les diesen mil libras.

Comentario [Librodot-24]:

Ratsey se refiere sin duda al episodio en el que Saúl, después de haber derrotado a los Amalecitas, desoye el mandamiento que Jehová le da por medio del profeta Samuel, de exterminarlos a todos y perdona a su rey Agag. Samuel le reprocha su desobediencia e, mandando traer a Agag a su presencia, lo descuartiza aplicándole la ley del Talión. En este caso la erudición del sacristán saca a colación un fragmento en el que la oscuridad del hebreo ha dado lugar a controversia pues, mientras que en ciertas traducciones, como la de la Vulgata, Agag se acerca al profeta «temblando» o «de mala gana», en otras cabe interpretar los pasos del rey amalecita como «ligeros» o «confiados», por la alegría que le causa haber salvado la vida. Esta última parece ser la versión que Ratsey conoce (Samuel 1, 1532). *(N. del T.)*

Le oí reírse entre dientes, acompañado por las carcajadas de los demás, cuando estaba refiriendo cómo me había embaucado; pero ríe mejor quien ríe el último, dije para mis adentros, y bien hubiera reído yo también si no fuera porque temía un nuevo crujido del féretro.

Entonces, para mi sorpresa, Elzevir tomó la palabra:

-El mozo es excelente y quisiera tenerlo por hijo pues es de la edad de David y dentro de unos años será un buen marinero.

Fueron palabras sencillas pero que me resultaron muy gratas, porque Elzevir las pronunció con convicción y, además, yo también le había tomado cariño, a pesar de su talante sombrío porque me compadecía de la pena que sentía por la pérdida de su hijo. Tanto me conmovió lo que dijo que a punto estuve de erguirme y decirle que estaba allí escondido y lo mucho que lo apreciaba, aunque, tras pensarlo mejor, me quedé callado.

Había concluido el acarreo e imagino, porque no podía verlos, que todos ellos estaban sentados en los toneles o apoyados en la pila.* Yo seguía ahogándome con el humo de las antorchas en el que, de vez en cuando, se entreveraba un olor a tabaco, por lo que supe que algunos estaban fumando.

Luego Greening que, a pesar de su deje despacioso, tenía buena voz, entonó aquello de

Dice el capitán a la tripulación:
hemos burlado a los carabineros,

pero Ratsey le interrumpió ásperamente diciendo:

-Basta; la letra no es de nuestro agrado y viene tan a contrapelo como si el párroco comenzase a entonar *Old Hundred y yo* siguiese con el *Veni.*

Yo sabía que se estaba refiriendo a los ahorcados del último verso; pero Greening, que era partidario de seguir con la canción hasta que unos cuantos más se sumaran al coro, pronto vio que la compañía no quería ni oír hablar de aquella tonada.

-Sin embargo, todo labriego merece su jornal -repuso entonces maese Ratsey-; sangra ese tonelillo de *Schiedam y* pásanos una ronda que nos quite los escalofríos de la medianoche.

Nada le gustaba más que un buen vaso de buen licor y siempre daba la misma excusa que era la de precaverse de los fríos, de modo que acomodaba las palabras al paso de las estaciones y

Librodot

algunas veces se trataba de los fríos del otoño y otras de los del invierno, la primavera o el verano.

Debieron encontrar vasos, aunque yo no recordaba haberlos visto en la cripta, porque unos instantes más tarde el cabecilla Ratsey volvió a hablar.

-Ea, muchachos, alcemos vasos y copas en un brindis. Vaya éste por Barbanegra, por el bueno de Barbanegra, que mejor vigila ahora nuestro tesoro que antaño el suyo; pues de no ser porque el miedo que inspira nos guarda de caminantes ociosos v de miradas inquisitivas, ya habríamos tenido aquí a los carabineros y habrían saqueado nuestro almacén lo menos veinte veces.

Así les habló y, por un momento, se produjo un silencio, como si no gustase a los hombres que se pronunciase el nombre de Barbanegra en su propia morada o temiesen tentar al diablo con aquellas burlas. Pero, entonces, uno de los más osados gritó

¡Barbanegra!» y los más timoratos le corearon y, en un santiamén, veinte voces clamaron «¡Barbanegra! ¡Barbanegra!», hasta que las paredes retumbaron con el eco.

Entonces, Elzevir encolerizado les gritó:

-¡Silencio! ¿Estáis locos o es que el licor se ha adueñado de vosotros? ¿Sois acaso carabineros que se atreven a gritar y alborotar, o contrabandistas con el lugre a la mar y la vida entre las manos? El ruido que estáis haciendo podría sacar de sus camas a las gentes de Moonfleet.

-Calla, hombre -repuso Ratsey con un gesto de mal humor-, que si despertasen se taparían la cabeza con mantas pues creerían que es Barbanegra llamando a su escolta de Mohunes difuntos para que le ayuden a cavar en busca del tesoro.

Sin embargo, no cabía dudar de que era Block el que mandaba porque se hizo un largo silencio hasta que uno medió:

-Elzevir tiene razón, maese; vayámonos de aquí que la noche está ya bien entrada y sólo podemos contar con la brisa del alba para poner el lugre a salvo de miradas antes del amanecer.

Con ello se levantó la reunión y la luz de las antorchas fue atenuándose hasta desaparecer con los mismos reflejos rojizos en la bóveda con los que se habían anunciado, y los pasos fueron perdiéndose pasadizo arriba, dejándome en la cripta, a solas con los muertos. Durante un tiempo, que me pareció de horas, después de que se fueran, pude oír aún un

murmullo de voces lejanas y supe que algunos estaban hablando al final del pasadizo, considerando tal vez la forma de reparar el desmoronamiento de tierra. Mientras que les oí conversando no me atreví a dejar mi escondite, por miedo a que alguno volviese a la cripta, pero al menos pude sentarme y descansar la espalda y los doloridos miembros. Con todo, era tal la terrible oscuridad del lugar que hasta el eco de aquellas voces humanas me parecía cosa amable y consoladora, de modo que, cuando al fin callaron y reinó el silencio, sentí una soledad pavorosa. Entonces decidí salir de allí y volver al lecho bañado por la luna que había dejado unas horas antes, pues me faltaban ánimos para seguir buscando tesoros y me daba por más que satisfecho con conservar el tesoro de la vida.

Allí sentado, encendí mi vela de nuevo y me encaramé sobre el gran ataúd con el que durante dos horas o más me había escudado contra el peligro. Sin embargo salir del nicho era más difícil que meterse en él; porque, ahora que contaba con una vela para alumbrarme pude ver que el ataúd que aparentaba tanta solidez estaba carcomido por entero y era poco menos que una cáscara podrida. Resultó pues que, no sin pena, conseguí pasar por encima de él, temiendo arrodillarme o apoyarme con demasiada fuerza por miedo a traspasarlo. Y, luego de haber pasado al otro lado, me senté durante un instante en el estrecho borde de la repisa de piedra en que reposaba el ataúd sobre la cripta y me dispuse a saltar al suelo. Y, cómo fuera no lo sé, pero el caso es que perdí el equilibrio y, al resbalar, dejé caer la vela. Me así entonces al ataúd para sujetarme, pero mi mano lo atravesó limpiamente, de manera que me encontré en el suelo, entre

Librodot

una nube de polvo y astillas, pues sólo debía haber agarrado unas algas o un trozo de las coronas mortuorias que tanto abundaban en aquel lugar. El suelo de la cripta era arenoso así que, a pesar de que caí en mala postura, fue mayor el susto que el daño. Me puse en pie, rasqué el pedernal y, tras avivar la llama soplando la yesca, emprendí la búsqueda de la vela caída. Durante todo ese tiempo había conservado en mis manos aquellas hebras y, cuando lució de nuevo la vela, las alumbré y vi que no eran algas sino una materia negra y fibrosa. Tardé unos instantes en comprender lo que tenía en la mano pero cuando lo hice pegué un respingo, y tal vez un grito, que a poco si apaga la vela y lo dejé caer como si fuese hierro al rojo porque me di cuenta de que eran barbas humanas.

Cuando vi aquello el terror me atenazó la garganta, como si alguien me hubiera asido por el corazón, y fueron tantos y tan extraños los pensamientos que se me ocurrieron que me latía la sangre en las sienes con gran violencia, como latió después, la noche en que tanto luché con la mar y a punto estuve de ahogarme. Tener en la mano un mechón de la barba de un muerto es ciertamente cosa desagradable en cualquier circunstancia, pero, precisamente allí, era mil veces peor porque además sabía yo a qué cara pertenecía y, casi antes de llegar a distinguirlo bien, no me quedaban dudas de que eran las barbas negras que habían dado su apodo al coronel Mohune y que aquel féretro que me había escondido no era otro que el de Barbanegra.

Resultaba, pues, que todo aquel tiempo había estado tendido, tocando casi la mejilla del propio Barbanegra, del que sólo me había separado un frágil tabique de madera podrida, y ahora había hundido mi mano en el ataúd y arrancado un mechón de su barba. Así que si los hombres malvados pueden aparecerse tras la muerte para proseguir sus crímenes no era difícil que se apareciese allí mismo y se lanzase sobre mí. Creí enfermar de horror y, de haber sido yo una mujer o una muchacha, pienso que me habría desmayado en el acto, pero por ser un muchacho ignorante de la forma en que uno se desmaya, opté por lo que me pareció mejor, que fue apartarme cuanto pude de la barba y dirigirme hacia la salida. Pero, apenas había puesto el pie en el pasadizo cuando me detuve pensando en que ya una vez aquella misma noche me había portado como un cobarde al correr a casa presa de mis propios temores. Así que me serenó la propia vergüenza y pensé, además, que había venido a aquel lugar a buscar el tesoro de Barbanegra y que bien podría haberme ido sin saber siquiera dónde se encontraba de no ser porque la suerte había querido que me tendiera a su costado y que luego le tentase la barba. Y seguramente aquello no podía ser un mero azar, sino el propio dedo con el que la Providencia me guiaba hacia lo que deseaba encontrar. Estas consideraciones me devolvieron algo de valor y tras varios amagos de vuelta, avances, paradas y terrores, me encontré de nuevo en la cripta, rodeando cuidadosamente las pilas de barriles y temiendo el momento en que la llama de la vela alumbrase aquellos malhadados cabellos. Allí estaban sobre la arena y, al acercar la luz con suma prevención, como si fuesen a brincar y morderme, vi que era una poblada barba negra, de más de un pie de largo y puntas canosas, que mantenía en una pieza un fino jirón de piel seca y que se parecía al postizo que mi tía Jane se ponía debajo del sombrero los domingos. Eso es lo que pude ver ante mí porque a tocarla o cogerla no me atrevía, sino sólo a mirarla por todos sus costados con la ayuda de la vela mientras pensaba en el hombre al que un día perteneciera.

Al volver a la cripta no tenía un propósito muy seguro; sólo la vaga presunción de que el hallazgo del ataúd de Barbanegra me llevaría de un modo u otro a descubrir su tesoro. Estuve pues mirando la barba y cavilando hasta que caí en que, si algo convenía hacer era registrar el propio ataúd, pero cuanto más me convencía de ello mayor era la repugnancia que me inspiraba tal labor. Así que aplacé el momento fatal diciéndome a mí mismo que era preciso examinar cuidadosamente la barba y perdiendo un buen rato en el empeño. Por último, viendo que la vela, a punto de consumirse, apenas duraría media hora más y que ya casi amanecía, emprendí la desagradable tarea de rebuscar en el ataúd. No tuve para ello que volver a encaramarme a la repisa superior pues, con sólo subirme a la de abajo, mi cabeza y brazos se encontraban a la altura

Librodot

precisa para la búsqueda. Por lo demás no resultaba tan difícil como había temido, porque en mi caída había roto la parte de la tapa correspondiente a la cabeza y arrastrado todo el costado del lado de la cripta. Me parece que a cualquier mozo de mi edad, y a más de un hombre hecho y derecho, habría amedrentado un tanto la idea de ponerse a hurgar en un viejo ataúd, y si alguien me hubiera dicho, unas horas antes, que tendría yo los redaños para hacerlo, de noche en la cripta de los Mohune, no le habría creído. Pero allí estaba y como, durante la noche pasada, había avanzado paso a paso por la senda del terror, cuando llegué a aquella etapa final, mi espanto ya no era nada en comparación con el que sintiera, horas antes, al entrar cautelosamente en la cripta. Tampoco era la primera vez que la muerte se presentaba ante mis ojos, pues siempre tuve una inclinación por esas cosas y había visto cadáveres que la mar arrojó cuando naufragaron el *Darius* y otros buques y, además, había ayudado a Ratsey a meter en sus cajas a los pobres cuerpos de los vecinos que habían muerto en sus camas.

Ya he dicho que el ataúd era muy largo y, como se le había desprendido todo el costado, pude ver la silueta del esqueleto que en él yacía. Y digo silueta porque la forma estaba envuelta en una mortaja de lana o franela, de modo que no se veía la osamenta. El hombre que allí reposaba era poco menos que un gigante pues debía medir sus buenos seis pies y medio; al haberse hundido la mortaja a la altura del vientre, podía adivinarse muy bien el final de las costillas, así como las caderas, las rodillas y los dedos de los pies. La cabeza estaba envuelta en vendas de lienzo, que un día debieron ser blancas y a la sazón estaban marcadas y descoloridas por la humedad, aunque de esto prefiero no seguir hablando, y la barba había desaparecido de debajo de la barbilla pues, al agarrarme a ésta, para evitar la caída, la había desgarrado y la quijada desprendida estaba ahora sobre el pecho, pero, aparte de aquello, nada se había movido y allí estaba el coronel John Mohune descansando en la misma actitud en que lo habían dejado hacía un siglo. Levanté el trozo de la caja que había quedado y me asomé para ver si había algo escondido al otro lado del cuerpo y apenas había proyectado la luz sobre el ataúd cuando mi corazón dio un salto y la embriaguez del éxito pudo más que el miedo porque ante mis ojos se encontraba lo que había venido a buscar.

Sobre el pecho de aquella figura inerte y amortajada había un guardapelo, colgado del cuello por una fina cadena que salía de las vendas de un lienzo. Un trozo más blanco, de franela, señalaba el lugar que ocupara la barba, y sobre él resaltaban guardapelo y cadena renegridos, a pesar de que, a mi juicio, fueran de plata. La forma del guardapelo se asemejaba a la de una moneda de una corona, aunque tres veces más gruesa, y tan pronto como lo vi no me cupo la menor duda de que el diamante se encontraba en su interior.

Entonces sentí gran compasión por aquella frágil sombra de lo que fuera el hombre y di en pensar en el espléndido y alto caballero que el coronel Mohune debió haber sido, y buen soldado además, por mucho que hubiese causado la ruina de una noble casa y traicionado al rey. Entonces pensé en que había vendido su honor por el trozo de piedra brillante que yo esperaba encontrar en el guardapelo y deseé que la gema me trajese mejor fortuna que a él o, al menos, que no me llevase por tan abyectos derroteros. Pero estas reflexiones no me demoraron en mi resolución y tomé posesión del guardapelo con facilidad pues había encontrado un broche en la cadena y sólo tuve que extraerlo de los pliegues del lienzo. Esperaba oír moverse el diamante al agitar el guardapelo, pero no hubo tal, lo que me hizo pensar que tal vez la piedra se hubiese quedado pegada a un lado por la humedad o estuviese envuelta en una tela. Apenas tuve el guardapelo en mi mano lo abrí presionando una muesca que, tras cierta resistencia, permitió el giro de la tapa sobre sus pequeñas bisagras. Estaba jadeando y temblaba de manera tal que resultó difícil mantener el pulgar en la muesca, pero, cuando al fin se abrió, la exaltación se tornó en hondo desencanto.

Porque lo que tan celosamente guardaba el guardapelo no era el diamante, ni joya u objeto alguno, sino un trocito de papel doblado. Me sentí como quien, abatido por haber perdido en el

Librodot

juego todas sus posesiones, arriesga su última corona en un desesperado anhelo de que cambie al fin su suerte y de que esa moneda le permita recuperar todos sus dineros. Así me sentía yo, pues deseaba que aquel papel llevase escritas indicaciones para encontrar la gema y que pudiese retirarme de la mesa como ganador. Mas esa leve esperanza pronto se disipó porque, al alisar los pliegues del trozo de papel y extenderlo a la luz de la vela, sólo pude leer unos versículos de los Salmos de David. El papel estaba amarillento y arrugado por donde había permanecido estrujado contra el guardapelo. La letra, aunque menuda, era clara y nítida, de manera que no cabía confundir ninguna de las palabras que allí se habían escrito. Tan breve era que pude leerlo de una ojeada:

Sólo seis decenas de años más diez duran nuestras existencias
y aunque los hombres más vigorosos lleguen a alcanzar los ochenta años,
su afán no es sino vana fatiga,
porque pronto pasan y nos hemos desvanecido.
Salmo 90, 21

Pero por poco resbalaron mis pies; casi di un mal paso.
Salmo 73, 6

Que no me arrastre la corriente ni me trague la hondura.
Salmo 69, 11

Así que, al atravesar el valle árido,
beberé en él como en un pozo
hasta que la lluvia llene sus aljibes de agua.
Salmo 84, 14

Tú has creado el norte y el sur:
el Tabor y el Hermón aclaman tu nombre.
Salmo 89, 5

Así acabaron las grandes esperanzas que había concebido y había yo de abandonar la cripta tan pobre como cuando entrara en ella. Pues, por muchas vueltas que les diese, no acertaba a comprender cómo podían aquellos versículos conducir a diamante alguno; y, aunque se me podía haber ocurrido que estuvieran escritos en cifra o escritura invisible, recordaba que el señor Glennie me había dicho que Barbanegra, tras la mala vida que había llevado, quiso tener buen fin y mandó llamar a un párroco para que lo confesara, lo que me hizo suponer que aquellas piadosas palabras se habían colgado de su cuello como talismán para mantener apartados de su tumba a los espíritus malignos. A pesar de estar yo harto descorazonado, recogí la barba del suelo antes de irme y, venciendo un escalofrío de repugnancia, la puse de nuevo en su lugar, sobre el pecho del muerto. También recogí todos los trozos del ataúd que pude encontrar y, como el destrozo era irreparable, lo dejé como estaba, confiando en que los primeros que lo viesen pensarían que la podredumbre había corroído la madera. Sin embargo me quedé con el guardapelo y me lo colgué del cuello, por debajo de la camisa, principalmente porque era un objeto curioso, pero también

porque pensé que si las buenas palabras que contenía eran bastante fuertes para apartar de Barbanegra los malos espíritus, habían de serlo igualmente para apartar a Barbanegra de mí.

A todo esto la vela estaba tan menguada que ya no podía sujetarla con mis dedos y tuve que ensartarla en una astilla de madera para iluminar el camino.

Pero no había de resultarme fácil escapar de las garras de Barbanegra porque, cuando llegué al final del pasadizo y me disponía a encaramarme al cementerio, descubrí que el hueco estaba tapado y que no había salida.

Entonces comprendí la razón de que los hombres hubieran hablado durante tanto tiempo después de abandonar la cripta, y manifiestamente Ratsey había realizado su propósito, de manera que los contrabandistas habían reparado el desmoronamiento de tierra antes de volver aquella noche a sus casas. En un principio no di al contratiempo mayor importancia por pensar que podría enseguida deshacer lo hecho y encontrar una salida. Pero, cuando consideré detenidamente la cuestión ya no era tan grande mi optimismo pues habían hecho bien su trabajo, colocando a un costado una pesada lápida, para que mantuviese apelmazada la tierra que tapaba la oquedad y poniendo otra por encima para cubrirlo todo. Ambas lápidas eran de pizarra y yo sabía de dónde procedían, pues había una docena o más de aquellas losas inservibles y devoradas por las intemperies, apoyadas en el muro norte de la iglesia y cada una de ellas habría hecho vacilar bajo su peso a cuatro hombres que la cargasen.

Me cabía la esperanza de poder desplazar la losa del costado removiendo la tierra; pero, apenas estaba considerando cómo empezar cuando la luz de la vela vaciló, la mecha se cayó y súbitamente me encontré en la oscuridad.

Encontrábame pues en situación difícil, porque va nada me quedaba que pudiese quemar, y sabía que poco adelantaría con ponerme a escarbar hasta tanto no pudiese ver lo que estaba haciendo. Por añadidura la oscuridad tenía esa calidad impenetrable que nunca se encuentra a cielo abierto, ni siquiera en la más negra de las noches sin luna, pues era como la que acecha en los lugares cerrados v cubiertos y fatiga los ojos que intentan traspasarla. Sin embargo no flaqueé sino que opté por esperar el alba que, según mis cálculos, debía estar por despuntar y entonces se filtraría por las grietas de la tumba luz suficiente para trabajar. Ni siquiera estaba muy asustado porque, si ya había puesto mi vida a merced de los contrabandistas al espiarlos y desafiado a los malos espíritus al saquear la tumba de Barbanegra, poca cosa me parecía esperar una hora en las tinieblas a que llegase la mañana. Así que me senté en el suelo del pasadizo que, aunque húmedo, al menos era mullido y, como estaba tan fatigado por todo lo que me había ocurrido, como poco avezado en perder una noche de sueño, al punto me quedé dormido.

No podría decir durante cuánto tiempo dormí porque nada me permitía medir el paso del tiempo, pero, cuando al cabo desperté, me seguía encontrando en la oscuridad. Me incorporé y estiré mis miembros, mas no me sentía descansado, como quien sale de un sueño reparador, sino desmadejado y lleno de fatiga, con la espalda y los miembros doloridos, como si me hubiesen tundido a palos. Como he dicho, me encontraba todavía en la oscuridad, pero no era ya la oscuridad de la pasada noche pues al mirar la parte interior de la tumba, bajo la que me encontraba, pude distinguir un levísimo rayo de luz en un rincón, lo que denotaba la presencia del sol. Porque aquel rayo que se filtraba a duras penas por una minúscula hendidura entre las piedras era luz del sol. Se habían encajado las piedras mucho más de lo que yo suponía y comprendí que nunca habría allí suficiente luz para guiarme en mi excavación.

Así que me puse a considerar todo aquello en el suelo, donde me había sentado de nuevo, pues estaba demasiado cansado para permanecer de pie. Al fijarme en el estrecho hilo de luz comprobé con sorpresa que estaba mirando al ángulo sudoeste de la tumba y que era por allí por donde brillaba el sol. Así me lo indicaba la calidad de luz y aunque, como he explicado, sólo

Librodot

entrase un tenue hilo, supe con certeza que el sol, en su ocaso, estaba cayendo sobre aquella piedra.

Grande fue mi sorpresa, y no muy grata, porque reparé en que había dormido durante todo el día y en que el sol se estaba poniendo de nuevo. La verdad es que poco importaba, porque, fuera de noche o de día, no había luz que me pudiera asistir en aquel horrendo lugar y, aunque mis ojos se hubiesen acostumbrado a la oscuridad, nada me permitía ver por dónde debía comenzar la faena. Eché entonces mano de mi mechero de yesca, con el fin de conseguir, a fuerza de soplar, una llama que me permitiese al menos echar una ojeada a la situación antes de empezar a escarbar con mis manos. Pero, mientras estaba dormido, la tapa de la cajita se había abierto y tenía todo el bolsillo lleno de yesca, de modo que, aunque pude recogerla con facilidad y meterla de nuevo en su estuche, debía haberse humedecido durante la noche porque no prendieron en ella los repetidos chispazos del pedernal.

Entonces comprendí, por vez primera, el peligro en que me hallaba porque no tenía esperanza alguna de prender una luz y dudaba incluso de que con ella hubiese logrado desencajar la descomunal losa de pizarra. También empecé a sentir hambre, pues no había probado bocado en las últimas veinticuatro horas y, lo que era peor, una sed abrasadora me secaba el gaznate y nada había allí para saciarla. No tenía pues tiempo que perder si quería salir de allí con vida, así que fui tanteando con mis manos el flanco de la tumba hasta encontrar el borde inferior de la losa y me puse a escarbar debajo de él con mis manos. Para colmo de males la tierra, que tan ligera y blanda me parecía el día anterior, resultaba seca y dura ahora, cuando se trataba de escarbar en ella sólo con las manos, así que una hora más tarde apenas había conseguido algo más que aumentar mis temores y lastimarme los dedos.

Tuve que descansar un momento y, al sentarme en el suelo, vi que el brillante hilillo de luz se había desvanecido y que ya volvían poco a poco las tinieblas impenetrables de la noche anterior. Atribulado como estaba por el hambre, la sed y la ansiedad, me sentí desfallecer y me tendí con la cara contra el suelo para olvidar la oscuridad gimiendo de desesperación. Así permanecí durante largo tiempo y luego me levanté y clamé y grité a grandes voces por si alguien pudiera oírme, y llamaba al señor Glennie, a Ratsey e incluso a Elzevir por sus nombres, para que me sacasen de aquel terrible lugar. Mas la única respuesta fue el eco de mi voz retumbando en la lejanía de la cripta. La desesperación me hizo volver a la pared de tierra de debajo de la losa y seguir escarbando con mis dedos hasta que se me rompieron las uñas y brotó sangre; y durante todo aquel tiempo sentía, como si fuese una cuerda ceñida a mi frente, la certeza de que eran vanos mis esfuerzos en desplazar aquella losa. Pasaron las horas y he de detener aquí la narración de aquellos momentos cuyo mero recuerdo me es todavía insoportable, además de que no hay palabras para describir la angustia que sufría y que sólo cesaba cuando el sopor venía en mi ayuda, porque, aun cuando estaba escarbando la tierra, me invadía una gran fatiga y entonces me desplomaba en el suelo y dormía.

Pasaron las horas y por último vi por la rendija de luz de la tumba que había salido el sol de nuevo; para entonces yo era presa de una sed enloquecedora. Entonces me acordé de todos los barriles estibados en la cripta y del licor que contenían y no me hizo vacilar el que se tratase de aguardiente, pues era tal la sed que sentía que no habría dudado un momento en echarme al coleto hasta plomo fundido. A tientas regresé pues a la cripta por el pasadizo, pues nada me importaban ya la oscuridad ni Barbanegra y los suyos, con tal de poder mojar mis labios en licor. Me encaramé por los barriles hasta que, cerca de la cúspide de la pila, mi mano tocó la cuña de un tonel y, tras extraerla, pegué ansiosamente mi boca a la botana.

No sabría decir qué licor era aquél, mas sí sé que no era bastante fuerte para impedirme dar varios y copiosos tragos, pues en verdad que ardía menos que mi garganta. El caso es que, al volver al pasadizo, no pude encontrar el camino y anduve a trompicones de un lado para otro hasta que me empezó a dar vueltas la cabeza v me desplomé en el suelo.

Comentario [Librodot-25]:

Remiendo que se pone en los agujeros de los orders para que no se salga el líquido. Taruguillo de madera que se pone con el mismo objeto en las cubas de vino.

Librodot

5
El rescate

Sombras de los muertos, ¿acaso no he oído
[vuestras voces
en el aliento con que la tempestad mece la
[noche?

BYRON

Cuando volví en mí no estaba tendido en la remota negrura de la cripta de los Mohune, ni en un suelo arenoso, sino en una cama, entre blancas y suaves sábanas, en un cuartillo de paredes encaladas, a través de *cuya* ventana entraba a raudales una luz primaveral. ¡Oh, bendita luz del día, cómo se lo agradecí a Dios! Primero pensé que estaba en mi propia cama, en la casa de mi tía, que los contrabandistas y la cripta sólo habían sido un sueño y que mi cautiverio en la oscuridad no era sino una horrenda pesadilla. Me dispuse a levantarme, pero me desplomé de nuevo sobre la almohada cuando iba a incorporarme, pues me invadían una debilidad y languidez malsanas que nunca había padecido antes. Pero, al recostarme de nuevo, sentí algo que colgaba de mi cuello y, cuando toqué el guardapelo renegrido del coronel John Mohune, supe que al menos una parte de la aventura no era un sueño.

Entonces se abrió la puerta y pareció a mis desarreglados sentidos que me encontraba de nuevo en la cripta porque el que entró era Elzevir Block. Entonces levanté las manos v grité:

-¡Elzevir, salvadme, salvadme! ¡No he venido a espiar!

Entonces él, con una mirada amable, puso su mano en mi hombro y, empujándome suavemente para que permaneciera acostado, dijo:

-Reposa, muchacho, pues nadie te desea mal alguno, y bébete esto.

Con estas palabras me tendía un tazón de caldo humeante que llenaba la habitación de un perfume diez mil veces más grato para mí que el de todos los lirios y rosas del mundo. No me dejó tragarlo de golpe, sino que me lo fue dando a cucharadas, como se hace con un niño pequeño. Y mientras lo hacía, me dijo que me encontraba en una buhardilla de la ¿Por qué no? y que nada más me explicaría de momento, porque tenía que dormir, prometiéndome que más tarde sabría el resto.

Diez días o más precisaron la salud y los pocos años para imponerse y devolverme el natural vigor y, durante todo ese tiempo, Elzevir Block me veló y atendió con la ternura de una mujer. Así fui enterándome de lo sucedido y de cómo me habían encontrado.

Fue el señor Glennie quien primero hizo por buscarme porque, al ver que faltaba a la escuela por segundo día, pensó que estaría enfermo y se presentó en casa de mi tía para interesarse por mi estado, como solía hacer cuando alguien estaba indispuesto. Pero tía Jane le respondió con desdén que nada sabía de mi paradero.

-Pues -dijo- se ha ido, no sé adónde, pero donde uno hace su cama debe dormir, y si se ha escapado por su gusto mayor será el mío si no vuelve. Bastante tiempo he padecido ya y sólo le he soportado por respeto a la memoria de mi pobre hermana Martha, pues el desalmado rapaz ha salido a su padre y así me paga lo que he hecho por él.

Comentario [Librodot-26]:

Lord Byron (1788-1824). De nombre George Gordon, poeta inglés, genuino representante, tanto en su vida como en sus obras, del Romanticismo europeo. Su influencia se dejó sentir a partir de la publicación de la *Peregrinación de Childe Harold* (1807) a la que siguió *Beppol* (1817). *Su Don Juan* llegó a identificarse con él mismo. *(N. del T.)*

Y con estas palabras dio con la puerta en las narices al párroco y éste cogió y se fue a ver a Ratsey, pero, al no dársele tampoco allí razón de mí, decidió que habría resuelto embarcarme y que debía estar a la busca de un barco en Poole o en Weymouth.

Pero, al caer la tarde de aquel mismo día, vino Sam Tewkesbury a la ¿Por qué no? y pidió por caridad un vaso de ron, pues, como decía él mismo, «temblaba como una hoja»; y refirió que, al pasar por el muro del cementerio, volviendo de la faena, había oído gritos y sollozos en la penumbra del crepúsculo, que sin duda eran de Barbanegra arengando a los Mohune difuntos para que le ayudasen a buscar el tesoro. Así que, aunque nada había visto, dio media vuelta y no paró de correr hasta la puerta de la taberna. Entonces Elzevir dejó a Sam solo con su vaso en la ¿Por qué no? y se puso él a correr por la calle en busca de maese Ratsey y luego los dos fueron por los prados, en la oscuridad.

-En cuanto oí a Tewkesbury hablar de gritos y sollozos, sin que se viera a nadie -dijo Elzevir-, me imaginé que algún desdichado había quedado apresado en la cripta y que todavía debía estar allí pidiendo socorro. Y no me llevó a suponerlo el sentido común sino un recuerdo más cierto y triste. Debes haber oído que, hace tres años, apareció muerto una mañana en el cementerio un pobre simple al que llamábamos el tonto Jones. Había desaparecido hacía una semana y, precisamente aquella semana, había pasado yo dos noches apostado en el cerro que hay detrás de la iglesia, para avisar al lugre con una bengala de que no podría entrar en la playa porque había mucha mar. Pues bien, en aquellas noches en que no había viento, a pesar del fuerte oleaje, tres veces por lo menos oí un grito ahogado que venía del cementerio y tremolaba por los prados. Aquello, aparte de helarme la sangre por un momento, no me preocupó en demasía porque siempre se han contado cosas horrendas de ese lugar y, a pesar de que no diera yo mucho crédito a las viejas consejas sobre Barbanegra llamando a los suyos, no por eso dejaba de pensar que de noche podían ocurrir cosas extrañas en aquellas tumbas. Por eso no me molesté ni moví un dedo y dejé abandonado a uno de mis semejantes en la agonía.

Luego, tras una pausa continuó:

-Mas, una vez que la resaca se calmó lo suficiente para que los barcos atracasen, Greening sostuvo la linterna mientras yo saltaba al pasadizo, tras haber movido el costado de la tumba y lo primero que mostró la luz fue una cara lívida vuelta hacia arriba. Nunca lo olvidaré, muchacho, porque era el tonto Jones quien allí estaba, con el rostro demacrado y crispado en una mueca y sin su habitual mirada ausente. Tratamos de echarle un poco de aguardiente en la boca pero estaba ya muerto y bien muerto. Tenía las rodillas alzadas hasta la cara y, tan tieso se había quedado, que tuvimos que sacarlo encogido como lo encontramos y dejarlo al lado del muro del cementerio para que alguno de nosotros lo encontrase al día siguiente. Nunca llegamos a saber cómo había llegado allí pero supusimos que habría estado merodeando una noche cerca de los que en tierra se disponían a recoger un alijo y que se deslizó allí dentro cuando el que hacía de guardia tenía vuelta la espalda. De manera que, cuando Sam Tewkesbury refirió lo de los gemidos y sollozos sin que se viese a nadie, yo sabía lo que pasaba, mas nunca habría podido adivinar quién se había quedado atrapado pues ignoraba que se te daba por perdido. Fui pues a buscar a Ratsey para que me ayudara a mover la losa, porque, aunque cuando era más joven podía yo solo con ella, ahora me habrían faltado las fuerzas. El fue quien me contó que habías desaparecido, así que, antes de que llegásemos, ya sabía con quién nos íbamos a encontrar.

Mientras oía a Elzevir un escalofrío se me iba y otro se me venía al pensar que el tonto Jones tal vez se hubiera escondido detrás del mismo ataúd que a mí me protegiera y reparar en lo cerca que había estado de correr su misma suerte. También me vino a la memoria lo que se contaba de que una vez, hace años, surgió de la cripta, mientras se celebraba el servicio, un grito tan horrible que párroco y feligreses salieron despavoridos de la iglesia, y me pregunté si no sería otro pobre desdichado que había quedado apresado en tan macabro lugar y estaba pidiendo socorro precisamente a aquellos a los que el miedo ensordecía.

Librodot

-Allí te encontramos -siguió Elzevir-, tendido en la arena, inerte y medio muerto y había algo en tu cara que me recordó a David cuando dormía su último sueño. Te coloqué sobre el hombro y te traje aquí. Estás ahora en la habitación de David y tendrás aquí cama y sustento cuanto tiempo desees.

Mucho hablamos durante los días que tardé en recuperarme y llegué a cobrar gran afecto a Elzevir, pues comprendí que bajo el aire sombrío que afectaba con los extraños, no había hombre más bondadoso que él. Pienso, además, que le hizo bien que lo acompañase, porque pensó que de nuevo tenía alguien por quien velar y pronto me quiso de todo corazón, como a su hijo David. Ni una sola vez me pidió que no hablase de la cripta y lo que en ella había visto, tal vez porque sabía que no tenía por qué hacerlo pues yo habría muerto antes que revelar el secreto. Sólo una vez, maese Ratsey, que solía venir a visitarme, me dijo:

-John, sólo Elzevir y yo sabemos que has visto nuestro «depósito franco» y no me parece mal que así sea, porque si alguno de los metedores" lo supiese podría ocurrírsele más de una maña para cortar de raíz cualquier comadreo. Así que guarda celosamente nuestro secreto, que nosotros hemos de guardar el tuyo, porque «de sabios es refrenar los labios».

No cesaba de maravillarme la oportunidad con que maese Ratsey citaba las Sagradas Escrituras, sin dejar por ello de burlar a la Hacienda, aunque, a decir verdad, en Moonfleet pasar un alijo no se consideraba gran pecado. Pero él tal vez adivinase mis pensamientos porque añadió:

-No es que un buen cristiano tenga que avergonzarse de transbordar un tonel de excelente licor, porque está escrito que, cuando Israel abandonó Egipto, se dijo al pueblo elegido que despojase a sus opresores de sus joyas de oro y de sus joyas de plata, y en verdad que, entre aquellos crueles capataces, estoy seguro de que los peores eran los recaudadores de impuestos.

Comentario [Librodot-27]:

Se trata de una broma de Ratsey puesto que el término corresponde precisamente a los lugares donde se almacenan las mercancías importadas antes de satisfacer los derechos de aduana. *(N. del T.)*

Comentario [Librodot-28]:

*1.*Proverbios 14,3. *(N. del T.)*

Comentario [Librodot-29]:

1. Éxodo 11, 2 y 11, 36. *(N. del T)*

En cuanto sané y pude andar tomé el camino de casa de mi tía Jane, a pesar de que ni un solo día se había acercado a interesarse por mi estado. Sabía, naturalmente, dónde me encontraba porque Ratsey le había contado que guardaba cama en la ¿Por qué no?, explicándole que Elzevir me había encontrado una noche tendido en el suelo y medio muerto de hambre, sin precisar el lugar. Mi tía, a manera de saludo, me espetó unas palabras hirientes que no es menester repetir aquí. Tal vez no quisiese ofenderme sino devolverme al buen camino, pero el caso es que no me dejó traspasar el umbral y mantuvo la puerta entornada al tiempo que afirmaba que no quería en su casa a nadie que frecuentase las tabernas, pero que, si tanto me gustaba la ¿Por qué no?, bien podía quedarme allí pues ella me lo agradecería. Yo le había estado pidiendo perdón humildemente por haber hecho novillos, mas cuando oí tan ruines palabras, sentí que el demonio se alzaba en mi pecho y me limité a reír, a pesar de que también lloraba amargas lágrimas. Así que volví la espalda al único hogar que había conocido y caminé hasta el pueblo sintiéndome muy solo, y ni siquiera puedo asegurar que no estuviese todavía llorando cuando llegué a la ¿Por qué no?

Al ver mi expresión de abatimiento, Elzevir me preguntó por lo que me afligía y yo le referí la forma en que mi tía me había repudiado y que ya no tenía casa donde ir. Esto pareció complacerle más que cualquier otra cosa v me dijo que así podría venir a vivir con él porque podía mantenernos de sobra a los dos, y que ya que la fortuna había querido que me salvase la vida sería yo para él un hijo que habría de tomar en su casa el lugar de David. Así que me fui a vivir a la ¿Por qué no? adonde mi tía envió un petate con mi ropa y se ofreció a dar a Elzevir la ínfima asignación que dejara mi padre para mi sostenimiento, pero él dijo que no la necesitaba y no la aceptó.

Librodot

6
El asalto

A la postre, no cabe dudar,
la más noble respuesta ante la querella es callar.

TENNYSON

En más de una ocasión he traído a colación el nombre del señor Maskew y, como más tarde tendré que referirme de nuevo a él, tal vez convenga que, llegado a este punto en mi relato, cuente cómo era aquel hombre. Su estatura era sólo mediana y no excedía a mi juicio, de cinco pies y cuatro pulgadas, y para realzarla en lo posible, llevaba la cabeza muy echada hacia atrás y afectaba un contoneo jactancioso al andar. Su cara estrecha lucía una afilada nariz con la que parecía querer picarle a uno y sus ojos grises habrían podido horadar una piedra de molino si detrás de ella hubiese una guinea. Su pelo, porque era el suyo propio, fue en tiempos rojo, aunque ahora hubiera encanecido, y en Moonfleet se atribuía ese color a su origen escocés, pues creíamos que todos los escoceses eran pelirrojos. Su profesión era la de abogado y, tras haber ganado algún dinero en Edimburgo, se decía que había venido a Moonfleet para dejar atrás el recuerdo de ciertos actos canallescos. Hacía unos cuatro años que había comprado una porción de la hacienda de los Mohune, que se había estado desmembrando y vendiendo a trozos durante una generación, y en esa tierra se encontraba la Mansión o lo que de ella quedaba. De la Mansión ya he tenido ocasión de hablar. Era una casa muy larga, de dos pisos, con frontón y porche en medio de la fachada y, a cada extremidad, dos alas transversales igualmente ornadas de frontones. Los Maskew ocupaban una de esas alas, pues era la única parte habitable de la casa ya que en el resto de ella, no quedaba ni un cristal en las ventanas y, a veces, hasta el mismo techo se había derrumbado. El señor Maskew nada había hecho para mejorar la casa o el predio y una rama del gran cedro, abatida por las nieves allá por el año 49, todavía estaba atravesada en medio del camino de entrada. Se entraba en la casa por el porche del centro, pero todavía había que recorrer más de un corredor ruinoso hasta llegar al ala habitada, quedando para disfrute de puercos, aves de corral y ardillas el jardín delantero. No era la falta de dinero lo que obligaba a Maskew a dejar las cosas en aquel triste estado, pues se decía que era bastante rico, sino su natural miserable. Tal vez se debiera igualmente a no tener compañía femenina el que tan poco se le diese la pulcritud y el orden. Su mujer había muerto y, aunque tenía una hija, ésta era joven aún y su influencia insuficiente para pesar en los designios de su padre.

Hasta la llegada de Maskew la Mansión había permanecido deshabitada durante toda una generación, así que los niños del pueblo solían utilizar el jardín para sus juegos y recogían primaveras en los bosquecillos; los hombres también pensaban tener derecho a atrapar conejos con trampa o a cazar algún faisán que otro si se les ponía a tiro. Mas el nuevo propietario había de cambiar aquel estado de cosas y colocar trampas y cepos en la maleza, a más de clavar letreros en los que amenazaba con persecución judicial a los intrusos. Pronto se hizo enemigos y, al poco tiempo, tenía a todo el mundo en su contra. Pero prefería, sin duda, a la buena voluntad de sus vecinos su hostilidad y se propuso enconarla aún más al obtener una plaza de juez de paz y proclamar a los cuatro vientos que acabaría con el contrabando en la comarca. Y es que ni un alma en Moonfleet estaba del lado de la Hacienda, pues los campesinos gustaban de beber un vaso de *schnapps* que nunca se hubiese aforado y sus mujeres eran harto aficionadas al fino en-

Comentario [Librodot-30]:

Un metro sesenta y dos centímetros. (*N. del T.)*

Comentario [Librodot-31]:

1.Moneda de oro, originalmente acuñada para el comercio con la costa occidental de África y cuyo valor variable se estabilizó a principios del siglo XVIII en veintiún chelines, es decir, una libra y un chelín. Con ese valor se sigue utilizando, como unidad de cuenta sin existencia real, hasta la fecha, en el pago de honorarios profesionales o como recurso comercial para presentar un precio de modo que parezca menor. *(N. del T.)*

Librodot

caje francés. Y, por si fuera poco, se produjo el incidente entre el *Elector y* el queche, que concluyó con la muerte de David Block, tras de lo cual se dijo que más le valía a Maskew mirar bien por dónde paseaba y que cualquier día aparecería muerto en las dunas; pero él no dio importancia a aquella amenaza y siguió comportándose como si, en vez de trabajar para la Justicia, lo hiciera para Hacienda.

Cuando era pequeño los bosques de la Mansión

eran una delicia para mí y más de una tarde soleada pasé sentado en el borde de la terraza, contemplando el pueblo que se extendía a mis pies, mientras comía manzanitas rojas del huerto abandonado. Y aunque aquello fuese ahora ilícito, la Mansión seguía teniendo para mí un atractivo más dulce que el de las manzanas y la caza de pájaros, y éste no era otro que Grace Maskew. Era hija única y, a la sazón, de mi edad o poco más. La conocía porque todos los días iba al viejo hospicio a recibir las enseñanzas del reverendo Glennie, quien también me las impartía a mí. Era buena moza para su edad *y* espigada *y* tenía una cara fina y una mata de pelo de color rojizo que ondeaba a su alrededor con la brisa o cuando corría. Llevaba vestidos remendados y descoloridos, de lo mucho que se habían lavado, que descubrían sus brazos y piernas mucho más de lo que nunca hubiera previsto quien los cortó, porque la moza estaba creciendo y nadie tenía para ocuparse de su ropa. Era para todos la compañera de juegos preferida v una de las primeras a quien se elegía para jugar al rescate pues no había muchacho que la ganase en las carreras. De modo que, aunque todos odiásemos a su padre y le diésemos nombres burlones entre nosotros, nunca, por consideración hacia ella, se nos escaparon en su presencia los motes despreciativos o las palabras insultantes con que solíamos referirnos a él.

El señor Glennie daba clase a media docena de muchachos v otras tantas niñas y para que vean qué clase de hombre era Maskew les contaré lo que ocurrió una vez en la escuela entre él y el párroco. El señor Glennie nos daba clase en el hospicio, porque, aunque va no hubiese allí menesterosos y el propio edificio estuviese en ruinas, subsistía el pequeño refectorio en el que solían comer los internados y aquélla era nuestra aula. Se trataba de una estancia larga y alta de techo, recubierta de madera en casi toda su altura, con una celosía de roble a un extremo y un amplio ventanal al otro. En medio del refectorio había una mesa muy pesada, gastada por el uso y salpicada de manchas de tinta. A ambos lados estaban dispuestos los bancos en los que nos sentábamos y bajo el ventanal, en uno de los extremos de la estancia, se encontraba la mesa del señor Glennie, colocada sobre una tarima. Pues bien, una mañana estábamos allí sentados con nuestras pizarras y gramáticas cuando la puerta de la celosía se abrió de golpe dando paso al señor Maskew.

Ya he hablado de los versos que el señor Glennie compuso para el epitafio de David Block y, cuando bajaron las aguas, Ratsey colocó la lápida con la poesía que en ella había grabado. Como no iba a la iglesia, Maskew tardó varios días en ver la lápida, hasta que, una mañana, al pasar por el cementerio, se fijó en ella y comprendió que los versos eran del señor Glennie. Vino pues a la escuela aquel día para vérselas con el párroco y, aunque no lo supiésemos entonces, adivinamos por su presencia que algo se estaba preparando y pudimos leer en su cara que estaba de muy mal talante. A pesar del odio que sentíamos por Maskew nos alegramos de verlo aparecer porque esperábamos que algún hecho insólito alterase la monotonía de la escuela y, además, sospechábamos que se avecinaba una buena agarrada. Sólo Grace estaba violenta, pues temía que su padre dijese algún disparate, de modo que inclinó la cabeza y así se quedó, con los grandes mechones de cabello cayendo sobre el libro, aunque, entre ellos, yo aún acertase a distinguir sus mejillas encendidas. Maskew, loco de ira, lanzó una mirada colérica a su alrededor y se fue hacia la mesa desde la que nuestro maestro vigilaba las tareas.

El señor Glennie, que era muy corto de vista, no supo de momento de quién se trataba; pero, cuando su visitante se acercó, se levantó cortésmente para saludarlo.

Librodot

-Buenos días tenga vuestra merced, señor Maskew -dijo tendiéndole la mano.

Entonces Maskew cruzó ostensiblemente las manos a su espalda y, dejando estallar su ira, le espetó:

-No pienso daros la mano para no tener que escupir en ella. Muy propio de sus salmodias de beato me parece componer tiernos versos para rufianes contrabandistas y proponerse con sus sentencias atemorizar a las gentes de bien.

En un principio el señor Glennie no sabía de qué le estaba hablando el otro y, cuando lo supo, palideció; mas dijo que, en su condición de sacerdote, nunca vacilaría en reprobar a quienes consideraba equivocados y que, para ello, se serviría del púlpito y hasta de las tumbas.

En esto Maskew, llevado por su pasión, prorrumpió en un torrente de palabras viles e insolentes, afirmando que el señor Glennie estaba coaligado con los contrabandistas y exagerando los delitos de éstos y añadió que el poema no era tal sino puro libelo, que él, Maskew, haría caer sobre Glennie el peso de la ley por semejante calumnia.

Tras ello tomó a Grace por el brazo y le ordenó que cogiese el sombrero y capa y lo siguiese. «Porque», dijo, «no he de permitir que te siga instruyendo un hipócrita que, entre salmo y salmo, llama a tu padre asesino». Y, mientras que así hablaba, se iba acercando al señor Glennie, hasta que los dos se encontraron a muy corta distancia.

Eran los dos hombres muy diferentes, pequeño y vociferante el uno, con la cara colorada vuelta hacia arriba, y alto el otro, cargado de espaldas, de pálida tez, mal vestido y peor alimentado. Maskew llevaba en su mano izquierda una cesta con la que iba él mismo de compras por la mañana, soliendo preferir el pescado a la carne por ser menos costoso. Aquel día había estado regateando con las pescaderas y traía su compra cuando entró en la escuela.

Entonces dijo al señor Glennie:

-Pues bien, señor párroco, la ley ha depositado en vuestras estúpidas manos una autoridad sobre este cementerio y competencia de vuestra merced es evitar que se graben en su recinto inscripciones indecorosas y, si ya se hubieran grabado, suprimirlas al punto. De manera que os emplazo para que, de mañana en una semana, haya desaparecido la lápida de marras, pues de no ser así dispondré que la levanten y la hagan pedazos al otro lado del muro.

El señor Glennie repuso en un tono bajo, aunque suficientemente claro para que pudiésemos oírle desde donde nos encontrábamos:

-No puedo ni quitar yo mismo la lápida ni evitar que vos lo hagáis, si ése es vuestro deseo; mas si a tal cosa os atrevéis, profanando así el cementerio, hay Alguien más fuerte que vos o yo a quien habrá que rendir cuentas.

Más tarde reparé en que se refería a Dios Todopoderoso, pero de momento pensé que estaba aludiendo a Elzevir, y eso mismo debió pensar Maskew, porque redobló su cólera y, metiendo la mano en la cesta, extrajo de ella un lenguado de buena talla y se lo estampó al señor Glennie en la cara, al tiempo que decía:

-Toma, párroco desconsiderado, porque no he de manchar mi puño con tus empolvadas mejillas.

Aquello me hizo hervir la sangre porque el párroco Glennie era manso como un cordero y no habría alzado la mano para parar un golpe, así hubiese sido fuerte como Goliat. A punto estaba de encararme con Maskew, y como era yo bastante robusto para mi edad, podría haberlo tendido por tierra como a un niño, pero, al alzarme, vi que tenía cogida a Grace por la mano y me detuve un instante, y cuando quise recapacitar ya se había ido y apenas llegué a ver la punta de la capa de Grace flotando tras la puerta de la celosía.

Lo menos que se puede decir es que un lenguado no es cosa agradable de tener en la cara y aquel lenguado era de buen tamaño, porque Maskew siempre se cuidaba de sacarle el mejor partido a su dinero, así que restalló primero con fuerza en la mejilla del señor Glennie y luego al caer en el suelo. Al punto todos reímos, como niños que éramos, y el señor Glennie no nos

Librodot

reprendió, sino que se dio la vuelta y tornó a sentarse en silencio a su mesa. Pronto lamenté haberme reído porque parecía triste, con su cara empolvada en la que había una gran señal roja. Además, una de las aletas lo había arañado y por su mejilla corría una gota de sangre. Unos minutos más tarde el reloj del hospicio dio las doce con su delicado carillón y el señor Glennie salió sin pronunciar su habitual «Buenos días, niños» y allí se quedó el lenguado en el suelo polvoriento, frente a su mesa.

Pena daba que pescado tan excelente se desperdiciase, de manera que lo recogí, metiéndolo en mi pupitre, tras de lo cual mandé a Fred Burt a buscar la parrilla de su madre para que pudiésemos asarlo en el fuego que ardía en el aula. Mientras lo esperábamos me fui al patio a jugar y, apenas había salido, cuando volvió a aparecer Maskew quien, pasando por entre nuestros juegos, sin Grace, entró de nuevo en el aula. En la celosía del extremo de la habitación había un agujero donde solíamos poner nuestros dedos, los días de sol, para que sus rayos los atravesasen y ver así el color rosa de la sangre que los surcaba, de modo que lo seguí a escondidas y me puse a mirar por dicho agujero para saber lo que se traía entre manos. Llevaba la cesta y pronto comprendí que había vuelto a buscar el pescado, pues no quería perderse tan sabrosa pieza. Mas, por mucho que miró no dio con él, pues no se le ocurrió registrar mi pupitre, así que se fue con un gesto agrio. Fred y yo asamos luego el lenguado y nos supo a gloria, a pesar del mal rato que había deparado al señor Glennie.

Tras aquel incidente Grace dejó de acudir a la escuela, en parte porque su padre se lo prohibió y en parte porque a ella misma le daba vergüenza volver después de lo que Maskew había hecho al señor Glennie. Entonces fue cuando empecé a aficionarme a vagar con frecuencia por los bosques de la Mansión sin temer las trampas para impedir el paso a los intrusos, porque tan pronto como se ponían sabía yo de su emplazamiento, y lo hacía para poder ver a Grace e incluso llegar a hablarle en algunas ocasiones. Pasó pues el tiempo y seguía viviendo con Elzevir en la ¿Por qué no? y yendo a la escuela por las mañanas porque las tardes se me pasaban en la pesca o ayudándole en el jardín o con los botes. Tan pronto como tuve más confianza, le rogué que me permitiese ayudarles en el desembarco de los alijos, mas se negó a ello so pretexto de que era yo muy joven todavía y que no debía participar en delito alguno. Sin embargo, cediendo a mi insistencia, terminó por dejarme acompañarlos y más de una noche sin luna embarqué en las barcazas que descargaban el lugre, sin atreverme a entrar de nuevo en la cripta de los Mohune y ofreciéndome, en cambio, a hacer guardia en la boca del pasadizo. Y durante todo aquel tiempo llevaba colgado de mi cuello el guardapelo del coronel John Mohune, primero sobre la piel y, luego, al ver que manchaba de negro, entre la camisa y el jubón. Allí, a fuerza de roce perdió su pátina negra, de modo que di en sacarle brillo a ratos perdidos hasta que se puso tan blanco y reluciente como merecía la plata de ley de que estaba hecho. Elzevir había visto el guardapelo cuando me metió en la cama al llevarme a la ¿Por qué no? y le conté luego dónde lo había encontrado. Pero, a pesar de que muchas veladas lo abriéramos, nunca pudimos esclarecer su secreto. En realidad ni siquiera lo intentamos con seriedad, pues pensamos que debía tratarse de un talismán sagrado para ahuyentar a los espíritus malignos del cuerpo de Barbanegra.

Librodot

7
Una subasta

Pongamos que mi casa está infestada por una rata
y que me place ofrecer cien mil ducados a quien de ella me libre.

SHAKESPEARE

Una tarde del mes de marzo, cuando los días ya iban alargándose a ojos vistas, vino un mensajero de Dorchester que traía bandos impresos para fijarlos en los postigos de la ¿Por qué no? y en la puerta de la iglesia. En ellos se decía que, de aquel día en una semana, el corregidor del ducado de Cornualles cursaría una visita a Moonfleet. Dicho corregidor era persona de suma importancia y todas sus visitas se recordaban después como acontecimientos en los anales del pueblo. Cada cinco años realizaba una gira por el ducado, inspeccionando todas las propiedades de la Corona y tomando disposiciones para los nuevos arriendos. Por lo general sus visitas a Moonfleet eran bastante breves, porque, como los Mohune eran propietarios de toda la tierra, la *única* finca perteneciente al ducado era la ¿Por qué no? y, por tanto, el corregidor sólo tenía que prorrogar otros cinco años el contrato de arrendamiento con arreglo al cual varias generaciones de los Block habían explotado la taberna, de padres a hijos. Mas no por ello dejaba de realizarse con toda solemnidad la adjudicación del arrendamiento de la taberna al mejor postor, a pesar de que se diese por sentado que sólo Elzevir haría una oferta.

Una semana más tarde, me dirigí a la parte alta del pueblo para esperar la llegada de la silla de posta del corregidor y, a eso de las once de la mañana, la vi bajar la colina con sus cuatro caballos y dos postillones. A su paso vi que estaba ocupada por dos hombres: un escribano que iba dando la espalda a los caballos y, frente a él, un hombre menudo, con peluca empolvada del que pensé que debía ser el corregidor. Entonces corrí a la casa de mi tía porque Elzevir me había rogado que le pidiese una de sus mejores velas de invierno para el propósito que explicaré a continuación. Yo sólo había vuelto a ver a mi tía Jane en la iglesia desde el día en que me cerrara la puerta de su casa, mas su actitud no fue más adusta que la habitual e inmediatamente me dio la vela. «Aquí tienes»,me dijo, «y espero que pueda iluminar tu negro corazón y mostrarte cuán vil es abandonar a quien es de tu sangre para ir a vivir a una taberna». Estuve tentado de decirle que era ella, la de mi sangre, quien me había abandonado y no al revés y, en cuanto a lo de irme a vivir a una taberna, que más valía bajo ese techo que bajo ninguno, como debió desear cuando me expulsó de su casa, pero guardé silencio y, dándole las gracias por la vela, me marché.

Cuando llegué a la taberna estaba a la puerta la silla de posta de la que se había desenganchado a las caballerías para darles sustento y a su alrededor se había formado un pequeño grupo de gentes del pueblo; ello se debía a que, aunque la subasta de la ¿Por qué no? fuese una cuestión de escasa importancia, cuyo resultado se conocía de antemano, la visita del corregidor era siempre un acontecimiento que despertaba no poco interés. Algunos niños aplastaban sus narices contra las ventanas de la taberna donde el corregidor y el escribano daban buena cuenta de su almuerzo. El corregidor que, según mis suposiciones, era el hombrecillo de la peluca empolvada, ocupaba la cabecera de la mesa y el escribano el otro extremo y sobre las sillas estaban sus sombreros y capas de viaje, así como unos legajos de papeles atados con cinta de color verde. Como pueden suponer Elzevir les había preparado una excelente comida a base de empanada de conejo, como plato caliente y, como fiambre, una rebanada de cerdo en gelatina

Comentario [Librodot-32]:

William Shakespeare (1564-1616). Nacido en Stratfordupon-Avon, es el más grande de los escritores en lengua inglesa y una de las cumbres del teatro mundial. En 1593 publicó su primera obra *Venus y Adonis*. Pese a su gran reputación las referencias personales son bastante vagas y poco numerosas. El «corpus», shakespeariano consta de un grupo pequeño de poesías no dramáticas, de 154 sonetos, y de 37 piezas dramáticas entre las que se hallan: *Trabajos de amor perdidos, Sueño de una noche de verano, Las alegres comadres de Windsor, Hamlet, Otelo, Macbeth, El rey Lear, La tempestad, Enrique VIII, Romeo y Julieta* y un largo etcétera. *(N. del T.)*

Librodot

y un trozo de queso azul que el corregidor acabó de buena gana, mas no así su escribano, que lo dejó de lado pues decía que antes le hincaría el diente a un trozo de jabón. También se les había servido una botella de leche del Ararat y una jarra de cerveza, pues no nos atrevimos a ofrecerles vino francés por miedo a que diesen en preguntarse el modo en que había llegado hasta allí.

Elzevir tomó la vela, reprendiéndome un poco por la tardanza, y la colocó en un candelabro de latón que puso en medio de la mesa. El señor escribano sacó entonces de su faltriquera una pequeña regla con la cual midió una pulgada desde la punta de la vela, tras de lo cual la atravesó con un largo alfiler de cabeza de ónice, que Elzevir le había tendido, y encendió la mecha. La razón de aquel proceder era que, según la costumbre de Moonfleet, cuando se subasta una tierra o un arriendo, se solía traspasar una vela con un alfiler, de manera que cualquiera podía mejorar la oferta mientras el alfiler permaneciese inmóvil, pero cuando la llama llegaba a su altura y caía, se adjudicaba la tierra o el arriendo al último que hubiese pujado. Concluida pues la comida y despejada la mesa, el escribano echó mano de un rollo de papeles y leyó en voz alta la descripción de la ¿Por qué no?, allí designada con el nombre de Las Armas de los Mohune, una excelente alquería, compuesta por una casa con sus dependencias, en la que, a la sazón, abría sus puertas una taberna, y que constaba, además, de una dehesa de pastizales, en la parte trasera, de una extensión de unos dieciséis acres y que llevaba el nombre de Heredad de Moon. Acto seguido instó a los asistentes a formular una oferta de alquiler por cinco años de tan ventajosa propiedad y, como allí sólo estábamos Elzevir y yo, enseguida hubo una puja y ésta fue la de Elzevir, que ofreció doce libras esterlinas al año por el arriendo, pues siempre había sido ésa la renta de la ¿Por qué no? El escribano tomó nota de aquello, mas, aún no había concluido la operación, porque teníamos que esperar a la caída del alfiler para que quedase cerrado el trato. Los presentes encendieron sus pipas para pasar el rato que tardase la vela en consumirse hasta llegar al alfiler y que no podía ser de más de diez minutos. Así que el corregidor, con un vaso de leche del Ararat en la mano, estaba diciendo «Tiene vuestra merced aquí un suministro particularmente exquisito e interesante de ginebra holandesa, señor Block» y en esto hizo irrupción en la estancia el señor Maskew.

El estampido de un trueno no me habría sorprendido más de lo que lo hizo tan súbita aparición y el semblante de Elzevir se ensombreció, como si hubiese caído la noche sobre él. En cuanto al corregidor y al escribano, no manifestaron sorpresa, pues no conocían las relaciones que mantenían entre sí los lugareños y hubieron de pensar que era natural que alguien acudiese a ver cómo caía el alfiler, consumándose así una vieja costumbre. Maskew parecía conocer bien al corregidor pues, tras saludarlo, se dispuso a tomar asiento a la mesa, haciendo caso omiso de Elzevir y de mí. No obstante, antes de que lo hiciese, Block le gritó:

-Vuestra merced no es bienvenido en mi casa y antes prefiero ver su espalda que su semblante, así que a esta mesa no ha de sentarse.

Yo me di cuenta que se estaba refiriendo a que era en aquella mesa donde se había colocado el cuerpo de David, y al tiempo que pronunciaba aquellas palabras, asestó un puñetazo sobre ella de violencia tal que hizo que el corregidor se sobresaltase y que el alfiler casi se desprendiese de la vela.

-Diantre, señores -repuso el corregidor con sorpresa-, no disputemos, tanto más cuanto que este honorable caballero es juez y conocido mío.

Sin embargo, Maskew no tomó asiento, permaneciendo al lado de la silla del corregidor, con el semblante lívido, en lugar de colorado, como se le pusiera en el incidente con el señor Glennie, al tiempo que farfullaba algo así como que prefería quedarse en pie y que pronto sería Block quien tendría que pedirle a él licencia para sentarse.

Estaba yo preguntándome qué podía haber traído a Maskew allí cuando el corregidor, al que violentaba visiblemente la situación, dijo:

Librodot

-Vamos, vamos, señor escribano, que el alfiler ya no ha de aguantarse más de un minuto; repita lo que hasta ahora se ha dicho pues he de dejar concluido este arrendamiento y salir al punto hacia Bridport donde nos esperan muchas cosas que hacer.

Púsose al punto el escribano a leer con soniquete que habiéndose sacado a pública subasta el arrendamiento por cinco años de la propiedad del ducado de Cornualles conocida por Las Armas de los Mohune, una posada o taberna, con todas sus tierras, inmuebles y anexos, situada en la parroquia de San Sebastián, pedanía de Moonfleet, se cedería en arriendo a Elzevir Block, por una renta de doce libras esterlinas al año, a menos que alguien superase esa oferta antes de que el alfiler cayese de la vela.

Al no oírse puja alguna, el corregidor pidió a Elzevir:

-Dígales que vayan aprestando los caballos pues el alfiler caerá de un momento a otro y así ahorraremos tiempo.

Elzevir obedeció y nos quedamos todos en silencio, a la espera de la caída del alfiler. La vela se había consumido ya hasta la señal, si no más abajo, o así lo parecía; mas, precisamente en el lugar donde estaba prendido el alfiler había un pequeño grumo de sebo, algo más denso, que se resistía valerosamente a fundirse. El corregidor dio con el pie, que tenía debajo de la mesa, una patada de impaciencia, como si con ello quisiese provocar la caída del alfiler, y entonces se dejó oír la vocecilla seca de Maskew que dijo:

-Ofrezco trece libras esterlinas al año por la taberna.

Aquello nos causó una sorpresa tal que todos volvimos la cabeza en un vano intento de encontrar a otro licitador, pues ni siquiera se nos ocurrió que pudiera ser Maskew. Me parece que Elzevir fue el único en darse cuenta de que sí era él y, sin mirar al corregidor o a Maskew, acodado a la mesa con la cabeza entre las manos y perdida la mirada en la mar, repuso con voz fuerte:

-Ofrezco veinte libras.

Apenas habían salido aquellas palabras de sus labios cuando ya estaba Maskew sobrepujándole con 21 libras, de manera que, en cuestión de un minuto casi se había doblado el alquiler de la ¿Por qué no? En esto que el corregidor mira a uno y otro sin saber qué se traen entre manos y si era comedia o realidad lo que estaba presenciando, y dice:

-Tenga a bien vuestra merced no tomarse este asunto a chacota pues no tengo tiempo que perder en inocentadas y el que puje por divertirse tendrá luego que responder de sus ofertas con todas las de la ley.

Mas no faltaba seriedad, al menos a uno de los dos hombres que tenía delante, y la voz de Elzevir no tembló al pujar 30 libras. Luego Maskew dijo 31 y 41 y Elzevir 40 y 50, yo miré entonces la vela y vi que la cabeza del alfiler ya no estaba derecha sino levemente, muy levemente, inclinada. El escribano abandonó su aire de indiferencia y se puso a tomar nota de las pujas, con una pluma de ave que rechinaba mucho, mientras el corregidor fruncía el ceño con expresión de perplejidad, pensando sin duda que a nadie reconocía el derecho de ponerle en semejante estado de excitación. En cuanto a mí, no paraba quieto y tuve que ponerme en pie como si con ello pudiese soportar mejor la desazón que sentía al comprender que Maskew había decidido poner a Elzevir en la calle y que Elzevir estaba empeñado en la defensa de su casa.

Su casa, pero ¿acaso no era ya también la mía y no nos veríamos a la postre los dos expulsados para que aquel personajillo mezquino diese gusto a su malicia?

Hubo algunas pujas más y entonces reparé en que Maskew estaba ya ofreciendo 91 libras y que la cabeza del alfiler se había vencido otro poco, pues el grueso nudo de sebo de la vela de la tía Jane ya se estaba fundiendo. En esto medió el corregidor:

Librodot

-¿Acaso están locas vuestras mercedes? y vos, señor Block, ahorraos el aliento y no tiréis así el dinero, pues si este digno caballero desea ser posadero a toda costa, dejadle que se quede con este bodegón que el diablo se lleve, y os daré a cambio La Sirena de Bridport, un espléndido local cuya parroquia es diez veces la de aquí.

Elzevir pareció no oír aquellas palabras y aún perdido en la contemplación del mar, pujó con la misma voz recia 100 libras. Entonces Maskew, en una finta, subió hasta 120, envite que Elzevir superó con 130 y 140, siguieron al punto las 150, 160 y 170. Yo jadeaba de tal modo que casi perdí la cabeza y tuve que estrecharme las manos para recordar dónde me encontraba y lo que estaba ocurriendo. Se oía la respiración agitada de los licitadores, Elzevir había sacado la cabeza de entre sus manos y todas las miradas estaban pendientes del alfiler. Ya se había ablandado el nudo de sebo y no se entendía por qué no se caía el alfiler. Maskew farfulló 180 libras y Elzevir pujó 190 y entonces el alfiler cabeceó, y yo pensé que en aquel momento se había rescatado la ¿Por qué no? aunque fuera al precio de la ruina. Mas no, no había caído el alfiler y sólo le sostenía ya una fina hebra que aguantaría un segundo, un segundo más. A Elzevir el alfiler fascinante le había cortado el resuello con el que estaba dispuesto a sobrepujar lo que dijera Maskew y Maskew exhaló 200 libras un instante antes de que el alfiler repicara en la peana del candelabro de latón.

El escribano olvidó la presencia de su amo y cerró de golpe su libreta.

-Enhorabuena, señor -deseó a Maskew animadamente-, es vuestra merced inquilino del más ínfimo bodegón de todo el ducado por doscientas libras de renta al año.

El corregidor, sin atender a su subordinado, se quitó la peluca y esponjó su cabeza. «¡Que me cuelguen...!», exclamó.

Y así fue cómo se perdió la ¿Por qué no?

Apenas se había formulado la última puja cuando Elzevir se incorporó a medias en su silla y, por un momento, pensé que lo iba a ver saltar como una fiera sobre Maskew, pero no dijo nada y se sentó de nuevo con la misma expresión imperturbable. Y tal vez más le valiera pensárselo dos veces, porque Maskew se metió la mano entre la ropa al verlo levantarse y, aunque la retiró en cuanto Elzevir volvió a sentarse, pude ver que la pechera de su chaleco estaba algo abultada y, al mirarlo de costado, distinguí la culata con adornos de plata de una pistola que llevaba apretada contra su camisa blanca. El corregidor estaba molesto, creo yo, por haber dejado escapar tan fuertes palabras y adoptó inmediatamente la expresión más indiferente de la que fue capaz, al tiempo que decía secamente:

-Bien, caballeros, parece haber aquí alguna cuestión personal, que no es de mi incumbencia. Doscientas libras más o menos es muy poca cosa para el ducado, así que si vuestra merced cambiase de opinión y desease cancelar el trato, no he de ser yo quien se oponga. En cualquier caso supongo que queda tiempo suficiente antes de sellar el contrato pues he de enviároslo desde Londres.

Yo comprendí que la razón de que insinuase una posible demora era que deseaba hacerle un favor a Elzevir; porque su escribano tenía ya el contrato listo y sólo era preciso añadir el nombre del arrendatario y el importe del alquiler para poder rubricarlo y sellarlo. Pero Maskew dijo:

-No, señor corregidor, los negocios son los negocios y poco de fiar las postas cuando vienen a comarcas tan distantes de la capital como ésta; así que os agradeceré que tengáis a bien extender el contrato a mi nombre y estipular que el arrendamiento comenzará a correr el primero de mayo.

-Así se hará pues -dijo el corregidor algo irritado-, mas no han de decir de mí que impongo condiciones leoninas, porque el ducado del que soy humilde servidor -dijo levantando un poco su sombrero-, no es una de las hijas de la sanguijuela. Ponga las cifras, señor Scrutton, y vayámonos de una vez.

Comentario [Librodot-33]:

1.Referencia a la Biblia, Proverbios 30, 15: La sanguijuela tiene dos hijas que gritan: «Dame, dame.» Las hijas son dos aguijones con los que chupan la sangre insaciablemente. *(N. del T.)*

Librodot

Scrutton, pues ése era el nombre del escribano, rascó un poco con su pluma al consignar en el pergamino el importe del alquiler, acto seguido Maskew puso en él su firma y el corregidor la suya y la pluma del escribano volvió a rechinar al dar fe del nombre del corregidor, tras de lo cual éste extrajo de su cartera un pequeño estuche de piel de zapa en el que guardaba el lacre y el sello del ducado que se usaba en los desplazamientos.

Seguía mientras tanto ardiendo la mejor vela de invierno de mi tía, porque nadie había pensado en apagarla, y el señor corregidor calentó el lacre con ella hasta que una gota *cayó* en el sebo, dejando un reguero a un costado de la vela, el pergamino se abultó al contacto del lacre caliente y, por último, se aplicó el sello.

-Rubricado, sellado y entregado -dijo el corregidor, al tiempo que enrollaba el pergamino y se lo tendía a Maskew quien lo cogió hundiéndolo bajo la pechera de su chaleco, al lado mismo de aquella pistola con incrustaciones de plata cuya culata había vislumbrado hacía unos instantes.

El carruaje esperaba a la puerta, los caballos piafaban contra los cantos del empedrado y repicaban los arneses. El escribano ya había cargado su equipaje y el corregidor se detuvo un momento, mientras se colocaba sobre los hombros la capa de viaje, para decirle a Elzevir:

-Ea, hombre, no se lo tome muy a pecho. Podrá alquilar La Sirena por veinte libras al año, que le producirá veinte veces más que este malhadado lugar y le permitirá además enviar a su hijo a la escuela de Bryson de la que ha de salir convertido en un erudito porque es un excelente muchacho.

Y, con estas palabras, estrechó mi hombro dirigiéndome, al pasar, una mirada afectuosa.

-Agradezco a su señoría -repuso Elzevir- la amabilidad; pero cuando me vaya de este lugar no he de volver a abrir posada alguna.

El señor corregidor pareció algo ofendido por lo poco en que se tenía su oferta y abandonó la estancia, con un mohín desdeñoso, diciendo:

-Buenos días tengan vuestras mercedes.

Maskew ya se había escabullido y los niños despegaron las narices de la ventana cuando el importante caballero descendió los peldaños. Un pequeño grupo se quedó a verlo partir, disgregándose enseguida, y, antes de que se hubiera apagado el ruido de los cascos de los caballos, corrió por todo el pueblo la noticia de que Maskew había expulsado a Elzevir de la ¿Por qué no?

Elzevir permaneció largo rato sentado a la mesa, con la cabeza en las manos, y yo guardé silencio también, en parte porque me acongojaba saber que habríamos de partir a la ventura, pero también porque quería mostrar a Elzevir que lo acompañaba en su pesar. Mas el joven no puede participar enteramente en las congojas de sus mayores, por mucho que lo desee, y tras un momento el silencio comenzó a hastiarme. Estaba oscureciendo y de la vela, que tan gallardamente había ardido durante la subasta y la imposición del sello en el contrato, apenas quedaba un cabo que ardía dentro de su soporte. Un minuto más tarde, la luz parpadeó vivamente y emitió un chisporroteo y entonces la mecha se desprendió, apagándose la llama, con lo que quedamos sumidos en la luz grisácea y desapacible de una velada de marzo, que parecía cerrarse sobre nosotros desde todos los rincones de la sala. Como no podía soportar más aquella tristeza hice fuego y, poco después, la rojiza luz del hogar danzaba en el peltre y la porcelana del aparador.

-Vamos, señor Elzevir -dije al fin-, tiempo tendremos hasta el primero de mayo para pensar lo que haremos, tomemos una taza de té y luego os desafiaré a una partida de tablas reales.

Pero aquello no le hizo salir de su abatimiento y nada respondió, de modo que quiso la suerte que, aunque estuviese yo dispuesto a dejarle ganar la partida, por ver si ello lo animaba, no pude aquella noche perder, a pesar de mis esfuerzos, y al empeorar su suerte redobló su

Librodot

melancolía, hasta que terminó por cerrar de golpe el tablero y, refiriéndose al lema que llevaba escrito a su alrededor, dijo:

-La vida es un juego de azar y por seguro tengo que a nadie le han tocado tan malos lances ni los ha aprovechado tan poco como yo.

Librodot

8
El desembarco

Pueda en la medianoche mi lámpara
verse en una alta torre solitaria.

MILTON

Comentario [Librodot-34]:

John Milton (1608-1674). Poeta inglés. Sus primeras poesías están escritas en latín a imitación de Ovidio y Horacio. A este primer período latino siguió otro inglés, con títulos como *Al tiempo, A la música solemne, Lycidas,* etcétera. En 1667 publicó su mejor obra, *El paraíso perdido,* poema épico en verso blanco sobre el tema de la caída original del hombre. *(N. del T.)*

Al atravesar el pueblo aquella tarde, Maskew atrajo aviesas miradas de los hombres y acerados comentarios de las comadres, porque todos sabían lo que había hecho y, hasta muchos días después de la subasta, no se atrevió a asomar la cabeza. Pero Damen de Ringstave y algunos más del contrabando, que se habían propuesto seguirle los pasos, dijeron que en dos ocasiones había ido a Weymouth, a la caída de la tarde, y que allí había sostenido largas pláticas con el señor Luckham de las Aduanas y con el capitán Henning, que tenía el mando de los soldados, acuartelados por entonces en Nothe. Y paulatinamente se fue sabiendo, aunque ignoro cómo, que había persuadido a los carabineros de que había que dar un escarmiento a los contrabandistas y que era menester mantener dispuesto un retén numeroso que pudiese sorprender a los paqueteros en flagrante delito la próxima vez que recibiesen un alijo. En cuanto a la razón por la que Maskew hubo de ofrecer su ayuda a los carabineros, la ignoro y a buen seguro que nadie la pudo averiguar, pero algunos decían que no era sino pura maldad, unida a un deseo de perjudicar a sus convecinos, mientras que otros opinaban que, como se había percatado de que era aquél un lugar idóneo para desembarcar alijos, quería primero hacer alarde de celo ante las Aduanas para ponerse luego él mismo a la cabeza del negocio del contrabando. Sea como fuere, yo estoy seguro de que estaba conchabado con los carabineros y más de una vez lo había visto en la terraza de la Mansión, con un catalejo en la mano, lo que me hizo suponer que estaba acechando la aparición del lugre en alta mar. Lo corriente era que alguien de confianza avisase al jefe de la partida de la noche fijada para recoger un alijo; luego, durante la mañana o la tarde, el lugre se acercaba a tierra lo suficiente para que se le pudiera avistar con el catalejo, quedándose al pairo, a cubierto de las miradas, hasta la caída de la noche. Se elegían para aquel menester las noches sin luna, con tal de que estuviesen serenas, salvo por la brisa suficiente para henchir las velas. Algunas veces podía distinguirse el lugre desde la playa, mas otras era preciso hacer señales con bengalas, aunque éstas se utilizaban con gran parsimonia. Sin embargo, cuando había que hacer un desembarco a toda costa, tras una larga racha de mar gruesa, he sabido de barcos que se arriesgaban a fondear a la plena luz de la luna, pues se decía que los aduaneros tenían en nuestra comarca el sueño más pesado que en cualquier otro lugar del canal de la Mancha.

Los rumores acerca de la actuación de Maskew llegaron puntualmente a oídos de Elzevir quien, durante unos días, pensó que lo mejor era no hacer nada, a pesar de que del otro lado estuviesen esperando ansiosamente el momento de enviar un alijo. Pero una noche, después de haberme ganado una partida de tablas reales, lo que le puso de mejor humor, dejó el cubilete en la mesa y me confió:

-He recibido de los fletadores el recado de que recojamos un alijo, porque ellos *ya* no pueden guardar por más tiempo la mercancía en Saint Malo. Pero, con el demonio ese de la Mansión rondando por ahí, no me parece prudente que el desembarco se haga en la playa de Moonfleet ni que se guarde el licor en la cripta, así que he mandado decir a los del *Bonaventure* que se asomen a la bahía mañana por la tarde, de manera que Maskew pueda verlos, y que luego

Librodot

vuelvan a hacerse a la mar, como lo han hecho en centenares de ocasiones. Pero que, en vez de esperar en alta mar, se dirijan por el canal a una pequeña franja de guijarros al pie del cabo Canoso.

Yo asentí para mostrar que conocía el lugar y él siguió diciendo:

-En los viejos tiempos se iba a ese paraje a desembarcar los alijos, antes de que se excavase el pasadizo que conduce a la cripta y, además, hay allí, a media ladera, una cantera abandonada, conocida como el Ojo de Pyegrove, que tiene la entrada entupida por los zarzales y en la que podemos poner a buen recaudo un centenar de toneles. Iremos pues al cabo Canoso a las cinco de la madrugada de mañana con caballerías. Más temprano tendría que ser, porque a esas horas sale el sol, pero antes de esa hora no podríamos sacar partido de la marea.

En aquel momento sentí una corriente en mi hombro, como si entrara el aire frío de fuera, y me pareció oler el relente impregnado de sal de las algas de la playa. Me di la vuelta para ver si estaba entreabierta alguna puerta o ventana. La ventana estaba bien cerrada, al igual que los postigos, pero no podía ver la puerta porque había una celosía de madera que la separaba de la sala y cuyo objeto era detener las corrientes de aire. Pero pude distinguir la esquina superior de la puerta, por encima de la celosía, y me pareció ver que no estaba cerrada. Me levanté para cerrarla, porque las noches eran frías y, al pasar por detrás de la celosía, comprobé que estaba cerrada, aunque habría jurado que había visto caer el pestillo cuando me acercaba. Brinqué entonces hacia adelante y, en un abrir y cerrar de ojos, había abierto la puerta y me encontraba en la calle. Pero la noche era negra y sin luna y nada pude ver u oír salvo el suave oleaje que rompía en la playa de Moonfleet.

Elzevir me lanzó una mirada de inquietud cuando me vio volver.

-¿Qué te preocupa, muchacho? -preguntó.

-Me pareció oír a alguien en la puerta -contesté-; ¿no habéis sentido una corriente fría como si estuviese abierta?

-Es que la noche está fresca, viene la primavera destemplada. Echa el cerrojo y siéntate -dijo, poniendo en el hogar un nuevo tronco que despidió una nube de chispas crepitantes por la chimenea arriba y en la estancia.

-Elzevir -le dije-, creo que había alguien espiando en la puerta y es posible que haya otros en la casa, así que antes de volver a sentarnos, miremos con la vela por todas las habitaciones para cerciorarnos de que nadie nos está acechando.

El se rió entonces y repuso:

-Eso era sólo el viento que debe haber abierto la puerta -pero me dijo que hiciese lo que gustase.

Encendí, pues, otra vela y estaba a punto de comenzar mi búsqueda cuando gritó:

-No pensarás que te voy a dejar ir solo -y recorrimos juntos toda la casa sin oír ni siquiera un ratón.

Cuando volvimos a la sala seguía riendo.

-Eso debe ser que tu ánimo se ha resfriado y le has tomado miedo a ese taimado canalla de la Mansión; anda, échame un vaso de leche del Ararat y sírvete tú otro antes de que nos vayamos a dormir.

Por entonces ya había aprendido a no tenerle miedo al buen licor y, mientras estábamos paladeándolo, Elzevir prosiguió:

-De aquí a una quincena a ti y a mí nos cortarán las amarras y quedaremos a la deriva. Es cosa cruel ver cómo se cierran en mis narices las puertas de esta casa donde yo y los míos hemos vivido durante un siglo o más, pero así ha de ser. Tratemos, sin embargo, de no abatirnos en exceso y, en lugar de ello, sacar el mayor partido de los lances más desafortunados.

Librodot

A mí me satisfacía no poco oírle hablar con tanta firmeza, porque había visto lo mucho que le amargaba el pensamiento de que tenía que abandonar la ¿Por qué no? y cuán a menudo alteraba éste su humor y lo ponía taciturno.

-Se acabará lo de hacer de posadero -añadió-; más de una vez me he sentido harto de todo esto y no quiero seguir oyendo a los que cubren de denuestos el buen licor y luego me llenan la escarcela embriagando sus cabezas de chorlito. Además, muchacho, tengo algo a buen recaudo, en Dorchester, que ha de darnos pan para comer y cerveza para beber, aunque siga la mala racha. Mas tendremos que buscarnos un techo que nos cobije cuando la ¿Por qué no? cierre sus puertas y opino que deberíamos irnos una temporada de Moonfleet, hasta que Maskew encuentre un cabo de cuerda bastante largo para colgarse. Así que, mañana por la noche, cuando acabemos la faena, caminaremos por el borde del acantilado hasta Worth y, una vez allí, echaremos una ojeada a una casita de la que me habló Damen, que tiene un huerto entre cuatro muros en la parte trasera y un seto de fucsia a la entrada... Está cerca de la Posada de la Langosta y desde ella se tiene una espléndida vista de la mar. Así que, si nos vamos a vivir allí, dejaremos la cripta durante un tiempo y utilizaremos el Ojo de Pyegrove como almacén hasta que ceda la vigilancia.

Comentario [Librodot-35]:

Bolsa que se lleva pendiente de la cintura. Su étimo es la voz italiana “scarso” que significa “avaro”.

No le respondí, pues mis pensamientos estaban en otras cosas, de manera que tiró el licor que quedaba en su vaso diciendo:

-Estás cansado, así que vayámonos a la cama porque en la noche de mañana poco hemos de dormir.

Era cierto que estaba cansado, pero, a pesar de ello, no conseguía conciliar el sueño, sino que daba vueltas y más vueltas en la cama pensando en muchas cosas y con gran pesadumbre porque habíamos de irnos de Moonfleet. Era empero el mío un pesar egoísta porque no lo sentía por Elzevir y el dolor que le debía producir perder la ¿Por qué no?, ni tampoco me embargaba la pena de abandonar Moonfleet, el único lugar conocido y que, entonces, como ahora, me pareciese que en toda la tierra no había otro en el que valiese la pena vivir. La verdadera congoja que me roía como una gangrena era la que me daba alejarme de Grace Maskew. Y es que, desde que ella dejara de asistir a la escuela, le había tomado aún más cariño y, a pesar de que a la sazón me fuera más difícil verla, tanto mayor era mi afán de encontrarme con ella y debo decir que algunas veces nos encontramos en los bosques de la Mansión y que, en más de una ocasión, cuando Maskew había salido, había paseado con ella por la colina de Weatherbeech. Así fue creciendo entre nosotros un afecto como el que suele nacer entre muchachos y muchachas y, como no podía menos que ocurrir, nos prometimos fidelidad, sin saber lo que significaban tan ingenuas palabras. Yo le conté a Grace todos mis secretos, sin exceptuar los referentes al contrabando, así como a la cripta de los Mohune y al guardapelo de Barbanegra, pues sabía que tan bien los guardaría ella como yo y que su padre nunca podría sacarle ni una palabra. No señor, y lo que es más, su habitación se encontraba en la parte más alta del ala ornada de frontón de la Mansión y daba a la mar y una noche serena en la que nuestro bote volvía tarde de la pesca, distinguí su candela ardiendo en la ventana y se lo conté al día siguiente y ella repuso que pondría en las noches de invierno una vela detrás de los postigos para que sirviese de guía a los buques que estuviesen en alta mar. Y así lo hizo y no había de ser yo el único que viese aquella luz y la aprovechase porque otros lo hicieron y dieron en llamarla «el candil de Maskew» pues, según decían, el letrado se pasaba la noche, absorto en la lectura de sus libros de cuentas y calculando a cuánto ascendían sus caudales.

Así que aquella noche estaba yo despierto, mortificándome al pensar en ella, hasta que decidí acudir a la mañana siguiente a los bosques de la Mansión y apostarme en ellos para esperarla y ponerla al corriente de lo que se preparaba y de que luego nos iríamos a Worth.

Al día siguiente, que era un 16 de abril, fecha que había de recordar durante toda mi vida, no acudí a la escuela del señor Glennie y, hacia las diez de la mañana, me encontraba en el bosque.

Había una pequeña zanja en la ladera que dominaba la casa, la cual en verano se llenaba de verdes lampazos" y en el invierno de hojas secas, y cuyo tamaño era apenas el de un cuerpo tendido y por ser poco profunda me permitía observar la casa por encima del borde, sin peligro de que me vieran. Allí me fui aquel día y, acostado entre las hojas secas, esperé que saliera Grace.

La mañana era clara. El frío de la noche anterior había dado paso a un sol que parecía tan cálido como el de verano, aunque conservaba el delicado frescor de la primavera. Soplaba una ligera brisa en el bosque y podía ver la polvareda blanquecina del camino que sube a la colina de Ridge. Los árboles estaban ya cubiertos de brotes, pero todavía no había follaje que tamizase la luz del sol sobre el suelo alfombrado de margaritas y botones de oro. Pasé allí un largo rato y, para matar el tiempo, me quité el guardapelo de plata y, abriéndolo, leí de nuevo el pergamino, a pesar de que ya lo había hecho en un sinfín de ocasiones y me sabía de memoria lo de «Sólo seis decenas de años más diez duran nuestras existencias...» y todo lo demás.

Cada vez que tomaba en mis manos el guardapelo, mis pensamientos volaban hacia el tesoro de los Mohune y no podía menos que ser así porque el guardapelo me recordaba mi primera incursión en la cripta y me reía para mis adentros al recordar lo necio que había sido al esperar encontrarme aquel lugar alfombrado de diamantes y repleto de barras de oro ordenadamente apiladas. Así pues, por centésima vez, me puse a devanarme los sesos tratando de averiguar dónde podía estar escondido el diamante y acabé pensando que debía encontrarse en el cementerio y que ésa era la razón de que las consejas dijeran que allí podía verse a Barbanegra ciertas noches desapacibles, cavando en busca de su tesoro. Mas entonces razoné que era muy probable que las que se habían visto con palas fueran las sombras de los contrabandistas, cuando estaban excavando el pasadizo que conducía desde la tumba a la cripta, y que sin duda los habían tomado por espíritus, al verlos trabajar durante la noche. Y, estando yo sumido en tales pensamientos, se abrió la puerta de la casa que se encontraba a mis pies y apareció Grace, tocada de una caperuza y provista de un cestillo para recoger flores silvestres.

Tras observar que se encaminaba hacia el sendero que lleva a Weatherbeech, emprendí la marcha a través de los resecos matorrales para salir a su encuentro, pues habíamos convenido que sólo tomaría aquella senda cuando Maskew hubiese salido. Así que nos encontramos y pasamos una hora en la colina absortos en una animada charla que no he de reproducir aquí, pues trató sobre todo de niñerías. Ella habló mucho de la subasta y del desahucio de Elzevir de la ¿Por qué no? y, aunque nunca decía ni una palabra contra su padre, me confió el daño que le habían hecho sus maquinaciones. Mas sobre todo le afligía que hubiésemos de abandonar Moonfleet v su pena se manifestaba de tan preciosa manera que casi me alegré de verla sufrir. También supe por ella que Maskew faltaba, en efecto, de su casa, tras haber salido inopinadamente la pasada noche. «Hace tan buen tiempo», dijo a Grace, «que daré un paseo por la propiedad». A las nueve de la noche había regresado y le había dicho que había recibido un recado requiriendo su presencia en Weymouth, para un asunto urgente. De manera que ensilló su yegua y partió al punto, no sin avisar a Grace que no esperase su regreso antes de pasadas dos noches.

Ignoro aún la razón de que así fuera, pero lo que me contó de Maskew me dejó pensativo y silencioso y, como ella también debía volver a casa para que la vieja sirvienta que se ocupaba de las faenas domésticas, no le reprochara su tardanza, nos separamos. Emprendí el regreso por los bosques y la calle del pueblo y, al pasar por delante de mi antigua casa, vi a mi tía Jane parada en la puerta. Le di los buenos días y estaba a punto de emprender la carrera hasta la ¿Por qué no?, porque ya se me había hecho bastante tarde cuando ella me llamó y me dijo, con mejor talante del que había mostrado los días pasados, que tenía en casa algo para mí. De modo que me quedé

Librodot

esperando mientras lo buscaba y al cabo salió y me puso en la mano un pequeño libro de rezos, que yo siempre había visto en la salita, con las siguientes palabras:

-Aquí tienes un devocionario que quería haberte enviado junto a tu ropa. Pertenecía a tu pobre madre y ahora rezo para que pueda ser para ti un bálsamo tan preciado como un día lo fuera para aquella bendita mujer.

Tras de lo cual me dio a su vez los buenos días y yo me eché al bolsillo aquel pequeño volumen encuadernado en cuero rojo, que más adelante habría de resultarme precioso, aunque no del modo al que mi tía se refería, y bajé la calle corriendo hasta la ¿Por qué no?

Aquella misma tarde, Elzevir y yo salimos de la ¿Por qué no? y tras subir a la parte alta del pueblo, trepamos a la colina y llegamos a su cima con la caída del sol. Habíamos salido antes de lo convenido la noche anterior porque, aquella misma mañana, habían avisado a Elzevir que aprovecharían, para la arribada del *Bonaventure,* la marea conocida como el *gulder,* a eso de las tres, en lugar de las cinco. Extraña cosa es el *gulder* en verdad, pues ni siquiera los marineros pueden fiarse de él, pero el caso es que, en la costa de Dorset, la mar tiene cuatro flujos, de los cuales dos son de las mareas ordinarias *y* los otros dos del *gulder, y* estos últimos, por ser variables y de hora imprevisible, han echado por tierra más de una estima marítima.

A eso de las siete coronamos la colina, cuando todavía nos quedaban quince buenas millas para llegar al cabo Canoso. Apenas habíamos caminado media hora cuando nos sorprendió el crepúsculo, pero la noche que caía no era tan oscura como la pasada, sino de un azul profundo, y los calores del día no se disiparon al ponerse el sol y dejaron en el aire una tibieza perfumada. Seguimos andando en silencio hasta que vimos con alivio ciertas piedras blancas al borde del camino que anunciaban la cercanía del acantilado, pues los guardacostas solían marcar todos los senderos ascendentes con piedras pintadas de blanco para que el caminante progresase sin peligro, incluso en una noche oscura. Unos minutos más tarde llegamos al gran prado abierto que se encontraba en la cima del cabo.

El cabo Canoso es el más alto de la serie de promontorios que jalonan las veinte millas del litoral entre Weymouth y el cabo de Saint Alban, cuya altura es, por lo menos, de ochenta brazas sobre las aguas. La ladera que mira a la mar es una gran pared de greda, que no se desploma de golpe sobre las aguas porque, en el último tramo, corta el farallón una cornisa o plataforma conocida como «la terraza».

A esa cornisa nos dirigíamos y, a pesar de que va la tuviésemos a nuestros pies, sabía que nos quedaba una milla larga de descenso hasta ella. Reanudamos la marcha, tras encontrar el camino de mulas que serpentea por una quebrada en la roca ***y,*** cuando llegamos al repecho, miré al firmamento, pues la noche era serena, y deduje, por la posición de las estrellas, que debía estar bien pasada la medianoche. Yo conocía el lugar, porque había venido una vez a buscar moras de los zarzales de la cornisa que, al estar resguardados por todas partes menos por el mediodía y bañados de sol por ese lado, daban las más deliciosas de toda la comarca.

No estábamos solos pues pude contar unos veinte hombres, agrupados en corros algunos, y descansando los otros en el suelo, y vislumbré las siluetas negras de las caballerías, agrandadas por la penumbra. Hubo unos saludos musitados con roncas voces y luego volvió el silencio que era tal que uno podía oír el ruido de las caballerías mordisqueando las ralas matas de hierba. No era aquél el primer alijo que había ayudado a desembarcar, de modo que ya conocía a la mayoría de los hombres, pero opté por no hablarles pues estaba fatigado v deseaba descansar hasta que fuera necesaria mi presencia. Me tendí pues en tierra v no llevaba allí mucho tiempo cuando vi que alguien se me acercaba por entre los zarzales y, en esto, que maese Ratsey me espeta:

-Vaya con Jack, así que vuestra merced y Elzevir os vais de Moonfleet; pues mucho me gustaría a mí volar también, mas ¿quién quedaría entonces para llevar a los viejos a su última morada? Porque, que yo sepa, los muertos no entierran a sus muertos hoy en día.

Comentario [Librodot-36]:

Forma cariñosa y popular del nombre John. *(N. del T.)*

Yo, que estaba medio dormido, no di mucha importancia a sus palabras y lo despaché diciendo:

-Que eso no lo detenga, maese, ya encontrarán a otro que ocupe su puesto.

Mas no conseguí que me dejase en paz y siguió hablando por el placer de escucharse.

-Nada de eso, niño, tú no sabes lo que dices. Tal vez encuentren a alguien que cave sepulturas, e incluso que sepa llenarlas, mas ¿quién echará el puñado de tierra cuando el párroco Glennie diga aquello de «polvo al polvo»? Exige mucha ciencia conseguir que repique amablemente en la tapa del féretro.

Comentario [Librodot-37]:

Eclesiastés 3,20. *(N. del T.)*

Yo sentía que el sueño me pesaba en los párpados v, a punto estaba de suplicarle que me dejase descansar, cuando oímos venir de abajo un pitido y, en un santiamén, todos estaban en pie. Los muleros se dirigieron a la cabeza de sus recuas y bajamos a la playa, en silencioso tropel de hombres v bestias. Antes de acabar el descenso, oímos cómo varaba la proa del primer bote v el ruido que los pies de los marineros hacían en los guijarros. Luego no hubo sino el trajín del desembarco, y por cierto que era un cuadro extraño el de la mezcolanza de hombres, el bamboleo de las linternas y el ligero oleaje de la mar que, en su flujo, a veces nos mojaba las botas; y durante todo aquel tiempo se oía una mezcla de francés y holandés, porque la mayoría de los hombres del *Bonaventure* eran extranjeros. Pero no he de hablar más de aquello porque, al fin y al cabo, todos los desembarcos se parecen y los toneles llegan a tierra más o menos de la misma forma, hayan o no pagado el arancel.

Debían ser las tres de la madrugada cuando se hicieron de nuevo a la mar los botes del lugre y para entonces las caballerías ya estaban bien cargadas y la mayoría de los hombres llevaban también a cuestas uno o dos toneles. Entonces, Elzevir, que era quien ostentaba el mando, dio la orden de marcha y comenzamos a salir en fila de la playa, en dirección a la terraza. Como la carga era pesada, tardamos un poco más de lo habitual en retirarnos de la costa de modo que, aunque todavía no apuntaba el alba, la noche era algo más clara y no tan azul como horas antes.

Alcanzamos pues la terraza y estábamos ya atravesándola para proseguir el ascenso por el camino de mulas y coronar el promontorio por el costado, cuando vi algo que se movía detrás de uno de los zarzales que había por doquier. Fue sólo un atisbo de movimiento lo que había percibido y habría sido incapaz de decir si fue hombre, animal o tal vez un pájaro asustado lo que había estremecido los matorrales. Mas no fui yo el único en verlo, a juzgar por los gritos, y media docena de los porteadores dejaron en el suelo sus toneles y corrieron hacia los zarzales.

Todas las miradas se habían vuelto hacia el camino de mulas y, en un instante, enfrentáronse los cazadores y la presa. Los lebreles eran Damen y Garrett, con alguno más, y la liebre era un hombre mayor que brincaba y saltaba, camino arriba, corriendo con ligereza más propia de un joven. Sabía que tenía a hombres decididos tras de sí y que en aquella carrera le iba la vida. Porque, aunque sólo hubiese transcurrido un instante antes de perdernos en la noche, acerté a ver que aquel hombre no era otro que Maskew y supe que su vida no valía va ni diez minutos de persecución.

He de decir que odiaba a aquel hombre pues no pocos sinsabores me había ocasionado, además de haber visto lo que había hecho padecer a otros; mas, en aquel momento, deseaba de todo corazón que pudiera escapar y me horrorizaba pensar en lo que iba a sucederle. Sabía, sin embargo, que no tenía escapatoria; porque, por mucho que Maskew corriera desesperadamente, el camino era abrupto y pedregoso y le seguían los pies más ligeros de las inmediaciones. Todos nos detuvimos como si nos hubiésemos concertado en no dar ni un paso hasta ver el desenlace de la persecución. Yo estaba bastante cerca de Elzevir como para mirar su cara y no vi en ella pasión ni ansia de sangre, sino una resuelta serenidad, como si por fin se presentara algo largamente esperado.

Librodot

No tuvimos que aguardar mucho pues enseguida oímos rodar unas piedras y un ruido de pasos que descendían por la senda; de la oscuridad surgió un grupo en cuyo centro se encontraba Maskew. Lo llevaban a buen paso, a fuerza de empellones. Dos hombres lo sujetaban por los brazos y un tercero por el cuello de la camisa. Aquella imagen me trastornó, como si hubiese fumado demasiado tabaco, porque era la primera vez que veía a un hombre sujetado por otros, a uno de mis semejantes sometido a aquel trato degradante. Había perdido el sombrero y sus escasos cabellos pendían desordenados sobre su frente, le habían desgarrado la casaca, de modo que sólo vestía chaleco; estaba lívido y jadeaba penosamente tal vez por la rápida carrera o por la violencia que se le hacía o por miedo, o quizá por todo ello a la vez.

Se alzó entonces el guirigay de las voces de unos hombres acosados que tenían a su merced al peor enemigo de todos ellos; algunos gritaron: «Apaleadle», "pegadle un ti'o», «colgadle» mientras que otros eran partidarios de tirarlo desde lo alto del acantilado. Entonces alguien vislumbró, bajo la solapa de su chaleco la misma pistola con incrustaciones de plata que tan recientemente había asistido al arrendamiento de la ¿Por qué no? y, arrebatándosela de un tirón, la arrojó sobre la hierba, a los pies de Block.

Entonces la voz profunda de Elzevir acalló las disputas:

-Recordad, muchachos, que os advertí que, cuando llegase el momento de saldar cuentas con este hombre, sería yo *y* nadie más quien las saldase *y* así me lo prometisteis. ¿Acaso no es justo que sea yo el que le dé su merecido ya que me obliga a ello la sangre de mi hijo? No le toquéis, sino atadle pies y manos; dejádmelo aquí y marchaos luego, cada uno por su lado. Vamos, que no hay tiempo que perder pues ya está clareando.

Hubo entonces murmullos sordos, mas, como en la cripta, se impuso la voluntad de Elzevir y cedieron a su apremio tanto más fácilmente cuanto que todos sabían, en su fuero interno, que nunca volverían a ver a Maskew con vida. En cosa de diez minutos, hombres y caballerías estaban subiendo por el camino de mulas salvo Maskew, Elzevir y yo. Porque allí nos quedamos, en la hierba salpicada de zarzales de la cornisa, con la pistola a los pies de Elzevir.

Librodot

9
Un juicio

Déjalos enfrentarse, amigo.
La cosa ha ido demasiado lejos.
Que Dios les juzgue a los dos: déjalos estar.

BROWNING

Comentario [Librodot-38]:

Robert Browning (1812-1889). Nació en Londres. No estudió en ningún colegio regular *y* aunque su cultura era vasta *y* de criterio, le faltó el rasgo de erudición que distinguió a Tennyson y a otros poetas de su tiempo. Consagró su vida a la literatura. Publicó un abundante poemario: *Hombres y mujeres, La aventura de Balanstion, Idilios dramáticos,* entre otros. *(N. del T.)*

Hice como si me dispusiera a seguir a los otros, porque no deseaba ver lo que sin duda vería si me quedaba atrás y sabía que nunca conseguiría que Elzevir cejase en su empeño. Pero me llamó, pidiéndome que me quedase con él, porque podía serle útil. Así que me quedé, sin atreverme a pensar lo que entendía por serle útil y temiéndome lo peor.

Maskew estaba sentado en la hierba, con las manos bien atadas a la espalda y los pies, también amarrados, al frente. Le habían apoyado los hombros en parecen y los toneles llegan a tierra más o menos de la misma forma, hayan o no pagado el arancel.

Debían ser las tres de la madrugada cuando se hicieron de nuevo a la mar los botes del lugre y para entonces las caballerías ya estaban bien cargadas y la mayoría de los hombres llevaban también a cuestas uno o dos toneles. Entonces, Elzevir, que era quien ostentaba el mando, dio la orden de marcha y comenzamos a salir en fila de la playa, en dirección a la terraza. Como la carga era pesada, tardamos un poco más de lo habitual en retirarnos de la costa de modo que, aunque todavía no apuntaba el alba, la noche era algo más clara y no tan azul como horas antes.

Alcanzamos pues la terraza y estábamos ya atravesándola para proseguir el ascenso por el camino de mulas y coronar el promontorio por el costado, cuando vi algo que se movía detrás de uno de los zarzales que había por doquier. Fue sólo un atisbo de movimiento lo que había percibido y habría sido incapaz de decir si fue hombre, animal o tal vez un pájaro asustado lo que había estremecido los matorrales. Mas no fui yo el único en verlo, a juzgar por los gritos, y media docena de los porteadores dejaron en el suelo sus toneles y corrieron hacia los zarzales.

Todas las miradas se habían vuelto hacia el camino de mulas y, en un instante, enfrentáronse los cazadores y la presa. Los lebreles eran Damen y Garrett, con alguno más, y la liebre era un hombre mayor que brincaba y saltaba, camino arriba, corriendo con ligereza más propia de un joven. Sabía que tenía a hombres decididos tras de sí y que en aquella carrera le iba la vida. Porque, aunque sólo hubiese transcurrido un instante antes de perdernos en la noche, acerté a ver que aquel hombre no era otro que Maskew y supe que su vida no valía va ni diez minutos de persecución.

He de decir que odiaba a aquel hombre pues no pocos sinsabores me había ocasionado, además de haber visto lo que había hecho padecer a otros; mas, en aquel momento, deseaba de todo corazón que pudiera escapar y me horrorizaba pensar en lo que iba a sucederle. Sabía, sin embargo, que no tenía escapatoria; porque, por mucho que Maskew corriera desesperadamente, el camino era abrupto y pedregoso y le seguían los pies más ligeros de las inmediaciones. Todos nos detuvimos como si nos hubiésemos concertado en no dar ni un paso hasta ver el desenlace de la persecución. Yo estaba bastante cerca de Elzevir como para mirar su cara y no vi en ella pasión ni ansia de sangre, sino una resuelta serenidad, como si por fin se presentara algo largamente esperado.

Librodot

No tuvimos que aguardar mucho pues enseguida oímos rodar unas piedras y un ruido de pasos que descendían por la senda; de la oscuridad surgió un grupo en cuyo centro se encontraba Maskew. Lo llevaban a buen paso, a fuerza de empellones. Dos hombres lo sujetaban por los brazos y un tercero por el cuello de la camisa. Aquella imagen me trastornó, como si hubiese fumado demasiado tabaco, porque era la primera vez que veía a un hombre sujetado por otros, a uno de mis semejantes sometido a aquel trato degradante. Había perdido el sombrero y sus escasos cabellos pendían desordenados sobre su frente, le habían desgarrado la casaca, de modo que sólo vestía chaleco; estaba lívido y jadeaba penosamente tal vez por la rápida carrera o por la violencia que se le hacía o por miedo, o quizá por todo ello a la vez.

Se alzó entonces el guirigay de las voces de unos hombres acosados que tenían a su merced al peor una roca grande, gastada por las intemperies, que estaba medio hundida en la tierra. Allí se quedó, con la mirada fija en el suelo y la respiración menos agitada que cuando lo trajeron, aunque siguiera igualmente pálido. Elzevir estaba en pie con la linterna en la mano y clavados los ojos en Maskew. Podíamos oír los cascos de las caballerías cargadas hollar el camino, hasta que pasaron una de sus revueltas y todo quedó en calma.

Fue Maskew quien rompió el silencio diciendo:

-Desátame, bellaco, y déjame ir. Soy juez del condado y, si no lo haces, haré que te ahorquen en la cima de este mismo acantilado.

Fueron palabras bastante animosas, pero me parecieron más propias de una mala comedia y me hicieron recordar aquella vez, cuando era pequeño, en que el señor Glennie me puso a declamar un relato de la batalla del señor Dryden delante de los mayores y apenas pude pronunciar las sañudas amenazas de tan grandes como eran la vergüenza y las ganas de llorar que sentía. Pues así ocurría con las palabras de Maskew, que apenas si le quedaba aliento para pronunciarlas, y ello con una vocecilla desprovista de cualquier acento de cólera o pasión.

Comentario [Librodot-39]:

John Dryden (16311700). Crítico, traductor de Virgilio v autor dramático inglés. John se refiere en este pasaje a algún fragmento de las obras de contenido épico, y escritas en rimbombantes pareados, de dicho autor, que se presentaban en espectaculares puestas en escena. Su temática eran las gestas históricas, la defensa del honor y el heroísmo, y entre sus obras más conocidas figuraban: *La reina de la India,* una adaptación de *El paraíso perdido* de Milton, cuyo título era *El estado de inocencia, La conquista de Granada* (1670) *y Aureng-Zebe* (1675), basada en la vida del último Gran Mogol. *(N. del T.)*

Entonces, Elzevir le habló, sin rudeza pero con resolución, no carente de melancolía, como el juez comunicando a un reo su sentencia:

-No me hables de horcas, porque ya no harás que cuelguen a nadie por tus malas artes ni verás bailar más ahorcados. Hace un mes te sentaste bajo mi techo, viendo cómo la llama ardía hasta caer el alfiler y arrogándote así el derecho a expulsarme de mi hogar. Pues bien, esta mañana mirarás de nuevo la llama, porque he de darte una pulgada más de vela y, cuando caiga el alfiler, te pondré esta vieja pistola tuya en la sien y te mataré, con la misma indiferencia con que acabaría con una comadreja o con cualquier otra alimaña.

Entonces abrió la corredera de la linterna y, tras sacar de su pañuelo el mismo alfiler de cabeza de ónice que había utilizado en la ¿Por qué no?, lo clavó en la vela a una pulgada escasa de la punta y colocó la linterna en la hierba, frente a Maskew.

Aquellas palabras me causaron un desfallecimiento indescriptible y una violenta revulsión de los sentimientos, pues, a pesar de que unos minutos antes nada me habría parecido bastante malo para Maskew, ahora llegaba a desear que salvase la vida y miraba a Elzevir con verdadero terror.

Estaba ya mucho más claro y, aunque todavía no hubieran aparecido los celajes rosados de la aurora, se habían apagado las estrellas y el azul profundo de la noche dio paso a una luminosidad gris y difusa. La luz permitía distinguir las cosas, mas no el color que tenían. Podía ver las colinas y el suelo, los matorrales, los guijarros y la mar, pero todo ello parecía bañado en el mismo reflejo nacarado, o, tal vez sea más cierto decir que carecía de color, pero, sea como fuere, lo más incoloro o gris de todo era el semblante de Maskew. Sus cabellos estaban en completo desorden y parecía mucho más calvo que cuando los llevaba bien peinados; su rostro estaba surcado de profundas arrugas y tenía marcadas ojeras. Por si fuera poco, había sufrido una aparatosa caída al tratar de escapar y, entre el barro que manchaba una de sus mejillas, una gota de sangre brotaba del corte que se había hecho con una piedra. Tenía en verdad un aspecto

Librodot

lamentable y, al verlo de esa guisa, no pude menos que recordar aquella tarde, en la clase, en que aquel mismo hombre había golpeado al párroco, y la forma en que nuestro maestro se había vuelto a sentar impertérrito, con una gota de sangre surcando su mejilla, como le ocurría a él en aquel momento. Maskew permaneció largo rato con la mirada fija en tierra y, cuando por fin la alzó, me miró a su vez con una expresión ausente con la que, sin embargo, mendigaba piedad. Hasta aquel momento nunca había visto en él ni un rastro de los rasgos de Grace ni de los de él en su hija; pero, al mirarlo, reparé en que había en su cara, por muy alterada que estuviese, algo de la de ella, de modo que me pareció que Grace me miraba a través de sus ojos. Entonces sentí aún más compasión por él y me di cuenta que no podía quedarme allí y presenciar cómo se le daba muerte.

Elzevir no había vuelto a cerrar la corredera de la linterna después de hincar el alfiler en la vela y, aunque no había viento, sí soplaba de la mar una ligera brisa mañanera que, al entrar en la linterna, hacía oscilar la llama. Resultó pues que la vela fue fundiéndose por un lado hasta que sólo quedó un trocito de sebo por encima del alfiler ya que la llama siguió ardiendo con resplandor cada vez más pálido en la pujante luz de la mañana. Yo calculaba que quedaría cosa de un cuarto de hora para que cayese el alfiler y vi que Maskew lo sabía tan bien como yo, porque sus ojos no se despegaban de la linterna.

Por último volvió a hablar, pero se habían acabado las bravatas y su vocecilla era aún más atiplada. Ya no profería amenazas, limitándose a suplicar que le dejasen la vida salva.

-No me matéis -decía-; no me matéis, señor Block, tengo una hija única, una niña que sólo de mí puede esperar amparo. ¿Será vuestra merced capaz de arrebatar a una doncella su único socorro, dejándola sola en el mundo? ¿Acaso han de encontrarme muerto a vuestras manos en este acantilado y llevarme a ella como cadáver ensangrentado?

A lo que Elzevir repuso:

-¿Y acaso no tenía yo un hijo único que volvió a casa como cadáver ensangrentado? ¿De quién era la pistola que dispararon a bocajarro contra él, arrebatándole la vida? ¿No lo sabes? Era la misma que verás disparar contra ti, así que ponte en paz con Dios, si es que puedes, porque tus instantes están contados.

Tras estas palabras recogió la pistola del lugar donde la había dejado y, volviendo la espalda a Maskew, se puso a pasear de un lado a otro entre los zarzales.

Las palabras de Maskew acerca de su hija parecieron avivar la cólera de Elzevir porque le recordaron a David, a mí, en cambio, me dejaron transido el corazón y, si antes había considerado una cosa horrenda asistir a la inmolación de uno de mis semejantes, me parecía ahora algo diez mil veces más espantoso. Pensaba, además, en Grace y en lo que tal acto significaría para ella y mi pulso latía con tal fuerza que no pude menos que ponerme en pie de un brinco y correr hacia Elzevir para persuadirle que no hiciese lo que se proponía.

Cuando me fui hacia él seguía paseando entre los zarzales y me dejó desahogarme, escuchándome hasta que perdí el aliento, a pesar de que mis palabras se atropellasen y pareciesen incluso preceder a mi propio juicio.

-Tienes buen corazón, muchacho -dijo-, y ésa es la razón por la que te he tomado afecto y, si hay en tu corazón un lugar principal para mí, malamente podría quejarme de que te quedase en él un pequeño hueco incluso para nuestros enemigos. Bien quisiera devolver la paz a tu espíritu y hacer lo que me pides. En el primer arrebato de cólera, cuando lo encontramos acechando para perdernos, me parecía poca cosa acabar con su miserable vida. Mas el frescor de la mañana ha enfriado mi ánimo y, por mucho que quisiera, no podría disparar sobre un perro postrado y atado de pies y manos, aunque hubiese matado a veinte hijos míos. Me he preguntado si podría perdonarle la vida, contentándome con que esta hora de agonía le dé una lección que no ha de olvidar hasta la de su muerte, porque los cobardes de su calaña temen la muerte y en una hora

Librodot

mueren cien veces, mas no hay salvación posible para él porque, en la balanza, pesan contra su vida las de todos los hombres y la tuya misma. Lo pusieron en mis manos porque sabían que yo había de darle su merecido y no seré yo quien les defraude dejándolo ir para que pueda colgarnos a todos. No puede ser.

Con todo, yo seguía suplicándole vehementemente que dejase vivir a Maskew, tomándole por el brazo y recurriendo a cuantos argumentos se me ocurrían para conseguir que cejase en su intento; mas me echó a un lado y, aunque bien pude ver que le repugnaba lo que se disponía a hacer, cobré la terrible convicción de que no era hombre al que se pudiese distraer de su propósito y que nada podría evitar que lo llevase a cabo.

Salimos ambos de los zarzales y volvimos hacia la hierba y allí seguía Maskew, tal como lo habíamos dejado, con la espalda apoyada en la roca. Su único gesto había sido el de extraer el reloj de la faltriquera y ponerlo a su lado, en la tierra, aún atado a él por una cinta de seda negra. La esfera estaba hacia arriba y, al pasar, vi que la manecilla señalaba las cinco.

El sol saldría de un momento a otro; pues, a pesar de que el promontorio nos tapase el levante, el poniente estaba ya surcado, hasta más allá de Portland, de celajes cobrizos y dorados. La vela seguía consumiéndose. La cabeza del alfiler oscilaba muy levemente y, como ya la había visto así un mes antes, sabía que el final no estaba lejos.

Maskew también lo sabía, porque imploró perdón por última vez, con palabras harto conmovedoras que no puedo ahora referir, y forcejeando con sus ligaduras, como para zafar las manos de la espalda y elevarlas en un gesto de súplica. Ofreció dinero: mil, cinco mil, diez mil libras por su libertad y prometió devolver la ¿Por qué no? e irse de Moonfleet; y, durante todo aquel tiempo, manaba el sudor de su cara desencajada, hasta que, por último, su voz se ahogó en sollozos, y lloró por su vida con un terror abyecto.

Pero su juez bien podría haber sido sordo, a juzgar por su rostro impasible, y la única respuesta de Elzevir fue armar la pistola y cebar la pólvora en el cañón.

Entonces me metí los dedos en los oídos y cerré los ojos con fuerza para no ver ni oír lo que ocurriría a continuación, mas en un instante cambié de idea y los volví a abrir porque entretanto había tomado la rotunda resolución de poner fin a todo aquello por cualquier medio.

Maskew estaba profiriendo un ruido estremecedor, medio gemido, medio grito ahogado, como si pensase que había a su lado alguien más que Elzevir y yo y estuviese pidiendo auxilio. El sol ya había salido y sus primeros rayos se reflejaban, por poniente, en una lejana ventana allá en la isla de Portland. En esto se oyó un tintineo dentro de la linterna: el alfiler había caído.

Elzevir se volvió hacia Maskew y alzó la pistola; pero, antes que pudiese tan siquiera apuntarle, me abalancé sobre él como un gato montés, aferrándome a su brazo derecho y suplicándole a grandes gritos que no lo hiciera. Era aquélla la lucha desigual de un muchacho, a pesar de que estuviese yo crecido y vigoroso, contra un hombre de fortaleza descomunal, pero el furor dio fuerza a mis brazos cuando los suyos flojeaban, tal vez porque dudaba de su derecho. Por fin, no sin trabajo, se deshizo de mi brazo y, con el forcejeo, la pistola se disparó al aire.

Entonces me zafé de él y vacilé por un momento, extenuado por el esfuerzo, pero aliviado también, pues veía la paz que tan corta tregua había deparado a Maskew. Porque parecía que el disparo de la pistola había desprendido de su cara una máscara horrenda, desvelando su expresión habitual. Vi entonces cómo dirigía la mirada a la cima del acantilado y pensé que debía estar volviendo los ojos al cielo con agradecimiento.

Pero ahora había ocurrido algo más. Antes que los ecos de aquel disparo de pistola se hubieran disipado en el aire fresco de la mañana, creí oír un distante griterío y miré alrededor para ver de dónde podía surgir. Elzevir también volvió la cabeza, olvidando reprenderme por haberle hecho fallar el tiro. En cuanto a Maskew, seguía con la mirada fija en la cumbre del acantilado. Luego las voces se acercaron y podía distinguir la mezcolanza de llamadas que se dirigían unos hombres a otros al acudir, desde distintos lugares, a un punto de reunión. De la

Librodot

cumbre provenían pues aquellas voces y Elzevir y yo mirábamos hacia allá arriba, al igual que Maskew cuyos ojos no se despegaban de ella. Un momento después, una veintena de hombres se perfilaron en el borde del promontorio, por encima de nuestras cabezas. El cielo, teñido de rosa, brillaba va para entonces con la intensa luz del nuevo día, y sobre él se recortaban con nitidez las negras figuras, como lo hacía aquella silueta de mi madre, colgada al lado de la chimenea de la salita. Eran soldados y, por sus altos gorros en forma de mitra, reconocí en ellos a los hombres del 13.° Regimiento y vi cómo destacaban contra los rayos de luz del amanecer, que refulgían en los cañones de sus arcabuces.

Entonces comprendí que el retén nos había tendido una emboscada; Elzevir también se había dado cuenta y entonces todos ellos gritaron al mismo tiempo.

-¡Rendíos, en nombre del Rey! ¡Daos presos! -dijo una de aquellas siluetas negras, allá arriba en la cima.

-¡Estamos perdidos! -gritó Elzevir-; es el retén, mas, si hemos de morir, este traidor habrá de abrirnos el camino.

Y con estas palabras se dirigió hacia Maskew para volarle los sesos de un tiro.

-¡Disparad, disparad ya, en nombre del mismísimo diablo -clamó Maskew-, o soy hombre muerto!

Entonces brotó de la línea de siluetas negras un reguero de detonaciones, que crepitaba como el comienzo de un trueno, y oímos el chasquido húmedo con el que las balas se hundían en la tierra, y, antes de

que Elzevir hubiera podido siquiera acercarse a él, Maskew rodó por la hierba profiriendo un gemido, con un orificio rojo en la frente.

¡Corre hacia el costado del acantilado! -me dijo entonces Elzevir-; pégate bien a la roca para que no puedan acertarte -y se abalanzó hacia la pared de greda.

Pero yo había caído de hinojos, como un ternero derribado por el hacha, y sentí un insufrible dolor en mi pie izquierdo. Elzevir volvió la mirada y gritó:

-¿Qué tienes? ¿Te han herido a ti también?

Y corrió hacia mí cogiéndome en brazos como a un niño. Luego hubo otra descarga, seguida del ruido de las balas al hundirse en el suelo mas los disparos no hicieron blanco en aquella ocasión y nos encontramos jadeantes pero a salvo, al resguardo de la pared de greda.

Librodot

10
La huida

¡Qué pavor
y vértigo lanzar tan abajo los ojos! No seguiré mirando
pues se me iría la cabeza.

SHAKESPEARE

La pared de greda blanca nos servía de parapeto contra nuestros adversarios y, por mucho que uno o dos de ellos disparasen sus arcabuces, en un intento de alcanzarnos por el costado, ni siquiera podían ver el blanco, así que tiraban al azar. Estábamos a salvo, pero ¡por cuán poco tiempo! Nuestra seguridad no duraría más de lo que tardasen los soldados en bajar a prendernos; a salvo tal vez, pero con una pistola descargada por toda defensa y un hombre muerto de un disparo tendido a nuestros pies.

Elzevir fue el primero en hablar:

-¿Puedes ponerte en pie, John? ¿Tienes el hueso roto?

-No puedo poner el pie en el suelo -contesté-, tengo algo roto en la pierna y siento que la sangre corre por mi bota.

Se arrodilló y empezó a quitarme la media y, aunque sólo movió muy levemente mi pie, el dolor que sentí en él fue irresistible pues ya estaba volviéndole la sensibilidad, tras el entumecimiento que causara el balazo.

-Te han roto la pierna, a pesar de que sangre poco -dictaminó Elzevir-. Como no tenemos tiempo de ensalmarla, voy a vendártela con este pañuelo y, mientras lo hago, te explicaré la situación en que nos encontramos y así decidiremos lo que mejor nos conviene.

Yo asentí, al tiempo que me mordía los labios para resistir en silencio el daño que me estaba haciendo, y él prosiguió:

-En un cuarto de hora el retén ya habrá bajado y, cuando los tengamos aquí, tú mismo puedes juzgar lo difícil que nos resultará conservar la vida o la libertad con esta carroña a nuestros pies -y señaló a Maskew con el pulgar-. Aunque me alegro de que no fuera mi mano la que lo enviase a rendir cuentas y no he de reprocharte que me hicieses gastar el tiro en el aire. De modo que una de las cosas que podemos hacer es esperar a que vengan, pues creo poder dar cuenta de unos cuantos antes de que me derriben de un tiro; pero, como tú, con una pierna rota, no puedes luchar, te prenderán vivo y terminarás dando patadas al aire en el patio de la cárcel de Dorchester.

Estaba yo enfermo de dolor y muy abatido al pensar en lo pronto que podía llegar mi existencia a tan infame final, así que sólo pude responder con un suspiro, al tiempo que pedía al cielo con todas mis fuerzas que Maskew no estuviese muerto ni mi pierna rota y que me encontrase de nuevo en la ¿Por qué no? o incluso escuchando uno de los sermones del doctor Sherlock en la salita de mi tía.

Elzevir bajó la mirada hacia mí al oír aquel suspiro y creo que, al verme cuitado, trató de ponerle al mal tiempo buena cara.

-Perdóname, muchacho -dijo-, por haber hablado con tanta rudeza. Todavía nos resta otra escapatoria y, si tus dos piernas estuvieran sanas, ya la habríamos probado, mas ahora se me antoja poco menos que una locura. Por más que, si no tienes miedo, aún podríamos intentarlo. Al extremo de esta cornisa, más allá del punto en que el camino de herradura se va para abajo, pero a

Librodot

menos de cien yardas de aquí, sé de una trocha de cabras que llega hasta la cima. Parte del lugar donde se acaba la terraza y va serpenteando por la pared de roca hasta coronar el acantilado. Los pastores lo llaman Zigzag y hasta las ovejas se despeñan por él; en cuanto a los hombres sólo sé de uno que lograse recorrerlo y éste era el paquetero Jordan, un día que llevaba a los carabineros pegados a los talones, hace cincuenta años. El que lo emprenda confía la vida a su presencia de ánimo y a sus pies y no creo que un pájaro herido como tú pueda emprender el vuelo de esa forma, pero si te atreves a poner tu vida pendiente de un cabello, puedo llevarte a cuestas un rato, aunque, cuando no haya sitio para pasar de ese modo, tendrás que avanzar a gatas e ir arrastrando el pie.

Comentario [Librodot-40]:

Una yarda equivale a 0,9144 m. *(N. del T.)*

Era ciertamente un intento desesperado mas a mí me pareció que se abría un jirón de azul en un cielo encapotado.

-Sí -repuse al punto-, mi buen maese Elzevir, pongámonos en marcha sin más tardanza pues antes quiero despeñarme por esas rocas que esperar aquí a que nos lleven a la cárcel.

Y, tras esas palabras, quise ponerme en pie, pues pensaba que podría seguir caminando, incluso con una pierna rota, desplomándome al punto con un gemido. Entonces Elzevir me levantó en brazos, con mi cara mirando a sus espaldas, y se dirigió hacia el Zigzag. Mientras nos escabullíamos, pegados a la pared de roca, pude ver a Maskew entre los zarzales, tendido de cara al cielo de la mañana y con aquel pequeño orificio en medio de la frente del que manaba un hilillo de sangre que goteaba sobre la hierba.

Era aquélla una visión que habría sobrecogido a cualquiera y que tal vez me hubiera hecho flaquear, mas ya no había tiempo para ello porque habíamos llegado al borde de «la terraza»; Elzevir me dejó en tierra durante un momento con el fin de aprestarse para el esfuerzo que le esperaba y que habría asustado al más valiente pues, cuando dirigí la mirada al Zigzag, se me antojó mil veces preferible quedarnos donde estábamos, aunque cayésemos en manos del retén, que poner el pie en aquella senda terrible y estrellarse peñas abajo. Y es que el Zigzag era al principio un sendero bastante ancho tallado en la piedra caliza, pero enseguida se tornaba muy angosto y no quedaba de él sino una línea blanquecina trazada sobre la superficie grisácea de la pared de roca que, algo más lejos, tras una cerrada revuelta, pasaba a unos cien pies por encima de nuestras cabezas. En aquel momento sentí un hedor repugnante y pude ver cerca de mí el cuerpo despedazado y putrefacto de una oveja.

Comentario [Librodot-41]:

Un pie equivale a 0,3048 m. *(N. del T)*

-¡Puff! -exclamó Elzevir-, este pobre animal ha debido perder pie.

Mal presagio era aquél y, así se lo dije, rogándole que siguiera trepando por el Zigzag y me dejase allí, pues acaso se compadecerían de mí por ser yo sólo un muchacho.

-¡Chitón! -me conminó-, debe ser que flojea tu ánimo, pero ya es demasiado tarde para cambiar de opinión. Todavía nos quedan quince minutos, para bien o para mal, y si coronamos la cumbre en ese tiempo dispondremos de una hora o más, porque eso es lo que tardarán en registrar toda la terraza. Además, Maskew los tendrá ocupados un rato pues seguramente han de intentar devolver la vida a hombre tan excelente. Y si nos caemos, poco ha de importarnos pues caeremos juntos y burlaremos así su treta. Así que cierra los ojos y no los abras hasta que yo te lo diga -y, sin más, me cogió de los brazos y yo cerré los ojos con firmeza, reprochándome mi desfallecimiento y callando el intenso dolor que sentía en el pie.

A poco supe, por los pasos de Elzevir, que ya había dejado atrás la tierra y caminaba por la greda. No pienso que hubiera en toda Inglaterra ni media docena de hombres capaces de aventurarse por aquel sendero libres de toda traba o carga, pero ni uno solo en el mundo, aparte de él, había que pudiera hacerlo con un muchacho crecido en los brazos. Elzevir, empero, no lo pensó dos veces y, sin decir palabra, fue progresando muy lentamente y yo lo sentía tantear el camino con su pie para asegurarse de la firmeza del terreno.

Yo callaba para no distraerle en su arriesgado avance y contenía el aliento cuanto podía para que no se moviese mi cuerpo entre sus brazos. Así fue subiendo, durante un rato que me

Librodot

pareció eterno, y que sólo debió durar uno o dos minutos. Poco a poco fui sintiendo el viento, apenas perceptible en la terraza, que se tornaba cada vez más fresco y húmedo en la pared del acantilado y entonces el sendero comenzó a empinarse cada vez más y los pasos de Elzevir a volverse cada vez más lentos. Entonces dijo:

-John, voy a detenerme, pero no has de abrir los ojos hasta que yo te ponga en el suelo y te lo diga.

Así lo hice y me depositó cuidadosamente con las manos y rodillas sobre el sendero, tras de lo cual me explicó:

-La senda es aquí demasiado angosta para que pueda pasar contigo en brazos; tendrás que rodear a gatas esa esquina y has de cuidar que la mano de afuera vaya cerca de la de adentro y de echar el peso del cuerpo hacia la roca, porque no hay sitio ahí para bailar al son de las gaitas. Y has de mantener la mirada fija en la roca sin volver los ojos hacia abajo ni hacia la mar.

Oportunos fueron sus consejos y avisado estuve en seguirlos, porque cuando abrí los ojos, a pesar de no desviarlos del acantilado, pude ver que el paso tenía apenas un pie de ancho y que el más ínfimo quiebro del cuerpo me precipitaría sobre las rocas. Así que seguí arrastrándome, aunque gasté buena parte del precioso tiempo que disponíamos en recorrer diez yardas de la primera revuelta del sendero con aquel pie inerte del que iba tirando con extremo dolor, a pesar de que me esforzase en ocultárselo a Elzevir. El, olvidando mis sufrimientos, me gritó:

-Apresúrate, muchacho, si puedes, que nos queda poco tiempo.

Pero, tan móvil es el humor humano que, por mucho que estuviese haciendo más de lo que nadie hubiera hecho nunca por salvar la vida de un semejante y que fuera él lo único en el mundo en que podía yo confiar, fui presa de cólera al verle olvidar mi dolor y pedirme que me apresurase, y a punto estuve de contestarle destempladamente, pero lo pensé mejor y resolví callarme.

Entonces me dijo que me detuviera porque, como el sendero volvía a ensancharse, podía tomarme de nuevo en brazos. Mas debíamos hacer frente a una nueva dificultad pues el sendero seguía siendo tan angosto y la pared de roca tan saliente que no quedaba lugar para cogerme. Tuve pues que tenderme de bruces para que pasara sobre mí, posando el pie entre mis hombros y luego se arrodilló en el sendero para que yo me subiese a su espalda y pasase los brazos alrededor de su cuello y así pudo llevarme «a caballo». Yo volví a cerrar los ojos con todas mis fuerzas y emprendimos un nuevo tramo del ascenso, azotados por un viento cada vez más fresco.

Al cabo de un rato me dijo que habíamos llegado al último recodo del sendero y que debía dejarme en tierra otra vez. Se puso una vez más de hinojos y yo me arrastré tras él por la cornisa. Estábamos pues los dos a cuatro patas, Elzevir en cabeza y yo tras él, pero, cuando iba arrastrándome, distraje un instante mi atención y, apartando los ojos de la roca, miré hacia abajo. Allá en el lejano fondo, vi la mar azul que refulgía como un espejo deslumbrador y las gaviotas volando en círculos al socaire de la abrupta pared de greda blanca, y entonces me vino a las mientes el cuerpo abultado de la oveja, que tal vez se hubiera despeñado desde aquel mismo lugar y al punto sentí una náusea irresistible, la cabeza empezó a darme vueltas y comprendí que era presa de vértigo y que me iba a despeñar.

Llamé a Elzevir y él, adivinando lo que ocurría, me gritó que me volviese sobre el costado y apretase el vientre contra la roca. Y cómo se las arregló en tan angosto pasaje, no sabría decirlo, pero lo cierto es que se volvió hacia mí y, tendido como estaba, me asió con firmeza por la espalda y estrechó aún más mi cuerpo contra el acantilado y harto oportunamente lo hiciera, porque, de no haberme sujetado con fuerza, como lo hizo, yo mismo me habría precipitado al vacío para poner fin a aquella indecible desazón.

-No abras los ojos, John -me dijo-, y cuenta en voz alta para que sepa que no estás perdiendo el conocimiento.

Empecé a contar, «Uno, dos, tres...» y, mientras seguía mi cuenta, yo le oía decir para sus adentros unas palabras que sonaban tenues y lejanas a mis oídos:

-Nos debe haber llevado diez minutos llegar hasta aquí y dentro de cinco más estarán aquéllos en la terraza... ¿Quién sabe, además, si cuando lleguemos a la cima no nos encontraremos con que han dejado a uno haciendo guardia? Por más que no, ¿qué digo?, no pueden haber dejado un centinela porque nadie conoce la existencia del Zigzag y si lo conociesen no se imaginarían que hemos subido por él. Sólo nos separan cincuenta yardas de la cima y nuestra libertad y ahora resulta que al muchacho le ha dado ese maldito ataque de vértigo y si se cae me arrastrará con él o nos verán desde abajo y nos acribillarán como si fuésemos pájaros bobos posados en la pared del acantilado.

Así decía entre dientes y yo, mientras tanto, habría dado un imperio por recuperar un poco de valor para seguir arrastrándome, mas era incapaz, porque el pavor mortal que se había apoderado de todo mi ser me tenía paralizado y cubierto de sudor frío. Estaba pues con la cara pegada a la pared rocosa mientras Elzevir me sujetaba firmemente por la espalda; pero lo que más me asustaba era que nada había allí que pudiera hacer presa, pues con sólo un trozo de cordel o incluso una hebra de algodón que se hubiera tendido por el sendero, para darme al menos una apariencia de apoyo, creo que podría haber proseguido; pero sólo había una pared escarpada y blanquecina que cortaba la parte más angosta de la senda y en la que no se distinguía ni una mala hendidura en la que meter los dedos. El viento soplaba ahora a rachas frescas y, aunque yo seguía teniendo los ojos cerrados, sabía que en aquel momento estaba agitando las pequeñas matas de hierba, y los ásperos graznidos de las gaviotas se me antojaban invitaciones a poner fin al miedo, al dolor y a mi pierna rota, arrojándome a las rocas.

En esto, Elzevir habló:

-John -me dijo-, no hay tiempo para andarse con remilgos de mujercita; si seguimos así un minuto más estamos perdidos, así que mejor será que hagas acopio de valor y sigas adelante, sin quitar la vista del acantilado.

Pero yo no podía obedecerle y así se lo dije:

-No puedo, no puedo; siento que si muevo un pie o una mano me despeñaré.

El, tras una pausa, dijo:

-Nada de eso, te has de mover, te digo, pues mejor será arriesgarte a caer ahora que esperar a que sea una bala la que te derribe dentro de unos instantes.

Y, con estas palabras, quitó su mano de mi espalda y me asió por el cuello de la casaca al tiempo que retrocedía para poder tirar de mí.

Pero estaba yo tan aturdido por el pavor que no me moví ni una pulgada pues temía caer si abría los ojos. A pesar de su fuerza, Elzevir no podía arrastrar un peso inerte por aquel sendero. De modo que desistió de hacerlo y me soltó un gruñido en el preciso momento en que empezó a subir de la cornisa un clamor de voces y llamadas.

-¡Diantre con ellos, ya están ahí abajo! -gritó Elzevir-, y ya habrán encontrado el cuerpo de Maskew; no hay nada que hacer, en un minuto nos verán.

Mas tan grande es la fuerza que ejerce el espíritu sobre el cuerpo y tanto domina un espanto grande a otro menor que, al oír yo aquellas voces que llegaban de abajo, perdí al punto todo miedo a caer y pude abrir los ojos sin traza alguna de aquel vértigo horrendo; de modo tal que me puse a avanzar a cuatro patas. Elzevir, al verme, debió pensar por un momento que me había vuelto loco y que me proponía precipitarme al pie del acantilado, mas comprendió al punto lo que ocurría y empezó a retroceder hacia mí, musitando:

-¡Eso es, valiente! Tan pronto como hayas vuelto la esquina a rastras te tomaré de nuevo a cuestas. ¡Cincuenta yardas más y habremos burlado a esos demonios!

Librodot

Entonces volvimos a oír las voces, si bien algo más lejanas y tenues, lo que nos indicó que nuestros perseguidores habían dejado atrás la cornisa y se dirigían a la playa pensando que nos habíamos escondido en la costa.

Cinco minutos más tarde, Elzevir ponía el pie en la cumbre del acantilado, conmigo a cuestas.

-Creo que, por una vez, la jugada nos ha sido provechosa -jadeó-, y que ha de darnos una hora de ventaja. Convencido estaba de que tu vértigo nos había perdido.

Tras de lo cual me dejó suavemente sobre la tierra mullida y se tendió él mismo boca arriba, estirando los brazos a ambos lados de su cuerpo, mientras recuperaba el aliento perdido en su hazaña.

El día era aún joven y allá abajo se extendía en la lejanía el movedizo tapiz de la Mancha, coronado por un leve banco de neblina matinal que mar adentro todavía no se había levantado. Una ondulante línea de colinas y cerros, con todos sus accidentes de ensenadas, bahías y valles, se perdía hacia el mediodía hasta culminar en el escarpamiento del monte de Saint Alban, a diez millas de allí. La pared del promontorio despedía un brillo blanco y la mar, que era parda cerca de la costa, lucía más adentro un azul purísimo, interrumpido sólo por la estela del sol que, con sus mil destellos rutilantes, se asemejaba al lomo de un chicharro.

El alivio de encontrarme de nuevo en tierra firme y la exaltación del ánimo que da librarse de un peligro inminente tuvieron el don de disipar mi dolor, haciéndome olvidar mi pierna rota, de modo que aún permanecí un momento recreándome en el calor del sol, y el mismo viento que, pocos minutos antes, amenazara con derribarme de aquella exigua cornisa, parecíame a la sazón la más acariciadora de las brisas por la frescura que tomaba del hálito del océano en calma. Mas aquello sólo duró un momento pues me volvió un temor, que crecía a cada instante, al pensar con desesperanza en el difícil brete en que nos hallábamos. ¡Qué adversa nos había sido la suerte aquellos últimos días! Primeramente por haber perdido la ¿Por qué no?, que no era poco; en segundo lugar, porque las Aduanas nos tuviesen por contrabandistas *y,* quizá por asesinos; y, en tercer *y* último lugar, por la fractura de mi pierna que tanto dificultaba la huida. Pero, sobre todo, se me aparecía aquel rostro demudado vuelto hacia el sol de la mañana y pensaba en lo que representaba para Grace y, en aquel momento, habría dado mi propia vida para devolver la suya a nuestro peor enemigo.

En esto Elzevir se incorporó y, estirándose como quien acaba de despertar, me dijo:

-Debemos irnos. Tardarán algún tiempo en volver y, cuando lo hagan, no pensarán en buscarnos por aquí, pero no podemos correr ese riesgo y debemos ponernos a salvo. Esa pierna tuya nos demorará unas semanas y es menester que encontremos un lugar en donde podamos ocultarnos y curártela. Se da el caso que conozco un escondrijo como el que nos conviene en Purbeck, donde lo conocen como el Pozo de José, y hacia él debemos encaminarnos; mas nos llevará toda la jornada llegar allí pues se encuentra a siete millas de aquí y, además de no tener yo el vigor de antes, tú resultas una criatura un poco pesada para poder llevarte a cuestas sin esfuerzo.

Yo no conocía aquel pozo, mas me consolaba saber que existía un lugar, por muy alejado que estuviese, donde podría tenderme y esperar un alivio a mi dolor. Así que me tomó de nuevo en brazos y emprendió el camino por entre los campos.

No he de detenerme en los pormenores de tan penoso viaje, ni podría hacerlo, aunque quisiera, porque el dolor terminó por nublar mi entendimiento y me embargó de tal malestar y desmadejamiento que sólo volvía en mí cuando algún movimiento inadvertido me arrancaba un grito. Al principio Elzevir caminaba con rapidez pero luego sus pasos se hicieron más pausados y, a medida que avanzaba la jornada, en varias ocasiones no pudo menos que dejarme en el suelo para darse un respiro, hasta que, al final, apenas podía llevarme durante cien yardas sin descansar. Era ya por la tarde, pues el sol había rebasado su cenit, y hacía un calor excesivo para la estación,

Librodot

cuando el paisaje comenzó a cambiar y la hierba rala de las dunas, salpicada de minúsculas conchas de caracol, dio paso a un terreno cubierto de piedras planas y dividido en tierras de labor. Era un paraje desolado y batido por el viento que no parecía merecer ni el trabajo de labrarlo y en el que, en lugar de setos, había unos míseros muros de piedras amontonadas sin mortero ninguno. Al fin Elzevir me puso en tierra tras una de aquellas tapias a trechos medio deshechas, que sólo parecían mantener en una pieza algunas ramas de yedra y a las que servían de contrafuerte escasos zarzales, y dijo:

-Estoy extenuado y por el momento no puedo seguir cargando contigo, aunque no nos quede mucho camino. Hemos dejado atrás las puertas de Purbeck y estas tapias nos protegerán de miradas indiscretas si alguien viene por las dunas. En cuanto a los soldados, no creo que se acerquen por aquí tan pronto y, si lo hicieran, mal remedio tendría la cosa porque, entre el cansancio y el sol que nos ha caído encima, me pesan los pies como si fueran de plomo. Hace veinte años, esta tarea habría sido para mí cosa de chanza, pero ahora es diferente, de modo que he de dar una cabezada y descansar hasta que refresque un poco. Siéntate aquí y apoya tu hombro en la pared pues así podrás mirar por el trozo roto y vigilar las dos direcciones. Si ves algún movimiento despiértame al punto.

Luego, sacando de su ropa la pistola con incrustaciones de plata de Maskew, la sopesó cariñosamente al tiempo que decía:

-Lástima me da no tener un dedal de pólvora con el que hacer que este pito suene. Es en verdad mala suerte que, tras treinta años de llevar armas de fuego, me encuentre en un apuro como éste y con ellas en casa.

Y sin más se tendió en una sombra estrecha que había a lo largo del muro y, al cabo de un minuto, supe por su honda respiración que estaba durmiendo.

El viento había refrescado mucho y soplaba con fuertes rachas de poniente; yo, que me encontraba al socaire del muro, comencé a sentir que me invadía la somnolencia que suele apoderarse del que, después de pasar una hora o dos expuesto al viento, termina por encontrar cobijo. Además, aunque no estuviese agotado por un esfuerzo penoso como el que había hecho Elzevir, había pasado la noche sin dormir y sentía que, con la fatiga que da el constante dolor, mis ojos se cerraban. Tanto era así que, apenas había pasado un cuarto de hora, cuando ya a duras penas conseguía mantenerme despierto para proseguir la guardia que se me había confiado. Busqué entonces algún objeto en el que fijar mis pensamientos y, al mirar hacia el costado del muro tapizado de hierba, di en contar las numerosas toperas que por allí veía. Cuando hube acabado la cuenta que era de treinta pequeños montículos de tierra parda y polvorienta, caprichosamente salpicados por el prado, volví la mirada hacia el sembrado que se extendía al otro lado del muro y vi las hojas de trigo de no más de una pulgada que brotaban entre los guijarros. Púseme entonces a contar aquellas hojitas, alegrándome de haber encontrado algo cuya cuenta no se detuviese en treinta sino que podía ascender a millones y millones; mas, antes de haber contado hasta diez en tan heroico inventario, estaba profundamente dormido.

Un fuerte ruido me hizo despertar con un sobresalto que agudizó el dolor de mi pierna y, a pesar de que nada podía ver, supe que alguien había disparado muy cerca de nosotros. No fue necesario despertar a Elzevir pues ya estaba alerta y llevando el dedo a sus labios me pidió que guardase silencio. Entonces se arrastró unos cuantos pasos a lo largo del muro hasta que un macizo de hiedra, que crecía en la parte superior le permitió atisbar entre el follaje sin temor a ser visto. Luego se dejó caer de nuevo con aire de alivio y me explicó:

-Es sólo un muchacho que está asustando a los grajos con un trabuco; debemos permanecer inmóviles, a menos que venga por aquí.

Un minuto más tarde añadió:

-Ese rapaz viene hacia el muro; tendremos que hacernos ver.

Librodot

Mientras así hablaba, se oyeron desmoronarse unas piedras por el lugar donde el muchacho estaba encaramándose al muro, derribando la mitad de éste en el intento, entonces Elzevir se puso en pie. El muchacho se asustó e hizo un amago de emprender la huida, pero, al darle Elzevir las buenas tardes muy civilmente, se paró, volviéndose hacia nosotros.

-¿Qué te trae por estos pagos, hijo? -inquirió Block.

-Estoy espantando los grajos al hacendado Topp -fue la respuesta.

-¿No te sobrará una carga de pólvora? -repuso Elzevir, mostrando su pistola-. Quería cobrar un conejo del tojal para la cena y he perdido mi cebador. ¿No habrás visto un cebador al caminar entre los surcos?

Y, a continuación, me susurró en un aparte que me quedase quieto para que no se notase que tenía la pierna rota. El muchacho respondió:

-Pues no he visto cebador alguno, pero me parece que no he tomado el mismo camino que vos, porque yo vengo de Lowermoigne; en cuanto a la pólvora, es muy poca la que me queda y la necesito para los grajos, porque si no hago lo que me han mandado me costará una buena paliza.

-Ven aquí -dijo Elzevir-, dame una carga o dos a cambio de esta media corona -y, sacando la moneda del bolsillo, se la mostró.

Comentario [Librodot-42]:

Moneda cuyo valor era de dos chelines y seis peniques. *(N. del T)*

Los ojos del zagal brillaron, al igual que los míos, al ver tan valiosa pieza, y acto seguido sacó de su bolsillo un gastado cebador de cuero de vaca.

-Si me das el cebador también -ofreció Elzevir-, te ganarás una corona -y le mostró una moneda más grande.

No se dijo ni una palabra más; Elzevir tenía el cebador en el bolsillo y el muchacho estaba ya mordiendo la moneda.

-¿Qué munición gastas? -continuó Elzevir.

-¿Qué? ¿También ha perdido vuestra merced la caja de municiones? -preguntó el muchacho con no poca sorpresa en la voz.

-¡Quia! Pero las que he traído son demasiado pequeñas, si tuvieses una bala o dos me apañaría.

-Tengo una docena de postas para ganso del número dos -dijo el muchacho-, pero os costarán un chelín. Mi amo me tiene prohibido que las use, salvo si veo un cisne o un milano o algo que se pueda comer. Así que me ganaré una paliza y ello bien vale un chelín.

-Pues, ya que te van a deslomar, por lo menos que valga la pena -dijo Elzevir con acento tentador-. Anda, dame ese trabuco que llevas por una guinea.

-No, señor, no he de hacerlo -contestó el muchacho-, pues corre por Lowermoigne la peregrina historia de que un retén tuvo un encuentro con los del contrabando esta mañana y que hubo un tiroteo, en el que un aduanero recibió una buena ración de plomo, quién sabe si de postas para ganso del número dos. Los contrabandistas salvaron el pellejo, pero dicen que ya han dado la alarma y que se pagarán veinte libras de recompensa por cabeza, de modo que si os vendo mi trabuco, tal vez tenga que arrepentirme de ello e indisponerme, no sólo con mi amo sino también con los alguaciles.

Su voz pasó de un tono de sorpresa a otro de sospecha. Noté que, al tiempo que hablaba, había reparado en mi pie, a pesar de que yo me esforzase en mantenerlo a la sombra. Entonces me di cuenta de que había visto la bota manchada de sangre y el pañuelo que llevaba atado a la pierna.

-Precisamente por eso necesito el trabuco -prosiguió Elzevir-. Esos contrabandistas andan huidos por los alrededores y una pistola es poca cosa para detener a esos rufianes desalmados en una ladera solitaria. Vamos, vamos, tú no necesitas un arma para defenderte pues no harán daño a un muchacho.

Mostraba la guinea entre el índice y el pulgar y los destellos del oro no eran como para ignorarlo. Y así nos hicimos con un mal trabuco, postas y pólvora y el muchacho se marchó por

el sembrado, silbando desenvueltamente, con una mano en el bolsillo y en la otra una guinea más una corona.

Su silbido parecía inocente, pero yo desconfiaba de él por haberse cruzado mi mirada con la suya cuando se fijó en mi pie ensangrentado. Participé mis temores a Elzevir quien se limitó a reír y afirmar que el muchacho era honrado e inofensivo. No obstante, desde donde estaba sentado, podía escudriñar a través de los zarzales el agujero del muro y ver sin ser visto, y, en efecto, allá iba caminando despreocupadamente nuestro caballerete, silbando como un mirlo cualquiera, mientras la cabeza de Elzevir sobresalió del muro; mas, tan pronto como se sentó Elzevir, el muchacho echó una cautelosa ojeada a su alrededor y, al ver que ya nadie lo observaba, paró de silbar y puso pies en polvorosa. Entonces supe que había adivinado quiénes éramos y que corría a denunciarnos a nuestros perseguidores; pero, antes de que Elzevir hubiera llegado a ponerse en pie, el mozalbete se había perdido de vista al otro lado de una colina.

-Sigamos caminando -dijo Block-, es poco lo que nos queda y ya no hace calor. Debemos haber dormido tres horas al menos, pues has de saber, John, que no eres muy buen centinela y dicen que el sopor del centinela es la alegría del enemigo, de modo que, si por ti hubiese sido, habríamos caído en manos del retén como dos lechuzas en pleno día.

Y tras esas palabras volvió a cogerme a cuestas y se puso a caminar a buen paso, procurando evitar la cresta de la colina y buscando el abrigo de las cercas de piedra. Habíamos dormido más de lo que pensamos porque el sol estaba ya muy bajo y, aunque el descanso había resultado reparador, mi pierna se había entumecido y me hacía sufrir aún más cuando empezó a moverse, en cuanto reanudamos la marcha. Elzevir seguía caminando enérgicamente, a pesar del pesado fardo que cargaba, así que, en menos de media hora, supe, a pesar de no haber estado nunca allí, que nos encontrábamos en la comarca de las canteras de mármol abandonadas que se extiende por detrás de Punta Avil.

Aunque sabía poco de las canteras y ciertamente no era mi disposición la mejor en aquel momento para observaciones, más tarde tuve ocasión de ahondar en mi conocimiento de ellas. De aquellas excavaciones procede el mármol que puede verse en las iglesias más antiguas de la región y, por lo que me dicen, en otras partes de Inglaterra. Para abrir una cantera de mármol se perfora un pasadizo que se adentra casi verticalmente en la tierra, como un pozo seco, hasta los cincuenta, setenta o incluso cien pies de profundidad. Luego, desde el fondo de ese pozo, se abren estrechos pasadizos o galerías, casi siempre de unos seis pies, pero que pueden tener a veces sólo tres o cuatro, y allí se extrae el mármol. Esas canteras son la obra de hombres que vivieron hace muchos siglos, algunos dicen que fueron los romanos y, aunque todavía se explotan algunas de ellas en otras partes de Purbeck, las que se encuentran detrás de Punta Avil están abandonadas desde tiempos inmemoriales.

Habíamos dejado atrás los pedregosos campos del pueblo y el suelo volvía a estar cubierto de una hierba tupida, que comenzaba a lucir el tierno verdor de la primavera. No era un terreno plano sino suavemente accidentado porque debajo de él habían quedado montones de piedras y trozos de mármol sin valor que se habían extraído antaño de las canteras y que a la sazón estaban alfombrados en su mayor parte de vegetación, salvo por alguna que otra pila de escombros menudos que descollaba sobre un cerro. Había también paredes medio derruidas y subsistían algunas fachadas bajas de las casillas de los antiguos canteros; unas crestas cubiertas de hierba delimitaban los pequeños huertos y, de vez en cuando, todavía podía verse un macizo abandonado de grosellas silvestres o un manzano o ciruelo desmedrado cuyas ramas habían aventado hacia levante los temporales de la Mancha. En cuanto a los pozos de la cantera, también sus bordes estaban cubiertos de hierba y tenían labradas en su interior estrechas y escarpadas escaleras, provistas de rampas de piedra de jaboncillo por las que se izaban los bloques de mármol mediante malacates(*) de madera. A la sazón ya nadie descendía aquellos escalones, pues no sólo se decía que había gases asfixiantes que emanaban del fondo de los pozos, sino que,

Librodot

según las consejas, en los angostos pasadizos acechaban demonios y espíritus malignos. Uno que debía saber de esas cosas me contó que cuando san Lesmes fue por primera vez a Purbeck, obligó a los viejos dioses paganos a esconderse para siempre en aquellos pasadizos y que el peor de todos ellos era un demonio llamado el Mandrive, que hacía guardia en el mejor yacimiento de mármol negro, y ésa era la razón por la que dicho mármol sólo podía utilizarse en iglesias o en tumbas, pues, de no estar destinado a fines sagrados, el Mandrive podía estrangular a quien osase extraerlo.

Comentario [Librodot-43]:

San Aldelmo, posteriormente san *Lesmes. (N. del T.)*

Comentario [Librodot-44]:

Literalmente, en inglés, llevahombre'. *(N. del T.)*

Fue al lado de uno de aquellos viejos pozos donde Elzevir me dejó por fin en el suelo. La luz era muy tenue y revelaba todas las pequeñas irregularidades del terreno; la hierba invadía los bordes del agujero: en todas las grietas y anfractuosidades de escalones y rampa crecían verdes helechos, que también revestían las paredes del agujero, y en los escalones crecían exuberantes zarzas de color marrón rojizo que se perdían en las tinieblas del fondo del pozo.

Elzevir se llenó el pecho una o dos veces del aire fresco de la tarde, como quien ha salido airoso de una difícil prueba.

-¡Ea! -dijo-, éste es el Pozo de José y aquí nos esconderemos hasta que sane tu pie. Una vez hayamos llegado al fondo con bien nos reiremos del retén y de la alarma y de la mismísima Corona Real.

No pueden registrar todas las canteras y no creo que ni siquiera lo intenten porque son harto cobardes y se creen las paparruchas del Mandrive, que algo de verdad encierran, porque en el fondo de la mayoría de las galerías hay gases que, como verdaderos diablos, asfixian a quienes allí desciendan. Además, si llegan a bajar por este Pozo de José, apuesto veinte contra uno a que se perderán en las galerías. Por último, si consiguen bajar y encontrar el camino por allí abajo, les esperan esta pistola y esta escopeta herrumbrosa; y antes de que lleguen donde estemos, podremos mantenerlos a raya y poner tan alto precio a nuestras vidas que tal vez decidan no comprarlas.

Tras unos minutos me tomó de nuevo en brazos y comenzó a descender los escalones, de espaldas, al principio, como cuando se baja por una escotilla. El sol se estaba poniendo en medio de un denso banco de nubes cuando comenzamos nuestro descenso y yo no podía menos que recordar que hacía sólo veinticuatro horas que lo había visto ponerse en mi apacible Moonfleet y pensar en lo lejos que estábamos de allí y en el tiempo que habría de pasar antes de que volviese a ver mi amado pueblecito y a Grace.

Los bordes de los peldaños todavía estaban afilados y tenían poco desgaste, mas Elzevir prestaba gran atención al lugar donde pisaba para no resbalar en los helechos y musgos que los invadían. Cuando nos dimos con las zarzas, se abrió paso presentándoles la espalda y, aunque oía cómo las espinas rasgaban su casaca, las fue apartando con sus anchos hombros, tratando al mismo tiempo de evitar que mi pierna inerte quedase enganchada en ellas y así llegó con bien y sin tropiezo hasta el fondo del pozo.

Cuando nos vimos allí la oscuridad era total pero él se introdujo por una abertura que había a mano derecha y siguió avanzando como si conociese el camino. Yo no podía ver nada, aunque sentía que estábamos recorriendo un dédalo de galerías talladas en la roca viva, la mayoría de las cuales eran suficientemente altas para permitir el paso sin tener que agacharse, mientras que otras eran tan bajas que Elzevir tenía que agacharse y adoptar para llevarme una postura harto forzada. Sólo en dos ocasiones hubo de ponerme en tierra, al doblar una esquina, para echar mano de su chisquero y encender una luz, pero, al cabo de un rato, la oscuridad se hizo menos impenetrable y pude ver que estábamos en una amplia cueva o sala, iluminada por una abertura que debía tener a un extremo. Al mismo tiempo sentí un aire más fresco y un fuerte olor de sal en el ambiente, lo que me indicó que estábamos muy cerca de la mar.

Librodot

11
La gruta marina

Tediosa soledad, negra sombra emana de las altas bóvedas:
La extraña música de las olas batiendo esas cóncavas cavernas.

WITHER

Comentario [Librodot-45]:

George Wither (1588-1667). Poeta inglés nacido en Bentworth. Después de haber terminado sus estudios en Oxford comenzó a publicar poesías de circunstancias pero no tardó en dedicarse a la sátira, en la que habría de sobresalir. Tomó partido en favor de Cromwell. Sus convicciones políticas y religiosas le inspiraron *El lema de Wither*. Otros poemas: *La caza del pastor, La hermosa virtud, Dama de Phil'Arete,* etcétera. *(N. del T.)*

Elzevir me dejó en un rincón, cuyo suelo estaba cubierto de arena blanca, seca y mullida, que tal vez otros hubieran usado antes como lugar de reposo.

-Aquí debes quedarte tendido durante un mes o dos, mozo -me dijo-; bien pobre es este lecho, pero los he conocido peores, mañana he de buscar paja para mullirlo.

Ni Elzevir ni yo habíamos probado alimento en todo el día y, a pesar de ello, no sentía hambre, sino desfallecimiento y una sed abrasadora, como la que padeciera cuando me quedé encerrado en la cripta de los Mohune. De manera que fue para mí música celestial el sonido de las gotas de agua que iban cayendo del techo a un pequeño charco en el suelo y Elzevir, utilizando mi sombrero como recipiente, me ofreció con qué saciarme, en un largo y ansioso trago, de aquel líquido frío como el hielo y que me pareció más delicioso que cualquier vino francés de contrabando.

De lo que pasó durante diez días o más, después de aquello, poco puedo decir, porque sufría grandes calenturas y, como supe posteriormente, no hice sino delirar sin reposo y apenas se podía impedir que me agitase y deshiciese el entablillado que Elzevir había colocado en mi pierna. Y durante todo aquel tiempo, él me atendió con la misma ternura que una madre prodiga con su hijo pues no salía de la cueva más que para buscar sustento. Pasada la fiebre me encontré harto flaco, por lo que podía ver de mis brazos y manos, y con tan poca fuerza como un niño de pecho; de manera que permanecía echado todo el día, sin mucho cavilar ni preocuparme de nada, comiendo lo que se me daba y disfrutando con la serena convicción de que estaba recuperando mi vigor. Elzevir había encontrado un maltrecho baúl de marinero en Punta Peveril de cuyo costado sacó astillas para componerme la pierna y desgarró su camisa para hacer vendas. También mejoró el lecho de arena con unas brazadas de paja y, en un rincón de la cueva, dispuso un montoncillo de maderas arrojadas por la mar y una olla de hierro. Cosas, todas ellas, que Elzevir obtenía en sus salidas nocturnas, cuidando mucho de que nadie lo viese o echase de menos alguna de ellas por serle necesaria. Pronto se las arregló para dar razón a Ratsey de nuestro paradero y, a partir de entonces, el sacristán se ocupó de proporcionarnos víveres. Nadie, ni siquiera entre los paqueteros, sabía lo que había sido de nosotros, salvo Ratsey, que nunca acudía a la cantera, sino que dejaba lo que nos traía en una de las casillas ruinosas a media milla del pozo. Durante todo aquel tiempo seguían buscándonos con gran empeño y había carabineros a caballo dando batidas por toda la comarca; pues, aunque al principio el retén se limitase a levantar el cuerpo de Maskew, declarando que debíamos habernos despeñado desde lo alto del acantilado porque no se había encontrado resto alguno de nosotros, poco después un joven peón refirió que se había encontrado súbitamente con unos hombres que le acechaban detrás de un muro y que uno de ellos sangraba de pie y pierna y el otro se había abalanzado sobre él y tras fiera lucha le había arrancado de las manos el trabuco de espantar grajos que le confiara su amo, arrebatando también de su faltriquera un cebador con pólvora y huyendo con ambas cosas en dirección a Corfe con la ligereza de una liebre. En cuanto a lo de Maskew, algunos de los soldados decían que Elzevir había hecho fuego sobre él mientras que otros afirmaban que había muerto por accidente al

Librodot

haberle alcanzado la bala perdida que uno de sus propios hombres disparara desde lo alto del acantilado. Sea como fuere pusieron a la cabeza de Elzevir un precio de 50 libras y de 20 libras a la mía, conque razones teníamos para permanecer escondidos. Por lo demás, debió ser Maskew quien espiaba a nuestra puerta aquella noche, en la que Elzevir me dijo la hora a la que se haría el desembarco del alijo, porque el retén había recibido órdenes de encontrarse en el cabo Canoso a las cuatro de la madrugada. Habrían apresado a toda la partida si no llega a ser porque el *gulder* vino antes de lo esperado y los soldados se demoraron tomando unos tragos en la Taberna de la Langosta.

Todos estos pormenores le dio Ratsey a Elzevir quien me los refirió para entretenerme, aunque hubiese preferido no oírlos ya que a nadie le es grato saber que no dan más de veinte libras por la cabeza de uno. Además, lo que más quería oír, que eran noticias de Grace Maskew, de cómo se había tomado la muerte de su padre, Elzevir no me contaba nada de esto y yo, por vergüenza, no me atrevía nunca a preguntarle por ello.

Cuando me hube recuperado por entero y pude considerar la situación, vi que el lugar donde me encontraba era una cueva de planta cuadrada y unas ocho yardas de lado por tres de altura, cuyas paredes de aristas rectas denotaban que antaño se había extraído piedra allí mismo. Por un lado se abría el pasadizo por donde habíamos entrado y en el de enfrente había como una especie de puerta, que daba a una cornisa de piedra suspendida ocho brazas por encima del nivel de la marea alta. En efecto, la cueva estaba excavada precisamente dentro del imponente farallón que se yergue entre el cabo Saint Alban y Swanage. Sin embargo los acantilados son, por donde estábamos, diferentes de los que se encuentran al otro lado del cabo, pues no son tan altos como el cabo Canoso ni están hechos de greda, sino que la mayor parte se alzan solamente a cien o ciento cincuenta pies sobre la mar, a la que presentan una pared abrupta de roca maciza. Pero, a pesar de que no sea grande su altura sobre las aguas, se prolongan en buena parte por debajo de ellas, así que al hilo de la pared hay sus buenas cincuenta brazas de fondo v más de una buena nave, perdida en la niebla o en la oscuridad de la noche, se ha precipitado contra esa pared adusta, yéndose el barco a pique con su tripulación sin que nadie pudiera oír los gritos. A pesar de que la roca parezca de una dureza diamantina, el eterno trabajo de las olas ha ido gastándola por debajo y hasta el más ligero oleaje hace retumbar sordamente en la distancia sus abismadas cavernas, al anegarlas, y, cuando el viento sopla con fuerza, cada embate de la mar golpea el acantilado con el estruendo de un trueno, que conmueve hasta la propia roca maciza.

Comentario [Librodot-46]:

Una braza marina equivale a seis pies o 1,6719 *m. (N. de T.)*

Nuestra caverna se abría en una cornisa de la pared de roca y, a veces, cuando el día estaba sereno, Elzevir me sacaba de allí para que pudiese tomar el sol y contemplar el incesante movimiento de la Mancha sin que nadie me viese. Aquella cornisa tenía la forma de un balcón, de modo que, cuando todavía se explotaba la cantera, podían cargarse mediante poleas los bloques en los barcos anclados abajo, poniendo tal vez como contrapeso un tonel o dos, como se podía deducir de los puntales herrumbrosos que se hincaban en la roca. Así era aquella galería; en cuanto al interior de la cueva, se trataba de una gran estancia vacía cuyo suelo tomaba el color blanco del polvillo de la roca, bien apisonada desde hacía siglos y que uno habría tomado por yeso; era además seca y no se filtraban las rezumantes humedades que uno suele ver en tales lugares, salvo por un rincón, de cuyo techo brotaba un manantial de agua dulce que goteaba sobre puntiagudos carámbanos de piedra para terminar embalsándose en una pequeña oquedad del suelo, cuyo exceso se desaguaba por una reguera que lo vertía en la mar. A su alrededor, así como en el trozo húmedo del techo, crecía un verdadero jardín de helechos y otras plantas trepadoras.

Pasaron las semanas y nos encontramos a primeros de mayo, cuando las noches ya no son frías, pues el sol calienta más. Con los días más cálidos fueron aumentando mis fuerzas y, aunque todavía no me atrevía a quedarme en pie, la pierna ya no me dolía, salvo por ciertas agudas punzadas que me acometían de vez en cuando y que, según Elzevir, se debían al acomodo de los

huesos. En esos casos aplicaba un emplasto de hierbas al lugar dolorido, llegando en una ocasión a caminar hasta Chaldron para recoger la acedera que necesitaba para un compuesto calmante.

A pesar de que hubiera salido en tan repetidas ocasiones sin que nada le pasase, no por ello dejaba yo de inquietarme cuando se marchaba, pues temía que pudiese caer en alguna celada y no volver nunca. No era el pensamiento de lo que pudiera ser de mí, si lo apresaban, lo que más me preocupaba, sino lo que pudiera ocurrirle, pues había llegado a poner toda mi confianza en aquel gigante taciturno y canoso y a quererle como a un padre. Cuando estaba fuera, me ponía a leer para distraerme de mis tribulaciones, si bien poca elección tenía en cuanto a la materia, pues sólo poseía el devocionario rojo de mi tía, que metí entre mi ropa la tarde en que dejé Moonfleet, junto con el guardapelo de Barbanegra. Pues aquel guardapelo seguía pendiendo de mi cuello y sacaba de él con frecuencia el pergamino y lo leía, no ya porque no lo conociese de memoria, sino porque su lectura traía a Grace a mis pensamientos por haberlo leído con ella la última vez que la viera en el bosque de la Mansión.

Elzevir y yo habíamos hablado a menudo de lo que nos convenía hacer cuando mi pierna estuviese sana y decidimos comprar pasaje a Saint Malo, en el *Bonaventure, y* escondernos allí hasta que cesase nuestra persecución. Porque, aunque fuesen tiempos de guerra, franceses e ingleses se entendían como hermanos en lo que al contrabando se refería y los fletadores nos mantendrían de buen grado todo el tiempo que fuera menester. Mas de nada sirve seguir hablando de lo que no era sino un proyecto que habría de malograr el curso de los acontecimientos.

Con todo, era precisamente esa gestión, de ajustar con los hombres del *Bonaventure* el momento en que habían de llevarnos al otro lado, la que había motivado la salida de Elzevir, el día del que me propongo hablar a continuación. Como debía llegarse a Poole, dejó nuestra cueva a primera hora de la tarde, pues pensaba poder avanzar por el borde del promontorio incluso a la luz del día para cortar luego por los campos tan pronto como se hubiese puesto el sol. Toda la mañana había soplado un viento fresco del sudoeste que, tras la partida de Elzevir, se tornó en galerna. Para entonces mi pierna estaba ya tan restablecida que podía pasearme por la cueva con la ayuda de una robusta rama de endrino que Elzevir había cortado para mí, y de esa guisa salí pues, aquella tarde, a la cornisa para contemplar la mar embravecida. Tomé asiento, con las espaldas bien recostadas al abrigo de una roca, en un lugar que me permitía dominar hasta los confines de la Mancha a cubierto del viento racheado. El cielo estaba encapotado y la larga pared de roca tenía un color grisáceo con manchas pardas y anaranjadas y una línea más oscura de algas, a sus pies, que era como la hilada de tablas de la quilla de un buque, porque estaba empezando a subir la marea. Había una bruma que era medio niebla y medio roción de las olas, arremolinándose con el viento y, a través de ella, podía divisar las olas coronadas de espuma que envolvían Punta Peveril, mientras que en las grietas de la pared del acantilado se agolpaban las gaviotas, sabedoras del desmán que estaban preparando los elementos, sentadas en racimos que luego formaban largas líneas blancas.

Era una escena melancólica que llenaba de tristeza mi corazón. Con el ocaso, el viento cambió un punto o dos hacia mediodía, encrespando aún más la mar contra el acantilado, con lo que el roción comenzó a rebasar incluso mi cornisa, obligándome a volver a la gruta. Cayó la noche mucho más pronto de lo que solía y, poco después, me encontraba yo tendido en mi jergón de paja en la oscuridad más absoluta. El viento había cambiado un punto más hacia el sur y bramaba en la boca de la gruta; las cavernas de allá abajo tronaban y retumbaban; de vez en cuando una ola arbolada rompía en la roca con estampido tal que la propia gruta se estremecía, y seguía a la primera otra que se desplomaba a su vez, anegando la cornisa con el denso roción que proyectaba el embate.

Como he dicho estaba sumido en una gran melancolía, pero aquello no fue lo peor, porque luego me torné temeroso y aprensivo de aquella noche pavorosa, de mi soledad y de la oscuridad en la que me encontraba. Viniéronme entonces a las mientes toda suerte de relatos terribles y di

Librodot

en pensar mucho en los maléficos dioses paganos que san Lesmes había confinado en las cavernas subterráneas *y en* el Mandrive, que se abalanzaba sobre las gentes en la oscuridad para estrangularlas. Entonces la imaginación me gastó una mala pasada y presentó ante mis ojos a un hombre tendido en el suelo de la gruta, con el rostro lívido y demacrado vuelto hacia arriba y un orificio sanguinolento en la frente; por último, no soportando ya la oscuridad, me levanté, arrastrando la pierna coja, y me puse a buscar a tientas una de las tres o cuatro bujías que teníamos guardadas. Conseguí a duras penas encenderla y colocarla en un rincón de la cueva y me senté a su lado, protegiendo la llama del viento con mi casaca. Mas no había manera de evitar que las rachas de viento diesen la vuelta al rincón, inclinando la llama a un lado y provocando en la vela el mismo goteo que en aquel malhadado día en la ¿Por qué no? Y así iban corriendo desbocados mis pensamientos hasta que súbitamente vi ante mí el rostro de Maskew, que primero se me apareció con la expresión pérfida y triunfante que afectó al caer el alfiler en la subasta, demudándose luego en una palidez cadavérica en la que resaltaba la marca del balazo en su entrecejo.

A buen seguro eran los espíritus malignos del lugar los que así hacían desvariar mis sentidos, pero entonces me acordé del guardapelo que llevaba colgado al cuello y que un día debieron ponerle a Barbanegra precisamente para apartar de su tumba a los malos espíritus. Y si podía espantárselos a él ¿no había de tener poder para ponerlos en fuga y apartarlos también de mí? Y con este pensamiento saqué el pergamino y, tras desplegarlo a la vacilante luz, a pesar de recordarlo palabra por palabra, lo estudié de nuevo, leyéndolo en alta voz. Me consoló oír una voz humana, aunque ésta fuese la mía, y me puse a vocear las palabras, aunque ni siquiera así conseguía oírlas bien en medio de la furiosa tempestad:

«Sólo seis decenas de años más diez duran nuestras existencias y aunque los hombres más vigorosos lleguen a alcanzar los ochenta años, su afán no es sino vana fatiga, porque pronto pasan y nos hemos desvanecido.»

«Pero por poco resbalaron mis pies...»

Cuando llegué a «por poco» me detuve, pues súbitamente sentí una fuerte palpitación de la sangre en mis venas y un sobresalto tal que casi las reventó pues acababa de oír un ruido de pasos sigilosos por el pasadizo que conducía a la gruta, como si alguien hubiese tropezado contra un guijarro en la oscuridad. Yo por entonces no sabía, aunque más tarde hubiera de aprenderlo, que, cuando se está oyendo un ruido muy fuerte, como el rugido de una cascada, la revolución de las alas de un molino, o, como aquella noche, la furia y el estruendo de un temporal, el oído percibe el más ínfimo rumor de otro género, como el piar de un pájaro, que resalta entonces sobre el clamor general. Así ocurrió entonces, pues sentí aquel paso vacilante cuando la galerna soplaba con fuerza mayor. Me quedé inmóvil, reteniendo el aliento para oír mejor y entonces amainó el temporal durante un instante y pude distinguir la lenta cadencia de los pasos de alguien que parecía avanzar a tientas por el pasadizo. Yo sabía que no se trataba de Elzevir, en primer lugar, porque era imposible que hubiese vuelto de Poole en tan poco tiempo, y, además, porque él siempre silbaba de cierta manera para anunciar su llegada, además de gritar un santo y seña convenido. Pero ¿si no se trataba de Elzevir, quién podía ser? Apagué la bujía de un soplo pues no quería servir de blanco al disparo que algún tirador desconocido pudiese hacer al amparo de la oscuridad y entonces me acordé del siniestro personaje que se abalanzaba sobre los canteros en las tinieblas, mas no podía tratarse del Mandrive, pues sin duda conocería los pasadizos de su morada lo suficiente como para deambular por ellos sin dar un traspiés, por muy oscuros que estuviesen. Más seguro me parecía que fuese uno de la partida salida en nuestra persecución que hubiera encontrado nuestro paradero y esperase, en una noche tan desapacible, inspeccionar el lugar sin ser visto. Siempre que Elzevir salía de expedición llevaba con él la pistola con incrustaciones de plata que perteneciera a Maskew, dejándome el viejo trabuco de espantar grajos. 'Teníamos ya pólvora y balas en abundancia, pues Ratsey nos las había suministrado y

Librodot

Elzevir me había pedido que tuviese el trabuco cargado, dejando a mi criterio el que hiciese o no uso de él si alguien venía a la cueva, aunque me dijo que, en su opinión, mejor era morir luchando que columpiarse en Dorchester, pues eso era lo que nos esperaba si nos apresaban.

Por lo demás habíamos convenido un santo y seña que era «Fortuna para el *Bonaventure»,* de modo que pudiese yo pedírselo en su momento a quienquiera que se acercase y saber al punto, si no daba la contraseña, que no era Elzevir.

Fui pues a coger el trabuco que tenía a mi lado en el suelo y me incorporé apresuradamente, al tiempo que palpaba a tientas la recámara para cerciorarme de que la cazoleta estaba bien cebada.

La tempestad todavía no había arreciado de nuevo y pude oír unas pisadas que se dirigían hacia mí con la lentitud de quien desconoce el suelo que pisa, luego, tras un aparatoso tropezón, creí oír un juramento sordo, como si alguien se hubiese golpeado el pie con una piedra.

Entonces grité en dirección a las tinieblas un «¿Quién va?» que resonó en la bóveda de piedra. Se detuvieron las pisadas, pero no hubo respuesta. «¿Quién va?», repetí tras una pausa. «Si no contestáis disparo.»

-«Fortuna para el *Bonaventure»* -se me respondió desde la sombra, con gran alivio por mi parte-. Que el demonio te lleve por ser un pollito acalorado capaz de disparar contra tu mejor amigo con la pólvora y bala que tuvo la estúpida ocurrencia de darte -*y* por entonces *yo ya* había reconocido la voz de maese Ratsey-. Ya me habría ocupado de que supieses que era yo si hubiese sabido que estaba tan cerca de tu cubil; pero vale más que la vida de un cristiano andar a gatas por toperas oscuras en una noche como ésta. Y si no solté la monserga esa del *Bonaventure,* es porque me he puesto a partir piedras con la espinilla, perdiendo al mismo tiempo apuesta y aliento. Y hete aquí que, cuando me vuelve el resuello, me veo enredado en un juramento, lo cual es harto reprobable en un sacristán que ha tomado, como quien dice, órdenes menores en la Iglesia de Inglaterra, legalmente establecida.

Cuando ya había dejado el arma en el suelo y conseguido encender de nuevo la bujía, Ratsey hizo irrupción en la cueva. Llevaba un sueste" de lona embreada y, a pesar de venir calado de los pies a la cabeza, parecía contento de verme y me estrechó enérgicamente la mano. Yo también me alegraba de verlo pues ponía fin a la temible soledad en la que me encontraba y traía con él un fragmento de aquella vieja existencia mía que tan grata me era y que tan lejana se me antojaba a la sazón, pareciéndome además que, con su presencia, me acercaba de nuevo a quienes más quería.

Librodot

12
Un funeral

¡Cómo yace en su humana dignidad!
La muerte por él no podía hacer más.

BROWNING

Durante un rato seguimos cogidos de las manos y luego Ratsey dijo:

John, estos dos meses han tenido la virtud de hacer del mozo un hombre. Un niño eras cuando emprendí el regreso de aquella mañana, cuesta arriba por el cabo Canoso con las caballerías, y al mirar atrás os vi a Elzevir y a ti, allá abajo y a Maskew tendido en el suelo. Desgraciado negocio fue aquél pues ha acabado con la mejor partida que nunca pasase un alijo, y, por añadidura, os ha obligado, a Elzevir y a ti, a esconderos en grutas y madrigueras subterráneas. Deberíais haber venido con nosotros aquella mañana en vez de quedaros atrás. La faena era demasiado dura para un muchacho y, en cuanto al patrón, debería haber enviado a la marinería.

Tenía razón, o así me lo parecía a mí entonces, por el gran abatimiento que padecía, mas me limité a responder:

-¡Quite allá, maese Ratsey, dondequiera que esté maese Block, he de estar o también y a donde vaya lo he de seguir!

Me senté luego en el jergón de la esquina pues comenzó a dolerme la pierna; y tras la calma de unos instantes, se levantó de nuevo el temporal con redoblada furia, bañando la cueva de rachas violentas y oleadas de roción. Acababa apenas de tomar asiento cuando retumbó un nuevo estampido, y llegó hasta nuestro rincón un aire frío y cargado de humedad que apagó la vacilante luz de la vela.

-¡Dios nos valga, vaya noche! -exclamó Ratsey.

-¡Dios se apiade de los pobres que estén en la mar! -dije yo.

-Amén -continuó-, y ojalá todos los amenes que he pronunciado en mi vida lo hubieran sido tan de corazón como éste. Habrá esta noche una mar en la playa de Moonfleet capaz de encaramar por ella a una goleta y aun de lanzarla a los campos que hay detrás. Antes querría estar en la cripta de los Mohune que en aquel terrible lugar y más aún lo preferiría aunque sólo fuesen ciertas la mitad de las historias que se cuentan de las caras con que uno puede toparse por allí. Por el amor de Dios, hagamos fuego pues he visto por ahí un montoncillo de leña de mar antes de que esa desdichada vela se apagase.

Tardamos algún tiempo en encender la lumbre y hasta después de que hubiese prendido bien, veces había en que una racha de viento nos echaba el humo a la cara o proyectaba un reguero de chispas que danzaban por toda la cueva. Poco a poco los troncos empezaron a blanquear y tan placentero calor despidieron que éste por sí solo era bálsamo y solaz de humana aflicción.

-¡Ay de mí! -dijo al cabo de un rato Ratsey-,estaba aterido de frío y humedad y ambas, unidas a este ventarrón, me tenían medio muerto. Bendita cosa es el fuego -y comenzó a desabrochar los botones de su chaquetón de piloto- y más necesario que nunca en este momento. Y es que siento gran congoja, muchacho, porque este lugar me trae extraños recuerdos de cuando, hace ya cuarenta años, siendo yo un mozo como tú ahora, la partida del paquetero Jordan, de la que yo formaba parte, paró en esta misma cueva, en una noche como ésta. Era yo entonces bisoño en el negocio, como lo eres tú, y el ruido del viento y la mar no me dejaban conciliar el sueño. Así que al alba de una mañana de otoño y estando yo tumbado en este mismo lugar, oí tales gritos

Librodot

desesperados sobre el clamor de la tormenta, ¡cielos!, y tales alaridos de mujeres que se me heló la sangre en las venas y aún no he podido olvidarlos. Conque desperté a los de la partida, que dormían profundamente, como cabe esperar de aguerridos contrabandistas, mas, por mucho que supiésemos que unos semejantes estaban luchando contra la muerte en el hervidero que rugía a nuestros pies, no podíamos hacer nada por ellos, pues el roción y la lluvia no nos dejaban ver *y,* a la mañana siguiente, supimos que el *Florida* se había ido a pique aquí abajo con todos los que estaban a bordo. ¡Ay, qué vida esta! El caso es que Block y tú estáis ahora en buen lío, pues ése es el recado que os traigo. Mira esto -y sacó de su bolsillo una tira apaisada de papel impreso:

Georgius, Rex

WHITEHALI., 15 de mayo de 1758

Considerando que se ha expuesto con el debido respeto al rey que, en la noche del viernes 16 de abril último, TI E)MAS MASKEW, juez de paz, fue muerto de forma harto inhumana en el cabo Canoso, un paraje solitario de la parroquia de Chaldron, perteneciente al condado de Dorset, a manos de un tal EL

ZEVIR BLOCK y de un tal JOHN TRENCHARD, ambos naturales de la parroquia de Moonfleet, en el susodicho condado: Su Majestad, para contribuir a la captura y a la persecución en justicia a esas personas tiene a bien prometer Su Real GRACIA a cualesquiera personas participasen en los hechos, con la salvedad de las personas que efectivamente cometiesen dicho asesinato; y, como acicate, ofrece una RECOMPENSA de CINCUENTA LIBRAS a quien pueda aportar INFORMACIÓN conducente a la CAPTURA del referido ELZEVIR BLOCK, así como una RECOMPENSA de VEINTE LIBRAS a quien pueda aportar INFORMACIÓN conducente a la CAPTURA del referido JOHN TRENCHARD. Dicha INFORMACIÓN deberá darse a MÍ, o al ALCAIDE DE LA PRISIÓN DE SU MAJESTAD, en Dorchester.

HOLDERNESSE

-Mira, aquí está el bando -dijo-; el cartel de una buena comedia, pero más me gustaría si fueran otros los cómicos. Ahora bien, en Moonfleet nadie sabe dónde os escondéis, y aunque veinte veces lo supieran no habría hombre ni mujer que lo dijesen.

Pero cincuenta libras por Elzevir y veinte por una cabeza de chorlito como la tuya, suman una cantidad muy sustancial y hay vagabundos en esta comarca lo bastante ruines como para hacer por ganársela. Pues bien, algunos de ésos me han puesto a los carabineros en los talones, contándoles que sé dónde estáis y que os traigo comida y bebida. De modo que no puedo salir de casa, no señor, ni siquiera a la iglesia los domingos, sin tener a alguno de esos bellacos espiándome por la espalda para vigilar mis movimientos. Así que por eso he venido en una noche como ésta, pues sé que esos faquines no gustan de mojarse el pellejo, aunque nunca pensé que se pondría a soplar tamaño ventarrón. He venido pues a decirle a Block que no puedo arriesgarme a acudir con frecuencia a Purbeck y que no me atrevo a seguir trayendo víveres y demás, pues esos sabuesos humanos terminarán por olfatearos. Tu pierna ya está sana de nuevo y es mejor seguir volando mientras podáis. Ahí tenéis el *Eperon d'or y* al amigo Chauvelais esperándoos al otro lado con los brazos abiertos.

Comentario [Librodot-47]:

Georgius, Rex. Reinaba a la sazón Jorge II, de la casa de Hannover, que ocupó el trono de Inglaterra desde 1727 hasta 1760, fecha en que murió a los 77 años, sucediéndole su nieto Jorge 111. Aceptó limitarse en el ejercicio de *sus* facultades, contribuyendo así al desarrollo del sistema de monarquía parlamentaria, y asistió a la ampliación del Imperio británico en la India y América. Fue el último rey inglés que encabezó a *sus* ejércitos en las numerosas guerras del período. *(N. del T.)*

Comentario [Librodot-48]:

Ganapán, esportillero, mozo de cuerda.

Librodot

Le dije que Elzevir se había ido esa misma noche a Poole para concertar con los hombres del *Bonaventure* el momento en que vendrían a buscarnos, lo cual pareció complacer a Ratsey. Eran muchas las cosas que quería que me contase, y especialmente cómo se encontraba Grace, pero sentía vergüenza y no me atreví a preguntárselo. Calló durante un rato, inclinándose ante el fuego con semblante abatido, y permanecimos los dos acurrucados en el rincón, al amor de las ascuas brillantes y el resplandor rojo de las llamas, oscilando en el techo de la caverna, marcaba profundamente las arrugas de la cara de Ratsey entre el vapor tenue que despedía su ropa al secarse. La galerna soplaba con más fuerza que nunca, pero la marea había bajado y ya no entraba tanta humedad en la cueva. Entonces Ratsey volvió a hablar.

John, siento gran pesar esta noche cuando pienso que se acabaron los buenos tiempos y que maese Block nunca podrá volver a Moonfleet. La nuestra era la mejor partida de paqueteros que nunca se levantara, sin exceptuar siquiera la del capitán Jordan, y ahora todo deberá deshacerse pues, con el alboroto de la muerte de Maskew, el pueblo se ha tornado demasiado peligroso para nosotros y pasarán muchos días antes de que se vuelva a desembarcar un alijo en la playa de Moonfleet. Mas lo que no sé es cómo sacar el licor de la cripta de los Mohune, v eso me recuerda que tengo algo en el zurrón para Elzevir y para ti -y con esas palabras sacó de cada una de las solapas sendos frascos envueltos en mimbre. Al momento se llevó uno a los labios y dio un largo y copioso trago, pasándomelo luego con un suspiro de satisfacción-. ¡Ah!, el sabor es excelente. Pruébalo, muchacho, y reconforta tu corazón; ésta es la verdadera leche del Ararat, que has de paladear por última vez de este lado de la Mancha.

Entonces yo también eché un trago, aunque algo más corto, porque no me dejaba indiferente el buen licor, a pesar de que hiciese sólo unos meses que lo probara por primera vez en la ¿Por qué no?, y un minuto después sentía su cosquilleo hasta en la punta de los dedos. Enseguida me embargó una grata sensación de calor y bienestar y comencé a pensar que nuestra situación no era tan desesperada ni la noche tan desapacible. También Ratsey lucía una expresión más jovial y las arrugas de su rostro parecían haberse suavizado; con el dorado y chispeante influjo del frasco se había desatado su lengua y ya estaba contando lo que yo más quería oír.

-Pues sí señor, triste final es éste, y me pregunto lo que pasará con la ¿Por qué no? Nadie ha puesto los pies en ella desde que os fuisteis, salvo los hombres de la casa ducal, que vinieron a precintar sus puertas, de manera que ahora es delito forzarlas. Pero ni siquiera esos alguaciles saben quién tiene derecho a la posada, porque Maskew no llegó a pagar el alquiler y murió antes de tomar posesión y en cuanto a maese Block hace tiempo que expiró su arrendamiento *y* ahora está fugado *y* le han declarado proscrito.

»Mas quien más me apena es la hija de Maskew, que se está quedando espirituada y blanca como un lirio, porque cuando los soldados trajeron el cuerpo, los que estaban a la puerta de sus casas maldijeron sus restos y algunas de las mujeres de los pescadores escupieron en ellos; y la vieja tía Veitch, que le hacía de ama de llaves, juró que nunca le había pagado ni un penique de sueldo y que tenía miedo de quedarse bajo el mismo techo de tan maligno cadáver. Y, sin más, se fue de la Mansión, dejando a la pobre criatura allí sola, con su padre de cuerpo presente, de modo que no faltó quien dijese que aquello era el juicio de Dios, recordando la ocasión en que Elzevir quedara solo con su hijo muerto en la ¿Por qué no? En el pueblo ni uno de los hombres dudaba de que fuera Block quien dio a Maskew su merecido, y yo creía lo mismo, hasta que empezó a rumorearse que no era tal y que lo que lo mató fue una bala perdida de las que disparara el retén desde la cima del acantilado. Así que, cuando llevaron los papeles de la busca y captura a la Mansión, para que su querida niña, como pariente más cercano, firmara la requisitoria, se negó a rubricarla, pues decía que Block jamás había levantado la mano a su padre cuando se encontraban en Moonfleet o en el camino, y que no creía que fuese hombre como para dejar dormir tan largamente su rencor y luego atacar a sangre fría a su enemigo. Y de ti que te tenía por un

Librodot

muchacho digno de confianza y que no harías tales cosas ni dejarías que nadie las hiciese en tu presencia.

Lo cierto es que lo que me contaba Ratsey me sonaba a música celestial y me sentía crecido en mis cualidades, como le tiene que ocurrir a todo hombre a quien elogie una mujer cabal, y también me veía obligado a vivir rectamente para merecer tales alabanzas. Entonces decidí que, pasase lo que pasase, volvería un día a Moonfleet, antes de que abandonásemos Inglaterra, para ver a Grace, pues así podría explicarle las circunstancias que rodearon la muerte de su padre, pasando por alto la intención que Elzevir tenía de acabar con Maskew, porque de nada serviría contárselo si ella pensaba que era incapaz de tal cosa. Además, si me atengo a lo que yo presencié, él nunca quiso disparar sino asustarlo. Aunque hubiera tomado esa resolución, decidí no decirle nada de ello a maese Ratsey, *y* me limité a asentir con la cabeza *y* él siguió hablando:

-El caso es que, como no había nadie, aparte de la pobre muchacha, para ocuparse del entierro de Maskew, tuve que tomarlo yo entre manos, así que armé como pude un buen féretro y le cavé una tumba que para sí la hubiese querido un marqués, si no fuera porque los marqueses siempre yacen en sus propias criptas. Luego hube de pedir el carro de pescado de la tía Nutting para llevar el cuerpo, porque ni un solo hombre de Moonfleet quería llevar el féretro; así que de esa manera nos pusimos a bajar a la calle: llevando yo la brida del caballejo de los ojos en blanco y con el féretro cargado en el carretón. Nadie lo acompañó hasta su última morada, aparte de su hija, que no llevaba ni una mota de negro, porque no había dado tiempo a que le prepararan las prendas de luto, aunque verdaderamente no las necesitaba pues llevaba la pena escrita en el semblante.

»Cuando llegamos al cementerio, se había reunido allí una multitud de hombres, mujeres v niños, no sólo de Moonfleet sino también de Ringstave y Monkbury. No habían venido a acompañar el duelo, sino a escarnecer al difunto v mostrar lo mucho que lo odiaban, y hasta los niños habían ido provistos de viejas sartenes y cacerolas para alborotar. El párroco Glennie estaba esperando en la iglesia y allí hubo de quedarse porque el carro no podía pasar por la puerta y nadie quería llevar el féretro. Yo miré a mi alrededor por ver si no habría alguien que me echase una mano, mas todos los hombres me huían la mirada y sólo me encontraba con las caras adustas y ceñudas de las mujeres. Durante todo aquel tiempo la muchacha estaba al lado del carro, con la mirada fija en el suelo. Llevaba la cabeza cubierta con un pañuelito que dejaba caer a ambos lados su melena v sobre los hombros, su rostro estaba lívido y sus ojos hinchados y enrojecidos por el llanto. Cuando se dio cuenta de que aquel gentío se había congregado para hacer burla de su padre y que no había ni un solo hombre que se ofreciese a llevarlo, apoyó su cabeza en el féretro y, escondiendo la cara entre las manos, se puso a sollozar desconsoladamente.

Ratsey hizo una pausa y tomó un largo trago del frasco; yo no decía nada, pues tenía un gran nudo en la garganta y pensaba en la forma en que el odio y las pasiones pueden convertir a los hombres en bestias.

-Yo soy hombre rudo -continuó Ratsey-, mas también tengo sentimientos y, cuando la vi llorar, corrí a la iglesia a contarle al párroco lo que pasaba, rogándole que viniese, para ver si entre los dos podíamos levantar el féretro. Vino pues como estaba, vestido de sobrepelliz y con el devocionario en la mano; pero, cuando los hombres supieron a lo que había venido y vieron a tan buena moza inclinada sobre el féretro de su padre, se conmovieron y entonces dio un paso al frente Tom Tewkesbury, con aire avergonzado, *y* enseguida le imitaron Garret *y* otros cuatro más. Así tuvimos ya seis hombres robustos para llevar al difunto y sólo las mujeres seguían lanzando miradas aviesas y ceñudas, aunque no abrieron la boca y ni uno de los niños se atrevió a golpear su cacerola.

»Entonces el señor Glennie, al ver que ya no hacía falta como portador, nos espetó, vuelto a su calidad de párroco, aquello de "Yo soy la resurrección y la vida". Un excelente texto donde los

Librodot

haya, John, que, aunque ya hubiera oído docenas y docenas de veces, nunca me había sonado mejor que en aquel día; porque la tarde era espléndida y, como no había viento y el sol brillaba sobre una mar azul y serena, reinaba una calma sobre todas las cosas que parecía decir: "Descanse en paz, descanse en paz." Pues ¿acaso no estaba llegando la primavera y no daba toda la naturaleza -los pájaros trinando, los árboles y las flores despertando del sueño invernal y las primaveras floreciendo entre las propias tumbas- testimonio de la resurrección? Pues ¿no es vano llevar nuestras enemistades más allá de la tumba? Y tal vez ni siquiera fuera él tan malo como creíamos, sino que había dado en pensar que hacía bien en perseguir el contrabando. No sabría decirlo mejor, pero eso fue lo que se me vino a las mientes y tal vez a otros también, porque lo pusimos en tierra sin que ninguno de los presentes dijera o hiciera nada. No se oía ni un ruido en la iglesia o fuera de ella, salo la lectura del señor Glennie y mis amenes, entrecortados de vez en cuando por un sollozo de la pobre criatura. Mas, cuando todo hubo acabado y hubimos bajado el féretro sin novedad, se fue hacia Tom Tewkesbury y le dijo entre llantos: "Muchas gracias, señor, por su amabilidad", tendiéndole la mano. Aquél la tomó, sin mirarle a la cara, seguido por los otros portadores y luego se fue ella solita, sin que nadie se moviese hasta que no traspasó la cancela del cementerio, mientras la veíamos pasar con la dignidad de una reina.

-Es que es una reina -solté yo, que no podía seguir callando pues rebosaba de orgullo al enterarme de la forma en que se había comportado y también porque siempre me había tratado con gentileza-. Vaya si lo es, más bonita que cualquier reina.

Ratsey me miró con aire inquisitivo y a la luz del fuego atisbé una leve sonrisa en su cara.

-Guapa sí que es -dijo como para sus adentros-, un poco paliducha y esmirriada tal vez. Quizá hicierais buena pareja, si fueseis hombre y mujer en vez de niños y si ella no fuera rica y tú pobre y proscrito, y si ella te quisiese.

Mucho me contrarió que se lo tomase a chacota y también que hubiera yo dejado escapar mi secreto, así que opté por no contestar y permanecimos al amor de las brasas durante un momento sin decir palabra, con el viento embocando la cueva como un embudo.

Ratsey fue el primero en romper el silencio. -John, pásame el frasco pues estoy oyendo las voces de los pobres ahogados del *Florida.*

Tras esas palabras se echó un copioso trago y arrimó otro tronco al fuego hasta que saltó un haz de chispas más propio de una fragua y las llamas que habían decaído despertaron de nuevo con los colores blancos, azules y verdes que les daba la leña impregnada de sal. Entonces, entre el intenso parpadeo de luz, distinguí un trozo de pergamino a los pies de Ratsey, que no era otro que el escrito que guardaba el guardapelo de Barbanegra y que yo estaba leyendo cuando oí los pasos en el pasadizo, dejándolo caer en mi aprensión de visitantes hostiles. Ratsey también lo vio y extendió la mano para cogerlo. Yo lo habría escondido si hubiera podido, porque nunca le había contado el modo en que había entrado a saco en el féretro de Barbanegra y no deseaba que me hiciese preguntas sobre la forma en que cayera en mis manos el escrito. Pero si le hubiese impedido cogerlo sólo habría logrado espolear su curiosidad, así que opté por no abrir la boca cuando lo tomó en sus manos.

-¿Qué es esto, hijo? -preguntó.

-Sólo unos versículos de las Escrituras, que encontré hace algún tiempo. Me han dicho que son un talismán contra los espíritus malignos y estaba yo leyéndolos para engañar la soledad de este lugar cuando vino vuestra merced y con el sobresalto debieron caérseme.

Temía que me fuese a preguntar por el lugar de dónde los había sacado, mas no lo hizo, por pensar que tal vez me los habría dado mi tía. Como el pergamino se había enroscado un poco al calor del fuego, lo estiró sobre su rodilla y se puso a examinarlo a la luz de las llamas.

-Está bien escrito -concluyó-, y los versículos no pueden ser más piadosos, pero el que los juntó para que sirviesen de talismán nada sabía de la forma en que se ahuyentan los malos espíritus porque eso no ahuyentaría ni a una pulga de un gato negro. Puedo yo hacerlo cien veces

Librodot

mejor pues no me falta cierto conocimiento de estas cosas -y continuó, asintiendo gravemente con la cabeza-, y aunque todavía no me haya encontrado con ningún ser de ultratumba, no han de cogerme desapercibido si vienen, pues he pasado la mitad de mi vida en el cementerio o en la iglesia y sería tan necio andar por esos lugares sin tener palabras con las que detener a un visitante maligno como ir con dinero por un camino solitario sin llevar pistola. Un buen día, después de que el párroco Glennie hubiese glosado aquellas palabras de Habacuc, «la visión tiene un plazo, mas al final hablará y no mentirá aunque tarde, espérala, porque cumplirá, llegará sin tardanza», me puse a departir con él sobre estas cuestiones y me citó tres o cuatro poderosas jaculatorias que aterran más a los espectros que el agua caliente a un gato escaldado. Algún día te las he de enseñar, mas de momento habrás de conformarte con este latinajo que aprendí de memoria: *Abite a me in ignem eternum qui paratus est diabolo et angelis ejus.* Lo cual en buen inglés significa: «Apartaos de mí e idos al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles», aunque en latín tiene por lo menos el doble de fuerza. Así que apréndetelo de memoria tal como te lo digo y no dudes en utilizarlo si llegas a pensar que hay presencias malignas en las inmediaciones y en los parajes solitarios, como esta cueva.

Comentario [Librodot-49]:

*1.*Habacuc *23. (N. del T.)*

Comentario [Librodot-50]:

Mateo *25,* 41. Dice la Vulgata: *«Disquedite a me maledicti in ignem aeternum qui paratus est diabolo et angelis ejus.» (N. del T.)*

Le seguí la corriente haciendo lo que decía, sobre todo porque esperaba apartar así sus pensamientos del pergamino; mas, en cuanto hube aprendido la jaculatoria de memoria, volviendo a la carga dijo:

Mediocre teólogo debía ser el que escribió esto, porque a más de escoger versículos inadecuados, ni siquiera supo darles los números que les corresponden, porque, mira aquí: «Sólo seis decenas de años más diez duran nuestras existencias y aunque los hombres más vigorosos lleguen a alcanzar los ochenta años, su afán no es sino vana fatiga, porque pronto pasan y nos hemos desvanecido» y pone Salmo 90, 21. Pues bien, el párroco y yo hemos leído los versículos de ese salmo a casi todos los finados a los que hemos (lado tierra en el cementerio, desde hace treinta años, así que me consta que no llegan a los veinte y, además, te diré que ese versículo es del acólito y viene el décimo, aunque él diga que es el vigésimo primero. Me gustaría tener aquí un devocionario para probar lo que afirmo.

Luego calló y me tiró el pergamino con desdén; yo lo doblé y volví a guardarlo en mi bolsillo, sin dejar de dar vueltas en mi cabeza a un pensamiento que me habían traído a la mente sus últimas palabras. Mucho me cuidé de decirle que tenía conmigo el devocionario de mi tía, pues deseaba comprobar atentamente la verdad de cuanto me había dicho, una vez que se hubiese marchado.

-Debo irme -dijo al cabo-, aunque mucho me pese apartarme de fuego y licor tan excelentes. Gustoso esperaría la vuelta de Elzevir y, más gustoso aún, a que amainase la galerna, mas no puede ser pues las noches son cortas y debo dejar Purbeck antes de que amanezca. Cuéntale a Block lo que te he dicho, tú y él debéis levantar el vuelo y pásame el frasco porque me esperan quince millas de camino con el viento de cara y he de precaverme contra los fríos de la madrugada.

De modo que, tras echarse otro trago al coleto, se puso en pie, sacudiéndose como un perro, y se diodos o tres paseos a grandes trancos por la cueva para cerciorarse, pensé yo, de que la leche del Ararat no le había alterado demasiado los andares. Luego estrechó cordialmente mi mano y desapareció entre las sombras impenetrables de la boca del pasadizo.

El viento soplaba en rachas más caprichosas que antes y parecía calmarse entre una y otra. Me quedé en la boca del pasadizo hasta que se extinguió el eco de las pisadas de Ratsey, y volví luego a mi rincón donde, tras echar más leña al fuego, encendí la bujía. Luego saqué de nuevo el pergamino y también el devocionario rojo de mi tía y me senté para cotejarlos. Miré primero en el libro aquel texto acerca de los «años de nuestra vida», y comprobé que se encontraba efectivamente en el nonagésimo salmo, si bien tratábase del décimo versículo, precisamente como lo dijera Ratsey, en lugar del vigésimo primero como se había consignado en el pergamino.

Librodot

Pasé a continuación al segundo texto, cuyo número de salmo también se citaba correctamente, si bien el versículo correspondiente era el dos, que no el seis, como lo consignara mi escribano. Lo mismo observé en los otros tres fragmentos: siempre era correcto el número del salmo y erróneo el del versículo. Buen descubrimiento, en verdad, porque, por lo demás, todo estaba escrito con gran cuidado y pulcritud, sin un borrón, y, a pesar de ello, cada versículo contenía un error. Mas ¿si el segundo número no era el del versículo, qué otra cosa podía significar? Apenas había acertado a formularme la pregunta, cuando ya tenía la respuesta y supe a ciencia cierta que era el número que hacía la palabra escogida en cada uno de los fragmentos para formar un mensaje secreto. Para entonces estaba yo preso de una excitación tan febril como la que me poseyera cuando encontré el guardapelo en la cripta de los Mohune, y apenas pude contar con mis trémulos dedos hasta la palabra vigésimo primera del primer versículo, de lo grandes que eran mi prisa y expectación. Era «ochenta» la que tenía ese orden en el primer fragmento, «pies» en el segundo, «hondura» en el tercero, «pozo» en el cuarto y «norte» en el quinto.

Ochenta-pies-hondura-pozo-norte.

¡Ya estaba la clave descifrada y con qué facilidad! Y en todo aquel tiempo no había acertado a desvelarla y tal vez nunca lo hubiera hecho de no ser por el sacristán Ratsey y sus versículos funerarios. ¡Hábil estratagema la de Barbanegra! Mas los había tan astutos como él y allí, a nuestros pies, estaba esperando su tesoro. Reí para mis adentros al pensar en ello y, frotándome las manos, lo leí de nuevo:

Ochenta-pies-hondura-pozo-norte.

¡Era tan sencillo! Y la palabra importante en el cuarto fragmento era «pozo» y no «valle» o «aljibes», como me había obcecado en pensar tantas veces, al tratar de descifrar el enigma. ¿Cómo era posible que no lo hubiese adivinado antes? Vaya si tendría algo que contar a Elzevir cuando volviese: ni más ni menos que el modo en que había descubierto la clave y desvelado su secreto. No había de decírselo al principio, sino desafiarle a que lo descubriese y contarle todo al final, y al punto pondríamos manos a la obra para convertirnos en hombres ricos. Y entonces me tocaba a mí reír de las bromas de maese Ratsey sobre su riqueza y la pobreza mía.

Ochenta-pies-hondura-pozo-norte.

Lo leí de nuevo y, aquella vez, parecía estar menos claro, de modo que me pregunté acerca de lo que habría de referir exactamente a Elzevir y la forma en que nos pondríamos a trabajar para encontrar el tesoro. Estaba escondido en un «pozo», eso estaba bastante claro, mas ¿en qué pozo? Y ¿qué significaba lo de «norte»? ¿Tratábase del *pozo del norte o* bien se estaba indicando un punto al *norte del pozo,* o quizá ochenta pies al *norte de la hondura del pozo?* Entonces me puse a mirar los versículos como si la tinta con la que estaban escritos fuese a cambiar de color y mostrar otro significado, pero me pareció que se corría un velo sobre la escritura y su sentido se desvanecía y se alejaba más que nunca de mi comprensión. Ochenta-pies-hondura-pozo-norte: y paulatinamente la euforia se volvió perplejidad y desasosiego, y creía oír, en las rachas de viento, al propio Barbanegra, riéndose y chanceándose de mí por haber pensado yo que había descubierto su tesoro. Todavía seguí leyéndolo y releyéndolo, desplazando las palabras y dándoles mil vueltas en el intento de extraer de ellas nuevos sentidos.

«Ochenta pies de hondura en el *pozo del norte»;* «ochenta pies de hondura en el pozo *hacia el norte»;* «a ochenta pies al *norte en la hondura del pozo».* Así daban vueltas y más vueltas aquellas palabras en mi cabeza, hasta que, cansado y casi aturdido, caí dormido sin darme cuenta.

Librodot

Cuando desperté ya era de día y se había calmado el viento, aunque todavía podía oír el trueno del oleaje al batir allá abajo la roca del acantilado. Aún ardía el fuego y, a su lado, vi a Elzevir que estaba cocinando algo en la olla. Parecía fresco y descansado, como si se hubiese despertado de un sueño reparador que hubiese durado toda la noche, en lugar de haber pasado las horas de oscuridad luchando contra la tempestad y tenido luego que permanecer alerta porque el centinela estaba dormido.

En cuanto vio que estaba despierto, me preguntó riendo:

-¿Qué tal ha ido la guardia esta noche? Es la segunda vez que te pillo echando una cabezada y tu sueño era tan profundo en verdad que para despertarte habría sido menester que sintieses el frío cañón de una pistola en la sien.

Estaba yo demasiado henchido de mi propia historia para pedirle perdón por mi negligencia, así que me puse de inmediato a contarle lo que había ocurrido y la forma en que, al seguir la pista sugerida por Ratsey, había yo averiguado, o al menos así lo creía, el significado secreto de aquellos versículos. Elzevir me oyó pacientemente y fue mostrando más interés a medida que avanzaba en mi relato. Luego me quitó el pergamino y se puso a leerlo con gran atención, al tiempo que comprobaba los errores de numeración con el devocionario rojo.

-Me parece que estás en lo cierto -dijo al fin-; pues ¿qué razón puede haber para que todas las cifras sean erróneas si no entrañan una trampa? Si sólo una o dos fuesen falsas habría pensado que algún clérigo las había copiado mal, pues los clérigos son gente descuidada y tanto les da consignar algo mal que bien; pero si todo está mal escrito no puede tratarse de un error. Así que, si ése es su propósito, veamos lo que quiere contarnos. Lo primero que nos dice es que se encuentra en un pozo, pero ¿de qué pozo se trata? Porque la hondura de ochenta pies a que se refiere supera con mucho la de cualquier pozo por los aledaños de Moonfleet.

Estaba a punto de decirle que debía ser el pozo de la Mansión, mas, antes de que las palabras saliesen de mis labios recordé que en la Mansión no había ningún pozo, porque la casa tomaba el agua de un arroyuelo que brotaba de los bosques de la colina y que, tras saltar de roca en roca, discurría por los jardines y desembocaba, más abajo, en el Hect.

-Pero, ahora que lo pienso -prosiguió Elzevir-, más atinado me parece que el pozo de marras no se encuentre por aquí, pues verás: ese Barbanegra era un manirroto que dilapidó cuanto poseía y que, a buen seguro, habría terminado por dilapidar también la gema si le hubiese puesto la mano encima. Pero se dice que no lo hizo, por consiguiente yo creo que la debió poner a buen recaudo en algún lugar al que más adelante no pudo llegar, pues, de haber estado en las inmediaciones de Moonfleet, cien veces se habría hecho con ella. Mas tú solías departir con el párroco Glennie acerca de Barbanegra y del mal fin que tuvo; así que cuéntame lo que sepas de esas historias porque tal vez ello nos ayude a sacar algo en limpio.

Así que me puse a referirle todo lo que el señor Glennie me dijera sobre el coronel John Mohune, más conocido por Barbanegra que, desde su juventud, había derrochado sus bienes y malgastado su fortuna en una vida desordenada, hasta que, estando ya en las últimas, renegó de los leales a la corona y se pasó a los rebeldes que le confiaron la guarda del rey en el castillo de Carisbrooke, donde se dejó sobornar por su real prisionero que le ofreció un espléndido diamante de la corona a cambio de su libertad. Que, una vez tuvo la gema en su poder, volvió a renegar de su palabra y condujo a un piquete de soldados a la estancia en la que el rey estaba ya tratando de pasar por los barrotes de la ventana para escapar. Que, después de aquello nadie volvió a fiarse de él, de manera que perdió su cargo y volvió, viejo ya y arruinado, a Moonfleet. Y que allí pasó el resto de sus días, en rústica indolencia, mas, cuando se acercaba su fin, sintió miedo y mandó llamar a un sacerdote para que le diese consuelo y, a instancias de aquel párroco, hizo testamento y legó el diamante, que era lo único que le quedaba, a los hospicios de Mohune, en Moonfleet. Eran aquéllos los mismos que él había desvalijado y dejado hundirse en la ruina, mas nunca habían de beneficiarse de aquel testamento, porque, cuando se leyó, allí constaba, en efecto, la

Comentario [Librodot-51]:

El castillo de Carishrooke, en el que Carlos 1 estuvo prisionero de 1647 a 1648, se encuentra en el distrito de Medina, al suroeste de Newport, principal localidad de la isla de Wight. Su primera fundación fue un castro romano del siglo tercero, posteriormente ampliado por los normandos y cuyo último recinto fue construido en el siglo XVI, durante el reinado de Isabel I, ante la amenaza de invasión que hacía pesar la Armada española sobre las costas meridionales de Inglaterra. *(N. del T.)*

Librodot

manda, pero ni una palabra más acerca de dónde podría encontrarse. Algunos dijeron que todo aquello no era sino una burla postrera y que Barbanegra nunca tuvo la piedra: otros que estaba en su mano cuando murió y que alguno de los presentes se la llevó. Sin embargo, la mayoría pensó, y así lo propaló, que, por haber sufrido un súbito ataque, murió antes de poder revelar el lugar en el que había puesto el diamante a buen recaudo y que, en los estertores de la agonía, se había esforzado penosamente en hablar, como si hubiese tenido algún secreto del que descargar su conciencia.

Referí todo esto a Elzevir y él me escuchó con atención, como si en parte fuese una novedad para él. Cuando le conté que Barbanegra estuvo en Carisbrooke, hizo breve ademán de decir algo, mas se retuvo y esperó hasta que concluyera mi relación. Entonces afirmó:

John, el diamante está en Carisbrooke. Ahora me pregunto cómo puede ser que no pensase en Carisbrooke antes de que empezases a hablar, y allí sí que tiene nuestro escritor los ochenta pies, y dos o tres veces más si gusta, y nadie para detenerlo. Es Carisbrooke, *vaya* que sí, he oído hablar de ese pozo desde que era niño y una vez, de mozo, lo vi. Está excavado bajo el torreón del castillo y se adentra cincuenta brazas o más en las entrañas de la greda. Es tan hondo que no hay quien pueda sacar de él cubos con una polea, de modo que tienen un asno dentro que los sube con una noria. De las razones por las que a ese coronel John Mohune, al que llamamos Barbanegra, le dio por escoger un pozo para esconder su brillante, nada sé; pero, puesto a elegir un pozo como escondite, no me extraña que se decidiese por Carisbrooke, que es un sitio famoso, pues he oído que hasta de Londres viene gente para ver el castillo y su pozo.

Habló con rapidez y animado por una vehemencia mayor de la que nunca le había yo conocido, lo que me persuadió de que estaba en lo cierto, pues parecía natural que si Barbanegra quería esconder el diamante en un pozo, éste fuese el del castillo en el que tan malamente lo había obtenido.

-Cuando dice ahí «pozo norte» -prosiguió Elzevir-, es evidente que quiere que se coja una brújula y se señale el norte con la aguja y a ochenta pies, en el costado del pozo; por debajo de ese punto debe encontrarse el tesoro. Ayer noche ajusté con los hombres del *Bonaventure* que, de mañana en una semana, fondeen debajo de este acantilado, si la mar lo permite, y nos saquen de aquí con la marea viva. La cita es a la medianoche y dije que dentro de ocho días para dar a tu pierna una semana más para robustecerse. Pensé en marchar a Saint Malo y dejarte en el *Eperon d'or,* con el amigo Chauvelais, donde puedes aprender a chapurrear francés hasta que pasen estos malos tiempos. Ahora bien, si estás dispuesto a apoderarte de ese tesoro y tienes el propósito de pasarte tú mismo la cuerda al cuello, no soy yo tan viejo como para no participar también en una sandez, así que dejaremos a Saint Malo tranquilo y enfilaremos Carisbrooke. Yo conozco el castillo, no está ni a dos millas de Newport, y en Newport podemos parar en *El Clarín,* que es posada afecta al contrabando. El bando del rey apenas se aplica en las islas del Canal ni en la isla de Wight y, si nos aviamos de otra forma que como estamos, es posible que estemos en Newport tan a salvo como en Saint Malo.

Eso era precisamente lo que quería yo, así que allí mismo acordamos que pediríamos a los del *Bonaventure* que nos llevasen a la isla de Wight, en lugar de a Saint Malo.

Desde que el primer hombre pusiera el pie en la tierra, una historia de tesoros escondidos debe haber tenido un poder de seducción capaz de calentarle la sangre a cualquiera y la mía estaba hirviendo. Pude ver que, aunque no lo mostrase, Elzevir también estaba muy exaltado. Nos pusimos á parlotear en la cueva en que estábamos recluidos, hasta que pasaron aquellos ocho días de tedio. Con todo, no fue aquel tiempo perdido, porque mi pierna se robustecía a ojos vistas y, como el lobo enjaulado que vi un día en la feria de Dorchester, pasaba el tiempo dándome paseos de arriba abajo por la cueva tanto para matar el tiempo como para devolver el vigor a mis miembros. Ratsey no nos visitó de nuevo, mas, a pesar de lo que había dicho, se encontró con Elzevir

Librodot

más de una vez y le trajo dinero de Dorchester y otras muchas cosas que necesitaba. Fue precisamente tras encontrarse con Ratsey cuando Elzevir vino una noche con largo látigo en una mano y en la otra un hatillo que contenía las ropas con las que habíamos de disfrazarnos en nuestra próxima aparición. Para él había una blusa blanca y acolchada, como las que llevan los carreteros en los caseríos del Down y para mí otra más chica, además de los sombreros y zahones adecuados. Nos lo probamos y vimos con asombro cómo nos tornábamos en carretero y zagal de carretero de los pies a la cabeza, y yo reí mucho al ver allí plantado a Elzevir practicando la forma de restallar el látigo gritando «Yu-ju» al mismo tiempo, que es como suelen arrear los carreteros a las caballerías. Y, a pesar de su gravedad, también él sonreía y me enseñó a retorcer una paja del jergón para ponérmela, alrededor de los tobillos, por debajo de los zahones. Se había afeitado la barba, pero su aspecto seguía siendo el mismo ya que de su quijada y hendido mentón emanaban igual fuerza y firmeza. Por mi parte, hice un cocimiento de hojas y ramas tiernas de nogal, con el que me teñí manos y cara de un color pardo y parecía yo otro muchacho.

Librodot

13
Una entrevista

Ni una criatura humana se afanaba, en los postigos, nadie se veía,
las chimeneas ya no humeaban y vida,
del techo al sótano, no había.

HOOD

Así transcurrieron los días, hasta que sólo quedaron dos noches por pasar en nuestra cueva. Como ya he dicho la demora nos mortificaba porque deseábamos recuperar el tesoro cuanto antes; pero tenía otro motivo de desazón que me incomodaba más cada día, y era el haber decidido encontrarme con Grace antes de abandonar aquellas tierras, aunque todavía no había hablado de ello a Elzevir. Una tarde, viendo que ya apenas quedaba tiempo, comprendí que había llegado el momento de hablar o cejar en mi propósito y opté por lo primero.

Estábamos sentados, al igual que las gaviotas, en la cornisa a la que daba paso nuestra cueva, con la mirada puesta en el cabo de Saint Alban y contemplando los últimos resplandores de la puesta de sol. La brisa vespertina comenzaba a soplar desde la alta mar y Elzevir encogió los hombros.

-Fresca se presenta la noche -dijo y levantándose, retornó a la cueva.

Entonces pensé que aquél era el momento preciso y, tras seguirlo al interior, le dije:

-Querido maese Elzevir, habéis velado por mí durante todo este tiempo, prodigándome más atenciones que un padre a su hijo; a vos debo mi vida y la nueva fortaleza que ha cobrado mi pierna, pero esta noche me consumo de impaciencia y os ruego que me permitáis subir por el pozo y salir de este lugar. Hace más de dos meses que estoy en esta cueva sin ver otra cosa que paredes de roca y me sería muy grato volver a pascar por la costa.

-No digas que te he salvado la vida -repuso Elzevir-, porque yo fui, al contrario, quien la puso en peligro y, si no llega a ser por mí, aún estarías en Moonfleet durmiendo cómodamente en tu cama, en lugar de permanecer escondido en las entrañas de estas peñas. Y no hables más de ello; pero, si tu propósito es tomar el aire durante un rato, nada tengo que oponer. Todos los que están convaleciendo sienten esas súbitas ansias de salir y, además, esta noche he de ir a la casa en ruinas de la que te hablé para recoger una brújula de bolsillo que maese Ratsey debe haber dejado allí. Así que puedes acompañarme y tomar el aire fresco de la marina.

Había dado su acuerdo con mayor prontitud de lo que yo esperaba, así que decidí hablar claro: -Mejor aún, maese, sería que me permitieseis alejarme un poco más tierra adentro. Como sabéis he nacido en Moonfleet y allí he pasado toda mi vida, así que amo sus árboles y su arroyo y hasta los propios cantos que éste arrastra. No ha de extrañaros pues, que desee de todo corazón ver todo aquello una vez más, antes de que nos vayamos para siempre de aquí. Permitidme que camine por la costa y que contemple Moonfleet una vez más; con este disfraz de yuntero nada tengo que temer y estaré de vuelta mañana por la noche.

Me miró durante un momento sin una palabra y yo sentí que estaba calando mis intenciones, pero que éstas no le causaban enojo. Yo, en cambio, me puse colorado y bajé la mirada al suelo. Entonces me dijo:

-Mira, muchacho, he sabido de muchas cosas por las que los hombres estaban dispuestos a arriesgar su vida, como el oro, el amor y el odio, pero no sé de nadie que haya puesto su existencia en peligro por ver un árbol, un arroyo o unas piedras. Cuando los hombres dicen que

Comentario [Librodot-52]:

Thomas Hood (17981845). Poeta y escritor satírico inglés. Nació y murió en Londres. Comenzó como grabador, siendo luego director del *London Magazine* en el que colaborarían Quincey y Charles Lamb.

aman un lugar o una ciudad puedes estar seguro de que no es tanto el lugar objeto de su afecto, sino alguien que vive allí, o tal vez sea que amaron antes a alguien en un lugar y desean verlo de nuevo para avivar el recuerdo. De modo que, cuando así me hablas de Moonfleet, no me es difícil imaginar que hay allí alguien a quien deseas o esperas ver. Tu tía no puede ser, porque no os tenéis afecto alguno y, además, jamás se ha sabido de nadie que se pusiese en peligro para decirle adiós a su tía. Así que déjate de secretos conmigo, John, y dime por las claras lo que te traes entre manos, pues así podré juzgar si la ley que tiene el oro de ese nuevo tesoro que persigues justifica que tu vida pese en el otro platillo de la balanza.

Entonces le conté todo, sin guardarme nada, mas intentando persuadirle de que mi visita a Moonfleet no tenía por qué entrañar un gran peligro ya que nadie me conocería con el atuendo de carretero y que, por conocer yo bien el lugar, siempre encontraría un seto, muro o bosque donde esconderme y, por último, que, si alguien me viera, mi pierna estaba ya robusta y pocos eran los que me podían alcanzar en una carrera por las dunas. Y seguí hablando sin tino, no tanto por la esperanza de convencerlo como por no callar, pues no me atrevía a levantar la mirada y temía oírle proferir alguna expresión de enojo si cerraba la boca. Tras haber dicho cuanto pude, tuve que parar porque ya no se me ocurría nada. Pero él no habló, como yo había pensado, así que se hizo un silencio y cuando, pasado un rato, levanté la vista, comprendí por su expresión que estaba absorto en sus pensamientos. Cuando por fin se dirigió a mí no había cólera en su voz sino un deje de tristeza.

Eres un muchacho insensato -dijo-. Pero hubo un tiempo en que yo también fui joven y he seguido derroteros demasiado sombríos para desear ensombrecer los de los demás o helar la sangre a ningún joven. En tu vida hay ya una sombra, que yo he contribuido a proyectar, así que aprovecha la luz que le quede mientras puedas y vete. En cuanto a esa muchacha, la tengo por una joven bien parecida y de excelente corazón y a menudo me he preguntado cómo era posible que tuviera por padre a aquél. Pero ahora me alegro de no tener las manos manchadas de su sangre y no habría querido derramarla aquel día, a pesar de todo el dolor que me había causado, si no hubiera sido porque de su vida pendían las de tantos otros hijos de madre. Conque no te preocupes, vete y despídete de todos esos árboles, arroyos y piedras de las que has hablado, pero si te meten un tiro por las dunas o te llevan preso, pídele cuentas a tu temeridad y no a mí. Esta noche caminaré contigo hasta las puertas de Purbeck y luego volveré aquí donde te he de esperar; mas, si no has regresado mañana a la medianoche, concluiré que has caído en alguna celada y saldré a buscarte.

Estreché su mano y le di las gracias por dejarme ir con cuantas palabras me vinieron a la cabeza y acto seguido me puse la blusa, no sin echarme unos mendrugos de pan y unas tajadas de carne en los bolsillos, pues no esperaba encontrar mucha pitanza en la expedición. Cuando salimos de la cueva ya había caído la noche, porque por nuestras tierras los crepúsculos son breves y el paso del día a la noche más abrupto que en el norte. Elzevir me tomó de la mano y me guió por la oscuridad de las galerías, avisándome de dónde tenía que encogerme y de las irregularidades del suelo. Llegamos así al fondo del pozo y, entre los helechos y zarzales, pude distinguir el azul profundo del cielo y una gruesa estrella que brillaba sobre nuestras cabezas. Subimos por aquellas escaleras con rampa de piedra de jaboncillo a un costado y luego comenzamos a caminar a buen paso por la tierra mullida, entre los pequeños cerros de escombros de las canteras y las ruinas de las casillas abandonadas.

Había caído un rocío abundante, que ya había calado mis botas cuando apenas llevábamos media milla andando y, a pesar de que no había luna, el cielo estaba tan claro que podía distinguir el encaje de telarañas que sembraba la hierba de reflejos plateados. Ninguno de nosotros hablaba, en parte porque era más prudente no hacerlo, ya que por la marina se puede oír una voz desde muy lejos, y en parte, creo yo, porque la belleza del firmamento estrellado nos había cautivado a ambos y llenado nuestros corazones de pensamientos demasiado grandes para las palabras.

Librodot

Pronto llegamos a la casa en ruinas de la que hablara Elzevir y, en lo que un día fue un horno, encontramos bien escondida la brújula que prometiera Ratsey. Seguimos luego caminando por las colinas solitarias, sin dirigirnos la palabra y sin ver luz en las ventanas ni oír agitarse a perro alguno, hasta que llegamos al extraño desfiladero conocido como las puertas de Purbeck. Hay allí una senda natural que corta la cima de la colina con un tajo cuyas paredes son tan abruptas que parecerían obra del hombre y por el que, desde tiempos inmemoriales, han pasado los escasos viajeros que atraviesan ese paraje desierto: pastores, marineros, soldados y carabineros. Y, aunque supongo que no habrán pasado carros por allí desde hace varios siglos, hay en su suelo de greda unas carriladas tan anchas y hondas que parecería que un día las marcaran carros de gigantes.

Llegado a este punto, Elzevir se detuvo y, sacando de su embozo la pistola de culata incrustada en plata de la que ya he hablado, me la puso en la mano.

-Aquí tienes, niño -me dijo-, mas no la uses a menos que te veas muy apurado y, si tienes que disparar, apunta bajo porque se levanta al hacer fuego.

Yo la cogí y apreté su mano, con lo que nos separamos, yéndose él en dirección de Purbeck y yo por el collado que rodea el cabo Canoso. Debían ser cerca de las tres cuando llegué a una gran duna tapizada de hierba que lleva el nombre de Árbol de Culliford, por señalar el lugar donde un día descansara cierto famoso guerrero de antaño. En su cima hay una arboleda que corta el horizonte y allí me detuve un instante para descansar, mas no duró mucho mi solaz porque, al mirar por el lado de Purbeck, pude ver, detrás del cabo de Saint Alban, las primeras luces del alba despuntando apenas sobre la mar, así que apreté el paso pues sabía que aún me quedaba una buena decena de millas de marcha.

Seguí mi camino y pronto me encontré con el primer signo de actividad humana, que fue un rebaño de ovejas al que se había echado nabos para comer, en un barbecho de verano. El sol estaba ya alto y proyectaba por doquier una luminosidad rosada que resaltaba la blancura de las ovejas y pienso contra el pardo suelo. Sin embargo no vi por allí pastor ni perro siquiera, de modo que, a eso de las siete, había llegado sin novedad a la colina de Weatherbeech, desde la que se domina Moonfleet.

A mis pies se extendían los bosques de la Mansión y la vieja casona; más abajo blanqueaba el camino por entre las casas dispersas y aun más allá se distinguía la ¿Por qué no? y el Fleet brillaba, con el mar abierto al fondo. Me faltaban palabras para expresar la mezcla de tristeza y ternura que aquella vista me deparaba: era para mí como uno de esos espejismos del desierto de los que había oído hablar, bellísimo mas inasequible para siempre. El aire estaba en calma y el humo azul de los fuegos de la mañana ascendía derecho de casi todas las casas menos de la ¿Por qué no? y de la Mansión. Como el sol ya calentaba con fuerza, descendí de la cumbre de la colina, hundiendo mis talones en la hierba reseca y permaneciendo siempre que podía al resguardo de los tojales. Así llegué enseguida al bosque y, una vez allí, me encaminé a la pequeña cañada donde me aposté, entre el rubardo silvestre y los lampazos, para poder vigilar la entrada de la Mansión desde la colina.

Entonces me puse a reflexionar sobre lo que tenía que hacer y la forma en la que llegaría a hablar con Grace y pensé que lo mejor sería esperar una hora o dos a que saliese; si no lo hacía, estaba dispuesto, en un alarde de audacia, a bajar y llamar a la puerta. No me parecía que aquello fuese peligroso, porque, según lo que Ratsey había dicho, cabía esperar que no hubiese nadie con ella en la casa o que, de haber alguien, fuese una vieja a cuyos ojos podía yo muy bien pasar por un desconocido gracias a mi disfraz, y a la que preguntaría por dónde se iba a una u otra casa del pueblo. De modo que permanecí inmóvil mientras mordisqueaba un mendrugo de pan y oí el reloj de la iglesia dar las ocho y luego las nueve, sin que nada se moviese en la casona. El bosque estaba poblado de pájaros cantores y lo surcaban llamadas de cuclillos y palomas torcaces. Había lugares umbríos, de color verde oscuro, entrecortados de manchas de dorada luz solar en las que

Librodot

brillaban las hojas de los iris con radiante blancura y tapizaba todo el bosque un mar de hiedra que despedía reflejos azulados. Al cabo dieron las diez y, con el calor, se atenuó el piar de los pájaros, dejando paso al zumbido de las abejas, hasta que, por último, me puse en pie y, tras sacudir y alisar mi blusa, tomé, dando un rodeo, el camino que conducía a la casa.

Aunque mi disfraz fuera excelente, me temo que mi apariencia al andar no era la propia de un joven peón de granja y me parecía particularmente difícil saber cómo mover mis manos pues desconocía las actitudes que tales peones solían adoptar. Así que llegué a la puerta de la casona y, al llamar, el corazón me latía en el pecho con mucho mayor alboroto que el del aldabonazo. El ruido resonó en el edificio y, el eco lo devolvió a la entrada, pero todo seguía tan silencioso como antes. Esperé un minuto y estaba *ya a* punto de volver a llamar, pensando que no debía haber nadie en la casa, cuando percibí ligeras pisadas en el corredor, pero no me atreví a mirar por la ventana para ver quién pasaba, como podía haberlo hecho, sino que me quedé al lado de la puerta.

Alguien descorría los cerrojos y una voz juvenil inquirió «¿Quién va?». Al oír aquella voz tuve un sobresalto cuando me di cuenta de que era la de Grace y, por un momento, pensé en gritar mi nombre; pero entonces recordé que podía haber alguien con ella en la casa y que debía seguir actuando con arreglo a mi atuendo. Por lo demás, en este mundo nuestro, la risa y el llanto están tan entreverados, al igual que las naderías y las cosas serias, que incluso en aquel trance sentía el placer secreto de gastarle una broma y también me preguntaba si me reconocería con los avíos que llevaba. Así que, afectando el sonoro acento que tienen en los valles de nuestro Dorset, respondí:

-Un pobre zagal que anda perdido.

Entonces ella abrió una hoja de la puerta y me preguntó adónde quería ir, mirándome como a un extraño y sin reconocerme.

Contesté que era un peón de granja y que venía caminando desde Purbeck y buscaba una posada cuyo nombre era ¿Por qué no? y que tenía a un tal maese Block por posadero. Cuando oyó aquello dio un ligero respingo y me miró de nuevo sin saber quién era, tras de lo cual dijo:

-Buen hombre, si venís a la terraza os mostraré dónde se encuentra la posada ¿Por qué no?, pero lleva cerrada más de dos meses y maese Block ha faltado de ella todo ese tiempo.

Tras estas palabras se volvió hacia la terraza, conmigo en su pos, mas, cuando ya no pudieron oírnos desde la puerta, cuchicheé vivamente, con mi propia voz:

-Grace, soy yo John Trenchard, que he venido

para despedirme antes de partir de estas tierras y de contarte muchas cosas que puedes querer oír. ¿Hay alguien en la casa aparte de ti?

Muchas mozas que hubieran pasado por lo que ella y tenido la misma sorpresa habrían gritado, y puede que hasta se habrían desmayado, mas ella no hizo ni una ni otra cosa, sino que se ruborizó ligeramente y, en otro rápido cuchicheo, dijo:

-Volvamos a la casa; estoy sola.

Así que volvimos y, cuando la puerta estuvo cerrada, nos tomamos por las manos y nos quedamos el uno frente al otro en el corredor, mirándonos a los ojos. Yo estaba cansado por la larga caminata y la noche de vigilia, pero tan henchido de gozo al verla otra vez que la cabeza me daba vueltas y todo me parecía un sueño encantador. Entonces, ella apretó mis manos *y* supe que era la realidad *y* a punto estuve de besarla de puro amor; aunque ella, adivinando tal vez que lo iba a hacer, se deshizo de mis manos, echándose un poco hacia atrás, como si quisiese verme mejor, al tiempo que me decía:

-John, te has hecho un hombre en estos dos meses.

Así que no la besé. Pero, si era cierto que ya era un hombre hecho y derecho, aún más cierta era su transformación en toda una mujer, tan alta como yo. Además, los acontecimientos recientes le habían quitado del semblante un poco de la ligereza y aire travieso que de niña tenía,

Librodot

dejándole en cambio una actitud más grave y serena. Iba vestida de negro, con sayas más largas, llevaba el pelo prendido en la nuca y tal vez fuese el luto lo que le daba el aspecto pálido y desmedrado al que Ratsey se había referido. De modo que, mientras yo la miraba, ella me miraba a mí y no pudo menos que sonreír al ver mi blusa de zagal de carretero. En cuanto a mi faz y manos, teñidas de aquel color pardusco, le hicieron pensar que había estado escondido en algún país abrasado por el sol, hasta que le expliqué lo del cocimiento de savia de nogal.

Antes de ponerme a hablar, me dijo que sería mejor que nos sentásemos en el jardín, porque la mujer que la ayudaba en la casa podría venir y, además, era más seguro pues así podría salir por la parte trasera, si era necesario. Abrió pues la marcha por el corredor y la parte habitada de la casona y pasamos por diversas estancias, entre ellas una salita recubierta de estanterías y libros mohosos. Los postigos estaban echados, pero dejaban pasar luz suficiente para distinguir un sillón de crin de respaldo alto, al lado de una mesa. Frente a ella había un volumen abierto y un par de anteojos de concha que había visto con frecuencia cabalgar la nariz de Maskew; así supe que aquél era su estudio y que nada se había tocado desde que se sentara allí por última vez. Incluso entonces temblé al reparar en quién era el propietario de la casa y temía casi ver al viejo abogado irrumpir y llevarme preso, hasta que recordé cuál había sido el origen de todas mis desventuras y el modo en que lo viera por última vez con la cara vuelta hacia el sol de la mañana.

Por último llegamos al jardín, donde yo nunca había estado antes. Era un cuadrado de amplias proporciones, cercado por una tapia de ladrillo de doce o quince pies de altura, y digno de un palacio por el tamaño, aunque estuviera descuidado e invadido por las malas hierbas. Mucho podría detenerme en la descripción de aquel lugar, explicar la forma en que flores y frutales, hierbas de cocina, especias y plantas medicinales crecían en exuberante mezcolanza. La tapia de ladrillo rosado capturaba hasta el último rayo de un sol que aquella mañana parecía encerrar un calor retenido, y de los planteles de fresas subía un perfume tibio porque estaban en plena sazón. Seguí a Grace, saliendo del sol con alivio, por un sendero bordeado de nísperos y membrillos cuyas ramas se entrelazaban formando un pasadizo que daba entrada a un pabellón de ladrillo. Ese pabellón se encuentra en el rincón del muro del mediodía y tiene a un costado dos higueras que se pueden ver desde fuera. Se las conoce porque dan los frutos más grandes y tempranos de toda la comarca y Grace me mostró cómo podía trepar por sus ramas y escalar la tapia, en caso de peligro.

Nos sentamos en el pabellón y entonces le referí cuanto acaeció el día de la muerte de su padre, callando solamente que Elzevir se había propuesto matarlo; porque de nada servía contarle aquello y, además, por lo que yo presencié, no había querido disparar de veras sino asustarlo.

Ella lloró de nuevo al oírme, pero luego secó sus lágrimas y no pudo menos que examinar la marca del balazo en mi pierna y comprobar que había sanado bien.

Luego le hablé del significado secreto que las palabras de maese Ratsey habían desvelado en los versículos escritos en el pergamino. Ya le había mostrado el guardapelo antes, pero volvimos a mirarlo y ella leyó y releyó lo escrito, mientras yo le explicaba dónde caían los números y le anunciaba que iba a irme a recuperar el diamante para volver convertido en el hombre más rico de la comarca.

Entonces ella me dijo:

-¡Ay, John! No pongas todo tu corazón en ese diamante porque, si es cierto lo que dicen, con mal se obtuvo y con él ha de llevarlo. Ni siquiera aquel hombre malvado se atrevió a gastárselo en su provecho, sino que deseó dárselo a los pobres. Si efectivamente lo encuentras, no lo guardes para ti y da reposo a su alma destinándolo a lo que él lo hubiera destinado, pues, si no lo haces, caerá una maldición sobre ti.

Me limité a sonreír al oír sus palabras que tomé por una fantasía pueril, y no le expliqué la razón por la que tanto deseaba hacerme rico y que no era otra que casarme algún día con ella.

Librodot

Entonces, tras haberme explayado, con el egoísmo propio de los hombres, acerca de mis tribulaciones, me interesé por ella y por sus proyectos. Me contó que hacía un mes habían venido unos abogados a Moonfleet que la apremiaron a irse y que se proponían confiarla a una dama en Londres, porque, según decían, su padre había muerto sin testar y, por lo tanto, debían ponerla bajo tutela de la Cancillería. Mas ella les había suplicado que la dejasen como estaba, ya que no podría vivir en otro lugar sino en Moonfleet, cuyo aire y situación le convenían de todo punto. Se fueron pues, diciendo que debían esperar instrucciones del Tribunal para saber si podía permanecer en su casa y allí estaba todavía. Aquello me entristeció porque todo lo que sabía yo de la Cancillería era que la ruina se abatía sobre cuanto se ponía en sus manos, como los molinos de la Cancillería en Cerne o el muelle de la Cancillería en Wareham y en verdad que poco hacía falta ya para consumar la ruina de la Mansión, porque sus tres cuartas partes se estaban desmoronando.

Estuvimos pues platicando y luego se puso un gorro de percal y recogió para mí un plato de fresas, demorándose para escoger las mejores aunque el sol era ardiente pues estaba en su cenit, y también me trajo pan y carne de la casa. A continuación enrolló un chal para hacer de él una almohada y me pidió que me acostase en el banco que circundaba el pabellón de verano y tratara de dormir, porque le había contado que había caminado toda la noche y que para la medianoche tenía que estar de vuelta en la cueva. Se volvió después a la casa y de aquella cabezada puedo decir que fue sin duda la más placentera y tranquila que nunca hubiese yo echado, porque estaba rendido y, al caer dormido, podía pensar, para mi solaz, que había visto a Grace y que me había tratado con extrema gentileza.

Cuando abrí los ojos estaba sentada a mi lado, ocupada en una labor de punto. Había refrescado un poco y me dijo que eran más de las cinco de la tarde, según un reloj de sol; había llegado pues la hora de partir. Me obligó a aceptar un envoltorio de vituallas y una botella de leche que, al intentar ella introducir en mi bolsillo, chocó con la culata de la pistola de Maskew que llevaba yo entre la ropa: «¿Qué tienes ahí?», me preguntó; pero no se lo dije por miedo a traerle malos recuerdos.

Nos tomamos de nuevo por las manos, como habíamos hecho por la mañana, y entonces ella me dijo:

John, andarás embarcado y tal vez un día avistes Moonfleet. Aunque no has estado por aquí en los últimos tiempos, he tenido todas las noches una vela ardiendo en mi ventana, como hacía antes. Así que, si vienes a puerto cualquier noche, verás esa luz y sabrás que Grace se acuerda de ti; si no la vieres será porque he muerto o me he ido de aquí, porque he de pensar en ti todas las noches hasta que vuelvas de nuevo.

Nada podía decir yo, porque mi corazón estaba aún lleno de tan dulces palabras y transido por la tristeza de la despedida, así que sólo pude estrecharla y besarla y aquella vez no retrocedió y me besó también.

Sólo me restaba encaramarme a la higuera, pues parecía más seguro saltar la tapia que volver a la parte delantera de la casa, y, cuando ya estaba a horcajadas sobre el borde, listo para saltar del otro lado, me volví hacia ella y le dije adiós.

-¡Adiós! -gritó ella-; y cuídate del tesoro, pues se obtuvo con mal y ha de llevar una maldición consigo.

-¡Adiós, adiós! -dije yo y me dejé caer en el suelo blando que cubría la hojarasca del bosque.

Librodot

14
La casa del pozo

Pues aquellos a quienes tú no debes ver
a la entreabierta piedra llegan en tropel.

SCOTT

Faltaba media hora para que diesen las doce cuando llegué al pozo de la cantera y, antes de poner el pie en los escalones para iniciar el descenso, pude oír la voz de Elzevir pidiéndome el santo y seña desde las tinieblas del fondo. Yo contesté: «Fortuna para el *Bonaventure» y volví* a nuestra cueva para dormir en ella por última vez.

La noche siguiente resultó inmejorable para una huida. Había una marea de primavera, brillaba la luna llena y la tierra exhalaba una ligera brisa que no llegaba a rizar la mar por debajo del acantilado. Vimos al *Bonaventure* cruzar las aguas de la Mancha antes del ocaso y, cuando cayó la noche, fondeó más cerca y nos embarcó en el bote. Había a bordo varios hombres a los que conocía, que nos saludaron cordialmente y nos hicieron gran agasajo. Yo me alegraba en verdad de encontrarme de nuevo entre ellos, mas no pude evitar que se me encogiese el corazón al alejarnos de nuestras queridas costas de Dorset y de la vieja cueva que me había servido de hospital y hogar durante dos meses.

Con la ayuda del viento entramos en aguas de la Mancha y al alba nos desembarcaron en Cowes, desde donde caminamos hasta Newport, llegando allí antes de que muchos se hubiesen despertado. Las gentes que vimos en las calles no nos prestaban atención alguna pues, a no dudar, nos tomaban por un carretero y su zagal, que habrían traído trigo desde el campo para el correo de Southampton y se disponían a emprender la vuelta cuanto antes con su atelaje. Newport es bastante pequeño y pronto encontramos El Clarín: mas Elzevir hacía tan bien de carretero que el posadero no lo reconoció, a pesar de que ya se hubiesen tratado. De modo que estuvieron un rato tanteándose:

-¿Tiene vuestra merced lecho y vituallas para un sencillo campesino y su zagal? -le espetó Elzevir.

-Pues no tengo, no -repuso el posadero, mirándolo de arriba abajo, porque no le gustaba hospedar a extraños que se dedicaran a curiosear por dentro y tal vez terminasen por husmear el negocio del contrabando-. Dentro de poco se ha de celebrar la feria de verano de los criados y la posada está ya más Cierto es que estos días hay mucho trajín, pero son estas ferias las que traen la fortuna -dijo Elzevir recalcando un poco la última palabra.

El hombre le echó una ojeada más detenida y preguntó:

-¿Qué fortuna? -como si fuera duro de oído.

-«Fortuna para el *Bonaventure»* -fue la respuesta.

Entonces el posadero cogió a Elzevir de la mano y estrechándosela con fuerza le dijo:

-Vaya, es vuestra merced maese Block, y yo que estaba esperándoos esta mañana y no os reconocí. -Se rió al mirarnos de nuevo y Elzevir sonrió también. Acto seguido nos hizo pasar-. ¿Y éste es...? -dijo mirándome.

-Este es un cachorro bien lamido -replicó Elzevir-, que pilló un balazo en la pierna hace dos meses en aquella faena al pie del cabo Canoso y que vale más de lo que parece, porque le han puesto un precio de veinte guineas de oro a su cabeza, así que sírvase vuestra merced cuidar mucho de tan preciosa testa.

Comentario [Librodot-53]:

Walter Scott (1771-1832). Es el más importante novelista de la literatura inglesa. Comenzó escribiendo poesía y leyendas, algunas de las cuales alcanzaron popularidad como *La dama del lago.* Sin embargo, Scott debe su fama a sus novelas históricas, que se han traducido a todos los idiomas: *Ivanhoe, El enano negro, El anticuario, La novia de Lamermoor, El pirata o Quintín Durward. (N. del T)*

Comentario [Librodot-54]:

Conjunto de caballerías que tiran de un carruaje.

Comentario [Librodot-55]:

Se trata del *Summer Statute,* feria anual que se celebraba en algunas ciudades para contratar criados y peones. *(N. del* T.)que llena. Como no puedo echar a mis parroquianos, os rogaría que probaseis suerte en la Wheatsheat, que es buena casa y no está tan llena como ésta.

Durante el tiempo que pasamos en El Clarín disfrutamos de las mejores estancias y de las viandas y bebidas más escogidas y el posadero no dejó ni un momento de tratar a Elzevir como a un príncipe. Pero es que era en efecto un príncipe entre las gentes del contrabando, al que se tenía, como más tarde supe, por el capitán de todos los paqueteros de Start a Solent. Al principio el posadero no quería aceptar nuestro dinero pues decía que era él quien estaba en deuda con nosotros por los muchos favores que debía a Elzevir, mas éste había recibido oro de Dorchester antes de que abandonásemos la cueva y le obligó a aceptar el pago. Yo no cabía en mí de gozo por poder dormir de nuevo entre suaves y limpias sábanas, en lugar de hacerlo sobre un montón de arena, y sentarme, provisto de cuchillo y tenedor, ante una fuente bien repleta. En opinión general era mejor que se me viese lo menos posible, así que me conformaba con pasar el día en una estancia, en la parte trasera de la posada, mientras Elzevir salía a indagar la forma en que podíamos entrar en el castillo de Carisbrooke. Tampoco se me hacía largo el tiempo porque encontré algunos libros viejos en El Clarín, entre los cuales había varios de mi gusto, en particular una *Historia del castillo de Corfe* en la que se hablaba de un pasadizo secreto que iba de las ruinas a una de las viejas canteras de mármol, que tal vez fuese la misma en la que habíamos encontrado refugio.

Elzevir pasaba fuera la mayor parte del día, y sólo lo veía al desayunar y al cenar. Había ido en muchas ocasiones a Carisbrooke y me contó que el castillo hacía las veces de prisión para las personas capturadas en las guerras y que a la sazón estaba lleno de prisioneros franceses. El había alternado con varios de los carceleros o grilleros, bebiendo con ellos en los mesones que por allí había y presentándose como un carretero que estaba esperando en Newport un barco, detenido por vientos contrarios, que debía traer un cargamento de piedras de amolar desde Lyme Regis. Tan bien se las arregló que terminó por entrar en el castillo y ver la casa del pozo y el pozo mismo, tras de lo cual pasó varios días tratando de idear una estratagema que le permitiese llegar al pozo sin desvelar al hombre que se encargaba de su vigilancia de cuáles eran nuestros propósitos, mas en esto último no estuvo tan afortunado.

En la parte trasera de El Clarín hay un trozo de huerto que desciende hasta un arroyuelo y, una tarde en la que me encontraba yo allí tomando el fresco, cuando ya estaba oscuro, Elzevir volvió y me dijo que había llegado el momento de que pusiésemos a prueba el mensaje cifrado de Barbanegra.

-He intentado por todos los medios posibles -dijo-, llevar a cabo nuestra faena en secreto, mas nada podremos hacer sin el conocimiento del hombre que guarda el pozo y ni siquiera así ha de resultarnos fácil. A pesar de que no me fío de ese hombre, no he tenido más remedio que contarle que hay un tesoro escondido en el pozo, sin más pormenores en cuanto al lugar en que se encuentra o la forma de llegar hasta él. Promete dejarnos buscar en el pozo a cambio de un tercio del valor de lo que encontremos; porque no le dije que tú y yo éramos uña y carne, sino que un muchacho era el que tenía la clave y que exigía repartir a tercios iguales con nosotros. Mañana deberemos levantarnos pronto y estar a las puertas del castillo a las seis para que él nos franquee la entrada y va no has de ser carretero sino aprendiz de albañil y yo albañil, que en la casa he dejado delantales, brochas, llanas y esportón, y vamos a Carisbrooke a enyesar unas grietas en la propia pared del pozo.

Elzevir había meditado cuidadosamente aquel plan y cuando salimos de El Clarín, a la mañana siguiente, hacíamos mejor de albañiles con nuestras ropas salpicadas de yeso, que antes de peones de granja. Yo llevaba un esportón y una brocha y Elzevir un martillo de albañil y, al brazo, un rollo de soga fuerte. Era una mañana húmeda pues había estado lloviendo toda la noche. El cielo estaba inmóvil y de un solo color, por la falta de viento y de aquella gasa gris que todo lo cubría caían gruesas gotas. El aire nos pareció frío cuando salimos, pero al andar por el camino lleno de barro, pronto recordamos que estábamos en julio, de modo que íbamos harto acalorados, a más de calados, cuando llegamos al portón del castillo de Carisbrooke. Tiene éste

Comentario [Librodot-56]:

*1.*El castillo de Corfe se encuentra en el distrito de Purbeck, es decir, en las inmediaciones de la cantera de mármol que sirve de escondite a John y Elzevir, antes de su travesía a la isla de Wight. Se trata de una fortaleza medieval destruida, en 1646, durante la guerra civil, por las fuerzas parlamentarias. En el siglo XIV constituyó el núcleo de la explotación del mármol. *(N. del T)*

Comentario [Librodot-57]:

2.Durante los últimos años del reinado de Jorge II, en Inglaterra, y bajo Luis XV, en Francia, el Tratado de Aquisgrán (1748), que no ha dejado satisfecha a ninguna de las potencias firmantes, se viene abajo tras un largo período de tensión. La Prusia de Federico II de Inglaterra, por un lado, *y* Francia, Rusia *y* Austria, por otro, se enfrentan en múltiples campos de batalla. En diciembre de 1757, tras un incidente en Terranova, Francia declara la guerra a Inglaterra. A finales de *1760,* mientras Prusia está asediada por austriacos y rusos, Inglaterra lucha sola en todos los frentes contra una cohorte de enemigos, a los que viene a añadirse España en enero de 1762. Pero la victoria sonríe a los ejércitos y flotas inglesas de Hannover a las costas francesas del Atlántico, de Menorca a las Antillas y de La Habana a las Filipinas y el Senegal. La paz con Francia no llega hasta el Tratado de París, firmado el 10 de febrero de 1763, que pone fin a la guerra de los Siete Años en el que se refleja la pujanza de Inglaterra y el auge de su imperio colonial. *(N. del T.)*

Librodot

dos torreones a ambos flancos y un macizo cuerpo de guardia al que se accede por un puente de piedra que salva el foso y cuando lo vi me vino a la memoria que allí fue donde el coronel Mohune había ganado el precio de su perfidia y pensé en las muchas veces que debió haber traspasado aquellas puertas. Elzevir llamó a la puerta, como quien está autorizado a ello, y manifiestamente se nos estaba esperando porque al punto se abrió un postigo del imponente portón. El hombre que nos abrió era alto y corpulento, si bien por su cara abotargada y sus carnes se podía ver que no era muy fuerte, a pesar de que yo no le echaba más de treinta años de edad. Con una gran sonrisa destinada a Elzevir nos dio los buenos días muy educadamente, al tiempo que me saludaba con un gesto de la cabeza; pero a mí no me gustó su grasiento pelo negro ni su mirada huidiza.

-Buenos días tenga vuestra merced, maestro pocero -dijo a Elzevir-. Habéis traído el mal tiempo y estáis calados hasta los huesos, ¿qué tal os ven dría un trago de cerveza antes de comenzar la faena?

Elzevir le agradeció cordialmente el ofrecimiento, pero no quiso beber, así que el hombre abrió la marcha y nosotros lo seguimos. Atravesamos uno de los patios en donde la lluvia había enlodado por completo el suelo de grava y entramos por una puerta, al otro lado, que, tras unos escalones, daba a una gran sala. Aquella ala debía haber sido en tiempos un amplio comedor para banquetes, porque lucía, en su parte superior, una inscripción en plomo que decía:

ME LLEVÓ A LA SALA DEL BANQUETE Y EL ESTANDARTE QUE SOBRE MÍ HABÍA ERA EL AMOR.

Tuve tiempo de leerlo mientras el carcelero abría la puerta con una de las llaves que llevaba en un grueso manojo que colgaba de su cinto. Pero cuando entramos sufrimos una gran decepción porque allí no había banquetes, ni estandartes, ni amor sino que se había despejado el lugar para hacer de él una cárcel para los cautivos franceses. Olía a cerrado, como todo lugar en el que muchos hombres han pasado la noche, y las ventanas estaban cubiertas de vaho. La mayoría de los prisioneros dormían todavía, tendidos en jergones de paja dispuestos junto a las paredes, pero algunos estaban sentados y se ocupaban en armar barcos con espinas de pescado o en introducir crucifijos en botellas, como gustan de hacer los marineros cuando están ociosos. Apenas nos prestaron atención cuando pasamos, aunque los cancerberos soñolientos que se apoyaban en sus arcabuces, saludaran con gusto a nuestro guía al atravesar la maloliente estancia enjalbegada. Salimos por el otro extremo y, tras descender tres escalones, llegamos de nuevo al aire libre, cruzamos otro patio más pequeño y, por último, entramos en un edificio cuadrado de piedra que tenía un tejado bastante empinado como el de los palomares que pueden verse en los viejos graneros.

Nuestro guía echó mano a otra llave y, mientras abría la puerta, Elzevir me susurró: «Esta es la casa del pozo», con lo que mi pulso comenzó a latir desordenadamente por lo cerca que estábamos de nuestra meta.

El edificio estaba abierto por el techo y lo primero que se veía en él era aquella noria de la que Elzevir me había hablado. Se componía de una enorme rueda de madera, de unos diez o doce pies de lado a lado, que se asemejaba mucho a una rueda de molino, salvo que el espacio que mediaba entre los bordes estaba ocupado por un tablero en el que se habían clavado unos listones para que el asno pudiese apoyarse en ellos. El paciente animal estaba suelto y reposaba en un rincón cubierto de paja, a manera de cuadra, mas, en cuanto nos vio entrar, se puso de pie estirándose, pues sabía que había comenzado su jornada.

-Está aquí desde mucho antes que yo -dijo el carcelero-, y tan bien conoce el lugar que él solo se unce a la noria y comienza a trabajar.

Librodot

Al lado de la rueda se abría la boca del pozo, que era un agujero redondo y tenebroso cuyo brocal no levantaba más de seis pies del suelo.

Estábamos a punto de llevar a término nuestra empresa pero yo me preguntaba si así era verdaderamente. ¿Cómo podíamos saber si Mohune había querido verdaderamente decir dónde se encontraba el diamante con aquellas palabras encubiertas? Pues podían haber significado una docena de cosas más. Y si efectivamente se referían al diamante ¿cómo podíamos saber que se trataba de este pozo y no de otro? Había centenares de pozos además de aquél. Todos estos pensamientos me venían a la mente haciendo vacilar mis esperanzas, aunque tal vez fuese la húmeda y nublada mañana o la lluvia o la escasez de nuestro almuerzo lo que me tenía abatido, porque sabido es que el talante del hombre cambia en buena medida según sean el tiempo y la comida; mas lo que me parecía seguro era que, ahora que tan cerca estábamos de la prueba, nuestra empresa me gustaba cada vez menos.

En cuanto hubimos entrado el carcelero cerró la puerta por dentro y, al ver cómo la llave volvía a colgar de su cinto, con las otras, me pareció que nos había encerrado en una trampa. Quise entonces captar su mirada para ver si sus propósitos eran buenos o malos, mas no lo logré porque siempre tenía los ojos huidizos puestos en otro lugar. En aquel momento se me ocurrió que, si el tesoro era en efecto portador de mal, aquel hombre tosco y moreno, que parecía incapaz de mirarle a uno a los ojos, debía ser sin duda un ministro de la ruina, encargado de hacer que la maldición cayera sobre nosotros.

Si yo estaba amedrentado e indeciso, Elzevir, en cambio, no parecía albergar temor ni duda algunos. Ya había empezado a desenrollar la soga que llevaba al brazo.

-Echaremos un cabo en el pozo -afirmó-; he hecho un nudo a los ochenta pies. Aquí, el muchacho, piensa que el tesoro se encuentra en la pared del pozo, a ochenta pies de hondo, así que tan pronto como el nudo llegue al brocal sabremos que nos encontramos a la hondura cabal.

De nuevo intenté ver la cara que ponía el carcelero al enterarse del lugar donde se encontraba el tesoro, mas no pude y me puse a examinar el pozo.

Del centro de la rueda partía un eje que atravesaba la boca del pozo, provisto de un carrete, donde se iba enrollando la cuerda. Había una trabilla que, según se echase o quitase, engranaba el carrete con la noria o lo dejaba correr libremente y un freno de pedal para regular la rapidez del descenso del cubo o detenerlo.

-Voy a meterme en el cubo -dijo Elzevir, volviéndose hacia mí-, y este buen hombre me irá bajando suavemente con el freno hasta que llegue al final de la soga. Entonces daré un grito y tú pararás la rueda para que yo tenga tiempo de buscar.

No era esto lo que yo quería, pues había pensado que sería yo el que bajase y, aunque me gustaba poco lo de descender por el pozo, me parecía preferible hacerlo que ver desaparecer a maese Elzevir por el agujero y quedarme yo arriba con personaje tan mal encarado.

Así que imploré:

-No, señor, no puede ser; debo ser *yo* el que vaya por ser más menudo y ligero que os y vos debéis quedaros aquí y ayudar a este caballero a bajarme.

Elzevir aún dijo algunas palabras para hacerme cambiar de opinión mas terminó por ceder, al darse cuenta de que era mejor lo que yo proponía y porque él había pensado en bajar únicamente porque dudaba de que yo tuviese valor para hacerlo. En esto el carcelero empezó a mostrarse harto malhumorado por el cambio y porfió para que las cosas quedasen como se habían dicho primero y fuese Elzevir quien bajase al pozo. «Las cosas deben quedar como se han convenido», decía, y no era él muy aficionado a los cambios. Era una tarea de hombre y no un juego de niños y, además, un muchacho no tendría presencia de ánimo y podría pasarle desapercibido el escondite. Puse entonces mi mirada en Elzevir para que supiese lo que estaba pensando y las palabras de «maese cancerbero» resbalaron en sus oídos como el agua sobre el

Librodot

plumaje de un pato. A continuación aquel hombre de mirada torcida se afanó en fomentar mis temores explicándome que el pozo era profundo y el cubo pequeño y que me aturdiría la altura y perdería el equilibrio. No diré que todas aquellas admoniciones no tuvieron efecto sobre mí, mas ya había resuelto que, por malo que fuese bajar, peor sería tener a maese Elzevir aprisionado en el pozo, quedándome yo arriba, y el carcelero terminó por darse cuenta de que sus palabras caían en oídos sordos y volvió a ocuparse de nuestro negocio.

Pero todavía tenía un temor, pues pensaba en lo que había oído de los pozos de la cantera de Purbeck en los que ciertos hombres que bajaron a explorar el fondo habían sido presas de súbito mareo y nunca volvieron para contar lo que habían visto. Así que dije a maese Elzevir:

-¿Estáis seguro de que el pozo está limpio y no hay gases letales acechando?

-Puedes estar seguro de que sabía que el pozo está bien ventilado antes de que hablases siquiera de bajar a él respondió-. Lo sé porque ayer descolgué una vela hasta el agua y su llama permaneció clara y derecha, así que si la vela vive, también puede vivir el hombre. Mas no te falta razón porque esos gases aparecen y desaparecen de un día para otro, de modo que haremos otra vez la prueba. Traed la bujía, señor carcelero.

El carcelero trajo una vela clavada en un triángulo de madera que utilizaba para enseñar el pozo a los que venían a visitarlo, y se puso a descolgarla al final de una cuerda. Sólo entonces supe la tarea que me esperaba, pues, al mirar por encima del brocal, cuidando de no perder el equilibrio, porque aquél era bajo y el suelo a su alrededor estaba verdoso y resbaladizo a causa de las salpicaduras de agua, vi cómo la vela se hundía en aquella sima cavernosa y pasaba de viva llama a pequeño lucero parpadeante y luego a mero punto luminoso. Por último se quedó sobre el agua y se vio rielar un reflejo donde el bastidor de madera la había tocado. Tras contemplar el brillo durante un corto rato, el carcelero izó la bujía desde el agua y dejó caer una de las piedras que allí tenía para aquellos casos. La piedra chocó con la pared a mitad de su caída y rebotó de un lado a otro, hasta que llegó al agua donde se hundió con un chapoteo que retumbó en el pozo. Y entonces subieron un lamento y un gemido de las corrientes, que eran como los ruidos pavorosos del oleaje que oía en mis noches solitarias y que venían de las cavernas marinas que había debajo de nuestra guarida de Purbeck. En esto que el carcelero me miró por primera vez a la cara y había en sus ojos una expresión nada amable, como si dijera: «Así es como sonarás cuando te caigas de tu columpio.» Mas de nada servían sus insinuaciones porque yo ya estaba decidido.

Subieron pues la bujía inmediatamente y me la pusieron en la mano. Yo eché el martillo de albañil en el cubo que colgaba sobre el pozo y salté dentro de él. El carcelero se puso al lado del freno y Elzevir se inclinó sobre el brocal para sujetar la soga.

-¿Estás seguro de que puedes hacerlo, muchacho? -me dijo muy quedo y poniendo afectuosamente su mano en mi hombro-. ¿Cabeza y corazón en su lugar? Tú eres mi diamante y antes querría perder todos los diamantes del mundo que ver que algo te pasaba. Si tienes duda déjame ir o abandonemos la empresa.

-No dudo, señor -dije, conmovido por su ternura, y le estreché la mano-. Mi cabeza está serena; ya no tengo una pierna rota que la aturda -porque pensé que se acordaba del cabo Canoso y del pavor de la altura que me acometiera en el Zigzag.

Librodot

15
El pozo

Esperando está la tumba y la atenta muerte cercana.

SHAKESPEARE

A pesar de cuanto el carcelero me hubiera contado para intimidarme sobre la pequeñez del cubo, éste era bastante amplio y podía encogerme dentro de él lo suficiente como para no temer caerme. Además, tal aventura no me era enteramente desconocida porque, en una ocasión me habían descendido de la colina de Gadd en una cesta para coger dos huevos de halcón peregrino; pero, a pesar de todo, sentía temor y desasosiego cuando el cubo comenzó a sumirse en aquella temible hondura y al irse enfriando el ambiente a medida que bajaba. Me fueron soltando con bastante suavidad, de modo que pude darme cumplida cuenta de la forma en que estaba hecha la obra de la pared y observar que mayormente se había excavado en la greda misma. Sin embargo, cuando había cedido la roca o faltaba un trozo, habían recubierto las paredes de ladrillo, mediante parches en uno u otro sitio o en derredor. La luz, que era mortecina incluso en la superficie, aquel día lluvioso, se extinguía en el pozo hasta que todo se ponía negro como la noche, salvo mi vela y, muy lejos, por encima de mí, podía ver la boca del pozo, blanca y redonda, cual una deslucida luna llena.

Yo vigilaba continuamente la cuerda de Elzevir, que colgaba a un lado y, cuando vi que estaba llegando a su fin, les grité que parasen y ellos subieron el cubo hasta que estuvo a la altura del cabo que me indicaba la profundidad de ochenta pies. Entonces me puse de pie en el cubo, sujetándome con la cuerda y comencé a mirar a mi alrededor, sin saber muy bien lo que estaba buscando, aunque pensaba que tal vez se tratase de una oquedad en la pared o quizá del propio diamante brillando en una grieta. Pero no veía nada y la búsqueda resultaba tanto más difícil cuanto que las paredes estaban enteramente recubiertas por allí de pequeños ladrillos planos que parecían iguales en toda la circunferencia. Examiné los ladrillos con todo el cuidado que me era posible y me situé en cada uno de los rumbos, empezando por el lado norte, que era por donde colgaba la plomada, y girando luego en el cubo hasta que hube de parar por miedo a marearme; mas nada encontré. Ellos podían ver desde el brocal del pozo cómo la vela daba vueltas y más vueltas y sin duda sabían lo que estaba haciendo, pero «maese cancerbero» empezó a impacientarse y gritó en mi dirección:

-¿Qué estás haciendo? ¿No has encontrado nada? ¿Acaso no ves el tesoro?

-No -respondí-, no puedo ver nada. -Y luego-: Maese Block, ¿estáis seguro de haber medido bien los ochenta pies en la plomada?

Les oí hablar, pero no distinguía sus palabras a causa de la reverberación del pozo. Entonces Elzevir gritó de nuevo:

-Al parecer se ha levantado el suelo, debes probar más abajo.

Luego el cubo empezó a bajar lentamente y yo volví a acuclillarme en él pues no quería mirar mucho aquel insondable y tenebroso abismo. Y durante todo el tiempo se oían los murmullos y gemidos de los remolinos del fondo del pozo, como si todos los espíritus que montaban guardia en torno a la gema se lamentasen al ver que alguien había llegado tan cerca de ella; y, por encima de todos ellos, yo oía con claridad la voz tierna y grave de Grace: «Cuídate, cuídate del tesoro pues se obtuvo con mal v ha de llevar una maldición consigo.»

Librodot

Mas ya estaba demasiado entrado en el camino para no recorrerlo hasta el final, así que cuando se detuvo el cubo, unos seis pies más abajo, me puse de nuevo a estudiar diligentemente las paredes. Todavía estaban hechas de aquellos ladrillos estrechos y, al reconocerlos, como antes, rumbo por rumbo de la brújula, al principio no encontré nada, mas, al mirar hacia abajo me saltó a la vista una señal hecha en un ladrillo, cerca de la plomada.

Por muy displicente que sea la mirada con la que un hombre hojea un libro, si su propio nombre, o uno como el suyo, figura impreso en la página, sus ojos se detendrán instantáneamente en él; asimismo si otros mencionan su nombre al hablar, aunque sea en el más quedo de los susurros, sus oídos lo percibirán. Pues así ocurrió con aquella señal que, a pesar de ser muy tenue, tanto que dudo de que ni un par de ojos en un millar hubiesen reparado en ella, detuvo mi mirada y atrajo mi atención súbitamente, porque el instinto me decía que aquello concernía a mí y a mi búsqueda.

Los costados de aquel pozo no eran húmedos, mohosos o viscosos, como los de otros, que rezuman humedad y emanaciones dañinas, sino secos y limpios, porque se dice que tiene por debajo ocultas entradas y desagües para el agua de modo que ésta nunca permanece estancada. Aquellos ladrillos estaban pues secos y limpios y la señal tan nítida como si se hubiese hecho el día anterior, aunque, por lo que se vio, se había inscrito hacía mucho tiempo. Con todo, la señal no estaba grabada profunda o regularmente, sino toscamente raspada, como las que hacen los muchachos cuando escriben sus nombres o letras del alfabeto o una fecha en las esculturas de alabastro que hay en la iglesia de Moonfleet. Allí también había una letra del alfabeto, una simple «Y», de modo que quizá nadie que no hubiera nacido en Moonfleet la habría tomado por algo más, pero para mí era la *perla,* la «Y» negra de los Mohune, a cuya sombra nos habíamos criado todos. Al punto supe que me acercaba a mi meta y que el coronel John Mohune había dejado aquella impronta allí, hacía un siglo, bien con sus propias manos o bien con las de un sirviente. Entonces me vino a las mientes lo que el señor Glennie me relatara: la conciencia del coronel no le daba reposo por haber matado a un fiel criado, y ahora me parecía entender lo que pudo ocurrir.

Mi corazón latía con fuerza, como lo ha hecho el de muchos otros al aproximarse a la realización de un vehemente deseo, legítimo o indigno, cuanto traté de desprender el ladrillo. Mas, aunque sujetando la soga con la mano izquierda pudiese estirarme lo suficiente para tocar el ladrillo con la derecha, eso no bastaba, así que grité hacia el brocal que me acercasen al costado. Ellos comprendieron lo que me proponía y pasaron un nudo corredizo por la cuerda del pozo, tirando de ella hacia el costado y reteniéndola allí hasta que yo les pidiese que aflojaran de nuevo. Estaba pues pegado a la pared del pozo de manera que el ladrillo marcado quedaba a la altura de mi cara cuando me ponía de pie en el cubo. Nada indicaba que se hubiese manipulado el ladrillo y no sonaba a hueco al golpearlo, aunque al mirar de cerca las junturas, me pareció que había a su alrededor más mortero que en las otras partes. Mas ni por un momento dudé de que lo que buscábamos estaba allí oculto, y me puse a trabajar al instante, tras afianzar el bastidor de madera de la vela en el gancho de la cadena, y comencé a levantar el mortero con el martillo de albañil.

Cuando vieron arriba que primero habían de tirarme hacia el costado y que después me ponía a afanarme en la pared del pozo, se figuraron sin duda lo que ocurría, de manera que, apenas había empezado a picar, cuando oí de nuevo la voz áspera y codiciosa del carcelero:

-¿Qué estás haciendo? ¿Has encontrado algo?

A mí me exasperó que aquel mezquino personaje siguiese gritándome cuando Elzevir permanecía callado, así que voceé que nada había encontrado y que cuando lo creyese oportuno le diría lo que estaba haciendo.

Pronto acabé de quitar el mortero de las junturas, tras de lo cual, liberé el ladrillo haciendo palanca con el mango del martillo en el intersticio. Lo saqué limpiamente y lo puse en el cubo, para mirarlo más tarde, si era menester, y ver si no tenía un hueco en el que pudiese haber algo

Librodot

escondido; mas nunca había de llegar ese caso porque allí, detrás del ladrillo, había una pequeña oquedad en la pared y en aquella oquedad se encontraba lo que estaba buscando. En un santiamén tenía los dedos metidos en la pared y de ella saqué una bolsita de pergamino que a cualquiera hubiese parecido uno de esos resecos huevos de pescador que la mar arroja a la playa y que los niños llaman *bolsillos de pastor.* Pero los *bolsillos de pastor* son tan quebradizos que se deshacen al tocarlos y algunas veces he visto repicar una piedrecita en su interior como si de un sonajero se tratase; pues bien la bolsita que saqué estaba igualmente reseca y quebradiza, y también contenía algo del tamaño de una piedrecita, que cascabeleaba en su interior. Pero yo sabía bien que aquello no era una piedrecita cualquiera y me dispuse a sacarlo, mas, aunque la bolsita estuviese reseca no era fácil rasgarla y al final no me quedó más remedio que quebrar una de sus esquinas, apoyándola en el cubo y golpeándola con la parte aguzada del martillo. Entonces la sacudí con cuidado *y cayó* en mi mano un cristal del tamaño de una nuez. Yo no había visto un diamante, grande ni pequeño, en mi vida, pero aunque no supiese que Barbanegra había ocultado un diamante y no hubiésemos venido allí con el propósito de encontrarlo, no me habría cabido duda de que era un diamante, de talla y brillo sin par, por añadidura, lo que tenía en la mano. Estaba tallado en muchas facetas y, a pesar de que en el pozo hubiera poca o ninguna luz, salvo la de mi vela, aquella gema parecía contener la de mil fuegos y lanzaba destellos rojos, azules y verdes al girarla yo entre los dedos. Al principio no podía pensar en otra cosa, ni en cómo había llegado allí ni en la forma en que lo había encontrado, sino solamente en él, en el diamante y en que, con tal botín, Elzevir y yo podríamos vivir felices durante el resto de nuestras vidas y en que haría de mí un hombre rico y podría volver a Moonfleet. Me acuclillé pues en el fondo del cubo, enteramente ensimismado en aquellos pensamientos y no paraba de girar la gema, cada vez más maravillado por los intensos destellos que despedía. Estaba yo cautivado por su resplandor y por las promesas de prosperidad que entrañaba y tal vez deseara tenerlo para mí solo todo el tiempo posible, pero lo cierto es que no me acordé de los que me estaban esperando en la boca del pozo, hasta que súbitamente la destemplada voz del carcelero me sacó de mi ensueño, con un nuevo grito:

-¿Qué estás haciendo? ¿Has encontrado algo?

-Sí -grité yo-, he encontrado el tesoro; podéis subirme.

Apenas habían salido aquellas palabras de mi boca cuando el cubo empezó su ascenso y desde luego que subí con más presteza que antes bajara. Pero en aquel breve viaje me vinieron a la mente otros pensamientos y volví a oír la voz tierna y grave de Grace: «Cuídate, cuídate del tesoro pues se obtuvo con mal y ha de llevar una maldición consigo.» Al propio tiempo recordaba cuánto me había llevado al descubrimiento de aquella joya: primero, los relatos del señor Glennie, luego mi hallazgo del guardapelo y, por último, Ratsey que me hizo pensar que el escrito estaba cifrado, así había llegado pues al escondrijo sin rodeos ni tropiezos; y parecíame que no podría haberlo encontrado de no haberme guiado alguna mano, mas si era esa mano benéfica o maléfica ¿quién podía saberlo?

Cuando estaba llegando al brocal oí cómo el carcelero arreaba al burro para que apretase el paso y el cubo subiese más deprisa, pero, un instante antes de que mi cabeza hubiese llegado a la altura del suelo enganchó el freno y me dejó donde estaba. Yo me alegraba ya de ver de nuevo la luz y el rostro de Elzevir, que me miraba afectuosamente, pero me exasperaba que se me hubiese detenido cuando me disponía a poner el pie en *terra ferma.*

El carcelero me había dejado allí, llevado por su codicia, para poder hacerse con la gema cuanto antes, y ahora se asomaba por el brocal y tendía la mano hacia mí al tiempo que vociferaba:

-¿Dónde está el tesoro? ¿Dónde está? ¡Dame el tesoro!

Yo tenía el diamante entre el índice y el pulgar de mi mano derecha y lo agitaba para que lo viese. Habríame bastado con estirar el brazo para depositarlo en la mano tendida del carcelero y me disponía a hacerlo cuando sorprendí su mirada, por segunda vez en aquel día, y algo en sus

Librodot

ojos me hizo desistir. Había algo en su rostro que me trajo a la memoria una tarde de otoño en la que me encontraba yo en la salita de mi tía leyendo el libro llamado *Las mil y una noches* y el cuento de «La lámpara maravillosa», en el que el pérfido tío de Aladino lo espera en lo alto de la escalera, cuando el muchacho sube de la gruta subterránea, y no quiere dejarlo salir hasta que no le dé el tesoro. Mas Aladino no quiso darle su lámpara hasta no salir de allí sano y salo, porque sospechaba que, si lo hacía, su tío lo encerraría en la gruta, dejándolo morir en ella; así, la mirada del carcelero me impidió darle la gema hasta no verme yo fuera del pozo y a salvo, pues me embargó un miedo horrible a que, tan pronto como la hubiese cogido, me dejase caer y ahogarme allá abajo.

Así que, cuando me tendió la mano y dijo: «¡Dame el tesoro!», le respondí:

Sácame entonces, pues no puedo enseñártelo mientras esté en el cubo.

-Pues no, mozo -arguyó aviesamente-, porque es más seguro que me lo des ya y tengas ambas manos libres para salir. Mira que estas piedras están húmedas *y* llenas de grasa *y* podrías resbalar y, al no tener mano de qué valerte, caer al pozo.

Mas no había yo de dejarme embaucar y porfié: -No, te he dicho. Tendrás que sacarme primero. Entonces puso muy mala cara y me gritó en tono colérico:

-Dame el tesoro, te digo, o será peor para ti. Mas Elzevir no permitió que siguiese hablándome de aquella manera y terció rudamente:

-Dejad salir al muchacho; tiene el pie firme y no ha de resbalar y, además, suyo es lo que ha encontrado y muy dueño él de hacer con ello lo que quiera, salvo que os hemos de dar un tercio del precio por el que lo vendamos.

A lo que el otro repuso:

-Ese tesoro no es suyo, ni tampoco vuestro, sino mío, porque estaba en mi pozo y gracias a mí habéis podido encontrarlo. A os he de daros la mitad, mas, en cuanto a este muchacho ¿qué tiene él que ver con todo esto? Le daremos una guinea de oro y con eso quedarán pagados de sobra sus desvelos.

-¡Bah! -le interrumpió Elzevir-. Dejémonos de sandeces porque este muchacho debe cobrar su parte o he de saber la razón de que no sea así.

-Pues vais a saber la razón al punto -le espeta entonces el carcelero-, que no es otra que la de que vuestra merced atiende por Elzevir Block y se ha puesto un precio de cincuenta libras a vuestra cabeza y de otras veinte libras a la de este rapaz. Pensasteis engañarme y ahora sois vosotros los engañados y además os tengo atrapados porque de esta estancia no ha de salir nadie, como no sea aherrojado y camino de la horca, hasta que no tenga yo esa joya bien guardada en mi faltriquera.

Al oír esto volví a meter prestamente el diamante en la bolsita de pergamino e introduje ambos en el bolsillo de mi calzón, con la resolución de pelear cuanto fuera menester antes de dejarlos salir de allí. Entonces miré de nuevo hacia arriba y al ver cómo el carcelero se llevaba la mano a la culata de la pistola, grité:

-¡Cuidado, cuidado! Va a disparar.

Pero no habían salido aquellas palabras de mi boca cuando el carcelero tenía ya el arma sacada y apuntaba de lleno a Elzevir.

-Ríndete -gritó-, o te pego un tiro y mías serán las cincuenta libras -y, sin dar tiempo a responder, disparó.

Elzevir estaba al otro lado de la boca del pozo y parecía harto difícil no hacer blanco a aquella distancia, mas al cerrarse mis ojos con el fogonazo, sentí el choque de la bala con la cadena de hierro del pozo que yo estaba asiendo y luego vi que Elzevir estaba salvo.

El carcelero también se dio cuenta y, tirando su pistola, brincó al otro lado y, antes de que el propio Elzevir supiese si estaba herido o no, lo tenía agarrado por el cuello. Como ya he dicho,

el carcelero era hombre alto y fuerte, a más de veinte años más joven que su adversario; de modo que, cuando se lanzó sobre Elzevir, hubo de pensar que lo derribaría y maniataría en un santiamén, yéndose luego a por mí. Mas no sabía con quién había de vérselas, porque, aunque Elzevir fuese más bajo y viejo que él, su fortaleza era admirable y estaba curtido en aquellos lances como el viejo lobo de mar que era. Entonces se abrazaron en una pelea terrible: porque Elzevir sabía que le iba la vida en ella y me figuro que el carcelero tampoco ignoraba lo que se estaba jugando.

Tan pronto como vi lo que estaba pasando y que el cubo estaba bien amarrado, empuñé la cadena del pozo y trepando por ella me dejé caer encima del brocal con el propósito de ayudar a Elzevir a dejar atado y amordazado al carcelero mientras escapábamos. Pero, antes de que hubiese puesto el pie en tierra, vi que poca era la ayuda que podía yo ofrecer porque el carcelero estaba flaqueando y en su rostro se leía una expresión de sorpresa y amarga desesperación al reparar en que el hombre, al que tan fácilmente había querido derribar, tenía la fuerza de un titán. Su abrazo terrible les llevaba de un lado a otro y la presa del carcelero se estaba aflojando porque sus músculos estaban comenzando a fatigarse del esfuerzo; Elzevir lo tenía sujeto con la firmeza de un torno y en sus ojos y la postura de su cuerpo pude ver que estaba tensándose para dar en el suelo con su enemigo.

Yo pensé que para derribarlo utilizaría el «volteo de Compton», porque, aunque nunca le hubiese visto recurrir a él, tenía gran fama como luchador en sus años mozos y el «volteo de Compton» era su arma más certera. No es momento este para explicar ese lance, mas los que lo hayan presenciado sabrán que es una llave fatal y el que deja que se le derribe con ella, aunque sea sobre la hierba, rara vez puede volver a luchar el mismo día. No obstante es un volteo que requiere mucha pericia y tal vez Elzevir nunca hubiese podido utilizar si el otro no hubiese de pronto quitado una mano de su cintura para intentar atenazarle por el cuello. La única forma de evitar ese volteo, como los demás, es mantener firmemente ambas manos entre la cadera y la espalda del adversario, de modo que, en cuanto Elzevir notó que el otro quitaba la mano de su espalda, levantó al carcelero en vilo

y le dio el «volteo de Compton»; y no sabría decir si fue porque Elzevir estaba tan agotado por la fiera lucha que no pudo imprimir toda su fuerza al movimiento o porque el otro, por ser tan corpulento y pesado, exigía un esfuerzo mayor, lo cierto es que, en lugar de caer derribado de golpe el cancerbero, con la nuca contra el suelo (porque ahí reside el verdadero perjuicio que causa el volteo), logró dar uno o dos pasos vacilantes hacia atrás, tratando de recuperar el equilibrio antes de caer de costado.

Aquellos pasos vacilantes fueron los que lo perdieron, porque el último lo llevó a las piedras que había cerca de la boca del pozo y que estaban húmedas y resbaladizas por las salpicaduras constantes del agua. Sus talones salieron proyectados hacia arriba y él dio en tierra con todo su peso.

Tan pronto como vi lo cerca que había quedado de la boca del pozo, lancé un grito y corrí a salvarlo, mas Elzevir lo había visto antes que yo y, de un brinco, acertó a asirlo por el cinto cuando ya estaba cayendo. El brocal era muy bajo y le había golpeado detrás de la rodilla cuando estaba vacilando, lo que le hizo caer de espaldas en la boca del pozo. Profirió entonces un grito de desesperación y en su cara se dibujó una mueca cuando se vio así y entonces Elzevir lo cogió por el cinto. Por un momento pensé que estaba a salvo, al ver que Elzevir cayó de espaldas en el suelo mientras que el otro se escurría por el pozo abajo.

Yo llegué al brocal en el momento en que caía de cabeza a la negra sima. Hubo un instante de silencio, seguido de un ruido horrendo, como el de un coco que se rompe en el suelo (y lo sé porque una vez tuvimos todos los cocos que quisimos en Moonfleet, cuando fondeó en la playa el *Bataviaman),* luego un golpe que retumbó en la profundidad cuando rebotó y chocó de nuevo con

Librodot

la pared y, por último, un golpe sordo y la salpicadura al caer al agua del fondo. Retuve el aliento enmudecido por el horror y presté oídos por si gritaba pidiendo ayuda, aunque sabía a ciencia cierta que nunca más gritaría después de aquel primer golpe tremendo; mas no se oía voz alguna salo los gemidos de los remolinos que ya había oído antes.

Elzevir se deslizó en el cubo.

-Maneja el freno -me dijo- y déjame caer en el pozo.

Yo empuñé la palanca, dejándole caer con la mayor presteza que me fue posible, hasta que oí que el cubo tocaba el agua del fondo y entonces me acerqué y escuché. Todo estaba en silencio, pero me sobresalté y miré detrás de mí porque me parecía que no estaba solo en la casa del pozo y, aunque no podía ver a nadie, imaginé por un momento que un hombre alto, de barba negra y tez cobriza, corría detrás de otro dando vueltas y más vueltas en torno a la boca del pozo. Ambos desaparecieron de mi vista cuando el perseguidor le había puesto ya la mano encima al perseguido y entonces recordé de nuevo el relato del señor Glennie y, cómo la conciencia de aquel coronel Mohune nunca encontrará sosiego a causa de un criado al que había matado. Entonces me figuré que el carcelero no era el primer hombre que aquellas paredes habían visto caer de cabeza al pozo.

Elzevir llevaba tanto tiempo en el pozo que comenzaba a temer que le hubiese ocurrido algo cuando le oí gritarme que lo subiese. Afiancé la trabilla y arreé al asno para que moviese la noria y el paciente esclavo empezó a caminar, sin reparar en si era un cubo de agua, un hombre vivo o un hombre muerto lo que estaba subiendo, mientras yo miraba el pozo asomado por el brocal con ansiosa expectación por ver si Elzevir subía solo o traía a alguien con él. Cuando apareció por fin el cubo, sólo estaba Elzevir en él y así supe que el carcelero no había vuelto a aflorar y, ciertamente, mal podría haberlo hecho después del primer golpe. Elzevir no habló hasta que le dije:

-Tiremos la gema al pozo con él, maese Block, pues con mal se obtuvo y ha de llevar una maldición consigo.

El vaciló por un momento, mientras yo no sabía si desear o temer que fuese a hacer lo que le pedía, y al cabo dijo:

-No, no, tú no vales para guardar algo tan precioso. Dámelo. Es tu tesoro y nunca he de tocar un penique de él, mas no has de tirarlo por el pozo porque este hombre ha dado su vida por él y nosotros hemos arriesgado las nuestras y, ¡ay de nosotros!, por él todavía podemos perderlas.

Así que le di la gema.

16
El diamante

No es oro todo lo que reluce.

SHAKESPEARE

El cinto del carcelero estaba en el suelo, con las llaves y grilletes que llevaba colgados, tal como se abriera, deslizándose por debajo de él en el momento fatal. Elzevir lo cogió, probó las llaves una por una hasta encontrar la buena y abrió la puerta de la casa del pozo.

-Quedan otras cerraduras por abrir antes de que salgamos -dije.

-Así es -respondió- pero poco valdrían nuestras vidas si nos sorprenden con estas llaves. Tíralas por el pozo, junto a su dueño.

Recogí pues el cinto y lo tiré por el pozo, con las llaves y grilletes repiqueteando en la oscuridad al chocar con las paredes hasta que llegaron al agua oculta en el fondo. Recogimos luego llana, martillo, brocha y sogas y salimos de aquel lugar odioso. Tuvimos que cruzar un patio pequeño antes de llegar a las puertas de la sala de banquetes, que estaban cerradas, pero llamamos hasta que salió un guardia a abrirnos. Sabía que éramos los albañiles que habían pasado una hora antes, de modo que se limitó a preguntarnos:

-¿Dónde está Efraim? -pues por ese nombre atendía el carcelero.

-Se ha quedado un momento detrás de la casa del pozo -repuso Elzevir y atravesamos luego la gran sala en la que los cautivos estaban preparándose un almuerzo de sobras, en medio de un aroma harto apetitoso y de animado parloteo en francés.

En la puerta principal había otra guardia por la que teníamos que pasar, mas se nos abrió sin más preguntas, aunque con sordas maldiciones a Efraim por no darse el trabajo de acompañar a su gente hasta la salida. Se cerró pues el portillo de la imponente entrada tras de nosotros y de nuevo nos vimos al aire libre. Tan pronto como no estuvimos a la vista de los guardianes, apretamos el paso y, como el tiempo había mejorado mucho y corría una brisa fresca, a eso de las diez de la mañana, estábamos de vuelta en El Clarín.

Creo que ninguno de los dos abrimos la boca durante aquella caminata y, a pesar de que Elzevir todavía no hubiese visto el diamante, ni siquiera se molestó en sacarlo de la bolsita de pergamino *en* el que todavía se encontraba dentro de su bolsillo. En cuanto a mí, podía no hablar, mas sí que pensaba y mis pensamientos eran bastante tristes porque allí nos veíamos por segunda vez, huyendo para salvar la vida y, aunque no recayese enteramente sobre nosotros la sangre derramada, sangre que había por medio una vez más. Era pues aquella huida penosa en extremo para mí, porque la escena de muerte que había presenciado parecía apartarme aún más de la dichosa existencia que antes vivía y erigirse en temible obstáculo entre Grace y yo. En la Biblia familiar, abierta sobre la mesa de la salita de recibir de mi tía, había una estampa de Caín, que yo solía contemplar con temor en las tardes lluviosas de domingo. Mostraba a Caín caminando por un desierto sin límites, seguido por sus hijos y nueras, que llevaban a sus niños en hatillos colgados de varas. Había un movimiento rápido y cimbreante en todos aquellos cuerpos, como si siempre hubieran de caminar con la mayor presteza, sin descansar, y tenían rostros adustos y demacrados, a causa de su eterno y ansioso vagar. Pero el rostro más demacrado, adusto y consumido de ansiedad era el de Caín, que llevaba un estigma negro en medio de la frente, puesto allí por Dios para que nadie lo tocase pues era el primer homicida y, por ello, maldito para

Librodot

siempre. Siempre me había parecido tremenda aquella estampa, aunque no podía evitar mirarla, y en verdad que me apiadaba de Caín, con todo lo malo que era, por lo muy insufrible que me parecía verse obligado a vagar de un lado para otro durante toda una vida sin nunca poder fondear en sitio alguno. Y eso era precisamente lo que me ocurría, porque allí estábamos, con la sangre de dos hombres en nuestras manos, vagando por la faz de la tierra, sin poder nunca volver a casa y, aunque todavía no llevase en la frente el estigma de Caín, pensaba que podía salirme en cualquier momento.

Cuando llegamos a El Clarín subí las escaleras y me tiré en la cama para intentar descansar un poco y reflexionar, mas Elzevir se encerró con el posadero y podía oírles hablando animadamente en la estancia vecina. Tras un rato entró y me dijo que había estado considerando con el posadero cuál sería la mejor forma de huir, pues le había explicado que teníamos que escapar enseguida, dejándole suponer que queríamos irnos de allí porque las Aduanas habían sido informadas de nuestro paradero. Nada había dicho a nuestro huésped del carcelero, pues deseaba que el asunto quedase entre nosotros, mas no dudaba de que debíamos hacer todo lo posible para apresurar nuestra partida de la isla, porque, tan pronto como se echase de menos al carcelero, seguramente se empezaría a buscar a los albañiles con quienes se le había visto por última vez.

Al menos en aquella cuestión nos había de sonreír la fortuna porque, a la sazón, estaba fondeado en Cowes y dispuesto a hacerse a la mar aquella misma noche un mercante que había llevado un cargamento de ginebra holandesa al otro lado de la isla e iba a zarpar con destino a Scheveningen con un flete de lana. Nuestro posadero conocía bien al capitán holandés, por haber hecho negocios con él, y podía por tanto darnos unas cartas de recomendación que nos permitiesen ir a los Países Bajos. Por la tarde estábamos pues caminando desde Newport hasta Cowes, bajo un nuevo disfraz pues habíamos vuelto a cambiar nuestras ropas por las azules que suelen llevar los marineros.

Tras la lluvia habían vuelto las nubes, de modo que la tarde estaba más húmeda y desapacible que la mañana, y nada he de decir de la nueva caminata triste y silenciosa. Llegamos al muelle de Cowes hacia las ocho de la tarde y allí encontramos al mercante dispuesto a hacerse a la mar y pendiente sólo de la marea para levar anclas. Llevaba por nombre el de *Gouden Droom y,* aunque era un poco mayor que el *Bonaventure,* embarcaba menos tripulación y distaba mucho de estar tan bien aparejado. Elzevir intercambió unas palabras con el capitán y le entregó la carta del posadero, tras de lo cual nos permitieron subir a bordo, aunque no dijeron ni una palabra. Pensamos que lo mejor sería quitarse de en medio, así que bajamos a la cala" y, al ver lo cargado que iba el barco, pues hasta la cámara estaba llena de balas de lana, nos acostamos en ellas para descansar. Estaba tan cansado y soñoliento que se cerraron mis ojos antes de que llegase a tenderme y no los abrí hasta bien entrada la mañana siguiente.

Comentario [Librodot-58]:

En neerlandés, `sueño dorado'. *(N. del T.)*

Nada diré de nuestra travesía ni del modo en que llegamos con bien a Scheveningen porque poco tiene que ver con mi relación. Elzevir había decidido que iríamos a Holanda, no sólo porque el mercante estaba a punto de partir hacia allí, pues sin duda podríamos haber encontrado enseguida barcos que nos llevasen hacia otros destinos, sino, sobre todo, porque se había enterado en Newport de que la ciudad de La Haya era el mejor mercado de diamantes de todo el mundo. Eso es lo que me contó tras haber encontrado alojamiento seguro en una pequeña taberna de la ciudad, frecuentada por gentes de la mar, aunque eran éstas de la mejor especie, como patrones y oficiales de pequeños buques. Allí permanecimos durante varios días mientras Elzevir hacía, sin despertar sospechas, todas las indagaciones que podía acerca de los mejores tratantes de piedras preciosas que pudieran pagar un precio elevado por una gema valiosa. Teníamos también la suerte de que Elzevir pudiese hablar la lengua holandesa, aunque no lo hiciese bien y conociese de ella apenas lo necesario para que le entendiesen y entender él a los demás. Cuando le pregunté por el modo en que la había aprendido, me contó que tenía sangre holandesa, por parte de su madre, y que por eso llevaba el nombre de Elzevir y que en tiempos podía hablar con

Librodot

la misma fluidez en holandés que en inglés, pero que, tras morir su madre, cuando él era todavía un muchacho perdió no poco su dominio.

A medida que iban pasando los días, se atenuó el recuerdo de aquella terrible mañana en Carisbrooke y mi talante se volvió más alegre y sereno. Elzevir me devolvió el diamante y yo lo saqué en muchas ocasiones, tanto de noche como de día, y cada vez me parecía más deslumbrador y maravilloso. Por la noche, cuando todos se habían ido a la cama, solía atrancar la puerta de la habitación, sentarme con una vela encendida encima de la mesa y girar el diamante entre mis dedos. Como he dicho, era tan grande como un huevo de paloma o una nuez, estaba tallado delicadamente en múltiples y perfectas facetas y era límpido y sin mácula alguna, pero, a pesar de su transparencia cristalina, surgían de él tales destellos y fulgores rojos, azules y verdes que uno se preguntaba de dónde podían venir tales coloridos. Mientras así lo contemplaba contaba a Elzevir historias de *Las mil y una noches* y de asombrosas gemas, aunque pensaba que nunca hubo piedra traída por las águilas del valle de los Diamantes, ni engarzada en la propia corona del califa, que superase a la nuestra.

Pueden estar seguros de que, en tales ocasiones, hablábamos mucho del precio que había de ponerse a la piedra y de lo que por ella nos darían, pero nunca llegábamos a saberlo de seguro por faltarnos la experiencia de tales cosas. Lo único que sabía con certeza es que debía valer miles de libras. Yo me frotaba las manos, diciéndome que, puesto que la vida era un juego de azar y que los dados hasta entonces nos habían sido adversos, al menos habíamos sacado algún provecho de la última tirada. No obstante, durante aquel tiempo, nos estaba sobreviniendo un cambio extraño y parecía que se hubiesen vuelto las tornas, porque, tras haber sido yo el que, unos días antes, deseaba deshacerme del diamante, por haber sentido suma zozobra v congoja en aquella malhadada casa del pozo, y Elzevir el que me lo impidió; ahora era él quien parecía darle poca importancia mientras que para mí lo era todo. Apenas miraba la gema y una noche, cuando estaba yo alabándola, me dijo:

-No te entusiasmes en exceso con esa piedra. Tuya es y tú serás quien negocie su venta. Nunca he de tocar ni un penique de lo que por ella obtengamos. Pero, si estuviera en tu lugar y obtuviera una gran fortuna por ella y volviera un día a Moonfleet, no la utilizaría toda en mi provecho, sino que dejaría una parte para reconstruir los hospicios, como dicen que quería hacer Barbanegra.

Yo no sabía lo que le llevaba a hablarme de aquella forma y no deseaba, ni imaginaba siquiera, hacer lo que me aconsejaba, porque ante aquella gema radiante, que parecía aún más espléndida sobre una mesa tosca, sólo podía pensar en la prosperidad que había de depararnos y en que seguramente volvería un día a Moonfleet para casarme con Grace.

No contesté a Elzevir, sino que cogí el diamante y lo metí de nuevo en el guardapelo de plata, que todavía llevaba colgado del cuello, porque aquél era el lugar más seguro que se nos había ocurrido.

Pasamos algunos días deambulando por la ciudad haciendo indagaciones y así supimos que la mayoría de los compradores de diamantes vivían al lado unos de otros en cierta callejuela, cuyo nombre he olvidado, y que el más rico v conocido de ellos era un tal Krispjin Aldobrand. Era de sangre judía, mas había vivido toda su vida en La Haya, y, además de haber comprado y vendido algunas de las mejores piedras, se decía que era poco dado a hacer preguntas y que no se interesaba en exceso por el origen de las piedras, con tal de que fuesen buenas. Así que, tras mucho cavilar y no pocos cambios en nuestro proyecto, nos decidimos por el tal Aldobrand y resolvimos que tantearíamos la operación con él.

Escogimos una tarde del final del verano para nuestra gestión y nos presentamos en casa de Aldobrand como una hora antes de la puesta del sol. Recuerdo con precisión el lugar, aunque no lo haya visto desde hace tiempo y ciertamente no deseé volverlo a ver en el resto de mis días. Era

Librodot

una casa baja, de sólo dos plantas, ligeramente retirada de la calle por una valla de madera, un trozo de césped en la parte delantera y un sendero empedrado que llevaba a la puerta. La fachada delantera estaba encalada, tenía postigos de color verde y un magnolio de hojas lustrosas que trepaba por entre las ventanas. Aquellos joyeros no tenían tiendas, aunque, a veces, expusiesen un solo collar o brazalete en una de las ventanas de abajo, pero fijaban ciertos carteles en los que se anunciaba su ocupación. Había pues en la puerta de Aldobrand un tablero en el que se decía que allí se compraban y vendían alhajas y se prestaba dinero contra diamantes y otros objetos que se dejasen en prenda.

Nos abrió la puerta un fornido sirviente, que, tras oír que traíamos el propósito de vender una gema, nos hizo esperar en un zaguán enlosado mientras él subía al piso superior para preguntar a su amo si nos podía recibir. Unos minutos más tarde crujieron las escaleras e hizo su aparición el propio Aldobrand. Era éste un hombrecillo ajado, de piel amarillenta y hondas arrugas que debía tener, por lo menos, setenta años; vi que llevaba calzado de cuero acharolado, conhebilla de plata y altos tacones para compensar su talla reducida. Nos dirigió la palabra desde el rellano, sin bajar al zaguán, sino inclinándose sobre el pasamanos:

-Veamos, hijos, ¿qué se os ofrece? Me dicen que tenéis una gema que deseáis vender, pero habéis de saber que no compro baratijas de marinero, de manera que si se trata de una piedra de la luna o de un ojo de gato, o de algunos diamantes para cabezas de alfiler, guardáoslos para hacer broches para vuestras enamoradas porque Aldobrand no compra baratijas de ese género.

Su voz era atiplada y estridente y nos habló en nuestra lengua pues sin duda había deducido de nuestros rasgos que éramos ingleses. Su conocimiento de nuestro idioma era bastante escaso, pero yo me alegré de que lo utilizase porque así podría entender todo lo que dijese.

-Nada de baratijas de ese género -reiteró con idénticas palabras, a lo que Elzevir respondió:

-Sírvase atendernos vuestra merced: somos marineros de allende el mar y este mozo tiene un diamante que desearía vender.

Yo tenía ya la gema en la mano y, cuando el anciano graznó con mal talante: «Sacadla pues, veamos, veamos», se la tendí. El se inclinó sobre el pasamanos y presentó la palma de la mano, como si se tratara de un menudo cristal que podía caer y perderse. Me ofendió que así despreciase nuestro tesoro, a pesar de no haberlo visto, así que lo dejé caer en su mano como si fuese tan grande como una calabaza. El zaguán era oscuro y, por única iluminación, tenía un semicírculo de vidrio que había encima de la puerta, de modo que yo no podía ver bien, pero, cuando se inclinó hacia abajo su cabeza llegó casi a tocar la mía y podría jurar que su expresión cambió cuando sintió en su mano el tamaño de la piedra y que, de impaciencia y menosprecio, pasó a ser de asombro y deleite. Cogió prestamente la gema de su mano y la sostuvo entre el índice y el pulgar y cuando volvió a hablar había cambiado tanto su voz como su rostro y se había desvanecido casi toda su agria impaciencia.

-No hay en este sombrío lugar luz suficiente para ver, seguidme -y volviéndose de espaldas subió rápidamente las escaleras, sosteniendo la piedra en su mano con nosotros pisándole los talones y procurando no perderle de vista ahora que tenía nuestro diamante, por mucho que fuera hombre tan rico y conocido.

Llegamos a otro rellano y allí abrió de golpe la puerta de una estancia que miraba a poniente y estaba bañada en la luz del crepúsculo que entraba a raudales por la ventana. El paso de la penumbra de las escaleras a aquel resplandor encarnado fue tan rápido que durante un minuto apenas pude ver nada, pero, al ponerme de espaldas a la ventana, observé que toda la estancia estaba revestida de madera pintada y que había una cama adosada a la pared en uno de los lados y anaqueles en todos los demás sobre los que se habían colocado pequeños cofres y cajas fuertes de hierro.

El joyero se había sentado a una mesa, vuelto hacia el sol, y miraba el diamante al trasluz, examinándolo de cerca, de manera que yo podía ver hasta el más mínimo detalle de su rostro.

Librodot

Había vuelto a éste la expresión dura y taimada y entonces, girándose de pronto hacia mí, me preguntó de forma harto abrupta:

-¿Cómo te llamas, muchacho? ¿De dónde vienes? Yo no estaba acostumbrado a usar nombres falsos y, como me pilló desprevenido, no pude evitar que se me escapase el auténtico:

-Mi nombre es John Trenchard y soy de Moonfleet, en Dorset.

Un segundo más tarde me habría mordido la lengua por haberle dicho aquello y vi que Elzevir me miraba con el ceño fruncido para que me callase. Pero ya era demasiado tarde porque el negociante estaba escribiendo mi respuesta en un registro de pergamino. Y, aunque a muchos pueda parecer una menudencia que así consignase mi nombre y lugar de nacimiento, y sólo nos molestase en el momento, porque no queríamos que se supiese de dónde veníamos, en los designios de la Providencia ya estaba escrito que aquella anotación en el libro del señor Aldobrand habría de cambiar el curso de mi vida.

-De Moonfleet, en Dorset -repitió para sí, al tiempo que terminaba de escribir mi respuesta-. ¿Y cómo dio John Trenchard con esto? -dijo dando ligeros golpes al diamante que tenía sobre la mesa.

Entonces Elzevir intervino prestamente, temiendo sin duda que se me escapase algo más:

-Señor mío, no hemos venido a jugar a preguntas y respuestas, sino a saber si vuestra merced está dispuesto a comprar este diamante y, si así fuera, a qué precio. No tenemos pues tiempo de contar historias que resultarían largas en exceso, de manera que confórmese con saber que somos marineros ingleses y que hemos obtenido la piedra honradamente.

Tras de lo cual dejó que sus dedos jugueteasen con el diamante, que se encontraba sobre la mesa, como si temiese que se le fuera a escapar.

-Calma, calma -nos encareció el anciano-; todas las piedras preciosas se obtienen honradamente; pero, de haberme contado dónde habíais obtenido éste, podría haberme ahorrado algunos ensayos tediosos, que ahora os ruego que disculpéis.

Abrió a continuación un armario en los paneles de madera y sacó de él una minúscula balanza, unos cristales, una piedra negra y un frasco lleno de un líquido de color verde. Luego tomó asiento de nuevo, cogió cuidadosamente el diamante de los dedos de Elzevir, que parecían resistirse a dejarlo ir, y lo puso en la balanza, pesándolo cuidadosamente, para lo cual primero utilizó como medida un cristal v luego unas pesitas de latón. Yo tenía la espalda vuelta hacia el crepúsculo, viendo cómo el anciano, bañado por aquel encendido resplandor, pesaba el diamante, lo frotaba con la piedra negra o dejaba caer sobre él una gota del licor verde, y así pude ver cómo el asombro y la emoción desaparecían de su rostro dejando en él solamente una expresión de redomada astucia.

Observé sus manipulaciones hasta que no pude más, pues sentía una ansiedad febril por lo que pudiese decir y mi pulso comenzó a latir tan rápidamente que apenas podía quedarme quieto. Pues ¿acaso no estaba ya muy próximo el momento decisivo en el que aquellos labios marchitos nos dirían el valor de la gema, si merecía dar la vida por ella y si nuestras esperanzas tenían un cimiento firme o se sustentaban en arenas movedizas? Volví pues la espalda al mercader de diamantes y miré por la ventana, pendiente, durante todo aquel tiempo, de la mínima palabra que pudiese salir de sus labios.

Entonces, y en otras ocasiones como aquélla, comprendí que, por mucho que la mente esté enteramente obnubilada por un solo pensamiento, los ojos perciben, como sin quererlo, todo lo que ante ellos se encuentra, de modo que más tarde podemos recordar una cara o un paisaje en el que, a la sazón, no reparamos. Así me ocurría a mí aquella noche, porque, aunque mi mente entera estuviese poseída por el diamante, observé todo lo que se veía por la ventana, y por cierto que el recuerdo de ello me habría de ser útil más adelante. La ventana, que era de estilo francés, llegaba hasta el suelo y tenía dos hojas como una puerta. Daba a un pequeño balcón y estaba abierta (pues el final de la jornada era tan caluroso como su principio) y en la pared de abajo

Librodot

había un peral trepador que casi envolvía el balcón en su verde follaje. La ventana podía hacerse inexpugnable si fuera menester, pues tenía celosías de madera por dentro y postigos provistos de recios herrajes en la fachada, a más de sólidos pasadores de los que salían unos alambres cuya utilidad yo ignoraba. Debajo del balcón había un jardín cuadrangular, encerrado por un muro de ladrillo, que presentaba un aspecto en extremo pulcro y bien cuidado. Por todo el muro trepaban malvas locas y unas amapolas de todos los colores, así como otras matas y flores. Me llamó particularmente la atención una flor de tallo alto y cimbreante y pétalos rojos que yo nunca había visto antes y que parecía ciertamente fuera de lo común, aunque sólo fuera porque crecía en medio de un pequeño parterre que parecía estarle enteramente dedicado.

Estaba yo pues mirando aquella flor, sin pensar en ella, y preguntándome si el señor Aldobrand diría que el diamante valía diez mil libras o tal vez cincuenta o cien mil, cuando le oí hablar y me volví hacia él con presteza.

-Hijos míos, y tú especialmente John -dijo mirándome-: esta piedra que me habéis traído no es más que un trozo de vidrio, o más bien «pasta», porque así la llamamos. Buena «pasta», desde luego, tal vez la mejor que nunca haya visto, por eso tenía que probarla para estar seguro. No hay imitación que pueda resistir a los contrastes químicos; además, en primer lugar, es demasiado ligera; en segundo lugar, cuando se la frota con este *basanus* o piedra negra, no deja marcas blancas como lo haría un diamante. Y, sobre todo, en tercer y último lugar, la he sometido al ensayo hermenéutica, sumergiéndola en esta costosa esencia destilada y el licor ha conservado su color verde y su transparencia sin que se diera la precipitación de color naranja que cabría esperar de un diamante auténtico.

Comentario [Librodot-59]:

La hermenéutica se ocupa de la interpretación de textos *y* en especial los textos sagrados. *(N. del T.)*

A medida que iba hablando empezó la habitación a darme vueltas *y* sentí el malestar *y* profunda decepción que suele acompañar al súbito desmoronamiento de una esperanza largamente acariciada. Todo era pues un engaño y resultaba que habíamos arriesgado nuestras vidas por un mero trozo de vidrio y que, a la postre, Barbanegra no había hecho sino burlarse de nosotros después de muerto y, tras haber sido ricos, nos veíamos pobres y desterrados. Y derrumbábanse al propio tiempo todas las esplendorosas fantasías que había suscitado aquella baratija, como un castillo de naipes. No había ya caudales que nos permitieran volver enriquecidos a Moonfleet, fortuna que encubriera antiguos delitos, dineros que avalaran mi casamiento con Grace, y ello me arrancó un suspiro y flojearon mis rodillas de modo que, de no ser porque Elzevir me sostuvo, me habría desplomado.

-John, hijo -graznó el viejo, viendo mi desesperación-, no sufras, porque, a pesar de que esto sólo sea «pasta», no digo que carezca de valor. Es la mejor pieza que nunca haya visto de ese material y por ella te ofrezco diez coronas de plata, que es una suma sustancial para un marinerito como tú y superior a lo que cualquiera de los negociantes de esta plaza te daría.

-¡Basta, basta! -exclamó entonces Elzevir y pude oír la amargura y el descorazonamiento que había en su voz, por mucho que intentase ocultarlo-; no hemos venido a mendigar coronas de plata, así que guárdeselas vuestra merced en su escarcela. ¡Y que el diablo se lleve este reluciente abalorio; mejor haremos deshaciéndonos de él pues está maldito! -y, al punto, cogió la piedra y, en su cólera, la tiró por la ventana.

Aquello hizo que el negociante en diamantes se pusiese en pie de un brinco.

-¡Estúpido, maldito estúpido! -chilló-. ¿Acaso habéis venido a desafiarme? ¿Pues no os he dicho que esta piedra vale diez coronas de plata para que la tiréis así por los aires?

Yo me había precipitado hacia Elzevir en un tardo ademán de sujetar su brazo; pero era demasiado tarde, pues la piedra volaba ya por el aire y, tras reflejar por un momento los rayos oblicuos del ocaso, cayó entre las flores. No acerté a verla caer, pero seguí con la mirada su vuelo y me pareció que percibía un reflejo en el lugar donde tocó la tierra. Fue sólo un destello o centelleo brevísimo, cabalmente al pie de aquella planta esbelta de la flor encarnada, y luego nada

Librodot

se vio; pero, al darme la vuelta, pude distinguir los ojos del hombrecillo que miraban del mismo lado, de modo que tal vez él viera el mismo reflejo que yo.

-¡Ahí tiene sus diez coronas! -dijo Elzevir-. Vámonos, muchacho -y, cogiéndome por el brazo, me hizo salir de la habitación y bajar las escaleras.

-¡Idos en mala hora! -dijo el señor Aldobrand con una voz que no era tan aguda como su grito de hacía unos instantes, sino su graznido habitual y repitió-: ¡Idos en mala hora! -como invectiva final, al traspasar nosotros la puerta.

Había otros dos hombres esperando en las escaleras, pero no dijeron nada, así que nos encontramos en la calle.

Anduvimos los dos durante algún tiempo sin una palabra y al rato Elzevir me dijo:

-Vamos, alégrate muchacho, pues tú mismo dijiste que temías que esa cosa estuviera maldita; ahora ya no la tenemos y tal vez sea mejor así.

Pero yo no podía abrir la boca pues estaba demasiado defraudado por la noticia de que el diamante era falso y muy abatido por la ruina de todas nuestras esperanzas. Bueno era pensar que la piedra estaba maldita cuando todavía la teníamos y fingir que estábamos dispuestos a deshacernos de ella; pero tras perderla supe que, en el fondo de mi corazón, nunca había deseado deshacerme de ella y que me habría expuesto a que cayera cualquier maldición sobre mí con tal de recuperarla. La cena nos estaba esperando cuando volvimos, pero no tenía yo estómago para el yantar y me quedé rumiando mi mal talante mientras que Elzevir comía un poco con desgana. Pero, mientras cavilaba sobre lo que había ocurrido, ocurrióseme algo que me hizo dar un bote al tiempo que exclamaba:

¡Elzevir, somos unos necios! ¡La piedra no es falsa, es un diamante auténtico!

El descansó su cuchillo y tenedor y me miró sin abrir la boca, a la espera de que yo dijese algo más, pero no manifestó la sorpresa que cabía esperar. Entonces le recordé el modo en que el rostro del negociante mostró el asombro y deleite que sintiera la primera vez que vio la piedra, lo que mostraba que, en aquel momento, pensó que era buena; y también la forma en que luego cambió la voz para espetarnos una serie de palabrejas con que embaucarnos, pues a punto estuvo de ponerse en pie y gritar a voz en cuello cuando Elzevir tiró la piedra al jardín. Yo hablaba rápidamente y, al darle aquellas explicaciones, me fui convenciendo a mí mismo, así que, cuando paré, porque se me acababa el resuello, estaba ya persuadido de que la piedra era verdaderamente un diamante y de que Aldobrand nos había engañado.

A pesar de todo, Elzevir no parecía muy seguro y se limitó a comentar:

-Podría ser como dices, pero ¿qué quieres que hagamos ahora que hemos tirado la piedra?

-Así es -repuse yo-, pero he visto dónde caía y puedo reconocer el sitio. Volvamos allá ahora mismo y recuperémosla.

-¿No crees que Aldobrand también debe haber visto ese lugar? -preguntó Elzevir, y entonces recordé que, cuando volví la vista a la estancia, tras la caída de la piedra, sorprendí la mirada del viejo negociante dirigiéndose al mismo punto y también que, después de aquello, habló en tono más bajo, en lugar de seguir gritando de ira, como cuando Elzevir tiró la piedra por la ventana.

-No sé -vacilé-; volvamos allá y echemos una ojeada. La vi caer al pie de una flor encarnada en la que me fijé bien. ¿Qué ocurre? -añadí al ver que dudaba y se echaba atrás-. ¿Acaso dudáis? ¿Pues no deberíamos ir allí a recogerla?

Siguió en silencio durante un instante y luego habló pausadamente, como si pesase las palabras.

-No sabría qué decir. Creo que tienes razón y que esa piedra es verdadera. En verdad que estaba fuera de mí cuando la tiré, pero no aseguraría que no fuese mejor así. Fuiste tú quien primero habló de que la gema estaba maldita *y yo* me reí por pensar que no era sino una monserga pueril. Mas ahora, no lo sé, porque desde que emprendimos la búsqueda de ese tesoro

Librodot

hemos tenido la suerte en contra nuestra, John; así ha sido. Una suerte que nos ha sido muy adversa; y aquí estamos huidos de nuestro pueblo, declarados proscritos y con las manos manchadas de sangre. No es que me asuste la sangre porque he hecho frente a muchos hombres en pelea leal, pero nunca sentí que un golpe mortal pesase de tal modo en mi ánimo, porque esos dos hombres tuvieron un final extraño y nada pude hacer para evitarlo. Cierto es que toda mi vida la he pasado en el contrabando, mas nadie me ha visto cometer un acto innoble y no quisiera que me llamasen criminal y menos aún que te lo llamasen a ti. Así que puede que, después de todo, una maldición pese sobre esa piedra y que ésta lleve a la ruina a quienes la tocan. No podría decirlo, porque no soy el párroco Glennie ni ducho en estas cosas, pero tal vez Barbanegra, en un momento de mal humor, haya puesto en ella una maldición para quienquiera que la use en provecho propio. ¿Para qué la queremos después de todo? Tengo dineros que puedo percibir si hace falta, podemos escondernos en este lado de la Mancha y tú podrás aprender un oficio honrado y, cuando se haya olvidado la falta que nos achacan, volveremos a Moonfleet. Así que, deja esa joya en paz, John; ¿no crees que deberíamos dejarla en paz?

Su convicción y seriedad crecían a medida que así hablaba, cogiéndome la mano y mirándome a la cara, y yo no pude devolverle la mirada y desvié los ojos porque estaba obcecado y no quería ni tan siquiera pensar en desentenderme del diamante. Pero no dejaba de creer que lo que me decía era cierto y recordaba aquel sermón del señor Glennie en el que nos dijo que la vida era como una «Y» y que todos llegábamos un día a un lugar en que dos caminos se separan y que debíamos elegir entre el ancho y sinuoso camino y el abrupto y estrecho sendero. Parecíame que yo hacía tiempo que había elegido el camino ancho y que ahora me estaba adentrando aún más por él en la búsqueda de aquel malhadado tesoro, pues todavía no podía soportar la idea de deshacerme de él y estaba persuadido de que era una locura pueril tirar una gema tan extraordinaria. Así que en lugar de prestar oídos al buen consejo, que alguien mucho mayor que yo me daba, me puse a hablarle y conseguí convencerle de que si recuperábamos el diamante y llegábamos a venderlo, daríamos lo necesario para reconstruir los hospicios de los Mohune, aunque en el fondo no tenía la menor intención de hacerlo. De modo que Elzevir, que era el más obstinado de los hombres y nunca cedía, se dejó llevar por el gran afecto que me tenía y terminó cediendo en aquella ocasión.

Dieron las diez de la noche antes de que conviniésemos volver a casa de Aldobrand, con la intención de escalar el muro del jardín y recuperar la piedra. Yo caminé lo más ligero que pude y no paraba de charlar para acallar mis escrúpulos, mas Elzevir se rezagaba y no abría la boca porque, si venía, era contra su íntima convicción de que no debía hacerlo. Pero, conforme íbamos acercándonos al lugar, cesé de parlotear y seguimos los dos en silencio, abismado cada uno en sus propios pensamientos. No nos aproximamos a la casa de Aldobrand por el frente, sino que salimos de la calle principal por un callejón del que pensamos bordearía el muro del jardín. Había poca gente por la calle y ni un alma en aquel callejón que nos viese rondar la alta tapia y resultó que no nos habíamos equivocado pues pronto llegamos a lo que nos pareció la parte de fuera del jardín de Aldobrand.

Allí hicimos una pausa y creo que Elzevir estaba a punto de expresar una última protesta, pero no le di la oportunidad porque acababa de encontrar un lugar en el muro donde había algunos ladrillos sueltos y me había puesto a trepar por allí. Una vez escalado el muro sin dificultad, nos dejamos caer en un arriate de mantillo que había al otro lado. Luego nos abrimos paso por unos macizos de grosellas que se prendían a nuestra ropa y, cuando distinguimos la silueta de la casa, nos encaminamos hacia ella y a unos pasos nos encontramos en la *pelouse o* césped que yo había visto desde el balcón tres horas antes. Conocía pues las revueltas de los senderos y el dibujo de los arriates, la hilera de malvas que subían por la tapia y aquellas amapolas, que exhalaban en la noche un olor ligeramente nauseabundo. Todo el jardín estaba en silencio y, como la noche era muy despejada, había luz suficiente para distinguir los colores de

Librodot

las flores cuando uno las miraba de cerca, aunque el verdor de las hojas se hubiese tornado ceniciento.

Seguimos avanzando pegados a la tapia, con la mirada expectante puesta en la casa, mas no salía de ella ni el más leve murmullo y bien podría haber sido casa de muertos a juzgar por el poco ruido que hacían en ella los vivos; tampoco había luz en ninguna de las ventanas salvo en una, detrás del balcón y allí fue donde primero nos fijamos. Había en aquella estancia alguien que todavía no se había retirado a descansar, pues podíamos ver las filigranas que aquella luz hacía al traspasar las ranuras de la celosía de madera.

-Todavía está levantado -susurré-, y los postigos de fuera no están cerrados.

A un gesto de Elzevir me dirigí al arriate en el que crecía la flor encarnada. No necesitaba luz alguna para distinguir los pétalos de aquella planta alta y cimbreante que, además de no parecerse a ninguna otra, se erguía sola en su parterre. Se la señalé a Elzevir.

-La piedra está cerca del tallo de esa flor -le dije-, por el lado más cercano a la casa. -Y entonces apoyé la mano en su brazo para que se quedase donde estaba, al costado del arriate, hasta que yo me adelantase y cogiera la piedra.

Mis pies se hundieron en la tierra blanda cuando bordeé las amapolas que señalaban el límite del arriate y así llegué al lado de la flor alta y encarnada. El color escarlata de sus pétalos parecía casi negro, mas no cabía duda, y me incliné para recoger el diamante. ¿Era posible? ¿Acaso no había nada allí, al alcance de mi brazo extendido, salo el mantillo blando y untuoso? ¿Ni siquiera un destello que me orientase en la negrura del suelo? Me arrodillé para cerciorarme y miré alrededor de la planta sin encontrar nada, por mucho que con la luz que había se pudiese distinguir el más menudo guijarro y tanto más atisbar el fulgor y los destellos del extraordinario diamante que tan bien conocía.

No estaba, a pesar de que lo había visto caer allí, sin duda alguna.

-¡Ha desaparecido, Elzevir, ha desaparecido! -exclamé en mi angustia, mas sólo me respondió un «¡chitón!» con el que me conminaba a no hablar tan fuerte.

Me puse de nuevo de rodillas y peiné la tierra con mis dedos para ver si no se habría hundido la piedra y pasado así desapercibida.

Pero nada encontré y, por último, volví a donde estaba Elzevir y le pedí que encendiese un trozo de yesca al abrigo de las malvas; yo lo protegería con las manos para que la luz se proyectase sobre el suelo sin que se nos viese desde la casa, y así pudiese buscar alrededor de la flor. Hizo lo que le pedía, no porque pensase que iba a encontrar algo, sino por darme gusto, y, cuando puso yesca encendida en mis dedos, dijo, en tono muy bajo:

-Deja la piedra, muchacho, déjala; porque o no te fijaste en el lugar preciso o ha habido otros que pasaron por aquí antes que tú. Está escrito que no debemos tocar de nuevo esa piedra y eso será lo mejor; conque déjalo, déjalo y vámonos a casa.

Había puesto afectuosamente su mano en mi hombro y me hablaba con tal gravedad y acento suplicante que uno habría pensado que era una mujer la que así me aconsejaba, en vez de un rudo hombrón; pero no quise oír y me separé de él, protegiendo en mis manos la luz de la yesca al volver a la flor encarnada. Pero en aquella ocasión, cuando pisaba ya la tierra del lado de la casa, la luz, al caer sobre el mantillo, me mostró algo que hizo detenerme al punto.

Era sólo una ligera huella en la tierra parda y blanda, pero, antes aun de que pusiera los ojos en ella, sabía casi que era la impronta de un tacón alto y afilado que llevaba al lado la de un pie muy pequeño. Cuando yo era joven corría una historia, que todos leíamos, acerca de un tal Crusoe, náufrago en una isla desierta, quien, un día que caminaba por la playa, descubrió asombrado la huella de un pie en la arena y supo así que había salvajes en aquel lugar desolado del que se creía único poblador. Con todo, pienso que ni siquiera aquella huella en la arena debió dejarle a él tan atónito como me dejó a mí la marca en el mantillo del jardín, porque recordaba

Comentario [Librodot-60]:

La vida y extrañas y asombrosas aventuras de Robinson Crusoe, marinero de York, de Daniel Defoe (ca. 1660-1731), apareció en abril de 1719 y adquirió rápidamente enorme popularidad. La novela está inspirada en la historia real del naufragio del inglés Alexander Selkirk en la isla de Juan Fernández. *(N. del T.)*

Librodot

perfectamente los pequeños zapatos de cuero lustroso con sus hebillas de plata y sus altos tacones.

El había estado allí antes que nosotros. Encontré otra pisada y otra más que conducían al centro del parterre y tuve que tirar la yesca, pisoteando la llama en el suelo. De nada servía seguir buscando pues ya sabía que no había diamante alguno esperándonos.

Volví al césped y tomé a Elzevir del brazo.

-Aldobrand ha estado aquí antes que nosotros y ha robado la gema -musité excitado y, al lanzar una mirada de desesperación a mi alrededor, en la noche apacible, vi en el balcón el dibujo que la lámpara hacía al atravesar la celosía de madera.

-¡Pues con esto se acaba la historia! -exclamó él-; y así nos ahorraremos complicaciones. La piedra ha desaparecido, así que alegrémonos por habernos librado de ella y vayámonos de aquí.

Y se volvió para emprender la retirada, lo que me daba una nueva oportunidad para tomar el buen camino y seguirle; mas todavía no podía renunciar a la gema y tuve que adentrarme por el otro sendero que nos llevaba a ambos a la ruina. Mis ojos estaban fijos en la luz que pasaba por las celosías de aquella ventana y reparé en lo gruesas y robustas que eran las ramas del peral que trepaban por el balcón.

-Elzevir -dije, tragándome la amargura que la decepción ponía en mi garganta-, no he de irme hasta que no sepa lo que está pasando en esa estancia de ahí arriba. Me voy a subir al balcón y mirar dentro por las ranuras, pues tal vez esté ahí, tal vez *haya* dejado allí nuestro diamante y todavía podamos recuperarlo. Y me fui hacia la casa, sin darle tiempo a decir una palabra o detenerme, porque había una fuerza que me arrastraba y nadie habría podido hacerme volver de mi acuerdo.

No había que temer que nadie nos viese porque todas las ventanas, excepto aquélla, estaban cerradas a cal y canto y, aunque nuestras pisadas en la hierba no hiciesen ruido, sabía que Elzevir venía detrás de mí. No era fácil subir por el peral, pues, aunque sus ramas pareciesen tan fuertes, al estar tan cerca de la pared, daban poca presa a pies y manos. En dos ocasiones por lo menos cayó por tierra una pera verde, rozando las hojas a su paso, lo que me obligaba a pararme y prestar oído para cerciorarme de que nadie se había alarmado en la estancia; mas todo estaba en silencio absoluto y, por fin, puse mi mano en el antepecho y me alcé sin dificultad hasta el balcón.

La ardua escalada me había dejado jadeante, pero no esperé a recuperar el resuello y me dirigí sin vacilación hacia la ventana para espiar lo que allí estaba ocurriendo. Todavía estaban los postigos abiertos, como por la tarde, de modo que se podía mirar sin dificultad pues encontré una abertura en la celosía, precisamente a la altura de mis ojos, a través de la cual podía verse toda la habitación. Estaba profusamente iluminada, como para una boda, y me pareció que había una docena de bujías o más ardiendo en candelabros dispuestos sobre la mesa o en apliques de la pared. En el lado para mí más distante de la mesa, y de frente a la ventana, estaba sentado Aldobrand, precisamente en la misma actitud que tenía cuando nos dijo que la piedra era falsa. Su rostro estaba vuelto hacia la ventana de modo que, cuando lo miraba, se me hacía imposible que no se diese cuenta de mi presencia.

Frente a él, en la mesa, estaba el diamante, nuestro diamante, mi diamante; porque ahora va no me cabían dudas de que lo fuese y nada falso. No estaba solo sino que, a su alrededor, sobre la mesa, se había dispuesto más de una docena de gemas talladas, bien separadas unas de otras, aunque la mía no podía confundirse porque era tres veces más gruesa que cualquiera de las otras. Y si las superaba en tamaño ¡qué decir de su fulgor y sus destellos, que eran incomparablemente superiores! Reflejábanse en él todas las velas que ardían en la habitación y, al lucir esplendorosamente con cada una de las aristas v facetas que tan bien conocía, parecía decirme: «¿Acaso

no soy el rey de todos los diamantes del mundo? ¿Acaso no soy tu diamante? ¿Es que no me llevarás de nuevo contigo, librándome de este miserable tramposo?»

Mis ojos estaban fijos en la escena, pero sabía que Elzevir se encontraba cerca de mí, pues no permitiría que me arriesgase solo sin estar él a mi lado para ayudarme en caso de necesidad. Sin embargo, en aquel momento su lealtad me resultaba irritante y yo me preguntaba con desdén si no iba a poder mover un pie o una mano sin tener a aquel hombre pegado a los talones. El mercader permaneció sentado durante un momento, como si estuviese perdido en sus pensamientos y entonces cogió uno de los diamantes que había sobre la mesa, delante de él, pesándolo con cuidado, una y otra vez, hasta doce, con unos pesitos de latón; luego escribió con una pluma y tinta, primero en el libro forrado de piel de cordero y a continuación en una hoja de papel en la que parecía hacer cuentas. ¿Qué no habría dado yo por ver las cifras que escribía? ¿No estaría calculando el valor de la joya y sumando las ganancias que obtendría de su venta? Tras aquello, tomó la piedra entre el índice y el pulgar, sosteniéndola ante su vista y poniéndola en diferentes lugares, de manera que le diese la mejor luz. Podría haberle maldecido por el amor extasiado hacia aquella joya magnífica que se leía en su cara; y le maldije diez veces más por la sonrisa que plegaba sus labios pues adiviné que se reía de haber embaucado a dos marineros simplones, aquella misma tarde.

Allí estaba el diamante en sus manos, nuestro diamante, mi diamante, en sus manos, y yo a dos yardas escasas de mi bien; separado del tesoro que nos había robado con bajeza solamente por un fino velo de madera y vidrio. Entonces sentí la mano de Elzevir en mi hombro.

-Vámonos -me dijo-, en un minuto más puede venir a cerrar los postigos y encontrarnos aquí. Vámonos. Los diamantes no están hechos para gente sencilla como nosotros; te digo que esa piedra está maldita y lleva consigo un conjuro. Vámonos, John.

Mas me zafé rudamente de aquella mano amable, olvidando la forma en que salvara mi vida y me atendiera durante muchas fatigosas semanas y estuviera siempre a mi lado en el buen como en el mal trance, porque en esto que el hombre sentado a la mesa se levantó y cogió una cajita de hierro de uno de los armarios del fondo de la estancia. Yo sabía que iba a guardar mi tesoro en ella y que ya no había de verlo más, pero la suntuosa gema, sola en la mesa brillaba y destellaba a la luz de las veinte velas y me llamaba: «¿Acaso no soy el rey de todos los diamantes del mundo? ¿Acaso no soy tu diamante? ¡Libérame de las manos de este miserable ladrón!»

Entonces me arrojé hacia adelante, cargando con todo el peso de mi cuerpo contra la juntura de las hojas de la ventana, de modo que súbitamente irrumpí, a través de los cristales y celosía de madera, en la estancia.

El estruendo de cristales rotos y madera astillada aún no se había apagado cuando se oyó un clamor de campanillas en toda la casa, al descolgarse ante mí los alambres que había visto aquella tarde. Mas ya no me preocupaban campanillas ni alambres porque ante mí refulgía aquella joya única. El mercader se había vuelto de golpe al oír el estruendo y se abalanzó sobre el diamante al grito de «¡Ladrones! ¡Ladrones! ¡Ladrones!». Estaba más cerca de él que yo y, al lanzarme hacia adelante, nuestras manos chocaron sobre la mesa cuando las suyas, por debajo, ya cubrían la piedra, pero lo agarré por la muñeca y, aunque se resistiese, como no era más que un débil anciano, en un santiamén conseguí que soltase su presa. En un santiamén sí, pero, antes de que transcurriera ya tenía yo bien agarrado el diamante; la puerta se abrió de golpe e hicieron irrupción seis robustos criados provistos de garrotes y cachiporras.

Elzevir, que había dejado escapar un gemido cuando me vio forzar la ventana, me siguió en la estancia y estaba ya a mi lado. «¡Ladrones! ¡Ladrones! ¡Ladrones!», chillaba el mercader, desplomándose en su silla al tiempo que nos señalaba, y entonces los esbirros se hicieron con nosotros sin darnos tiempo de llegar a la ventana. Dos me agarraron a mí y cuatro a Elzevir y ningún hombre, aunque sea un gigante, puede con cuatro y menos aún si llevan cachiporras.

Librodot

Nunca había visto a maese Block derrotado o aventajado y Fortuna fue generosa conmigo, al menos entonces, pues no dejó que viese en qué paraba todo aquello, ya que un bastón me golpeó en la cabeza con tal fuerza que hizo que mi mano soltase el diamante y me dejó sin conocimiento en el suelo.

Librodot

17
En Ymeguen

Como si el ladrón una prenda corrupta robase,
despojo de algún muerto, y el mal de éste lo matase.

HOOD

Me corroe, como una carcoma, el recuerdo de lo que a continuación acaeció y he de referirlo con tan pocas palabras como pueda. Nos llevaron a la cárcel y allí estuvimos durante unos meses en una celda de piedra con escasa luz y con algo de paja sucia por todo lecho. Al principio estábamos llenos de tajos y mataduras como consecuencia de la riña v del apaleamiento que sufrimos en casa de Aldobrand, y tardamos mucho en recuperarnos de nuestras heridas, porque no teníamos más sustento que pan y agua y tan malos uno y otra que apenas podían nuestros cuerpos seguir acompañando sus almas. Más tarde los pesados hierros que pusieron en torno a nuestros tobillos nos abrieron llagas y nos incomodaron tanto que apenas podíamos movernos de tan grande como era el dolor que sentíamos. Y si el hierro me hendía las carnes, escoriaban mi ánimo diez veces más aquellas húmedas y desoladoras paredes. Pero, durante aquel tiempo, Elzevir nunca pronunció una palabra de reproche, a pesar de que fuese mi obcecación la que nos había puesto en tan terrible trance.

Al cabo del tiempo vino una mañana nuestro carcelero y nos dijo que aquel día habían de llevarnos a Geregt, que es el gran tribunal de los holandeses, ante el que debíamos responder de nuestro delito. Así que nos condujeron bajo escolta al tribunal, con nuestras llagas *y* pesados grilletes *y* mucho nos alegramos de ver de nuevo la luz del día y de respirar aire libre, aunque fuese hacia nuestra muerte hacia lo que íbamos caminando; porque el carcelero dijo que bien podían colgarnos por lo que habíamos hecho. En el tribunal nuestro asunto quedó prontamente visto para sentencia, porque hablaron muchos contra nosotros y ninguno en nuestro favor. Como además todo se decía en lengua holandesa, nada entendí de aquello, salvo por lo que luego me contó Elzevir.

Allí estaba el señor Aldobrand, con su traje negro, sus zapatos de hebilla y sus oblicuos tacones, en pie detrás de una mesa y declarando cómo, aquella tarde de agosto, vinieron a su casa dos marineros ingleses mal encarados con la pretensión de vender un diamante que resultó ser un trozo de vidrio y cómo, tras haber observado los detalles de toda su morada y, en particular, los accesos a la estancia en la que hacía sus negocios, se fueron. Aunque, más tarde, aquel mismo día, o mejor dicho noche ya, estando él ocupado en tasar unos diamantes para una diadema encargada por el muy ilustre Sacro Emperador Romano, los mismos desaprensivos marineros ingleses hicieron súbita irrupción, rompiendo celosía y ventana, y forzaron la entrada en la estancia en que atendía a sus negocios. Una vez allí lo atacaron hasta hacerle casi perder la vida. Mas la Divina Providencia y su propia previsión quisieron que la ventana estuviese provista de cierto dispositivo de alarma que hacía sonar campanas en otros lugares de la casa. Al ruido de aquéllas acudieron sus leales sirvientes que, tras ser atacados a su *vez y* casi vencidos, consiguieron por último dominar a los viles rufianes que allí comparecían y entregárselos a la justicia, de la que el señor Aldobrand exigía ahora justa reparación.

Comentario [Librodot-61]:

Era a la sazón el título que ostentaba el emperador de Austria, pero como en el año en que se desarrolla la acción la emperatriz de Austria era María Teresa, desde la muerte de su padre Carlos VI en 1740, Aldobrand sin duda se refiere al emperador consorte, Francisco. *(N. del T.)*

Todo aquello me explicó después Elzevir, pero, entonces, cuando aquel embustero habló del diamante como si fuera suyo, Elzevir intervino y dijo ante el tribunal que era mentira y que aquella piedra preciosa no era otra que la que le habíamos ofrecido por la tarde. Ante lo cual el

Librodot

mercader de diamantes se echó a reír y sacó de su faltriquera nuestro extraordinario diamante, que pareció llenar de luz el lugar y deslumbró a media sala. Lo giró en su mano, posándolo en su palma como una prodigiosa luminaria, y preguntó si podía creerse que dos vulgares marineros poseyesen una joya de aquella calidad. Y, además, que el tribunal debía saber con qué clase de atrevidos truhanes se las había y, para sustanciarlo, sacó de su bolsillo la factura que le diera Shalamof, el judío de San Petersburgo, al venderle aquella misma gema y se la mostró al juez. Si era una factura falsificada o correspondía a otra piedra, no lo supimos, mas Elzevir tomó de nuevo la palabra y dijo que la piedra era nuestra y que la habíamos encontrado en Inglaterra. Entonces el señor Aldobrand rió de nuevo y levantó una vez más la gema: «¿Acaso, preguntó, es éste un guijarro de los que puede encontrar en la playa un ruin pescador?» Y el extraordinario diamante lanzó un postrer destello cuando lo metió en su bolsillo y volvió a gritarme: «¿Acaso no soy el rey de todos los diamantes del mundo? ¿Debo pues vivir con este canalla innoble?» Mas nada podía hacer yo esta vez.

Tras Aldobrand prestaron testimonio los sirvientes, relatando cómo nos habían sorprendido en delito flagrante, con las manos en las piedras y, en cuanto al diamante, se lo habían visto a su amo en muchas ocasiones durante los seis meses anteriores a los autos.

En esto que Elzevir, en el colmo de la indignación por todas aquellas falsedades, prorrumpió en nuevas protestas de que el diamante era nuestro y todo aquello una sarta de embustes; hasta que un carcelero que estaba a nuestro lado, le golpeó en la boca para que guardase silencio, cortándole un labio.

El juicio acabó enseguida y el juez, con su toga roja, se puso en pie, nos sentenció a cadena perpetua en galeras; instándonos a agradecer la clemencia de que hacía gala la ley con unos extranjeros, pues, de haber sido nosotros holandeses, era seguro que nos hubiesen colgado.

Luego nos sacaron custodiados del tribunal, andando como nos dejaban los grilletes y Elzevir sangrando por la boca. Entonces, al pasar por el lugar en el que estaba sentado Aldobrand, éste me hizo una reverencia y me dijo en inglés:

A su servicio, señor Trenchard. Tenga usted unos muy buenos días, señor John Trenchard de Moonfleet, en Dorset.

El carcelero se detuvo un momento al ver que Aldobrand nos hablaba, a pesar de no entender lo que se decía, y que tuve tiempo de contestarle.

Buenos días tenga vuestra merced, señor don Aldobrand, embustero y ladrón, y pueda el diamante traerle desgracia en la presente vida y condenación eterna en la que ha de venir.

Así nos despedimos de él y, al mismo tiempo, de nuestra libertad y de todos los gozos de la vida.

Estábamos aherrojados con otros presos en hileras de seis, esposados a una larga barra, pero a mí me pusieron en diferente ringlera que a Elzevir. Caminamos durante diez días por el campo hasta un lugar llamado Ymeguen, donde estaban construyendo una real fortaleza. Penosa marcha fue aquélla para mí pues era ya el mes de enero y los caminos estaban húmedos y congelados y llevaba pocas ropas que pudiesen defenderme de la lluvia y el frío. A ambos lados cabalgaban guardias con arcabuces de pedernal cargados, que llevaban atravesados en la silla y largos látigos en la mano, con los que azotaban a los rezagados, a pesar de lo difícil que nos era caminar por lodos que llegaban hasta el espolón de las caballerías. No pude hablar con Elzevir en todo el viaje, de modo que no abrí la boca porque aquellos con quien estaba aherrojado tenían más de bestias salvajes que de hombres y, por añadidura, sólo entendían el holandés.

Cuando llegamos a Ymeguen apenas se había comenzado a construir la fortaleza y la labor a la que se nos destinó fue la de cavar el foso y otras obras de excavación. Creo que debía haber allí como unos quinientos hombres ocupados en aquellos trabajos y todos condenados como nosotros a trabajos forzados de por vida. Nos dividieron en dos brigadas de veinticinco hombres, mas Elzevir fue adscrito a una brigada diferente de la mía, destinada a otra parte de las obras, así

Librodot

que no lo vi más, salvo cuando, por azar, coincidían nuestras brigadas, momento en que podíamos intercambiar una palabra o dos al cruzarnos.

No tenía pues el solaz de compañía alguna, salvo la de mí mismo, y di en pensar mucho y en ocupar mi mente con recuerdos del pasado. En un principio mi niñez, perdida ya para siempre, estaba continuamente presente, incluso en mis sueños, y me levantaba pensando que me hallaba en la escuela de nuevo, bajo la férula del señor Glennie, o hablando con Grace en el pabellón de verano, o trepando por la colina de Weatherbeech con la brisa salobre de la Mancha cantando en los árboles. Mas, ¡ay!, todas aquellas cosas se desvanecían cuando abría los ojos y reconocía el maloliente barracón de madera y el pavimento de fétida paja en la que dormíamos aherrojados cincuenta seres cada noche. Digo que soñaba al principio aquellas cosas, pero paulatinamente los recuerdos se fueron borrando y las imágenes perdiendo claridad e incluso tuve menos de aquellas dulces y tristes visiones nocturnas. La vida comenzó a describir una triste ronda en la que se sucedían meses, estaciones y años, siempre con el mismo trabajo ingrato. Y casi se podía decir que el trabajo era piadoso porque embotaba el filo desgarrador del pensamiento y la monotonía invariable de la existencia ponía alas al tiempo.

En todos los desventurados años que pasé en Ymeguen sólo una cosa hubo que merezca referirse. Llevaba allí una semana cuando, una mañana, me liberaron de mis grilletes y, apartándome de mi trabajo, me llevaron a un barracón pequeño y apartado donde había media docena de guardianes y, en medio, una robusta silla de madera con abrazaderas y ataduras. Ardía una hoguera en el suelo y había unos humos pestilentes, como de carne quemada. Me equivoqué cuando vi la silla y el fuego y olí aquel horrible hedor, pues pensé que estaba en una cámara de tortura y que aquellos que me esperaban eran los sayones. Me sentaron a la fuerza en la silla, me ataron a ella con cuerdas y me pasaron una abrazadera por la cabeza; entonces uno de ellos sacó del fuego un hierro al rojo y lo puso en el suelo, acercándole la mano para ver si el calor era suficiente. Yo me había preparado para soportar el dolor como mejor pudiera, mas cuando vi aquel hierro proferí un hondo suspiro de alivio, porque sabía que era sólo una herramienta de marcar y no un instrumento de tortura. Así que me marcaron en la mejilla izquierda, aplicándome el hierro entre la nariz y el pómulo, donde más se veía. Yo soporté el dolor y la quemadura con aplomo, pues había esperado algo mucho peor y ni siquiera habría mencionado aquel trance si no fuese por la marca que utilizaron. Pues la marca era una «Y», inicial de Ymeguen, y se ponía, como vi después, a todos los prisioneros que allí penaban; pero, para mí era mucho más que una mera letra, nada menos que la propia «Y» negra *o perla* de los Mohune. Así se marcan las ovejas, con la señal de su amo y pueden reclamarse dondequiera que se encuentren, y así quedaba yo marcado con el emblema de los Mohune y señalado como de su propiedad vivo o muerto, por doquiera que pudiese errar. Fue tres meses después de aquello, habiéndose curado ya la marca y quedado bien impresa, cuando vi de nuevo a Elzevir, y cuando nos cruzamos en el foso y nos saludamos, vi que él también lucía la *perla* en medio de su mejilla izquierda.

Así pasaron los años y yo de niño me había convertido en hombre y nada endeble, porque, aunque la comida fuese escasa *y* mala, el aire era fresco *y* sano, pues Ymeguen iba a ser un palacio además de una fortaleza y se había escogido un lugar harto saludable para su emplazamiento. Y poco a poco fueron excavándose las turberas y construyéndose las murallas y sillar por sillar se fue alzando el castillo hasta quedar casi acabado, de modo que ya no se necesitaba nuestro esfuerzo. Todos los días se iban brigadas de nuestros compañeros presos y la mía se quedó casi hasta el final, pues estaba dedicada a la compostura de una atarjea que las fuertes lluvias habían roto.

Fue en el décimo año de mi cautiverio y vigésimo sexto de mi vida cuando una mañana, en vez de entregarnos al guardia que nos conducía al trabajo, lo hicieron a una columna de soldados montados, cuyos arcabuces y largos látigos me indicaron que íbamos a abandonar Ymeguen. Antes de partir, otra hilera de presos se sumó a nosotros y ¡cuál no sería mi alegría cuando vi que

Librodot

Elzevir se encontraba entre ellos! Habían pasado dos años o más desde que nos encontráramos y sólo pudiéramos intercambiar un saludo, porque yo solía trabajar fuera de la fortaleza y él en el gran torreón del interior. Entonces reparé en que su cabello parecía más blanco y su rostro más triste. En la *perla* de su mejilla ni siquiera me fijé, porque estábamos todos tan acostumbrados a la marca que si uno no la hubiera llevado impresa en la cara le habríamos mirado como si fuese uno de esos hombres que nacen con un solo ojo. Mas, aunque su aire fuese triste, Elzevir me dirigió una sonrisa amable y un cordial saludo al pasar, y, estando ya en camino, cuando nos servían el rancho, pudimos intercambiar una o dos palabras. Pero no había lugar a grandes alborozos al ver cada uno los estragos que en el otro había hecho la desventura y con el convencimiento de que, de los dos, uno sólo podía esperar, en sus años de vejez, el agotamiento lento y la muerte en prisión y de que al otro sólo le restaba ésta para consumir el vigor de sus mejores años.

Todos supimos enseguida adónde nos dirigíamos, porque corrió el rumor de que debíamos caminar hasta La Haya y, desde allí, a Scheveningen, donde nos embarcarían con rumbo a las colonias de lava en cuyas plantaciones de azúcar usaban delincuentes deportados. ¿Acaso habían de acabar así las esperanzas juveniles y las nobles metas: viviendo y muriendo como esclavo en las plantaciones holandesas? Hacía tiempo que había muerto mi ansia de volver con Grace y de ver de nuevo Moonfleet; y ahora no había pues esperanza de libertad o al menos de aire puro, sino sólo de ardiente sol y pantanos hediondos. ¿Es que sólo me quedaba el restallido del látigo del guardachusma hasta el fin de mis días? ¿Sería posible? ¿Sería posible? Pero ¿qué auxilio me cabía esperar, qué liberación? ¿Acaso no había pasado diez años acechando el menor atisbo de escapatoria que pudiese aliviarme sin encontrarlo? Si hubiésemos estado encerrados en celdas o torres excavadas en la roca podríamos haber ideado una fuga, mas ¿qué podíamos hacer allí, al descubierto y aherrojados en hileras? Mi corazón estaba sumido en amargos pensamientos cuando pateaba fatigosamente por los ásperos caminos esposado por la muñeca a la larga barra y, al ver la cabeza blanca y las vencidas espaldas de Elzevir, moviéndose con sus pasos cansinos delante de mí, recordé los días en que aquella cabeza apenas lucía una cana y la espalda estaba tan recta como los robustos pilares de la iglesia de Moonfleet. ¿Qué nos había llevado a aquella sima? Entonces recordé una tarde de julio, años atrás, el pabellón de verano, a la luz del atardecer, y una dulcísima voz que decía con gravedad: «Cuídate del tesoro pues se obtuvo con mal y ha de llevar una maldición consigo.» ¡Qué razón tenía! Pues había sido en verdad el diamante el que causó todo aquello y el que trajo la desgracia a mi vida, desde aquella noche que pasé en la cripta de Moonfleet. Y maldecía la piedra, así como a Barbanegra y sus difuntos Mohunc mientras seguía caminando con su divisa en mi rostro.

Volvimos caminando a La Haya, y pasamos por la calle en que vivía Aldobrand, pero la casa estaba cerrada y retirada la enseña que llevaba su nombre; así que parecía haber abandonado el lugar o muerto. Por último llegamos al muelle y, aunque sabía que estaba partiendo de Europa y dejando toda esperanza a mis espaldas, era una delicia olerla mar de nuevo y henchir mi pecho de aquel aire fresco y salado.

Librodot

18
En la bahía

Largas leguas le separan de las lejanas rompientes,
¡Dios! pensar que de sus lares él tan cerca nunca estuvo.

HOOD

El buque que había de llevarnos se mecía aferrado a la boya a un cuarto de milla mar adentro y había unas chalupas de remos preparadas para llevarnos a él. Era un bergantín de unas 120 toneladas de arqueo y, al acercarnos a su proa, pude ver que llevaba el nombre de *Aurungzebe*.

Con indecible amargura eché una última mirada a Europa y, al mirar en derredor, vi que el humo oscuro de la ciudad se recortaba contra el cielo sombrío, si bien sabía que no había humo ni cielo que pudieran rivalizar en negrura con mi porvenir.

Nos metieron en el sollado, la más baja de las cubiertas, que era un lugar inmundo carente de aire y de luz, y cerraron las escotillas" sobre nuestras cabezas. Éramos treinta en total los que arrearon y hacinaron como puercos en aquel sollado, que había de ser sórdida pocilga durante seis meses por lo menos. Había luz apenas suficiente, cuando abrían las escotillas, para desvelarnos qué suerte de lugar era aquél, y resultó tan inmundo como el olor que despedía, sin mesa, asientos o cualquier otro enser sino duras tablas y maderos. Y allí cambiaron nuestras ataduras, quitándonos de la barra y poniendo en su lugar una prieta argolla alrededor de una de las muñecas, con una cadena provista de candado en una de sus vueltas. Seguíamos pues aherrojados, de seis en seis, aunque teníamos mayor libertad de movimientos y algún espacio para hacerlos. Además, el hombre que nos cambió las cadenas, fuera por capricho o quizá por que quisiera verdaderamente mostrarnos la compasión que nos tenía, me enganchó con el candado a la misma hilera que Elzevir, diciéndonos que, puesto que los dos éramos puercos ingleses, bueno sería que nos ahogásemos o salvásemos juntos. Entonces se cerraron las escotillas y allí nos dejaron, en completa oscuridad, abandonados a nuestros pensamientos, sueños o maldiciones para matar el tiempo. Malo era en verdad el tedio de Ymeguen, pero parecía el paraíso en comparación con aquella noche infernal en la que todo lo que nos cabía esperar era la apertura de las escotillas, dos veces al día, y media hora del ruin resplandor de un farol de barco, mientras nos servían los víveres descompuestos que la tripulación holandesa no había querido comer.

No he de demorarme en la descripción de la suciedad de aquel lugar porque era demasiado repugnante para la letra escrita; y, si era inmundo al principio, diez veces peor se puso cuando llegamos a la alta mar porque, de todos los presos, sólo Elzevir y yo éramos marineros y a los demás no les probó el movimiento del barco.

Desde el principio supimos que éste se debía al mal tiempo, pues, aunque estuviésemos allí abajo v nada pudiésemos ver, era bastante fácil deducir que teníamos mar muy gruesa, casi desde que salimos del puerto. A pesar de que Elzevir y yo no hubiésemos tenido la oportunidad de hablar libremente desde hacía tanto tiempo y de que a la sazón pudiésemos hacerlo a nuestro gusto, por estar aherrojados tan cerca uno de otro, apenas conversamos. Y ello, no porque no apreciásemos sobremanera nuestra mutua compañía, sino porque de lo único que podíamos hablar era de recuerdos del pasado y éstos nos resultaban en demasía amargos y acudían a nuestras mentes ya con harta presteza como para necesitar que alguien los invocase. También nos

Comentario [Librodot-62]:

Cabida de una embarcación.

Comentario [Librodot-63]:

Aurungzebe o Aurangzib (16181707) es el nombre del último Gran Mogol que ostentó ese título, como emperador de la India desde el año 1658 hasta su muerte el 3 de marzo de 1707. Sucedió a su padre Shah Jahan, constructor del Taj Mahal, y reinó sobre un enorme imperio, pero el fanatismo con el que profesaba su fe de musulmán sunita le llevó a perseguir despiadadamente a las otras religiones y, en particular, a los hinduistas y a los sijs, que nunca le perdonaron la ejecución de su guru Tegh Bahadur. En la represión de las innumerables revueltas y luchas intestinas que se produjeron como consecuencia de su intolerancia cabe ver la razón de la decadencia de su imperio que, más entrado el siglo XVIII, caería en manos de persas y afganos, preparando el camino para la dominación colonial que ejercerían más tarde los ingleses. John Dryden, el crítico y dramaturgo inglés al que se cita en el capítulo 9, tomó en una de sus obras a este personaje, que era su contemporáneo, como protagonista, si bien el argumento nada tenía que ver con la realidad histórica. En cuanto a la razón por la que los holandeses podrían haber bautizado uno de sus bergantines de la ruta de las Indias con ese nombre, tal vez haya que buscarla en cierta política comercial, si es que no se trataba simplemente de dar a la nave un nombre prestigioso. *(N. del T.)*

Comentario [Librodot-64]:

Uno de los pesos o cubiertas inferiores. Se suelen instalar en él alojamientos y pañoles.

Librodot

afligía el destierro de Europa donde se encontraba todo cuanto queríamos, así como la terrible certeza de la esclavitud que cargábamos como un fardo de plomo. Por eso hablamos poco.

Llevaríamos una semana de travesía, me parece, porque resulta muy difícil medir el tiempo cuando no se dispone de reloj ni de sol o estrellas que los suplan, cuando el tiempo, que había mejorado un tanto, se tornó temporal. El buque cabeceaba y daba fuertes bandazos, lo que nos incomodaba mucho porque no había cosa alguna que nos sirviese de asidero y, a menos que nos tendiésemos cuan largos éramos en la sórdida cubierta, nos exponíamos a que una oscilación o guiñada más fuerte que las otras nos arrojase violentamente contra los costados. A pesar de encontrarnos tan abajo, nos ensordecía el bramido del viento y el oleaje y era tal el estruendo que hacía el buque al navegar, tanto rechinaban los cordajes y crujían y gemían los maderos, que un hombre de tierra adentro habría temido que el bergantín se estuviese haciendo pedazos. Y ése era, en efecto, el temor de algunos de los otros presos que dieron en gritar y en postrarse de hinojos en el puente escorado," aherrojados corno estaban unos a otros, tratando de recordar oraciones olvidadas desde hacía tiempo. Yo me preguntaba por qué aquellos pobres desgraciados oraban para librarse de la mar cuando lo único que les cabía esperar era una esclavitud de por vida; mas tal vez pudiese yo mirar las cosas con más calma por haber estado yo embarcado y saber que aquel ruido no significaba que la nave fuera a hundirse. Pero la tempestad fue arreciando hasta que supimos con certeza que nos encontrábamos en un mar embravecido y los pequeños chorros que empezaron a manar por las junturas de la escotilla nos indicaron que había entrado agua.

Comentario [Librodot-65]:

Desvío de proa del buque hacia un lado u otro del rumbo en que se navega, producido por el descuido del timonel, mal gobierno de la embarcación o gran marejada.

Comentario [Librodot-66]:

Embarcación de dos palos, el mayor y el trinquete, y de vela cuadrada o redonda.

-He sabido de barcos mejores que éste que se han ido a pique por menos que esto -me dijo Elzevir- y, de no tener nuestro patrón buen oficio y hombres fuertes, pronto habrá tres docenas menos de esclavos para cortar caña en Java. No podría decir dónde nos encontramos ahora, tal vez frente a la costa de Ushant, tal vez no tan lejos, porque ésta es poca mar para la bahía; aunque parece que los santos nos dejan algo de resguardo porque llevamos tres horas virando" a sotavento.

Era cierto que habíamos estado virando, como se podía sentir, porque eran mayores los bandazos o vuelcos que el cabeceo propio de la bordada; mas no había modo de saber dónde nos encontrábamos. Lo único que allí teníamos para medir el tiempo era la apertura de la escotilla dos veces al día para darnos la comida y ni siquiera aquel mísero reloj daba puntualmente la hora, porque solía haber tales demoras y tan largos intervalos que nuestras tripas comenzaban a hacernos padecer y a la sazón habíamos esperado tanto que aguardaba yo con ansia aquella carne descompuesta e inmunda que nos daban como sustento.

Comentario [Librodot-67]:

Camino que hace entre dos viradas una embarcación cuando navega.

Así que, cuando Elzevir había dejado de hablar, mucho nos alegramos de oír un ruido en la escotilla, cuya trampa se abrió de golpe y dejó pasar una salpicadura de agua salada en la luz tenue del crepúsculo. Mas, en lugar de los guardias, con sus faroles, arcabuces y peroles de sobras malolientes, apareció un solo hombre que resultó ser el carcelero que nos había encadenado por grupos al principio del viaje.

Se inclinó un momento por la escotilla, aferrándose a los barzos para que no lo derribasen los bandazos y tiró al sollado una llave enganchada en una cadena, que cayó entre nosotros.

Comentario [Librodot-68]:

Maderos colocados en los lados de las escotillas.

-Cogedla -nos gritó en holandés-, y aprovechad la ocasión. ¡Que Dios valga a los valientes y el diablo se lleve a los más tardos!

Dicho esto, no se demoró ni un momento, sino que se dio la vuelta y desapareció. Durante un instante nadie supo lo que aquello significaba y la llave se quedó en cubierta y la escotilla abierta. Enseguida Elzevir se dio cuenta de lo que ocurría y cogió la llave.

-John -gritó dirigiéndose a mí en inglés-, el barco se va a pique y con esto nos dan la oportunidad de salvar nuestras vidas en lugar de ahogarnos como ratas.

Al punto probó la llave en el candado que cerraba nuestra cadena y resultó ser la buena porque en un soplo todos los encadenados estábamos libres. Cavó la cadena al suelo con gran ruido y de nuestras ataduras sólo quedó la argolla de hierro en torno de la muñeca izquierda y a

Librodot

no dudar los demás no perdieron ni un momento en hacer uso de la llave, una vez que supieron el provecho que podía depararles, pero no los esperamos y nos encaramamos por la escalera.

Elzevir y yo, por estar habituados a la mar, fuimos los primeros en pasar por la escotilla y ¡cómo nos deleitó aspirar el aire fresco y tonificante de la mar, en lugar del fétido y tibio hedor del sollado que dejábamos a nuestros pies! Había bastante agua en la cubierta mas nada indicaba que el buque estuviese yéndose a pique y, a pesar de ello, no se veía un solo tripulante. No nos quedamos allí ni un instante y nos dirigimos a la lumbrera con toda la celeridad que nos permitió el fuerte cabeceo del barco, de modo que enseguida nos encontramos en el puente."

Todo estaba bañado por la luz de un crepúsculo de invierno que era suficiente para ver cuanto se encontraba cerca y lo primero en lo que reparé fue en que el puente estaba vacío. Al parecer éramos los únicos seres vivientes a bordo. El bergantín estaba tomando por avante," con la proa" hendiendo la mar más embravecida que yo nunca hubiera visto y las olas barrían el puente hasta la popa. Nos dirigimos a la parte trasera del castillo y, una vez allí, consideramos la situación. Pero, antes de que llegáramos, ya sabía yo la razón de que la tripulación se hubiera ido y de que nos hubieran liberado, porque Elzevir señaló un punto hacia el que derivábamos y gritó en mi oído para que pudiera oírle por encima del clamor del temporal:

-Estamos barloventeando hacia la costa.

Estábamos aproados a la mar, sin una brizna de aparejo, salvo una trinquetilla. Quedaban, ondeando en las vergas, jirones desgarrados donde estuvieron las velas antes de que se las llevara el viento v, de vez en cuando, la trinquetilla restallaba con un estampido de disparo, como para mostrar que estaba dispuesta a seguir la misma suerte. Pero, a pesar de tener enfilada la mar, íbamos hacia atrás y cada una de las enormes olas nos impulsaba con la popa hacia delante, alzándonos al pasar por un poderoso torbellino. Elzevir señalaba en dirección a la popa el rumbo en el que íbamos derivando y la neblina era tan espesa, además del viento, la lluvia y el rocío de las olas, que apenas se podía ver un pequeño trecho. Con todo, pude atisbar en la lejanía de la niebla que aproábamos, una línea blanca que era como una orla sobre las aguas; volví entonces la mirada primero a estribor y allí estaba el mismo reborde blanco y luego a babor por donde también se divisaba lo mismo. Sólo los que conocen la mar pueden medir el peligro terrible que entrañaban las palabras de Elzevir en un lugar como aquél. Un momento antes el viento fresco y salobre me había exaltado y despertado en mí aquella esperanza de libertad de la que durante tanto tiempo había carecido; mas ahora todo aquello se había desmoronado y la faz de la muerte, que tan lejana parece a los jóvenes, acudía a la cita con cincuenta años de anticipación, acercándose a mí al paso de un año por cada instante.

«Estamos barloventeando hacia la costa», había gritado Elzevir y entonces miré y supe a ciencia cierta lo que era la orla blanca y también que llegaríamos a las rompientes en media hora. ¡Qué torbellino de viento, olas y mar era aquél, pero también qué torbellino de pensamientos y desbocadas conjeturas! ¿Qué costa era aquella hacia la que derivábamos? ¿Tratábase de farallones que hundían sus paredes cortadas a pico en aguas profundas, contra los cuales el buque más marinero puede hacerse añicos en un solo golpe de mar y en los que la muerte sobreviene en un abrir y cerrar de ojos? ¿O eran bajíos arenosos donde el buque encalla y las olas se desploman sobre él una y otra vez durante horas hasta que terminan por desbaratarlo?

Estábamos en una bahía, a juzgar por la larga medialuna blanca de las rompientes que se extendía hasta perderse en la luz del ocaso, a ambos lados del desvalido bergantín. Elzevir me había tomado por el brazo y lo estrechó con fuerza al tiempo que oteaba por babor. Yo seguí su mirada y, allí donde uno de los cuernos de la medialuna blanca se desvanecía en la niebla, percibí una sombra negra en el aire, lo que me indicó que por allí detrás asomaba tierra alta. En esto que la oscuridad y la lluvia torrencial se despejaron un poco, como si fuera sólo para dejarnos ver una pared escarpada que se precipitaba al mar entre la niebla y se asemejaba a la larga cabeza de un

Comentario [Librodot-69]:
Escotilla, generalmente con cubierta de cristales, destinada a proporcionar luz, especialmente a las cámaras.

Comentario [Librodot-70]:
Parte posterior de las naves. Generalmente en la popa se coloca el timón o las cámaras.

Comentario [Librodot-71]:
Parte de la cubierta superior o principal del buque, comprendida entre el palo trinquete y la proa.

Comentario [Librodot-72]:
Barloventear: Ganar distancia contra el viento, navegando de bolina.

Comentario [Librodot-73]:
Aproar: volver el buque la proa a alguna parte.

Comentario [Librodot-74]:
Vela de cuchillo triangular que se larga en un nervio paralelo e inmediato al estar de trinquete.

Librodot

caimán reposando en el agua; entonces nos miramos a los ojos y gritamos al mismo tiempo: «¡El Morro! »

Se desvaneció casi tan pronto como lo divisamos, mas no cabía duda porque lo que asomaba detrás del velo de nubes desgarradas por el viento era el Morro y nos encontrábamos en la bahía de Moonfleet. ¡Oh, qué cohorte de pensamientos vino entonces a mi mente, aturdiéndome con su dulce amargura, al reparar en que, tras todos aquellos penosos años de prisión y exilio, habíamos vuelto a Moonfleet! Estábamos muy cerca de todo lo que más queríamos, tan cerca en verdad que sólo nos separaba de ello una milla de mar embravecida, pero también muy lejos porque por medio acechaba la muerte y parecería que el destino nos había traído a Moonfleet para morir allí. La expresión de Elzevir cambió cuando vio el Morro y desapareció la tristeza de su semblante, dejando paso a un aire grave de alegría. Puso entonces la boca junto a mi oído y me dijo:

-Una mano desconocida nos ha guiado hasta nuestro hogar y antes prefiero ahogarme en la playa de Moonfleet que seguir viviendo en prisión, pues en verdad que hemos de ahogarnos en menos de una hora, mas hemos de comportarnos con hombría y esforzarnos en salvar la vida.

Y, a continuación, como reuniendo todas sus fuerzas, añadió:

-Hemos capeado juntos malos momentos y ¿quién sabe si no hemos de capear también este trance?

Por entonces habían subido al puente los demás cautivos y se habían dirigido a la popa. Estaban enloquecidos por el pánico, pues eran de tierra adentro y nunca habían visto una mar cuyo furor era tal que podría haber helado la sangre de cualquier marinero. Así que, dando tumbos y calados por las olas, se arracimaron en torno a Elzevir, al que tomaron por *jefe,* porque conocía el arte de navegar y era el único que conservaba la calma en aquellas pavorosas circunstancias.

Ahora comprendíamos que la tripulación holandesa, al ver así empeñado el buque en la bahía, sin poder evitar que fuese arrastrado hacia las rompientes, se había embarcado en las lanchas, porque habían desaparecido botes y chinchorros y sólo quedaba en medio del puente la pinaza, que tal vez les hubiese parecido una embarcación demasiado pesada para una mar tan picada. Pero el caso es que allí estaba y a ella volvieron sus ojos los presos. Algunos cogieron a Elzevir por los brazos y otros se postraron en el puente y se abrazaron a sus rodillas, rogándole que les explicase cómo arriarla.

Comentario [Librodot-75]:

Embarcación pequeña de remo y de vela. Es estrecha y ligera.

Entonces tomó la palabra, gritando con todas sus fuerzas para hacerse oír:

Amigos, quien suba a esa barca estará perdido sin remisión. Yo conozco esta bahía y esta playa por haber nacido en las inmediaciones y nunca he sabido de un bote que llegase a tierra con una mar como ésta, como no fuera con la quilla vuelta al revés. Así que, si queréis mi consejo, éste no es otro que el de quedarse a bordo. Dentro de media hora estaremos en las rompientes y entonces pondré toda la caña a barlovento y trataré de dirigir la proa del bergantín hacia la playa y, luego, que se salve quien pueda y que Dios se apiade de los que se ahoguen.

Yo tenía por cierto lo que dijo y que nada se podía hacer más que quedarse en el barco, aunque tampoco así fuera segura la salvación; pero aquellos pobres desventurados, ofuscados por el pavor, no escucharon su consejo y apenas se lo había dado cuando se fueron a por la pinaza. En esto subieron otros que habían entrado en la despensa y, llenos de licor y de la temeridad que éste suele dar, comenzaron a arengar a los otros y les dijeron que arriarían la pinaza y que todos los que quisieran embarcar en ella se salvarían. El propio destino parecía verdaderamente indicarles el camino porque una ola más fuerte que todas las demás se abatió sobre el puente y arrastró un buen trozo de la amurada de babor" que ya estaba medio deshecha, dejando así el camino expedito para arriar la pinaza. Elzevir una vez más intentó convencerles de que se quedasen a bordo, mas le dieron la espalda y se fueron todos a por la pinaza. Estaba en medio del puente y era una

Comentario [Librodot-76]:

Cada uno de los costados del buque por la parte interior.

Librodot

embarcación bastante pesada, pero con tantos como se afanaron en desamarrarla pronto la tuvieron presta en la amurada rota. Al ver que la arriarían a toda costa, Elzevir optó por explicarles el modo de sacarle provecho a la mar que había y, echando ligeramente la caña a un lado hasta que el *Aurungzebe* se escoró a babor, puso la amurada rota a sotavento. Poco después la barca estaba *ya* colgada de sus chicotes, en el lado resguardado del viento, cargada a rebosar con treinta hombres mal provistos de remos y peor aún de destreza para manejarlos. Uno o dos de ellos, antes de hacerse a la mar, nos gritaron a Elzevir y a mí que los siguiésemos, en parte, supongo, porque sentían sincero afecto por Elzevir, pero también por tener en la barca un marinero que los instruyese; mas los otros terminaron de arriar y nos abandonaron maldiciéndonos por ser ingleses obstinados v diciendo que bien nos estaría ahogarnos.

Nos quedamos pues los dos solos en el bergantín, que seguía retrocediendo lentamente a la deriva, y la pinaza pronto se perdió de vista, aunque llegamos a ver cómo remaban desacompasadamente en cuanto salieron del socaire del barco y lo mucho que les costaba permanecer aproados al mar.

Luego, Elzevir se dirigió a la rueda del timón y me pidió por señas que lo ayudase, de modo que entre los dos pusimos el buque a andar todo. Entonces vi que había perdido toda esperanza de que cambiase el viento y que estaba intentando con todas sus fuerzas enfilar la playa.

Comentario [Librodot-77]:

Girar abriendo el ángulo de la quilla con el viento. *(N. del T.)*

El barco tomaba por avante con su proa hacia el viento, pero poco a poco fue venciéndose a sotavento a medida que se henchía la trinquetilla y tomó el rumbo de la costa. Había caído aquella noche de noviembre y estaba muy oscura, de modo que sólo se acertaba a divisar la línea blanca de las rompientes, cada vez con más detalle al irnos acercando a ellas. Él viento soplaba con más fuerza que nunca y las olas rompían con tanta mayor violencia cuanto más cerca lo hacían de la costa. Habían perdido el turbio color amarillento que les daba el atardecer y se encrespaban detrás de nosotros como grandes montañas negras, con un copete blanco con el que parecían querer envolvernos en cualquier momento. Dos de ellas embarcamos por popa y nos encontramos metidos en agua helada hasta la cintura, mas seguíamos aferrados al timón porque en ello nos iba la vida.

La línea blanca se acercaba y, por encima de la furia de los elementos, pude oír el estruendo que hacía la resaca al arrastrar los guijarros de la playa. La última vez que recordaba haber oído aquel fragor fue una noche de verano, siendo yo muchacho, entre dormido y despierto, en el pequeño dormitorio encalado que tenía en casa de mi tía; y a la sazón me preguntaba si alguien estaría sentado al amor de su buen fuego de tierra firme y al oír aquel fragor tan lejano, no pondría otro leño en el fuego y daría gracias a Dios por no estar luchando con la muerte en la bahía de Moonfleet. Podía imaginarme lo que aquella noche estaba pasando en la playa: cómo Ratsey y los paqueteros habrían avistado el *Aurungzebe,* tal vez al mediodía, tal vez antes, y sabrían que estaba empeñándose y que sólo podía salvarlo que el viento lo llevase hacia levante. Pero, para el mediodía, el viento no había cesado de soplar y verían cómo se iba llevando las velas del bergantín, una tras otra, y cómo éste se esforzaba en virar y virar a sotavento y acercarse cada vez más. Y por la calle se diría que había un barco que no podía doblar el Morro y que se embarrancaría a la puesta del sol. Se habría congregado en la playa la mitad del pueblo y todos estarían dispuestos a arriesgar sus vidas para salvar las nuestras, sin el mezquino deseo de que el buque naufragase, aunque no por ello menos dispuestos a no desperdiciar el posible botín si la Providencia quería que naufragase. Y yo sabía que Ratsey estaría allí y Damen y Tewkesbury y Laver y quizá... Y en este punto mis pensamientos volvieron a donde me encontraba porque oí que Elzevir me decía:

-¡Mira, hay una luz!

Librodot

Era apenas un destello o tal vez ni siquiera lo fuese, sólo algo que decía que había luz tras el roción y la oscuridad. Fue haciéndose más claro a medida que lo mirábamos y luego se perdió de nuevo en la tiniebla, y entonces Elzevir dijo:

-¡La candela de Maskew!

Era aquél un nombre hacía tiempo olvidado que me venía ahora de tan lejos, allá en el fondo de los callejones de la memoria, que tuve que buscarlo a tientas y aferrarme a él para saber su significado. Entonces volvió a mí y yo volvía a ser un muchacho en un bote palangrero, bogando despacio hacia la costa en una noche de agosto y mirando aquel destello amistoso en los bosques de la Mansión, por encima del pueblo. ¿Acaso no había prometido que tendría encendida aquella luz todas las noches para servir de guía a los marineros hasta que yo volviera? ¿Acaso no me esperaba todavía y no estaba volviendo yo a ella? No ya como muchacho, ni en una noche de agosto, sino como reo quebrantado y marcado al fuego, en una galerna de noviembre. Bueno era, en verdad, que entre nosotros se interpusiera aquella mortal línea blanca para que nunca pudiese ella ver cuán bajo había caído.

Comentario [Librodot-78]:

Palangre: Cordel largo y grueso del cual prenden a trechos unos ramales con anzuelos en sus extremos y que se cala en parajes de mucho fondo donde no se puede pescar con redes.

Seguramente Elzevir tenía los mismos pensamientos, porque habló de nuevo, olvidándose tal vez que yo ya era un hombre y no un muchacho y dirigiéndose a mí con un nombre que había dejado de darme hacía años.

-Johnnie -dijo-, estoy transido de frío y abatimiento. Dentro de diez minutos estaremos en las rocas. Baja al armario del licor, bebe un poco y súbeme una botella, pues ambos necesitaremos el vigor de la juventud y yo ya lo he perdido.

Hice lo que me pedía y, a pesar de que la cámara estaba anegada, encontré el armario y bebí, tras de lo cual le subí una botella. Era buena ginebra holandesa, pues procedía de la despensa del capitán, pero no tenía punto de comparación con aquella vieja leche del Ararat que se servía en la ¿Por qué no? Elzevir se echó un buen trago y tiró la botella.

Buen licor es éste -dijo riendo-, y muy indicado para prevenir los resfriados otoñales, como diría Ratsey.

Estábamos ya al lado de la línea blanca y las olas nos perseguían, cada vez más altas y amenazadoras. Entonces vimos un resplandor casi imperceptible y supimos que estaban prendiendo una bengala azul en la playa. Debían de estar todos allí esperándonos, aunque no pudiésemos verlos y ellos no supiesen que sólo veían sus señales dos hombres y que ambos eran nativos de Moonfleet. Suelen poner esa luz en la bahía, precisamente en el lugar donde aflora un pequeño banco de greda por debajo de las piedras, de modo que, si un buque puede llegar a ese punto, se vara en un fondo más blando.

Así que rectificamos un poco el rumbo con el timón y enfilamos la bengala.

Al llegar a la costa estábamos sumidos en el estruendo ensordecedor que hacía el aullido estridente del viento en los obenques, unido a los estampidos de la mar encrespada y, por encima de todo, se oía aquel tremendo rugido con que crepitaba la resaca al arrastrar los guijarros.

Comentario [Librodot-79]:

Obenque: Cada uno de los cabos gruesos con que se sujeta un palo o mastelero.

-Ya estamos -dijo Elzevir y pude ver siluetas borrosas que se movían en la neblina azulada de la bengala.

En ese momento, cuando el *Aurungzebe* enfilaba de lleno la señal, una monstruosa ola arbolada nos alcanzó por la popa y, arrancándonos del timón, nos precipitó hacia adelante en un torbellino de aguas revueltas. Nos asimos a lo que pudimos y nos pusimos en pie magullados y medio ahogados en las cadenas del trinquete; pero al quedarse libre el timón otra ola hizo virar de bordo al navío. Aún hubo otra más, cuando ya parecía haber agua por encima, por debajo y por doquier, y entonces el *Aurungzebe* se tumbó de costado en la plaza de Moonfleet con un trueno brutal que nos dejó aturdidos.

Comentario [Librodot-80]:

Palo que se arbola inmediato a la proa, en las embarcaciones que tienen más de uno.

He visto, antes y después de aquello, embarrancarse en aquel mismo lugar toda clase de buques, a los que cada ola golpea contra el fondo una y otra vez, hasta que los robustos maderos ceden por efecto de los sucesivos embates. Pero no ocurrió así con nuestro pobre bergantín,

Librodot

porque después del primer choque tremendo no volvió a moverse, por haberlo proyectado con tanta violencia sobre la playa la ola que lo anegara, tanto que ninguna de las siguientes pudo arrancarlo de allí. Se tumbó en dirección a la playa, como escapando de la mar, al igual que un niño que esquiva con la cabeza la férula de un cruel maestro, y entonces se rompieron sus mástiles, primero el trinquete y luego el mayor, con un violento crujido que dominó todo lo demás.

Estábamos a barlovento, aferrados a los obenques y al abrigo del castillo de proa, con agua hasta las rodillas cuando rompía una ola y, en seco, cuando se retiraba. Todavía ardía la luz azul, pero el barco se había aconchado ligeramente a su derecha y el confuso grupo de pescadores se movió por la playa hasta ponerse a nuestro frente. Estábamos pues apenas a un centenar de pies de distancia de ellos, mas era aquel breve trecho el que mediaba entre la vida y la muerte, porque lo que nos separaba de la costa era un enloquecido hervidero de olas que se precipitaban desde todas partes sobre nuestras amuradas deshechas o aspiraban los guijarros, triturándolos con un rugido y dejando la playa casi seca en su reflujo.

Allí estuvimos durante unos instantes, aguantando los embates mientras esperábamos que nos volviesen las fuerzas, tras la embestida que nos varó. Por barlovento las olas chocaban contra el bergantín y lo envolvían con gran estruendo y una fuerza descomunal. Coronaban el techo del castillo, desplomándose luego en una pesada catarata y se oía el crujido repetido de los maderos al desarmarse un tablón tras otro ante aquel despiadado asalto. Sentíamos cómo el propio castillo se estremecía y trepidaba pues teníamos las espaldas apoyadas en él y, por último, comenzó a moverse de tal manera que no nos quedaron dudas de que muy pronto se desplomaría sobre nosotros.

Había llegado el momento.

-Debemos salir de aquí antes de que vuelva a embestir la próxima ola grande -me gritó Elzevir-. Salta cuando yo te lo diga y avanza por las piedras lo más lejos que puedas antes de la próxima ola, pues nos tirarán un cabo. ¡Adiós, John, y quiera Dios que nos volvamos a ver!

Estreché su mano y me quité las ropas de presidiario, salo las botas, para poder pisar las piedras, y sentí tan intenso frío que casi deseaba encontrarme ya en el agua. Luego esperamos, uno al lado del otro, hasta que llegó una ola grande que tornó el espacio entre el barco y la costa en una caldera hirviente y, un instante más tarde, cuando toda el agua había refluido con un rugido, saltamos.

Caí a gatas en el agua, que tenía una yarda de fondo debajo del barco, mas logré hacer pie y pateé desesperadamente por la playa en un esfuerzo por coronarla antes de que llegara la próxima ola. Distinguí la hilera de hombres amarrados a la maroma y tratando de adentrarse por el agua hasta donde pudiesen para salvar a quien saliese de la mar, y les oí gritar voces de ánimo, al tiempo que nos echaban un cabo. Elzevir, que estaba a mi lado, también lo vio y los dos seguimos sin perder pie y nos lanzamos hacia adelante por el trémulo repunte de la ola; mas en aquel momento se oyó un horrísono trueno detrás de nosotros, al chocar la mar con el barco, y supimos que llevábamos a los talones otra de aquellas olas gigantescas. Llegó con un clamor silbante en una desbocada avalancha de agua furiosa que nos arrastró como corchos playa arriba, hasta que llegamos casi a tocar el cabo; y los de la playa profirieron gritos de aliento al lanzárnoslo de nuevo. Elzevir lo agarró con la mano izquierda y me tendió la derecha. Nuestros dedos se tocaron y, en aquel preciso momento, la ola rompió y la poderosa resaca me arrastró de nuevo al fondo de la playa. Sin embargo, no me sacó de nuevo a la mar, porque, entre los restos del naufragio, flotaba la astillada cofa" del palo mayor y me abracé al remate de aquel mástil y así llegue a la playa, a treinta pasos de los hombros de Elzevir. Entonces, él renunció a la soga, que era su propia salvación, y volvió atrás, hasta las propias fauces abiertas de la muerte para tomarme de nuevo la mano y ponerme en pie. Me faltaban la vista y el aliento; estaba aterido de frío y medio muerto por el batir de la mar; pero su fuerza prodigiosa bastó para salvarme

Librodot

entonces, como me salvara otras veces. Así que, cuando oí de nuevo el estampido atronador con que la ola avisaba su llegada, estábamos apenas a una braza de la soga.

-¡Animo, muchacho! -gritó-, ahora o nunca -y, cuando ya teníamos el agua por el pecho, me empujó con todas sus fuerzas hacia adelante. Rugieron otra vez las aguas en mis oídos y los de tierra prorrumpieron en gritos. Entonces me así a la soga.

Librodot

19
En la playa

Campanadas por los bravos,
los bravos que se perdieron;
las olas se los llevaron,
cerca de donde nacieron.

COWPER

Comentario [Librodot-81]:

William Cowper (1731-1800). Nació en Great Berkhamstead (Inglaterra). Realizó sus estudios en Westminster. Sufrió varias crisis de demencia, durante las cuales fue internado. Su primera obra poética importante fue *Conversaciones en torno a la mesa.* Otros poemas: *La divertida historia de John Gilpin, La tarea,* etcétera. Escribió unas cartas a sus amigos que constituyen uno de los mejores epistolarios de la literatura inglesa. *(N. del T.)*

La noche era fría y yo no llevaba sobre mí más que calzones y botas, caladas ambas prendas por el agua del mar, y tanto tiempo había estado luchando con las olas que apenas me quedaba conciencia. Pero me aferré a la soga con las últimas ansias de salvar la vida, de modo que enseguida me encontré entre los de la playa. Les oí gritar de nuevo y sentí cómo fuertes manos me asían, aunque no podía ver los rostros a los que pertenecían porque un velo ante mis ojos los ocultaba, ni pude hablar porque tenía la lengua y gaznate llagados por el agua salada y había perdido la voz. A mi alrededor se agolpaban muchos hombres y algunas mujeres y yo tendía las manos a ciegas para tocarlos, sólo recuerdo que me echaron capotes encima, me apartaron del viento y me tendieron en cálidas mantas delante de un fuego. Estaba entumecido de frío, con el pelo apelmazado por la sal y las carnes blancas y acorchadas, pero me hicieron beber licor y me quedé cómodamente adormilado hasta que la extrema fatiga me hizo conciliar el sueño.

Durante horas dormí profundamente sin sueños y cuando desperté suavemente, como si saliera pulgada a pulgada del reposo, vi que todavía yacía envuelto en mantas al lado del fuego. ¡Oh, qué grande e infinita paz era aquella de estar tendido allí en duermevela, pero suficientemente despierto como para saber que había escapado de mi prisión y de las ansias de la muerte y que era de nuevo un hombre libre, de vuelta a mi lugar natal! Al cabo me revolví un poco, y, al abrir los ojos, algo más espabilado, vi que tenía compañía pues a mi lado dos hombres estaban sentados a una mesa en la que había una botella y unos vasos.

-Ya vuelve en sí -dijo uno de ellos-, esperemos que le quede vida para decirnos quién es y de qué puerto salió su barco.

-Muchos barcos ha habido -repuso el otro-, salidos de un sinfín de puertos, que tuvieron esta playa como último destino; y más de un hombre cabal ha arrojado la mar a ella, pero ni uno solo ha sobrevivido a una mar como ésta. Y tampoco estaría vivo si no hubiera sido por el otro valiente que tenía a su lado y lo salvó. Un valiente, vaya que sí -repitió como para sus adentros-. Ea, pásame la botella o medará aprensión. Esto viene de perlas para prevenir los resfriados tempranos y hace diez años que no bebía un trago en este lugar, desde que el pobre Elzevir tuvo que esfumarse.

No podía ver la cara de quien así hablaba desde el lugar en que estaba acostado en el suelo, pero parecía reconocer la voz y estaba rebuscando en mi confusa cabeza para ponerle un nombre, cuando se refirió a Elzevir, y entonces mis pensamientos volaron hacia éste.

-Elzevir -logré pronunciar-, ¿dónde está Elzevir? -y me senté, lanzando una mirada a mi alrededor, con la esperanza de verlo yacer a mi lado, al tiempo que volvía a mí con mayor claridad el recuerdo del naufragio y del modo en que aquel empellón suyo, en dirección de la

Librodot

playa, me había salvado. Mas no estaba allí y pensé que su fuerza colosal le había permitido recuperarse antes de lo que lo había hecho mi juventud y que había vuelto a la playa.

-¡Chitón! -dijo uno de los hombres de la mesa-, acuéstate y vuelve a dormir -y entonces añadió, dirigiéndose a su compañero-. Todavía des-varía. ¿No has visto cómo se ha enterado de lo que he dicho de Elzevir?

-No -medié yo-, mi cabeza ya está bien; me refiero a Elzevir Block y ruego a vuestras mercedes que me digan dónde se encuentra y si ya está bien.

Levantáronse entonces y se miraron, mirándome luego a mí cuando me oyeron pronunciar el nombre de Elzevir, con lo que me di cuenta de que el que había hablado no era otro que maese Ratsey, pero con el pelo más blanco.

-¿Quién eres tú -exclamó-, que así hablas de Elzevir Block?

-¿Acaso no me conoce, maese Ratsey? -y le miré a la cara-. Soy John Trenchard que se fue de aquí hace mucho tiempo. Os lo ruego, decidme ¿dónde está maese Block?

Maese Ratsey me miró como si hubiese visto a un fantasma y la sorpresa al principio le dejó sin habla, mas enseguida se puso en pie y, corriendo hacia mí, me estrechó la mano con tanto vigor que me desplomé de nuevo sobre la almohada, al tiempo que él prorrumpía en un torrente de preguntas: ¿Qué había sido de mí? ¿Dónde había estado? ¿De dónde venía? Hasta que lo detuve con estas palabras:

-Calma, querido amigo, que a su debido tiempo he de contestar a todo eso; pero, decidme primero ¿dónde está maese Elzevir?

-Ay de mí, a eso no te puedo responder porque nadie lo ha visto desde aquella mañana de verano en que os desembarcamos a él y a ti en Newport.

-¡Oh, no me engañéis! -grité, irritado por sus excusas-, ya no desvarío y fue Elzevir quien me salvó en las olas la noche pasada. El fue quien vino a tierra conmigo.

Cuando dije aquello hubo una expresión de triste sorpresa en la cara de Ratsey; una expresión que despertó en mí una tremenda sospecha.

-¿Cómo? -exclamó-, ¿era acaso maese Elzevir quien te sacó de las olas?

-Eso mismo, él fue quien desembarcó conmigo -dije, intentando que fuera verdad lo que repetía, pero con el temor de que no lo fuera.

Hubo entonces un silencio y luego Ratsey habló con mucha dulzura:

-Nadie desembarcó contigo; ni un alma se salvó de aquel barco, aparte de ti.

Cayeron una por una sus palabras en mis oídos, como si fueran gotas de plomo fundido.

-No es cierto -grité yo-, él fue quien me arrastró hasta la playa y quien me empujó hacia la soga.

-Cierto es que te salvó, pero la resaca lo agarró arrastrándolo en el reflujo de la ola. Yo no pude ver su cara, pero debería haber sabido que ningún hombre, salvo Elzevir Block, podía haber luchado de aquella forma con la tempestad en la playa de Moonfleet. De todos modos, de haber sabido que era él, nada más habríamos podido hacer, porque muchos hombres arriesgaron sus vidas la pasada noche para salvaros a los dos. Nada más podríamos haber hecho.

Entonces exhalé un gemido, al pensar que Elzevir había renunciado a la seguridad que había conquista-do y ofreciendo su vida, allá en la playa, para salvar la mía; al pensar que había muerto cuando ya tenía el pie en el umbral de su hogar; que nunca más había de mirarme con afecto ni oiría yo su afectuosa voz.

Resulta fastidioso para los demás el relato de un profundo pesar y además no hay palabras, ni siquiera las del más elocuente de los hombres, que puedan expresarlo y, aunque pudieran, nuestra memoria no podría soportarlo. No he de hablar más de aquel golpe terrible y me limitaré a decir que la tristeza, en lugar de quebrantar mi cuerpo, como cabía temer, pareció robustecerlo y me levanté del jergón en el que había estado tendido. Intentaron detenerme e incluso obligarme

Librodot

a descansar, pero, a pesar de mi debilidad, los eché a un lado y, envolviéndome en una manta me fui de nuevo hacia la playa.

Estaba despuntando el día cuando salí de la ¿Por qué no?, pues no era otro el lugar en el que había yacido. El viento, a pesar de ser aún fuerte, había cedido un tanto. Unas nubes tenues cruzaban raudas por el cielo y, entre ellas, aparecían retazos de cielo despejado en los que se iban apagando las estrellas antes del alba. Las estrellas se apagaban, pero había otro lucero que brillaba en los bosques de la Mansión por encima del pueblo, aunque no podía ver la casa, y ello me decía que Grace, como las vírgenes prudentes tenía su lámpara encendida durante toda la noche. Pero hasta aquella luz lucía sin brillo, porque mi corazón estaba tan henchido de tristeza que sólo podía pensar en aquel que había dado su vida por mí y en el fuerte y generoso corazón que se había detenido para siempre.

Afortunadamente, conocía desde antaño el camino que llevaba de la ¿Por qué no? a la playa, porque al recorrerlo no pensé en los pasos que daba, sino que caminé fatigosamente a la luz del alba, cegado por la tristeza y el abatimiento de mi ánimo. Ardía una hoguera de restos arrojados por la mar detrás de la playa y, a su alrededor, había un grupo de hombres en cuclillas, vestidos de chaquetones y tocados de suestes que esperaban la mañana para rescatar lo que pudiesen del naufragio, pero di un rodeo y atravesé las sombras sin una palabra hasta llegar a la parte alta de la playa. Había luz suficiente para ver a mi alrededor. La mar estaba muy alta, mas, al decaer el viento, las olas rompían más suavemente y con menos salpicaduras, rizándose en un embate turbio, con un estruendo regular en toda la bahía, durante millas y millas. No había rastro de la quilla del *Aurungzebe* pero la costa estaba sembrada de tal cantidad de res-tos que parecía imposible que procedieran de un buque tan pequeño. Había toneles y barricas, jaretas y trampas de escotilla, botalones, trozos y remates de mástiles y, además de todo aquello, sobre las aguas agitadas de los bajíos flotaba una capa de maderas astilladas, y las olas, en su continuo batir, arrojaban en las piedras un sinfín de tablones y baos. Al menos una docena de hombres, cubiertos de capotes de hule para protegerse de la humedad, merodeaban por el borde del agua para ver lo que podían recuperar y, de vez en cuando, se aventuraban hasta la línea de las rompientes, con grave riesgo de su vida, para recuperar un tonel, de la misma forma que se habían arriesgado para salvar a sus semejantes la noche anterior, para salvar nuestras vidas exponiendo las suyas, como hiciera Elzevir cuando se arriesgó en aquella misma línea blanca, a salvar mi vida perdiendo la suya en el empeño.

Me senté en lo alto de la playa, acodado en las rodillas y con la cabeza entre las manos, mirando a la mar, sin saber bien por qué me encontraba allí o lo que buscaba, pues sólo podía pensar en que Elzevir debía estar flotando en medio de aquel piélago de restos y que tenía que disponerme a recibirlo cuan-do llegara a la costa. Terminaría seguramente por llegar, porque había visto a otros que lo hicieron. Así, cuando el *Bataviaman* se empeñó en la playa, estaba yo tan cerca de él como los que salieron a salvarnos habían estado de nosotros la pasada noche y algunos de los que quedaban a bordo dieron el salto fatal desde la amura e intentaron luchar con las olas. Estaba tan cerca de ellos que podía ver sus rostros y percibir en ellos la loca esperanza que los animaba, pero luego la resaca los atrapó y aquel día ni uno solo de ellos salvó la vida. Pero, al cabo, todos fueron arrojados a la playa y en las caras de los muertos reconocí las que había visto, animadas de imposible esperanza, entre la costa y el barco; desnudos o vestidos, magullados v deshechos por las piedras y la mar, unos, e intactos los otros, todos ellos terminaron en la playa.

Allí sentado esperé que llegase y ninguno de los hombres de la playa me dirigió la palabra, pues los de Moonfleet pensaban que o era de Ringstave y los de Langton que venía de Moonfleet y unos v otros debieron suponer que había decidido hacerme con alguno de los toneles que flotaban en la mar y que estaba esperando que las olas lo arrojasen a la playa. Al cabo de un rato vino maese Ratsey a hacerme compañía y sentándose a mi lado, me rogó que comiese el pan y la

Comentario [Librodot-82]:

Mateo 25,41: se trata de una referencia a la parábola de las vírgenes prudentes del Evangelio. Éstas tienen la precaución de llevar unas alcuzas de aceite para alimentar sus candiles, a la espera de sus prometidos, de manera que cuando éstos llegan pasan de inmediato al banquete de bodas, mientras que las vírgenes necias se quedan sin aceite y, al tener que ir a comprarlo, llegan tarde al encuentro. *(N. del T.)*

Comentario [Librodot-83]:

Cabo que, con otros iguales, sujeta el pie de las arraigadas y de la obencadura, atravesando de banda a banda por debajo de la cofa.

Comentario [Librodot-84]:

Batolón: palo largo que se saca hacia la parte exterior de la embarcación cuando conviene, para varios usos.

Comentario [Librodot-85]:

Gran madero que, puesto de trecho en trecho y desde babor a estribor, sirve para sostener las cubiertas y consolidar la estructura del buque.

Comentario [Librodot-86]:

Parte de los costados del buque donde éste empieza a estrecharse para formar la proa.

Librodot

carne que había traído. Pocas ganas tenía, pero cogí lo que me daba para que no me importunase más y, tras haber dado el primer bocado, pudo más la naturaleza y di cuenta de ello, lo que me hizo gran provecho. Con todo, no podía hablar con Ratsey ni responder a sus muchas preguntas, aunque en otras circunstancias habría sido yo el que se las habría hecho por centenares; él, al ver que yo no respondía, siguió a mi lado en silencio, utilizando un catalejo de vez en cuando para examinar los restos que flotaban en la mar. A medida que fue haciéndose de día los que estaban alrededor de la hoguera, por detrás de la playa, acudieron al borde del agua donde las olas arrastraban continuamente nuevos restos del pecio y allí se afanaron todos con el propósito, no de que cada uno acaparase su porción de despojos, sino de reunirlos todos y repartirlos después entre ellos.

Comentario [Librodot-87]:

Pedazo o fragmento de la nave que ha naufragado o porción de lo que ella contiene.

Entre los restos que flotaban más allá de las rompientes pude ver unas bolas oscuras, como boyas negras, que subían y bajaban con las olas, y sabía que eran las cabezas de los ahogados. Pero, aunque las miré una por una con el catalejo de Ratsey, no saqué nada en limpio, salvo que entre ellas flotaba la pinaza con la quilla vuelta y un poco más lejos otro bote vacío y con agua hasta la borda. A eso del mediodía la mar arrojó el primer cuerpo y por entonces el cielo se había despejado un tanto y un sol tímido y deslavazado trataba de abrirse paso entre las nubes; luego vinieron otros tres cuerpos. Eran de los que se habían embarcado en la pinaza porque todos ellos tenían la argolla de hierro en la muñeca izquierda, por lo que me dijo Ratsey, que se acercó a verlos, aunque nada dijo de la «Y» que llevaban marcada, y se los llevaron para cubrirlos con unas sábanas detrás de la playa y dejarlos allí hasta que les cavasen una fosa.

Comentario [Librodot-88]:

Parte superior del costado de un buque.

Entonces tuve el presentimiento de que venía y vi un cuerpo que traían las olas del que supe al punto que era el que estaba esperando. La mar lo arrojó muy cerca de mí y corrí hacia la playa, sin reparar en las salpicaduras ni en la resaca, para recuperarlo, pues ¿acaso no había soltado él la cuerda providencial y se había adentrado en las olas para salvar mi insignificante existencia? Ratsey se encontraba a mi lado, de modo que entre los dos lo sacamos del hervidero de espuma y entonces escurrí el agua de su pelo y sequé su cara y, postrándome de hinojos, lo besé.

Cuando los otros vieron que habíamos rescatado un cuerpo acudieron y me miraron atenderlo con gran ternura; mas sus miradas se hicieron aún más insistentes al darse cuenta de que yo era un forastero y de que llevaba el brazalete de hierro en torno de mi muñeca y la «Y» marcada a fuego en mi mejilla. Poco después corrió la voz de que era yo quien la noche pasada había conseguido salir con vida de las olas y de que aquel pobre cuerpo era el del amigo que había dado su vida por mí. Entonces vi que Ratsey iba hablando con cada uno de los del grupo y sabía que les estaba diciendo quiénes éramos; algunos de los que yo conocía vinieron a darme la mano, sin pronunciar ni una palabra porque bien veían que es-taba yo embargado por la tristeza, unos hubo que se inclinaron para ver la cara de Elzevir y tocaron sus manos como para saludarle. La mar y las peñas habían sido misericordiosas con él, pues no lucía herida ni magulladura alguna, su semblante tenía una expresión de gran paz y sus ojos y boca estaban cerrados. Incluso yo, que sabía dónde se encontraba, apenas pude ver la marca de la «Y» en su mejilla, porque la muerte había demudado la cicatriz y dejado en su cara una dulzura y una palidez tan delicadas como las de las estatuas de alabastro de la iglesia de Moonfleet. Su cuerpo tenía el torso desnudo, pues así se lanzó a la mar desde el bergantín, y resaltaban en él el fuerte y ancho pecho y los músculos prominentes que de tantos desesperados trances le habían sacado *y* que sólo le fallaran, por primera *y* última vez, hacía apenas unas horas.

Así que allí se quedaron un momento, mirando en silencio al veterano contrabandista, que había hecho su postrer desembarco en la playa de Moonfleet, y le colocaron los brazos a los costados y envolviéndole en un trozo de vela, se lo llevaron. Yo caminé a su lado y, cuando atravesamos los prados, el sol se abrió paso entre las nubes y vimos pequeños grupos de colegiales que bajaban a la playa para ver llegar los restos del naufragio. Se quedaron a un lado

Librodot

para dejarnos pasar y los muchachos se descubrieron y las niñas hicieron una reverencia cuando se enteraron de que era aquél el pobre despojo de un ahogado; y, al ver a los niños pensé verme a mí mismo entre ellos y ya no me parecía ser un hombre, sino un niño más que acababa de salir de la escuela del señor Glennie, en el refectorio del antiguo hospicio.

Llegamos así a la ¿Por qué no? y tomamos asiento. La posada no se había arrendado, como supe más tarde, desde la muerte de Maskew; y la noche anterior habían encendido fuego en ella por primera vez, pues ya se sabía que el bergantín iba a naufragar y los lugareños pensaron que tal vez algunos tripulantes se salvasen, en cuyo caso necesitarían cuidados. Se mantuvo la puerta abierta y tras llevarlo a la sala donde ardía el fuego, lo tendieron en la mesa de caballetes, cubriendo su cuerpo y su rostro con el jirón de vela. Cuando acabaron, todos permanecieron a su alrededor durante un rato, como si se encontraran en una situación embarazosa y no supieran qué hacer, y luego fueron saliendo uno por uno, porque el dolor es algo que sólo las mujeres saben manifestar, y deseaban además volver a la playa para salvar lo que pudiesen del naufragio. El último en salir fue maese Ratsey quien dijo que tal vez quisiera yo quedarme solo y que volvería por la noche.

Me quedé solo con mi querido amigo y con una cohorte de tristes pensamientos. La sala no se había limpiado, de las vigas colgaban telas de araña y la capa de polvo era tan espesa en las ventanas que detenía la mitad de la luz. Había polvo por doquier en las mesas y sillas, salvo en la mesa donde lo habíamos puesto. En aquella misma mesa se había colocado el cuerpo de David y era aquélla la misma estancia donde aquella forma inmóvil, que nunca más sentiría alegría o pesar, se había inclinado sobre su hijo y llorado por él. La estancia estaba igual que cuando la dejáramos, una noche de abril años atrás, y en el aparador se encontraba el juego de tablas reales, tan polvoriento que ya no podía leerse la inscripción: «En la vida, como en un juego de azar, el arte consiste en sacar partido de los lances más desafortunados»; mas ¡qué desmañados jugadores habíamos resultado, cuán desafortunados, en verdad, habían sido nuestros lances y qué escaso partido habíamos sacado de ellos!

En tales cavilaciones transcurrió aquella corta tarde y, de una punta a otra del pueblo, corrió como reguero de pólvora, la historia de que Elzevir Block y John Trenchard, que tanto tiempo hacía que faltaban, habían vuelto a Moonfleet, y que el viejo contrabandista se había ahogado al salvar la vida del más joven. Se cernían ya las sombras cuando levanté la vela de su cara y miré de nuevo a mi amigo perdido, mi único amigo; pues ¿quién había de dar un bledo por mí? Bien podía bajar a la playa de Moonfleet y ahogarme pues nadie me lloraría. ¿De qué me servía haberme despojado de mis cadenas y ser libre de nuevo? ¿Para qué sería la libertad? ¿Adónde iría y qué haría, ahora que mi amigo ya no existía?

Así que volví a sentarme, con la cabeza entre las manos, absorto en la contemplación del fuego y entonces oí que alguien entraba en la estancia, mas no me volví por pensar que sería maese Ratsey el que entraba con paso quedo para no molestarme. Sentí entonces que alguien rozaba ligeramente mi hombro y, al alzar la mirada, vi frente a mí a una dama alta y elegante, que ya no era niña, sino mujer hecha y derecha, en la plenitud de la lozanía y belleza de la juventud. Al punto supe quién era, pues poco habían cambiado sus rasgos, salvo que su rostro ovalado había cobrado cierta dignidad y que ahora llevaba recogido el pelo rojizo que antes ondeaba sobre su espalda. Ella me miraba y posó su mano en mi hombro.

-John -dijo-. ¿Acaso me has olvidado? ¿No puedo participar de tu congoja? ¿No pensaste acaso en decirme que volvías? ¿Acaso no viste la luz y comprendiste que alguien que bien te quiere estaba esperándote?

Nada dije, pues era incapaz de proferir una palabra y me maravillaba de la oportunidad con que había venido, precisamente en el momento en que me decía que no tenía a nadie, como para probarme lo contrario, y siguió diciendo:

Librodot

-¿Te alegras de haber vuelto? No sufras tanto, porque nadie podría haber tenido una muerte más noble; y en esos años que has pasado lejos de aquí, he pensado mucho en él y sé que su corazón era bondadoso y que, si hizo daño fue porque el que otros le hicieron a él fue aún mayor.

Mientras me hablaba pensé en que Elzevir estaba dispuesto a disparar contra su padre y que le faltó un pelo para hacerlo y, a pesar de ello, tan bien hablaba de él que me persuadió de que, en realidad, nunca se propuso hacerlo verdaderamente, sino sólo asustar al juez. ¡Y qué giros daba la fortuna, pues yo había salvado a Elzevir de tener aquel peso en su conciencia y luego él fue quien me salvó la vida y ahora era la propia hija de Maskew la que hacía aquel cálido elogio de Elzevir ante su cuerpo sin vida! A todo aquello seguía yo sin poder hablar.

Entonces ella repitió:

-John, ¿es que no tienes nada que decirme? ¿Has olvidado todo? ¿Es que ya no me quieres? ¿Acaso no puedo participar de tu dolor?

Yo tomé su mano y la llevé a mis labios, diciendo:

-Mi querida señora Grace, nada he olvidado y eras más para mí que nada en el mundo, pero no he de seguir hablando de amor, ni has de hablarme tú a mí tampoco de eso, porque ya no somos muchachos como antes y ahora tú eres una noble dama y yo sólo un pobre diablo -y a continuación le referí que había estado preso durante diez años y las razones de que así hubiera sido y le mostré la argolla de hierro de mi muñeca y la marca en mi mejilla.

Ella miró la marca y me dijo:

-No hables de fortuna pues no es la fortuna la que da la hombría y, si no has vuelto más rico de lo que te fuiste tampoco has vuelto más pobre, sobre todo en lo que al honor respecta, John. Yo soy rica y tengo más caudales de los que puedo gastar, así que no has de hablarme de eso, sino alegrarte de tu pobreza y de que no te pudieras beneficiar de aquel tesoro maldito. En cuanto a esta marca, para mí no se trata del estigma de un penal, sino del emblema de los Mohune, que muestra que les perteneces y que debes cumplir su promesa. ¿Acaso no te advertí que te cuidaras del tesoro pues se obtuvo con mal y había de llevar una maldición consigo? Mas ahora, al ver esa marca, te ruego con la mayor solemnidad que no toques ni un penique de ese tesoro, si algún día vuelve a tus manos, sino que lo dediques al buen fin que el coronel Mohune quiso darle para salvar su alma pecadora.

Con estas palabras soltó su mano de la mía y me dio las buenas noches, dejándome en la penumbra de la habitación a la luz del fuego que iluminaba el trozo de vela y el bulto del cuerpo que bajo ella yacía. Cuando se fue consideré largamente cuanto me había dicho y lo que podía significar aquello de 10 que el tesoro volviera a mis manos; también me asombré en extremo al descubrir cuán constante es el amor de la mujer y me maravillé de que todavía pudiera hacer un lugar en su corazón a tan poca cosa como yo. En cuanto al sentido de sus palabras, aquella misma noche había de saber a lo que se refería.

Maese Ratsey había vuelto a entrar, sin quedarse mucho tiempo conmigo porque había mucha faena en la playa; mas me rogó que levantase el ánimo y no tuviese miedo de la ley porque hacía años que mi proscripción y el precio puesto a mi cabeza habían prescrito. Grace había pedido a sus abogados que hiciesen gestiones para que así fuese y se había negado a estampar su firma en la orden de busca y captura, alegando que el disparo fatal había sido un malhadado accidente. Así dejó de existir un temor que apenas había comenzado a atenazarme, de modo que, cuando Ratsey se fue, aticé las brasas y me tendí entre las mantas delante del fuego, porque estaba extenuado y sólo deseaba dormir. Estaba ya a punto de conciliar el sueño, aunque todavía despierto, cuando llamaron a la puerta y entró el señor Glennie. Era ya muy mayor y andaba algo encorvado, como pude observar a la luz del fuego, mas lo reconocí enseguida y me levanté para saludarle afectuosamente.

Librodot

En un principio me miraba con curiosidad, como si le sorprendiese ver al hombre de crecida barba en que se había convertido el muchacho que recordaba, pero luego me saludó muy amablemente y se sentó a mi lado en un banco. Levantó primero el trozo de vela que cubría el cadáver y contempló el rostro del yacente. Luego sacó un breviario y leyó el *Commendamus* del oficio de difuntos, lo que reconfortó sobremanera mi espíritu, y por último se puso a hablar acerca del pasado. Supe así de su boca lo que había ocurrido mientras estuve ausente, que no era gran cosa, salvo algunas muertes, porque ésas son las únicas novedades en Moonfleet. Y resultaba que, entre los que habían fallecido, se encontraba mi tía, la señorita Arnold, de modo que tenía un amigo menos, si es que podía contarla entre mis amigos, pues, aunque sus intenciones fueran buenas, me demostraba su solicitud de forma demasiado severa como para despertar mi cariño, de modo que, en la gran congoja que sentía por Elzevir, no encontraba lágrimas para llorarla.

Fuera por el consuelo espiritual que el señor Glennie me daba o por reparar yo, como él me pedía, en que debía dar gracias a Dios por haberme rescata-do de mi cautiverio y librado de una muerte segura, lo cierto es que sentí cierto alivio en mi dolor y que le escuché con mucho agrado.

-Y, aunque algunos puedan reprenderme -añadió-, por osar sacar a colación autores profanos después de haber citado las Sagradas Escrituras, he de decirte que hasta el gran poeta Homero recomienda moderación en el duelo, «pues enseguida», dice, «se sacia uno del helado dolor».

Pensé que tras aquellas palabras se despediría, mas aclaró su garganta, de forma que supuse que tenía algo importante que decirme, y así era, en efecto, porque sacó de su bolsillo un pliego largo y de color azul que llevaba doblado.

-Hijo mío -me dijo entonces alisándolo pausadamente sobre su rodilla-, nunca deberíamos denostar a Fortuna y, como es natural, por Fortuna entiendo lo que el vulgo, sin afirmar con ello que pueda haber azar ajeno a la Divina Providencia; digo pues, que no debemos denostar a Fortuna, porque precisa-mente en el momento en que parece habernos abandonado, tal vez sólo se haya ausentado un momento en busca de algún rico tesoro que pueda traer de vuelta y buena prueba de que así suele ocurrir es lo que me dispongo a leerte. Enciende una bujía y ponla a mi lado porque mis ojos no pueden seguir la escritura con la sola luz cambiante del fuego.

Tomé pues un cabo de vela que había en la repisa de la chimenea e hice lo que me pedía; entonces prosiguió:

-Te voy a leer esta carta que recibí hace cerca de ocho años y cuya importancia te dejo juzgar.

No he de consignar aquí todo lo que aquella carta decía, aunque en el momento de escribir este relato la tenga ante mis ojos porque, por haberla redactado un abogado, estaba plagada de retorcidas frases y prolijas expresiones de las que suelen contener esos escritos para justificar luego unos honorarios más cuantiosos. Iba dirigida al reverendo Horace Glennie, párroco perpetuo de Moonfleet, en el condado de Dorset, Inglaterra, y la había redactado en inglés el licenciado Roosten, abogado y notario de La Haya en el reino de Holanda. En ella se decía que un tal Krispjin Aldobrand, joyero y negociante en piedras preciosas, establecido en La Haya, había requerido al licenciado Roosten para otorgar testamento. Y que el referido Krispjin Aldobrand, viendo aproximarse su hora final, había declarado al letrado Roosten que él, Aldobrand, deseaba legar todos sus bienes a un tal John Trenchard, natural de Moonfleet, condado de Dorset, en el reino de Inglaterra. Y que había decidido obrar así, en primer lugar, por considerar el reiterado Aldobrand que no tenía hijos que le pudiesen heredar y, en segundo lugar, porque deseaba dar plena y debida reparación a dicho John Trenchard, pues había obtenido en una ocasión del reiterado John un diamante cuyo precio verdadero no le había pagado. La cual piedra, dicho Aldobrand había vendido y transformado en dinero y, tras haberlo hecho, vio cómo

Librodot

declinaban tanto su fortuna como su salud, de manera que, a pesar de poseer grandes riquezas, antes de que el referido diamante llegase a sus manos, éstas se habían consumido en desafortunadas empresas *y* especulaciones *y* que, tras aquellos quebrantos y mermas, apenas le quedaba la suma que le había proporcionado la venta del susodicho diamante.

Legaba por tanto a John Trenchard todo cuanto poseyere en la hora de su muerte y, sintiendo que dicho momento estaba cercano, le rogaba tuviera a bien perdonarle si en algo le había perjudicado. Ésas eran las instrucciones que *heer* Roosten recibiera del señor Aldobrand, cuya salud fue declinando a ojos vistas, hasta morir tres meses más tarde. Y bien estaba, apostillaba *heer* Roosten, que se hubiera otorgado testamento oportunamente, porque, al irse debilitando el señor Aldobrand, comenzó a ser presa de delirios y dio en decir que John Trenchard había maldecido el diamante, y llegaba incluso a declarar las palabras que profiriera y que eran «pueda el diamante traerle desgracia en la presente vida y condena eterna en la que ha de venir». Y que no paró la cosa en ello, pues no podía dormir, ya que continuamente tenía una horrible pesadilla en la que, según informó *a heer* Roosten, veía a un hombre de talla elevada, tez cobriza y negra barba apartar las cortinas de su baldaquín y mofarse de él. Por último le llegó su hora y, tras su fallecimiento, *heer* Roosten se propuso dar efecto a lo dispuesto en el testamento, dirigiéndose al tal John Trenchard, de Moonfleet, en Dorset, para poner en conocimiento que era heredero universal de Aldobrand. Aquella dirección era todo lo que Aldobrand había dado, aunque continuamente había pro-metido a su abogado que oportunamente había de darle más información sobre el paradero de Trenchard, si bien nunca llegaba a hacerlo, quizá por acariciar Aldobrand la esperanza de que mejorase su estado, pudiendo así volverse atrás de su arrepentimiento. *Heer* Roosten sólo pudo escribir al tal Trenchard enviando a Moonfleet una carta, que le fue devuelta, con la mención de que Trenchard había huido, pues le perseguía la ley, y de que se ignoraba su paradero; tras de lo cual *heer* Roosten decidió dirigirse al pastor de la parroquia y por ello mandaba aquellas líneas al señor Glennie.

Este era, en sustancia, el contenido de la carta que me leyó el señor Glennie y pueden imaginar hasta qué punto aquellas nuevas me conmovieron y cómo seguimos conversando y considerando lo que convenía hacer hasta bien entrada la noche, pues temíamos que, por haber transcurrido un plazo tan largo, que era de ocho años, los abogados hubiesen dispuesto del dinero de otro modo. Habían dado las doce cuando el señor Glennie se dispuso a partir y hacía tiempo que la vela se había consumido, pero el fuego todavía proyectaba su resplandor y se postró un momento al lado de la mesa antes de salir.

-Tuvo buen fin, John -me dijo al alzarse-, y rogaré para que el final nos llegue por una causa igualmente buena. Pues tremenda es para la mayoría de nosotros la hora de la muerte y bien podemos rezar, como lo hacemos todos los domingos, para que ésta nos libere; mas hay otro momento, que no les pareció menos temible a los que escribieron esta oración de difuntos y por ello nos pidieron que en todo momento nos liberásemos de nuestras riquezas. De manera que he de rezar ahora para que, si esa fortuna llegase a tus manos, tengas la discreción de darle buen uso, pues, aunque no me merecen crédito las historias necias ni creo que las propias riquezas entrañen una maldición si se han destinado a una buena obra, por mucho que lo fueran por hombres malvados, si el coronel John Mohune así dispuso de este tesoro, cometeríamos una falta deplorable si las distrajéramos de su propósito. Adiós, pues, y recuerda que existen otros tesoros aparte de éste y que el amor de una mujer virtuosa vale más que todo el oro y las alhajas del mundo, como un día comprendí. -Y, tras estas palabras, se marchó.

Supuse que aquel día había hablado con Grace y, cuando estaba tendido en duermevela frente al fuego, solo en aquella vieja estancia que tan bien conocía, solo con aquel amigo silencioso que había dado su vida por mí, comprendí que, aunque seguía lloran-do su muerte, no era mi dolor el de un hombre des-esperado.

Librodot

¿Para qué dilatar este relato cuando ya saben, por ser yo mismo quien lo ha referido, que todo acabó bien? Pues ¿quién tomaría la pluma para escribir una historia que concluyese con su propio infortunio? Vino a mis manos aquella gran fortuna y si no entro en de-talles en cuanto a su cuantía es para no suscitar la envidia, pero baste con decir que era mucho más de lo que nunca había imaginado. Pero de aquellos caudales nunca toqué ni un penique porque en el pasa-do había aprendido una amarga lección, de modo que los destiné por entero a obras de caridad, con la ayuda de Grace y del señor Glennie. Primero reconstruimos y ampliamos el hospicio, superando el resultado, a buen seguro, todo lo que el coronel John Mohune podía haber imaginado, y lo abrimos para que sirviera de refugio a todos los marineros viejos y empobrecidos de aquellas costas. Luego, aconsejados por la Hermandad de la Trinidad, construimos un faro en el Morro, con el propósito de que fuera una luminaria que guiase a quienes navegaban por la Mancha, como lo fuera antaño el candil de Maskew para nuestros botes de pesca. Por último, devolvimos a la iglesia su perdida belleza, deshaciéndonos de los toscos asientos de roble y poniendo en su lugar bancos flamantes de madera de abeto tapizados con bayeta, para que pudiera asistirse más cómodamente a los oficios dominicales. También quitamos un buen número de viejos vitrales y encristalamos las ventanas de nuevo para que no dejasen pasar el viento, a más de renovar el púlpito, atril y asiento del oficiante, así como de instalar nuevas tablas de la ley a cada lado del tabernáculo, de modo que no hay en toda la comarca una iglesia que pueda rivalizar con la nuestra. En cuanto a la espaciosa cripta, que tantos recuerdos me traía, también la arreglamos, reparando sus muros, tras de lo cual nunca se volvió a oír hablar de Barbanegra y sus Mohune en pena. De los contrabandistas no sé qué sería e ignoro si todavía se desembarcan alijos en la playa durante las noches sin luna, pues en la actualidad no sólo soy el señor de la Mansión sino también juez de paz.

También el pueblo se remozó, al igual que el hospicio y la iglesia. Se repararon las casas viejas y se construyeron nuevas y todas nos pertenecen salvo la ¿Por qué no?, todavía propiedad de la casa ducal, que se arrendó de nuevo, con lo que los lugareños deja-ron de ir a Las tres chovas de Ringstave y volvieron a frecuentarla y ahora todo náufrago o marinero en busca de alojamiento puede encontrar en ella cama y comida.

Maese Glennie fue el primer administrador del Hospital Mohune, pues ése es el nombre que actual-mente lleva el hospicio, y tenía en él espaciosos aposentos y una hermosa biblioteca, y a su servicio estuvo maese Ratsey como mayordomo y jefe de los celadores. Allí pasaron años dichosos hasta que la muerte se los llevó, cuando ambos habían llegado a la edad proyecta y ahora reposan en el costado solea-do de la iglesia, arrullados por la mar, al lado de aquel contrafuerte donde un día encontrara a maese Ratsey con la oreja pegada al suelo. Y muy cerca de ellos descansa Elzevir Block, el más fiel y querido de mis amigos, con una inscripción en su lápida que reza así: «No ha habido hombre más generoso que él pues por su amigo dio la vida», seguida de unos versos del señor Glennie.

Por último, pemítaseme hablar de nosotros. La Mansión ha vuelto ahora a su antiguo esplendor y luce cuidado césped y terrazas rodeadas de balaustra-das donde nos sentamos las tardes de verano para contemplar desde allí el pueblo envuelto en una neblina azulada. En los bosques de la Mansión mi esposa y yo hemos visto jugar a nuestra pequeña Grace y a nuestro pequeño John, y también a Elzevir, nuestro primogénito. Ahora nuestra hija ya es toda una mujer y nos parece más bella cada día; en cuanto a nuestros hijos han ido a servir al rey Jorge por tierra y mar. Pero Grace y yo nunca salimos de nuestro querido Moonfleet, pues nos parece que nada hay más grato en el mundo que ver cómo el alba tiende una guirnalda dorada sobre las colinas y cómo la noche se abre paso entre el rocío de los prados o con-templar el delicado verdor que la

Librodot

primavera pone en las ramas de las hayas y los higos maduros en la pared de mediodía, y, detrás de todo ello, la mar eterna, siempre la misma y siempre cambiante. Pero cuando la prefiero es en otoño, embravecida por el azote de la galerna, y oigo entonces el bramido con que bate y arrastra los guijarros, como un órgano inmenso cuya música llenase la noche. En esos momentos me revuelvo en el lecho y doy gracias a Dios, tal vez con mayor fervor que cualquier otro de entre los vivos, por no estar luchando con la muerte en la playa de Moonfleet. Y más de una vez he vuelto, con un cabo en la mano, al mismo lugar terrible, tratan-do de salvar la vida de algún náufrago desesperado; mas nunca he visto salir a alguien de las olas con vida en una noche como aquella en la que él me salvó.

FIN

Librodot